

# La princesa del East End

Secretos de alcoba 3

CHRISTINE CROSS  
ANNE MARIE CROSS

Selecta



# La princesa del East End

*Serie Secretos de alcoba 3*

*Christine Cross*  
*Anne Marie Cross*

*Selecta*

## Prólogo

*Londres. Mayo de 1858*

El carruaje que traqueteaba por las calles londinenses a esas horas de la noche olía a dinero por los cuatro costados, lo mismo que el hombre que se sentaba a su lado.

Rose se reclinó contra el lujoso asiento acolchado, tapizado en seda adamascada, y permitió que sus labios se estiraran en una sonrisa satisfecha. Había hecho bien en no hablar sobre el caballero con ninguna de las chicas del burdel o alguna de ellas se lo habría arrebatado. Solo Bertha, la pequeña criada que limpiaba las habitaciones, conocía su existencia, aunque se había encargado de dejarle claro lo que sucedería si se iba de la lengua.

No tenía nada en contra de la pobre chica, además, era demasiado asustadiza y tímida como para ir a contarle sobre sus asuntos a la madame; a la muchacha le convenía estar en buenos términos con todas las chicas, pues su sueldo dependía de ellas. Había sido mala suerte que la niña saliera a tirar la basura al callejón trasero del edificio justo cuando ella le ofrecía sus servicios al caballero, aunque le había bastado una mirada de advertencia para que la criadita desapareciese a la carrera por la puerta de la

cocina. Para una vez que tenía fortuna en la vida, no iba a desperdiciarla.

El prostíbulo que regentaba madame Beth en Haymarket era uno de los más cotizados entre los nobles de la aristocracia, pero también uno de los más estrictos en cuanto a sus reglas de gobierno. No se permitían las relaciones fuera del local, quizá por miedo a que alguna de las chicas emulara el ejemplo de Laura Bell, la joven cortesana irlandesa que había conseguido casarse con el capitán August Frederick Thistlethwayte, de Grosvenor Square. La que había sido conocida como «la reina de la prostitución de Londres» era en esos momentos la orgullosa señora de una finca en Ross-shire, Escocia.

Rose echó un vistazo al semblante de su acompañante. Su perfil, elegante y masculino, oscilaba entre las luces y sombras que atravesaban la ventanilla del coche. Si jugaba bien sus cartas, ella, Rose O'Flaggerty, también obtendría lo mismo que su compatriota. El hombre era atractivo, de constitución fuerte y movimientos medidos. Sus ojos tenían un perpetuo halo de tristeza que le provocaba la acuciante necesidad de envolverlo en sus brazos, como si fuese un niño necesitado de consuelo, aunque lo cierto era que él le doblaba la edad.

—¿Se arrepiente, señorita O'Flaggerty?

La voz cálida y suave le produjo un estremecimiento. Le encantaba que la tratase con el respeto debido a una dama, hacía que se sintiese valorada como mujer.

—En absoluto, milord. ¿Cómo podría arrepentirme? —Su tono reflejó cierta incredulidad. No comprendía que él pudiera pensar que le costara dejar atrás la vida que llevaba.

Había llegado a Londres desde Irlanda con dieciséis años y había comenzado trabajando como sirvienta por unos pocos chelines. A

los diecisiete, el hambre y las circunstancias —una madre viuda y tres hermanos menores— la habían obligado a prostituirse en las calles. Odiaba aquel negocio, se sentía como una mercancía usada, pero había aprovechado bien su belleza juvenil para evitar que sus hermanas menores tuviesen también que prostituirse. Entrar en el negocio de madame Beth había sido lo mejor que había podido sucederle, tenía su habitación propia y ganaba casi tres veces más de lo que conseguía en la calle; poseía vestidos elegantes y podía comer un plato caliente cada día.

No, desde luego, no se arrepentía. En esos momentos tenía veinticinco años y, aunque seguía siendo una mujer hermosa, los caballeros preferían a las muchachas más jóvenes, con lo que cada vez mermaban más sus posibilidades de conseguir un buen sustento para el futuro.

—Conocerlo ha sido lo mejor que me ha pasado —agregó Rose al ver que él no decía nada.

—Me alegro mucho. —Tomó su mano con suavidad y se la apretó con delicadeza. Sintió la reconfortante calidez que emanaba del cuerpo masculino cuando se inclinó hacia ella, y las notas especiadas de su aroma—. Es mi deseo hacerla feliz y que pueda vivir en paz.

Rose parpadeó, un tanto sorprendida, ante aquella forma de expresarse. Con toda certeza, «paz» no era una palabra que habría incluido en su vocabulario y en su vida. Se removió inquieta sobre el asiento, con una sensación extraña atenazándole las entrañas; sin embargo, se esfumó apenas vio el estuche de terciopelo que el caballero puso ante sus ojos.

—¡Oh, es precioso!

Pasó los dedos con delicadeza sobre las piedras de rubí, talladas con una gran perfección, que descansaban sobre engarces de oro.

Tenía un aire antiguo que atraía la atención de un modo casi hipnótico.

—Pertenebió a una reina. —La voz profunda no logró arrancar su mirada del brillo de los rubíes—. Toda mujer debería poder lucir una joya así al menos una vez en la vida.

Sacó el collar del estuche y le hizo darse la vuelta para colocárselo. Rose se estremeció, aunque no supo si fue por el roce de las manos masculinas sobre la piel de su nuca o por el peso de la gargantilla. Notó un calorillo en el pecho y la recorrió una pequeña agitación.

—Milord, no sé qué decir. —Se giró de nuevo hacia él y esbozó una sonrisa seductora—. Muchas gracias por este precioso regalo. Yo...

Se quedó en silencio cuando él colocó un dedo sobre sus labios para acallarla. Notó cómo lo deslizaba despacio por el carnoso labio inferior y deseó que la besara. No lo había hecho después del día en que se conocieron en aquel oscuro callejón, al que ella salió para refrescarse del opresivo ambiente del burdel. En esa ocasión, la había besado con fuerza, casi con desesperación; pero, tras aquel día, se había comportado como un perfecto caballero, como si de verdad la cortejara. Y aunque le encantaba sentir aquella especie de veneración con que él la trataba, en algunos momentos le hubiera gustado que pareciese un poco más terrenal.

—¿Por qué no brindamos por la nueva vida que le espera? —le dijo, sacando del bolsillo interior de su chaqueta una petaca de plata y ofreciéndosela—. Será una mucho más feliz, sin carencias, sin dolor. ¿Me cree, señorita O'Flaggerty?

Rose asintió.

—Le creo, milord.

—Entonces, brindemos a nuestra salud.

Aceptó la petaca y dio un largo sorbo. El líquido le quemó la garganta y le calentó las entrañas. Aunque era algo más fuerte de aquello a lo que estaba acostumbrada, no se quejó. No pensaba morder la mano que le iba a dar de comer. A ella y a su familia. Aún no le había hablado de sus hermanos ni le había contado que les había entregado a ellos el dinero que él le había ofrecido con tanta generosidad. Maud había crecido en los últimos meses y necesitaba vestidos nuevos; a Sheila se le había acabado el material para fabricar los bonitos sombreros que luego vendía a un elegante negocio de la calle Bond; y Michael había requerido zapatos nuevos. Si el caballero cumplía su palabra, no les faltaría de nada a partir de aquel momento.

—¿Falta mucho para llegar? —preguntó. Sentía la lengua rasposa y dio otro pequeño trago, o tal vez lo hacía solo para animarse a hablar. Sabía que tenía que ser sincera con él y contarle de su familia, y aquel era un buen momento para hacerlo.

—No demasiado —respondió, al tiempo que le quitaba la petaca de la mano temblorosa y volvía a guardársela en el bolsillo—. En un par de minutos habremos llegado a nuestro destino.

—Aún no me ha dicho adónde nos dirigimos.

—¿Eso importa? Mientras encuentre el camino, todo estará bien.

Rose sacudió la cabeza en un intento por despejarse. Aquellas palabras le habían resultado incomprensibles, quizá porque habían llegado a ella distorsionadas. De hecho, la figura del hombre pareció desvanecerse por momentos, y extendió las manos hacia delante para aferrarse a ella mientras una sensación extraña se apoderaba de su mente y de su cuerpo, una liviandad que la asustó.

—¿Qué... camino? Yo... me siento...

Cerró los ojos casi al mismo tiempo que notaba las manos de él acercándola a su cuerpo. Su calor y su esencia la envolvieron, y se



dejó llevar por la niebla que inundaba sus sentidos.

—Duerma, señorita O’Flaggerty. Pronto terminará todo y usted podrá descansar en paz, como deseaba.

El dolor le martilleaba en las sienes y detrás de los párpados. Además, tenía frío; la superficie sobre la que se hallaba tumbada desprendía un helor que le calaba los huesos a través de las capas de su vestido. Voces indistintas alcanzaron sus oídos, pero se encontraba demasiado aturdida para comprender los ricos tonos masculinos. Se preguntó si se habría quedado dormida en algún salón del burdel.

Intentó abrir los ojos y una luz brillante, como del sol, la deslumbró. ¿Ya era de día? Pero ella recordaba haber viajado de noche con el caballero. Parpadeó varias veces y trató de enfocar la mirada. No era el sol. La luz que la cegaba era el fuego ardiente de unas antorchas que iluminaban el recinto en el que se encontraba. Sombras oscuras danzaban sobre las paredes. Componían extrañas figuras que provocaron que su corazón comenzase a latir apresurado. Una se cernió sobre ella y quiso gritar, pero tenía la garganta seca y cerrada. La respiración acelerada provocó que le dolieran los pulmones y se acrecentase el mareo.

—No tendría que haber despertado. —Reconoció la voz y casi sollozó por el alivio. Aunque no podía ver bien su rostro, sabía que se trataba del caballero—. Ahora todo será peor.

Rose no comprendió sus palabras por completo. Todavía sentía el cuerpo descompuesto y temblaba de frío.

—Agua —le pidió, arrancando un quejido a su garganta.

—Es mejor que no tome nada. Todo se acabará pronto, se lo prometo —le aseguró él. Su voz sonaba cargada de melancolía y tristeza, y la caricia suave que retrató su mejilla sabía a dolorosa



despedida.

Un estremecimiento involuntario la recorrió por entero. Intentó incorporarse, a pesar del mareo, pero un fuerte tirón en las muñecas se lo impidió. El pánico comenzó a atenazarla, un terror irracional que se acrecentó cuando el caballero se alejó y la luz de las antorchas le permitió ver las cadenas que sujetaban sus manos.

Rose comenzó a gritar mientras tiraba con fuerza de sus ataduras en un vano intento por deshacerse del tintineante metal.

—¡Déjeme ir, milord, yo no he hecho nada! —La garganta le ardía, pero los ecos de su voz se perdían en la resonante bóveda de piedra. Las lágrimas que arrasaban sus ojos le quemaban la piel—. ¡Soy una buena chica!

Cerró los párpados, angustiada. ¿Qué iba a ser de su familia: de su madre, del pequeño Michael, de Maud y Sheila? ¿Cómo podrían vivir sin su sustento? Una sombra la cubrió y abrió los ojos, sobresaltada. En ese momento, la luz se había tornado más intensa y pudo ver con claridad los de él. El caballero la miraba con una tristeza más profunda de lo que nunca le había visto. Pero, en esta ocasión, no sintió compasión, solo terror cuando un coro de voces masculinas entonó un cántico en una lengua desconocida y extraña. Unos hombres vestidos con túnicas negras rodearon la piedra sobre la que se encontraba tumbada.

—¿Podrá perdonarme, señorita O'Flaggerty? —La voz del caballero era un susurro dulce—. Ella es todo lo que amo y la necesito de vuelta conmigo. Usted tiene que morir para que ella viva, ¿lo comprende?

—¡No! ¡No, no, por favor! —suplicó entre sollozos—. No quiero...

Enmudeció y sus ojos se dilataron por el terror cuando vio ondear sobre su cuerpo una daga de plata, empuñada por el hombre que le había prometido que la haría feliz.

El grito agudo y horrorizado golpeó las paredes de piedra, pero sus oídos permanecieron sordos al eco de su propia voz y al borboteo de su sangre caliente al derramarse en el interior del cáliz de plata.

El caballero contempló el bello rostro de la mujer, exangüe y pálido, y durante unos instantes experimentó lástima por ella. «No se parece a Alice». El pensamiento vagó por su mente y lo ayudó a tranquilizarse.

—Lo has hecho muy bien. —La felicitación del Gran Maestro de la Orden lo sacó de sus cavilaciones—. El primero es siempre el más difícil, pero tú no has dudado. Estoy seguro de que conseguirás lo que te propones.

Él asintió. Volver a ver a su preciosa Alice, a su único amor. Nunca habría nadie como ella; nunca podría amar a nadie más.

Sí, lo conseguiría. El número siete era el número de la perfección, el que unía el número tres del espíritu con el número cuatro de la materia y devolvía la vida. Solo necesitaba seis víctimas más para realizar el ritual completo y poder traer a su esposa desde el abismo de la muerte.

## Capítulo 1

*Londres. Septiembre de 1858*

Camilla apretó con fuerza el pequeño bolso que sostenía sobre su regazo, aunque su rostro no dio muestras de la alteración que sentía por dentro. Forzó una sonrisa en beneficio del hombre que la contemplaba, nervioso, desde el otro lado del escritorio y contó hasta diez, a pesar de saber que no serviría de mucho.

Tenía un temperamento tan explosivo como su cabello cobrizo, y aunque procuraba mantenerlo a raya y cultivar la paciencia, en situaciones como aquella le costaba un verdadero esfuerzo comportarse como una dama. Respiró hondo y clavó sus ojos verdes en el caballero. En realidad, el único delito del hombre consistía en ser su abogado; por lo demás, era bajito, rechoncho y afable. A Camilla le recordaba a un pequeño conejo, con sus dientes un tanto prominentes.

—Veamos a ver si lo he comprendido bien, señor Atkinson —le dijo en un tono razonablemente calmo que, sin embargo, provocó un sobresalto en su interlocutor—. Poseo una considerable fortuna de la que puedo disponer como desee.

—Así es, señorita Lambert, con el beneplácito de su tío, lord

Dalwood, pero solo cuando usted cumpla los veinticinco años y si sigue soltera. Antes de eso será administrada por el conde o, en caso de matrimonio, por su esposo.

Ella asintió. Su tío Arthur le había explicado bien el asunto de su herencia y le había dado carta blanca para usar su dinero —algo que ella le agradecía infinitamente, pues eso le otorgaba la suficiente independencia para ocuparse de lo que más le preocupaba: sus niñas, las prostitutas del East End— del modo que estimase oportuno, ya que confiaba en su buen criterio. Aquellas palabras le habían caldeado el corazón, pues suponían un gran reconocimiento por parte de su tío, que siempre la había considerado algo alocada. Quizá fuese debido a la traición y a la muerte violenta de su tía Nadia, pero el hecho era que había madurado con rapidez.

—A pesar de lo cual —continuó Camilla—, no puedo comprar una casa y, mucho menos, fundar una institución.

El señor Atkinson tragó saliva y cabeceó despacio, mostrando su acuerdo.

—La ley de la propiedad...

—Por lo cual —lo interrumpió ella—, usted me sugiere, con desinteresada amabilidad, que me busque un esposo para que gestione mis intereses y mi herencia. ¿Estoy en lo correcto?

Un sudor fino perló la frente del abogado y este sacó un pañuelo para enjugárselo. Aquella jovencita era capaz de hacer temblar hasta al mismísimo diablo si lo miraba con aquel fuego que ardía en sus exóticos ojos verdes. Era una mujer hermosa, aunque no parecía darse cuenta de ello o, al menos, no le otorgaba la importancia que otras damas parecían atribuirle a la belleza. Su piel brillaba con la lozanía juvenil, y su figura era exquisita y atrayente para cualquier hombre que se preciara de serlo. Sin embargo, no se

había casado, a pesar de su edad, y Atkinson sospechaba que el problema se debía a su carácter, algo salvaje y desinhibido.

—Eh..., sí, eso es, señorita Lambert.

—Señor Atkinson, ¿me considera usted una tonta?

La pregunta fue formulada en tono moderado y más lleno de curiosidad que de otra cosa; sin embargo, el abogado brincó en su silla y el cuero del asiento crujió. La miró con los ojos como platos, entre escandalizado y aterrorizado, ante aquella pregunta para la que cualquier respuesta resultaría inadecuada. Contestó de la única manera en que podía hacerlo.

—No, no, claro que no, señorita.

—Pero es usted de los que creen que las mujeres somos inferiores a los hombres en inteligencia —afirmó.

—Yo no... yo no he dicho eso —balbuceó, confundido.

—Por supuesto, pero lo piensa.

—Eso es... —Se aflojó el lazo de la corbata y apretó los labios con fuerza hasta volverlos blanquecinos—. Señorita Lambert, lo que yo crea al respecto es indiferente. La cuestión es que la ley no permite que las mujeres posean propiedades ni, mucho menos, que dirijan una institución de ese tipo, por lo que, si realmente desea llevar adelante ese proyecto, lo mejor sería que siguiera mi consejo o, al menos, que se lo pensara. Y ahora, si me disculpa, tengo muchos asuntos que atender.

—Comprendo. —Camilla apretó los dientes y se puso en pie con lentitud, mientras intentaba contener su indignación—. Le agradezco el tiempo que me ha dedicado. Le haré saber mi decisión final. Buenos días, señor Atkinson.

—Señorita Lambert.

El abogado cabeceó, a modo de despedida, y suspiró de alivio cuando la dama abandonó la oficina. Esperaba no volver a verla en

mucho mucho tiempo.

Camilla atravesó con paso firme la sala de espera del bufete de abogados, sin mirar a ningún lado. Necesitaba aire y lo necesitaba en ese mismo momento. Estaba segura de que Lucy, la doncella que la había acompañado, la seguiría.

—¿Puedo suponer que las cosas no han salido como usted quería? —le preguntó la muchacha cuando se situó a su lado, apurando el paso.

—En absoluto —gruñó por lo bajo—. Los hombres son todos unos impresentables de mentalidad estrecha. Soy más que capaz de dirigir mis propios asuntos y tengo la suficiente inteligencia como para administrar mi dinero. ¿Por qué se empeñan los caballeros en vernos como seres inútiles cuya única función es ser un adorno de su casa?

—Le ha dicho que no. —Lucy se esforzó por ocultar una sonrisa; a su señorita no le gustaría que se alegrara por ese motivo, pero lo cierto era que se quedaba mucho más tranquila sabiendo que su ama no pasaría más tiempo del debido en aquel peligroso ambiente.

—Me ha dicho que me case. —La doncella parpadeó con sorpresa—. Bueno, más bien me lo ha aconsejado. Así, mi esposo podría comprar la propiedad en la que instalaríamos la escuela y poner la dirección a su nombre.

—No me parece mala idea —musitó la joven.

Camilla le dirigió una mirada dolida.

—Sabes lo que pienso al respecto del matrimonio, Lucy.

—Eso es porque aún no ha conocido al hombre adecuado, al caballero que la enamorará y querrá hacerla feliz.

El entusiasmo romántico de la muchacha provocó que Camilla pusiese los ojos en blanco. Ella conocía de primera mano los sufrimientos que acarrearía convertirse en esposa. No recordaba

mucho del matrimonio de sus padres, puesto que habían muerto cuando ella apenas era una niña; sin embargo, tenía muy presente a su tía lady Nadia, hermana de su madre. Había engañado a su tío con multitud de amantes, haciéndolo sufrir en demasía, para terminar traicionándolo de la manera más brutal. También conocía bien lo que los caballeros, supuestos amantes y esposos, hacían en los burdeles en los que trabajaban sus chicas.

—¿Conoces a algún hombre que sea capaz de ser fiel? —Alzó la mano cuando vio que Lucy le iba a responder—. Aparte de mi tío. Ya te respondo yo: no hay ningún hombre que sea de fiar.

—Una afirmación muy tajante, ¿no le parece, señorita Lambert?

La profunda voz masculina tan cerca de su oído le produjo un estremecimiento. Sabía a quién pertenecía aquel rico tono, al único caballero que era capaz de provocar que su corazón latiese a gran velocidad y que su cuerpo ardiese como si tuviera fiebre. Lord Charles Draymoor, el arrogante vizconde que insistía en cortejarla, a pesar de su oposición, porque aunque era capaz de despertar en ella el deseo, no la tentaba lo suficiente como para casarse con él.

Camilla se giró despacio y clavó en su apuesto rostro sus ojos verdes. Le irritó sobremanera ver aquella preciosa sonrisa de dientes blancos tan cargada de una mezcla de ironía y afabilidad.

—¿Usted cree? No tengo constancia de lo contrario.

—¿Qué cree que opinaría mi hermana de ello? —Hizo un gesto con la mano y la invitó a seguir caminando, mientras él se situaba a su lado—. ¿Incluye usted al marqués en esa misma categoría?

Ella apretó los labios, irritada.

—Por supuesto que no, lord Hallbrook es un caballero confiable —admitió. Y lo decía de corazón. Le debía mucho, puesto que él había sido quien la había salvado cuando su tía Nadia la había secuestrado—. Elisabeth es una mujer afortunada.



—¡Ah!, entonces admite que no se trata de una regla universal.

—Como usted sabe bien, milord, toda regla tiene sus excepciones.

—¿Y no cree que esa excepción la constituye el amor? —La miró de reojo. No sabía qué tenía aquella mujer, pero le trastornaba la sangre desde la primera vez que la vio, cuando contaba apenas diecisiete años y era una debutante—. Cuando un hombre ama de verdad a una mujer, no tiene necesidad de buscar satisfacción en otros lares.

—Quizá el problema sea que a los hombres les cuesta enamorarse de verdad. Les resulta demasiado fácil decir «te quiero», aunque no lo sientan verdaderamente en el corazón.

Charles notó la amargura que destilaban sus palabras y tuvo que contener el impulso de estrecharla entre sus brazos.

—¿Alguien se lo ha dicho a usted alguna vez, Camilla? —le preguntó en un suave susurro.

—No pienso contestar a eso, milord. Mi vida privada no es de su incumbencia —replicó, molesta.

—Pues a mí, sin duda, me encantaría que lo fuera.

—¡Por Dios!, es usted un hombre sumamente irritante. ¿Tiene intención de acompañarme durante todo el camino? Porque no estoy segura de poder resistirlo.

Charles se llevó una mano al pecho, sobre el corazón.

—Sus palabras me hieren, señorita Lambert, no sabía que disfrutase tan poco de mi compañía. —Ocultó una sonrisa cuando vio el tenue rubor que tiñó las mejillas femeninas—. Mi intención es invitarla a tomar algo y que me cuente por qué anda de un humor tan sombrío esta mañana. ¿Me lo permitirá?

Camilla dejó escapar un suspiro. El aire resultaba algo frío esa mañana de septiembre y no le importaría saborear una bebida

caliente antes de regresar a la mansión Dalwood. Necesitaba calmarse antes de poder hablar con su tío.

—Está bien, le perdonaré sus irritantes modales si nos invita, a Lucy y a mí, a una taza de chocolate caliente.

El brillo que iluminó sus ojos verdes, como una pradera en verano, y la sonrisa abierta y franca hicieron que el cuerpo de Charles se tensase de pura necesidad. Anhelaba besarla y hacerla suya, igual que un condenado a muerte anhelaba el indulto de su pena.

—Por supuesto. No estamos lejos de Berkeley Square, y aunque Gunter's es famoso por sus helados y sorbetes, también preparan un buen chocolate.

Galante, le ofreció su brazo, y ella lo aceptó.

La tetería de Gunter había sido fundada por el italiano Domenico Negri, como una tienda de alimentación, en 1757. En 1777 James Gunter se asoció con Domenico, y terminó siendo el propietario del negocio en 1799, convirtiéndolo en el local de moda de Mayfair al que solía acudir lo más granado de la aristocracia londinense.

Esa mañana casi todas las mesas se hallaban ocupadas, pero Charles consiguió una para ellos, aunque Lucy rehusó sentarse en la misma y lo hizo en una mesa aparte.

—Y dígame, señorita Lambert, ¿qué hombre ha sido el causante de su malhumor esta mañana? —preguntó él una vez que les hubieron servido el chocolate.

—¿Y por qué cree que ha sido un hombre?

Camilla aferró su taza con ambas manos y juntó los labios para soplar sobre el humo que emanaba de esta mientras observaba con curiosidad las volutas que se dibujaban en el aire. Charles la miró y no pudo evitar que una sonrisa traviesa se perfilara en su rostro. Ella, viendo que no contestaba, levantó la mirada y lo descubrió con

sus ojos clavados en los suyos.

—¿Se puede saber qué le resulta tan gracioso? —inquirió, molesta consigo misma por sentir un escalofrío recorrer su cuerpo ante la mirada seductora de Charles.

—Discúlpeme, no ha sido mi intención ofenderla —se excusó él—, pero ya sabe que me es casi imposible articular una sola palabra coherente ante una belleza como usted.

Camilla resopló, haciendo que los cabellos rojizos de su flequillo bailaran en su frente. Conocía a Charles desde hacía varios años y sabía de sobra cómo continuaba aquella conversación: él hablaría de su belleza, sus virtudes y lo mucho que necesitaba un esposo, y ella haría acopio de toda su paciencia para hacerle entender que se encontraba muy feliz en esa situación y que no pensaba permitir que ningún hombre sometiera su libertad bajo ningún concepto.

Sin embargo, esa mañana ya había cubierto su cupo de paciencia con el señor Atkinson, por lo que decidió no dejarse arrastrar a un debate sin salida y cambiar de tema cuanto antes.

—Pues tenía usted razón —afirmó, simulando una derrota que no sentía—, ha sido un hombre.

Charles abrió los ojos sorprendido. Era la primera vez en su vida que la señorita Lambert le daba la razón en algo, por lo que decidió no abrir la boca para no hacerla cambiar de opinión.

—¿No va a decir nada al respecto? —inquirió ella, sabiendo lo mucho que estaría disfrutando aquel hombre con su anterior afirmación.

—Prefiero escuchar su explicación, si no le importa.

Camilla buscó en su mirada la ironía que, con toda seguridad, debía acompañar a sus palabras, pero no la halló. Y eso la empujó a contarle, sin entrar en detalles, lo sucedido con el señor Atkinson apenas unos minutos antes de que el vizconde la sorprendiese en

mitad de la calle.

—No entiendo cómo ese hombre ha sido capaz de insinuar tal cosa —protestó Charles, ofendido ante la narración de los hechos y asombrando con ello a Camilla—. Intentar convencerla de que debe usted contraer matrimonio para poder así disponer de su dinero. Es inaudito.

—¡Eso mismo pienso yo! —corroboró ella, animada por sus palabras.

—¿Cómo se le ocurre a un simple abogado suponer siquiera que sería capaz de conseguir en una sola mañana lo que medio Londres lleva intentando lograr desde hace más de un año, que se case usted? ¡Increíble!

Camilla detuvo sus manos que alzaban la taza de chocolate justo cuando esta iba a alcanzar sus carnosos labios. Miró fijamente a Charles y este soltó una carcajada sin poder aguantar más la risa que había estado conteniendo durante la narración de los hechos.

—Es usted un... un...

El rostro encendido de la muchacha hacía juego con sus cabellos, mientras sus ojos verdes destilaban una furia que estaba a punto de desatarse. Sin embargo, Camilla sintió decenas de miradas posadas sobre ellos y decidió que no merecía la pena montar una escena en medio de la tetería, por mucho que lo deseara, por lo que decidió levantarse y salir sin decir nada, aunque le costase mantener la calma en ese momento.

Charles adoraba admirar el rostro de Camilla cuando esta se molestaba por algo, y ese era el motivo de que siempre le estuviera haciendo insinuaciones que la sacaran de sus casillas. Sus mejillas arreboladas y esa decisión que se reflejaba en sus ojos y la hacía parecer invulnerable eran todo un deleite para él. Pero, en aquel momento, viendo cómo se levantaba y le daba la espalda, se sintió

el hombre más estúpido del mundo. Ella le había confiado algo que le preocupaba realmente, y él se había mofado de su sinceridad, se había comportado como un ser insensible y estaba a punto de alejar de su lado a una mujer increíble.

—Señorita Lambert —la llamó con dulzura, al tiempo que se acercaba a ella con el rostro compungido por la culpa—, le suplico que disculpe mi falta de tacto. —Ella se detuvo, pero no se giró hacia él—. He sido un desconsiderado y le pido que ignore mis impertinentes palabras —continuó, esperanzado—, y deseo fervientemente que no se marche en este momento o no podré perdonármelo jamás.

La voz de Charles demostraba auténtico arrepentimiento, lo que hizo que ella se girara al fin. Al mirarlo, descubrió en sus ojos algo que no había visto nunca hasta entonces: sinceridad.

Asintió con seriedad y se sentó de nuevo bajo la atenta mirada de cuantos se encontraban en el local, porque, aunque había deseado no llamar la atención, el hecho de que un apuesto caballero y una distinguida dama tuvieran un altercado en pleno establecimiento era motivo más que suficiente para desviar la mirada hacia ellos e invitar a la murmuración durante el resto de la mañana.

—Si no la he entendido mal —retomó Charles la conversación con la esperanza de que Camilla olvidara lo sucedido—, usted quiere hacerse con una propiedad, y la única forma posible de hacerlo es contrayendo matrimonio.

La joven inclinó la cabeza en señal de afirmación. Aún continuaba molesta y no deseaba caer de nuevo en la trampa de sentirse escuchada para despertar de nuevo la burla de lord Draymoor.

—La entiendo —aseguró el vizconde—, pero no sé por qué le sorprenden todavía las normas de esta sociedad con la que convivimos, donde una mujer vale el precio que su esposo le quiera

dar.

—¿Y usted está de acuerdo con eso? —Los ojos de Camilla lanzaron chispas de nuevo.

—Mi opinión al respecto está de más, porque no cambiaría ni un ápice las normas sociales. Pero, desde luego, si la sociedad tiene razón y usted fuese mi esposa, no dude que su valor sería incalculable.

—No me consuela en absoluto su afirmación, lord Draymoor. — Camilla hizo un mohín de disgusto.

—Lo cierto es que solucionaría su problema.

—¿El qué? —espetó ella con ironía—, ¿que usted me valorase más?

—No, que usted se convirtiera en mi esposa.

Los ojos de Camilla se abrieron dando paso al desconcierto. El vizconde había bromeado muchas veces acerca de lo mucho que ella necesitaba un esposo que domara su temperamento. No obstante, en ese momento la seriedad cubría su rostro y en sus palabras no se percibía ni un atisbo de la ironía que siempre solían tener.

—Piénselo bien —continuó él, alentado por el silencio de la joven —, usted podría hacerse con esa propiedad que desea, tendría su dinero a su disposición y nadie le diría cómo debe o no gastarlo.

—¿Y qué ganaría usted con ello, lord Draymoor? —preguntó Camilla con suspicacia—. Porque no me dirá que su único fin es desear mi felicidad y que ahora resulta que ese es el motivo que impulsa su vida, ¿verdad? Los dos sabemos que no es un joven perdidamente enamorado dispuesto a sacrificar su futuro por mí.

Charles la observó con detenimiento. Camilla era una joven muy hermosa, pero su mayor belleza era la fuerza de su carácter. Ella no era como la mayoría de las mujeres que había conocido, al

contrario; la señorita Lambert no se doblegaba ante nadie, tenía sus ideales muy claros y no se dejaba manejar por cualquiera. Y eso lo atraía de una forma que casi no podía evitar y que, de hecho, no deseaba evitar.

—Ganaría una esposa. Ni más, ni menos. —Aproximó su rostro al de ella, de forma que Camilla sintió su aliento acariciando su pecosa nariz—. Y, sin duda, la mejor entre todas las mujeres que conozco.

El rostro de Camilla se tiñó de rojo y se odió a sí misma por ello, así que se obligó a desviar la mirada, deseando que el vizconde no se hubiese dado cuenta de su rubor. Sin embargo, justo antes de hacerlo, pudo ver un atisbo de sonrisa en los labios del hombre que la observaba con el deseo pintado en su mirada.

—Hablaré con mi tío —repuso decidida, en una tentativa de cambiar de tema—, él me ayudará. Resulta mucho más fácil echar mano de la familia que ya tiene una que formar una nueva y esperar que todo salga bien.

—Como desee —susurró él con seducción—, pero mi oferta seguirá en pie si su tío decide no escucharla.

Camilla apretó los labios para obligarse a no decir nada y se levantó mientras dirigía una mirada a Lucy para que la acompañara de nuevo. Sin embargo, Charles se le adelantó y le ofreció su brazo para abandonar juntos la tetería de Gunter. Ella lo tomó y, por un instante, sintió que algo había cambiado entre ellos. No sabía si era la mirada de Charles, los sentimientos que él provocaba en ella o esa estúpida proposición de matrimonio que acababa de hacerle. De lo único que estaba segura era de que aquel hombre despertaba en ella algo que prefería mantener controlado porque, si lo dejaba escapar, tenía la sensación de que esa fuerza la dominaría por completo y ya no podría ser dueña de sí misma.

Con esa mezcla de sensaciones, se despidió del vizconde y se



dirigió hacia la mansión Dalwood con el firme propósito de convencer a su tío Arthur y olvidar las palabras de Charles.

## Capítulo 2

**E**l señor Pembley había entrado para ocupar el puesto de mayordomo en la mansión Dalwood tras la marcha del señor Hall. A pesar de llevar ya algo más de cuatro años sirviendo a la familia, aún no se acostumbraba al carácter impetuoso de la sobrina del conde. Apenas tuvo tiempo de evitar que la joven lo arrollara cuando entró en el vestíbulo después de franquearle la entrada.

—Bienvenida a casa, señorita Lambert. Espero que haya resultado agradable su paseo.

—Gracias, señor Pembley. —Con un movimiento rígido de la cabeza, Camilla le agradeció sus buenos deseos—. Desde luego, su recibimiento es mucho mejor que el que me ha dispensado ese abogaducho del demonio.

Lucy puso los ojos en blanco mientras se ocupaba en recibir los guantes y el sombrero de su ama, y el mayordomo dejó escapar una discreta tos de reprobación que Camilla se limitó a ignorar.

—Comprendo —comentó él a falta de algo mejor que decir.

—No, señor Pembley, usted no puede comprenderlo porque es un hombre —declaró con fuerza—. No tiene que pelear día sí y día también contra unas absurdas normas que le impiden ser una persona con derechos y decisiones propias, con capacidad de

pensar por sí misma, y que la reducen a un mero adorno —espetó de mal humor, aunque enseguida se arrepintió de sus palabras. El pobre mayordomo no tenía la culpa de toda aquella absurdidad humana—. Discúlpeme, por favor, usted no es el causante de mis problemas y yo no debería pagar con usted mi mal humor.

—No se preocupe por mí, señorita.

Camilla asintió y le dedicó una sonrisa cargada de disculpas.

—¿Se encuentra mi tío en su despacho?

—Así es, señorita. Lleva toda la mañana trabajando en unos asuntos de la finca.

—Bien, supongo que no le importará que lo interrumpa.

No esperó ninguna contestación, sino que se dirigió de inmediato hacia el corredor que conducía al despacho del conde. Tampoco esperó a que su tío le diera permiso para entrar cuando llamó a su puerta, sino que penetró directamente en aquel santuario masculino que olía a cuero, a cera de pulir muebles y a papel viejo.

Lord Dalwood no necesitó levantar la mirada para saber que no era su secretario quien acababa de entrar.

—Por lo que veo, tu paseo matutino no ha mejorado tus modales —le dijo, al tiempo que terminaba de estampar su firma en uno de los documentos que poblaban la superficie de su escritorio.

Camilla dejó escapar un bufido y se acomodó en una de las sillas, frente a su tío.

—No ha sido culpa del paseo, sino del encuentro con el abogado.

—«Y de ese vizconde arrogante y descarado», añadió para sí. Se estremeció como si aún pudiera sentir la caricia del cálido aliento de Charles, junto con sus palabras—. Se ha negado a mi petición.

La expresión del conde no varió ni un ápice ante la declaración de su sobrina, aunque íntimamente se alegró de escuchar aquella noticia. Ya era malo que la muchacha dedicara parte de su tiempo a

visitar a las prostitutas del East End, pero que quisiera abrirles una escuela-hogar y que pretendiera dirigirla ella misma era poco más que una locura. Si podía evitarlo, no la expondría a ese peligro. Camilla ya había sufrido bastante.

—Lo lamento.

Ella lo observó con atención. Desde la traición de su esposa, su tío había envejecido de forma considerable. Su cabello se había vuelto plateado y numerosas arrugas surcaban la piel alrededor de sus ojos y su boca, en un perpetuo rictus de tristeza y amargura. No deseaba hacerlo sufrir más, pero tampoco podía renunciar a lo que consideraba su tarea más importante en la vida.

—No creo que lo lamente ni un poquito —lo contradijo, y esbozó una sonrisa para suavizar la acusación y ganarse su favor—, por eso va a tener que ayudarme.

Lord Dalwood se limitó a mirarla con una de sus aristocráticas cejas bien alzada.

—¿Qué ha sucedido?

—El señor Atkinson me ha recordado lo injustas que son las leyes inglesas con respecto a las mujeres —señaló, con un tono impregnado de sarcasmo— y me ha recomendado que, si quiero cumplir mi deseo, lo mejor que puedo hacer es adquirir un marido.

—No me parece una mala idea; de hecho, hace tiempo que deberías haberte casado.

—Por favor, tío, ya sabe lo que opino sobre ese tema —gruñó con frustración. Se levantó con un movimiento nervioso y comenzó a caminar por el despacho. Había cometido un error de estrategia al mencionárselo al conde. Detuvo sus pasos y le dirigió una mirada suplicante—. Lo que quiero pedirle es que me ayude. Solo necesito su firma para la compra de la casa, yo me ocuparé del resto, y le prometo que no le causaré ningún problema.

—Querida sobrina, tu nombre y la palabra «problemas» son sinónimos —repuso él, conteniendo un suspiro. Camilla sonrió, un tanto avergonzada, pero no se molestó. La reprimenda de su tío venía envuelta en el sutil aroma del afecto; además, era cierto que le había causado algunos quebraderos de cabeza, sobre todo en el pasado—. Dime, ¿qué es lo que tanto te molesta del matrimonio? —le pregunto, evitando dar una respuesta a su petición, al menos, por el momento, ya que estaba convencido de que ella no dejaría de insistir sobre el tema.

—La infidelidad —señaló de inmediato.

El conde torció el gesto.

—Casi lo dices como si fuera una parte inherente a esa sagrada institución.

—Es que lo es, tengo pruebas suficientes de ello —declaró con énfasis—. Si quiere, puedo darle...

Él la detuvo alzando una mano.

—No, prefiero mantenerme en la ignorancia sobre las vidas privadas de mis congéneres. Pero, dime, ¿dónde queda el amor en esta ecuación?

Camilla lo miró como si le hubiesen brotado dos cabezas.

—Mi querido tío, el amor es solo un recurso literario que usan los poetas para seducir a las damas.

—¿Y qué me dices del matrimonio de tus padres o del de lord y lady Hallbrook?

—Son las excepciones a la regla —sentenció con convencimiento.

—Quizá tu matrimonio podría ser también una de ellas; puede que encuentres un caballero que te ame de verdad y al que tú puedas amar. —Camilla poseía una gran reserva de ternura en su corazón. Era una mujer que había sido hecha para el amor, y estaba convencido de que el hombre adecuado podría despertar toda su

capacidad—. Me consta que pretendientes no te faltan...

—Por supuesto, siempre hay buitres alrededor de un cadáver — repuso con desdén.

—¡Camilla! —la amonestó lord Dalwood, aunque sabía que de poco serviría hacerlo. La joven tenía una lengua afilada y un carácter salvaje que necesitaba ser domado, ya que él se había rendido con ella hacía tiempo. Encontrar un caballero que supiera contener toda aquella energía sin mermar su espíritu no sería fácil. Soltó un suspiro cansado—. No todos los caballeros van detrás de tu fortuna.

—Cierto. —Se dejó caer de nuevo sobre la silla y jugueteó con uno de los pisapapeles que su tío tenía sobre el escritorio—. Hoy Charles volvió a pedirme matrimonio, y sé que él posee una considerable fortuna propia.

El conde la miró con suma atención.

—¿Charles? —Por supuesto que sabía a quién se estaba refiriendo su sobrina, pero le había llamado la atención el modo en que se había referido a él y el tono al pronunciar su nombre. Se sorprendió aún más cuando vio el rubor asomar a las mejillas de Camilla. «¡Vaya!, esto sí que es interesante».

—Me refiero al petulante y superficial vizconde Draymoor. Y antes de que saque conclusiones extrañas, déjeme decirle que solo lo hace para molestarme.

—Ya veo.

Ella lo observó con desconfianza.

—¿Por qué lo dice con ese tono? —Su tío arqueó las cejas en un gesto de arrogancia aristocrática—. Está bien, no responda a eso. ¿Me ayudará con la compra de la casa?

Lord Dalwood se apoyó contra el respaldo de la silla y cruzó las manos sobre el regazo. La miró con atención mientras meditaba

sobre la respuesta más adecuada.

—Lo siento, Camilla, pero, aunque quisiera, no me es posible.

Podía permitírsele, eso era cierto; sin embargo, quería que Camilla fuese feliz, y por mucho que pudiera ayudar a las jóvenes prostitutas y a los niños de la calle a salir adelante, se merecía una vida propia, alguien que la amase de verdad y que le diese hijos a los que cuidar. Él no viviría muchos años más, y no quería dejarla sin protección.

—¿Qué? ¿Por qué no? Tío Arthur, solo necesito su firma, no le pediré nada más.

—No se trata de eso —respondió con un suspiro—. Como miembro del gabinete de Gobierno de Su Majestad, no puedo involucrarme en proyectos de esta índole, el resto de los miembros del partido se me echaría encima, ¿comprendes? De verdad, lo siento.

Camilla apretó los puños con fuerza. Desde que se le había ocurrido la idea de abrir una escuela en el East End, no había encontrado más que problemas en su camino, pero no pensaba rendirse.

—Entonces se lo pediré a James.

—No creo que el marqués de Hallbrook...

—¡Pues, entonces, me casaré! ¡Demonios!

—Camilla, haz el favor...

Se levantó con un movimiento brusco.

—Lo siento, tío Arthur. Sabe lo mucho que deseo realizar este proyecto, y lo haré aunque tenga que cambiar yo misma todas las leyes de Inglaterra.

El conde le dirigió una mirada divertida.

—Te creo capaz de ello —le dijo, con una sonrisa benévola en su rostro redondo.



El mal humor de Camilla se disipó de inmediato. Rodeó el escritorio para acercarse a él y lo abrazó antes de depositar un beso en su mejilla.

—Sabe que lo quiero mucho, ¿verdad?

Lord Dalwood palmeó su brazo con cariño.

—Lo sé, pequeña. Yo a ti también.

—También sabe que no me rendiré.

Él asintió.

—Esa palabra no está en tu vocabulario. Pero, por favor, sé prudente.

—Lo seré, no se preocupe. —Se separó de él y le dedicó una sonrisa amplia, llena de cariño—. Deséeme suerte.

—Espero no recibir una convocatoria de la reina Victoria en los próximos días —musitó, aunque su tono no fue tan bajo como para que ella no lo escuchase.

Camilla soltó una carcajada y abandonó el despacho después de lanzarle un beso a su tío. El conde sacudió la cabeza cuando la puerta se cerró tras su sobrina y una sonrisa lenta se extendió por sus labios. «Mucha suerte, lord Draymoor. Espero que no me defraude y no se deje vencer por la terquedad de mi sobrina», se dijo.

Lucy interrumpió la canción que tarareaba cuando escuchó abrirse la puerta de la alcoba, y se asomó desde el vestidor. Por el gesto que dibujaba el rostro de la señorita Lambert, la conversación con su tío no debía de haber salido como ella esperaba. Suspiró aliviada. En cierto modo, a ella tampoco le agradaba el proyecto en el que quería embarcarse la joven. Aún recordaba con aprensión el día en que había sido secuestrada por lady Nadia, su propia tía, y cómo había estado a punto de morir. El East End era un lugar

peligroso, y cuanto más alejada se mantuviese Camilla de él, mejor.

—Me alegro de que estés aquí, Lucy. Prepárame un vestido de paseo, por favor.

—Pero si acabamos de llegar. ¿De verdad va a volver a salir? — se quejó. Luego, entornó los ojos y la miró con sospecha—. ¿No pensará ir a...?

—No —la interrumpió Camilla. A la doncella no le molestó el tono arisco de la joven. La servía desde hacía muchos años y, a pesar de su carácter, sabía que tenía un corazón noble y bondadoso—. Perdona, Lucy, no era mi intención ser brusca. Solo quiero ir de compras.

—Su tío se ha negado a ayudarla —supuso. Su ama tenía tendencia a salir de compras cuando se sentía inquieta o decepcionada.

—Dice que no puede, por su posición en el Parlamento. Y lo entiendo, pero tampoco quiero tener que casarme para poder abrir la escuela-hogar. —Se dejó caer sobre el inmenso lecho que ocupaba el centro de su dormitorio, y su aspecto derrotado conmovió a la doncella.

—Usted deberá juzgar si el sacrificio vale la pena, señorita —le dijo, acercándose y poniéndose de rodillas frente a ella para poder mirar su rostro. Los ojos verdes de Camilla, habitualmente vivaces y llenos de chispa, se veían opacados por la tristeza—. Sé que ama a esas chicas y se preocupa por ellas, encontrará una solución. El amor es capaz de las más grandes hazañas.

Camilla esbozó una sonrisa agradecida.

—A mí me parece más bien un sentimiento escurridizo, confío mucho más en la fuerza de voluntad.

—¡Ah, señorita!, eso es porque aún no ha conocido el verdadero amor. Cuando lo haga, comprenderá que este es la única fuerza

capaz de mover el mundo, la mente y la voluntad.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan sabia?

—Desde que la conozco a usted. —Le guiñó un ojo con picardía y se levantó para dirigirse de nuevo al vestidor—. Y ahora, veamos con qué la vestimos.

Bond Street se hallaba atestada de viandantes que recorrían la calle tanto para realizar sus compras como para entretenerse en los lujosos expositores que mostraban la mercancía de los distintos negocios. Durante el siglo XVIII, Bond Street había sido un centro de socialización para las clases altas; sin embargo, la llegada de la nueva centuria lo había convertido en uno de los principales centros de comercio, con negocios tan famosos como la joyería de Asprey o la famosa tienda de baúles y maletas de Finnigans.

Camilla se dirigió de inmediato a su local preferido, una sombrerería situada en New Bond Street que, aunque más reciente que otros negocios, había adquirido gran reputación entre las damas de la aristocracia por los preciosos modelos que confeccionaban y exhibían en el interior de la tienda.

El tintineo suave de una campanilla anunció su entrada a las dependientas, que se hallaban ocupadas atendiendo a algunas señoras.

—¡Señorita Lambert! —Acudió solícita una de las mujeres que se encontraba tras el mostrador y que regía el negocio—. Me alegro de verla de nuevo por aquí. ¿Desea ver los nuevos modelos que tenemos para ofrecerle? Son magníficos.

Camilla esbozó una sonrisa y asintió con dulzura.

—Se lo agradezco, madame Vernier. Estaré encantada de ver los nuevos modelos que tengan.

Por un momento, al menos, estaba decidida a olvidar todos sus

problemas y concentrarse en la deliciosa tarea de escoger un sombrero entre las maravillas que sin duda le ofrecerían.

Madame Vernier se disculpó unos instantes y entró en la trastienda, para aparecer poco después acompañada de una muchacha que sostenía varias cajas.

—Deja esos aquí, Sheila —le ordenó a la joven, señalando la pulida superficie del mostrador—, y después trae los otros que te he dicho. Vamos, criatura, no te retrases.

A Camilla le entusiasmó saber que, en esa ocasión, tendría una gran variedad de modelos entre los que escoger. No se consideraba una coqueta, aunque le gustaba vestirse a la moda como a cualquier otra joven; sin embargo, los sombreros eran su debilidad, quizá porque así podía ocultar un poco su flamígera cabellera de rebeldes rizos. A pesar de que no deseaba reconocerlo ni siquiera ante sí misma, se avergonzaba un poco de su color cobrizo, tan diferente al cabello rubio dorado de otras damas y que tanto atraía a los caballeros.

Suspiró, un tanto melancólica, y prestó atención a los modelos que le mostraba la dueña de la sombrerería. Uno de ellos le llamó especialmente la atención. Forrado en seda verde, con un adorno floral en el lado derecho, resultaba sencillo y elegante a causa de los numerosos detalles que tenía, como las cintas trenzadas que bordeaban la copa o el encaje del ala del bonete.

—Este es precioso.

Madame Vernier asintió, complacida y orgullosa.

—Es obra de una de nuestras dependientas, Sheila. Si desea hacer alguna modificación, estoy segura de que la joven...

—No, no, es perfecto tal como está —le aseguró Camilla—, pero me gustaría preguntarle si puede hacer algo por mí. Para un regalo.

—Por supuesto, en cuanto llegue con el resto de los sombreros

podrá hablar con ella.

La dueña del negocio echó un vistazo, con el ceño fruncido, hacia la cortina por la que había desaparecido la joven dependienta.

—Si me disculpa un momento, señorita Lambert. —Forzó una sonrisa educada y se dirigió con pasos rápidos hacia la trastienda—. Esta muchacha... ¡Oh, lady Blythe, enseguida la atiendo!

Sheila sujetó las cajas con fuerza, para que no se le cayeran mientras atravesaba la cortinilla que la separaba de la tienda. Buscó con la mirada a madame Vernier y suspiró con alivio cuando la vio atendiendo a una de las clientas. Apoyó las cajas en el suelo unos instantes para ordenarlas. Agachada tras el mostrador, le llegaron retazos de una conversación cercana. Intentó no prestar atención a las damas, pero el hecho de que hablasen en susurros se lo puso difícil.

—Te aseguro que es ella —comentó una de las mujeres—; ese cabello es inconfundible.

—Dicen que trae de cabeza a su pobre tío —la secundó la otra dama—, como si no hubiera tenido suficiente ya con el escándalo de su esposa.

—¡El East End, nada menos! —replicó la primera con desagrado—. El peor lugar de Londres. Ninguna mujer que se considere una dama pisaría esas calles, están llenas de ladrones y mujeres de mala vida. —Bajó aún más la voz, si es que eso era posible—. Y dicen que se dedica a ayudarlos, como si esa gente quisiese ayuda.

Sheila se quedó paralizada al escuchar esas palabras y puso toda su atención en la conversación que intercambiaban ambas damas.

—Fíjate bien en ella. La señorita Lambert, con esos ojos verdes y su cabello rojo que anuncia problemas, intentando ser la salvadora de los pobres y marginados. —El tono despectivo despertó una sonrisa maliciosa en su compañera—. ¿Has visto algo más ridículo

en tu vida?

La risilla burlona de las dos damas atrajo la mirada de Camilla y de madame Vernier que, al volverse hacia ellas, descubrió a la joven dependienta junto a la entrada de la trastienda, con las cajas de sombreros en el suelo.

—¡Sheila! —la reprendió, acercándose a ella, molesta—. ¿Piensas quedarte ahí plantada toda la mañana? La señorita Lambert está esperando.

—Lo siento, madame, no volverá a ocurrir —se apresuró a disculparse la joven. No quería que la echaran, necesitaba el trabajo.

La mujer sacudió la cabeza.

—Está bien. Ahora, date prisa y enséñale los sombreros a la dama. Ha mostrado interés por una de tus creaciones y desea hablar contigo —le explicó—. Muéstrate respetuosa con ella.

—Sí, madame.

La muchacha bajó la cabeza, sumisa, y se aproximó al lugar donde aguardaba la señorita, depositando las cajas sobre el mostrador. La sonrisa cálida con la que la recibió esta y la conversación que acababa de escuchar despertaron en Sheila una llama de esperanza. No pudo evitar posar sus ojos en la dama y grabar en su mente aquel rostro que le pareció el de un ángel.

Estaba segura de que ella la ayudaría a encontrar a Rose.

## Capítulo 3

Camilla observó los diversos sombreros que le mostraba la joven. Eran originales, con un estilo sencillo pero elegante que la cautivó. Tomó uno de ellos y se lo probó. Se trataba de un sombrero de copa corta, forrado en seda de un suave color lila con un adorno de plumas negras y un velo, también negro, que caía desde atrás.

Contempló su imagen en el pequeño espejo que le sostenía la dependienta. El conjunto resultaba atrevido, tenía carácter, y eso le gustó.

—¿Los has hecho tú? —le preguntó a Sheila, al tiempo que retiraba con cuidado el sombrerito para no estropearse el peinado.

—Sí, señorita, son obra mía.

—¿Y quién ha hecho el diseño?

La joven se sonrojó y bajó la mirada hacia el mostrador. Sus manos se afanaron en colocar los adornos florales de uno de los sombreros, que no necesitaban ser corregidos en absoluto.

—También es mío —musitó, en voz tan baja que Camilla tuvo que esforzarse para escucharla.

—¿De verdad? Son preciosos, creo que tienes mucho talento —le aseguró con fervor—. ¿Solo haces sombreros?

—Sí, señorita, aunque también sé coser y he creado algunos

vestidos. —Miró el que llevaba la dama y sus ojos brillaron—. Pero son muy sencillos, jamás me atrevería a confeccionar algo como... —Señaló el precioso vestido que lucía Camilla. En tonos verdes, la voluminosa falda, ampliada por la crinolina y las enaguas, se extendía como una pradera en verano; el cuerpo ceñido se cerraba sobre el cuello en forma de lágrima y dejaba al descubierto la cremosa piel del nacimiento de sus senos. Las mangas, cortas, terminaban en un encaje negro, festoneado en dos capas.

—¿Y por qué no?

—Señorita —la interrumpió con algo de vergüenza—, es que yo no he estudiado.

Camilla la observó pensativa, y, de pronto, una idea comenzó a germinar en su mente.

—¿Cuál era tu nombre?

—Sheila, señorita.

—Dime, Sheila, ¿crees que serías capaz de enseñar a otras chicas a hacer sombreros y a coser vestidos? —Procuró que su voz mantuviese un tono normal y no reflejase la creciente excitación que la embargaba mientras esperaba una respuesta.

Abrir un taller de costura en la escuela-hogar para chicas de la calle le parecía no solo una idea brillante, sino también un modo excelente para procurar trabajo a esas jóvenes y lograr que dejaran la prostitución. Claro que, para eso, primero tenía que conseguir fundar la escuela. Sin embargo, no permitió que esa nube negra se enseñorease sobre el horizonte luminoso que acababa de vislumbrar.

—Sí, señorita, creo que sí. He enseñado algo a mis hermanas. — Su voz se tiñó de tristeza al pensar en Rose y comprendió que tenía que contárselo a la dama—. Disculpe, señorita, ¿se va a quedar con alguno de los sombreros?



Camilla vio que la joven miraba por encima de su hombro hacia donde se encontraba madame Vernier y supuso que le preocupaba que pudiera regañarla. Con toda seguridad, no podía permitirse perder su puesto, y ella aún no tenía nada real que ofrecerle. La escuela-hogar era todavía un sueño, solo eso. Suspiró, en parte frustrada y en parte decepcionada.

—Sí, creo que me quedaré con este —dijo, señalando el sombrerito de copa—, y este otro.

La muchacha asintió y volvió a mirar sobre su hombro, nerviosa, tras lo cual se aproximó tanto a ella que Camilla se sorprendió.

—Señorita —bajó la voz hasta que no fue más que un susurro apresurado, difícil de percibir—, ¿podría decirle a madame que quiere que la acompañe a...? —se interrumpió cuando escuchó, cercana, la voz de la dueña de la sombrerería—. Necesito hablar con usted, por favor.

El tono obsequioso de madame Vernier se sobrepuso al susurro de la muchacha.

—¿Ha encontrado algo que sea de su agrado, señorita Lambert? Si no le gusta ninguno de estos modelos, por supuesto tenemos muchos otros que tal vez le parezcan más apropiados.

Camilla miró a Sheila, pero solo podía ver su coronilla, puesto que mantenía la cabeza agachada. No tenía ni idea de qué podría necesitar la joven, pero ella nunca negaba su ayuda a nadie. Se volvió hacia la mujer con una sonrisa.

—No hará falta, madame. Como le he dicho a su joven dependienta, sus creaciones me parecen una maravilla, y... —estaba segura de que iba a arrepentirse de sus siguientes palabras— quiero llevármelos todos.

Vio que Sheila levantaba la cabeza de golpe, pero no apartó la mirada de madame Vernier. La mujer tenía los ojos y la boca abierta

como si le hubiera dado una apoplejía, y Camilla se preocupó.

—¿Los seis? —logró balbucear.

—Por supuesto; a menos, claro, que ya los tenga comprometidos.

No pudo evitar que se filtrase en su tono un leve matiz de esperanza que, por suerte, la mujer no pudo detectar. Estaba demasiado entusiasmada con aquella venta. «Al menos, no me negará lo que le pida», se dijo. Lo que no sabía bien era cómo iba a justificar semejante derroche ante su tío, sobre todo cuando necesitaba todo el dinero del que pudiera disponer para sacar adelante su proyecto.

—No, no —se apresuró a aclarar la dueña del negocio, encantada con la compra—, de ningún modo. Son todos suyos.

—Estoy segura de que seré la envidia de muchas damas y que querrán saber dónde los he adquirido —la aduló Camilla, y vio cómo a la mujer le brillaban los ojos de pura codicia—. Quisiera pedirle un favor, madame Vernier, si no es mucha molestia.

—Dígame, estaré encantada de ayudarla si se encuentra en mi mano.

La afirmación contenía un matiz de precaución y reserva. «¿Ni siquiera el precio de seis costosísimos sombreros es suficiente para granjearse un favor?», gruñó Camilla en su interior. Se tragó el malestar e impostó su mejor sonrisa.

—Verá, me gustaría que Sheila me acompañase un momento a la mansión Dalwood. —Al ver la protesta que se formaba ya en los labios de la mujer, se apresuró a continuar—: Quisiera que tomara nota de algunos arreglos que desearía que hiciera a los sombreros para que combinaran mejor con mi vestuario. Por supuesto, para eso necesito que vea los vestidos.

—Bueno, ahora mismo tenemos mucha clientela en la tienda. —La excusa resultaba pobre. Tenía suficientes dependientas como

para que no echara en falta a una de ellas—. No sé si sería conveniente...

—Claro está, pagaría por este servicio extraordinario —añadió Camilla.

—Oh, es usted muy generosa, señorita Lambert. Nos gusta atender bien a nuestros clientes y no es fácil prescindir de una de nuestras mejores dependientas. Pero por usted haré una excepción —declaró, con una sonrisa condescendiente—. No me gustaría privarla de la ayuda que Sheila pueda brindarle.

Camilla se tragó una réplica mordaz.

—Es usted muy amable, madame.

Poco tiempo después, Sheila viajaba en el lujoso carruaje aferrada a una de las cajas de sombreros como si le fuera la vida en ello. Sentada con la espalda tan recta que apenas rozaba el acolchado asiento, miraba a través de la ventanilla como si contemplase Londres por primera vez. Y tal vez así era, pensó Camilla.

—¿De qué querías hablar conmigo?

La joven se volvió a mirarla, y ella pudo observar el miedo en sus ojos, de un azul límpido y claro. La vio tomar aliento antes de que comenzase a hablar.

—Me llamo Sheila O'Flaggerty, señorita, y nací en Irlanda. Cuando mi madre se quedó viuda, ella, mis tres hermanos y yo vinimos a Londres en busca de una vida mejor. No resultó fácil. — Camilla asintió. Sabía a lo que se refería. Muchas de sus chicas provenían del campo, algunas eran compatriotas de Sheila, y todas habían acabado en los burdeles porque no habían tenido ninguna oportunidad para encontrar un oficio adecuado—. Después de intentar buscar trabajo en muchos lugares, Rose, mi hermana mayor, entró en... —titubeó—, comenzó a trabajar para madame

Beth, en Haymarket.

—Comprendo —comentó Camilla para facilitarle las cosas a la joven, que se había sonrojado y había agachado la cabeza, avergonzada. Aunque nunca lo había visitado, había escuchado hablar de aquel burdel de lujo.

—Rose es una buena chica. Ella solo quería que nosotros estuviésemos bien —la justificó con tal vehemencia que pudo percibir el cariño hacia su hermana—. Todos los meses traía dinero a casa para comida y vestidos, y quería que Michael aprendiera a leer y a escribir para que encontrase un trabajo honrado. Pero hace más de cuatro meses que Rose no ha vuelto a casa.

—¿Y cómo puedo ayudarte yo? Si necesitas un trabajo mejor pagado, podría...

Sheila sacudió la cabeza y ahogó un sollozo.

—No es eso, señorita. Solo quiero... Le ruego que me ayude a encontrar a Rose. Sé, lo siento aquí —señaló, golpeándose el pecho—, que le ha ocurrido algo malo. Cuando no volvió a casa después del primer mes, fui a... a ese sitio, y me informaron que no estaba allí. Madame Beth estaba furiosa porque decía que se había marchado sin comentar nada. Pero yo sé que eso no es cierto, señorita, Rose nunca nos abandonaría. No quería que Maud y yo acabáramos como ella. Tiene que ayudarme a encontrarla —terminó, con un gimoteo que ocultó cubriendo la boca con su mano, mientras dos gruesas lágrimas descendían por sus mejillas.

Camilla se movió de su asiento para colocarse al lado de la joven y la abrazó con fuerza. Sintió que el corazón se le encogía cuando se rompió la contención a la que sometía su pena y comenzó a llorar con sollozos desgarradores. Sheila debía tener diecisiete o dieciocho años, y ya cargaba a sus espaldas un gran sufrimiento.

—Te prometo que intentaré ayudarte —le aseguró, al tiempo que

le acariciaba la espalda en un intento por consolarla—. Háblame de Rose.

Mientras escuchaba la temblorosa narración de la joven, se dio cuenta de que tendría que visitar Haymarket, algo que no le haría gracia a su tío si se enteraba. Necesitaba toda la información que pudiera conseguir, no solo para ayudar a Sheila. Había algo en todo aquello que la preocupaba aún más. Rose no era la única chica que había desaparecido; en los últimos cuatro meses, otras tres prostitutas también lo habían hecho, sin dejar rastro. El asunto comenzaba a resultar demasiado extraño y perturbador. Por eso le urgía abrir la escuela-hogar, para ofrecer un refugio seguro a sus chicas.

«Y lo haré, aunque para ello tenga que casarme con el mismísimo diablo», se juró a sí misma.

Se le había hecho demasiado tarde y Betty se iba a enfadar con ella. No le gustaba que anduviese de noche por las calles de Whitechapel, a menos que se encontrase cerca de la protección que ofrecía el burdel. Sin embargo, la noche había caído casi antes de que se diera cuenta, y aún se encontraba algo lejos de la seguridad de su habitación y de los brazos de Betty.

El último cliente había insistido en que la acompañase a beber, y aunque ella solo había consumido un tercio de su pinta de cerveza, el hombre había bebido suficiente por los dos. Conocía bien a Jack, ya que era un habitual del burdel, así que había decidido realizar su buena obra del día acompañándolo a su casa, en lugar de dejarlo dormir en la calle y que amaneciera con un cuchillo clavado en el pecho o con la garganta cercenada. Llevarlo hasta el viejo edificio en el que vivía le había costado más tiempo de lo que había imaginado, y en esos momentos, Margaret se encontraba donde no quería estar, sola en medio de las mugrientas calles oscuras del

peor barrio de Londres.

Apresuró el paso, procurando hacer el camino lo más cerca posible de las farolas que alumbraban con su pálida luz el empedrado. Se animó a sí misma, diciéndose que ya no quedaba mucho para llegar y que Betty la estaría esperando. No le importaba si la regañaba por imprudente; al fin y al cabo, lo había hecho casi desde que se conocieron, pensó, dibujando una sonrisa en su rostro aniñado.

La primera vez que se detuvo frente al burdel era una muchachita asustada, con el cabello rubio recogido en dos trenzas, los ojos azules agrandados por el temor, y sus manos temblorosas de campesina, que sujetaban con fuerza la bolsa con sus escasas pertenencias. La dueña del local, aunque la había aceptado, le prestó escasa atención, y le encargó a Betty que se ocupara de ella. Compartieron habitación, vestidos, joyas, intimidad y secretos, y se convirtieron en amigas inseparables.

Juntas soñaban con abandonar aquella vida miserable que llevaban y alquilar una pequeña casa en un pueblo respetable, donde podrían vivir como dos solteras hasta el fin de sus días, cosiendo a la luz de la velas y cultivando verduras en un pequeño huerto dentro de su precioso jardín. Cuando llegase la primavera, saldrían a pasear por el campo; y durante los fríos inviernos se sentarían junto a la chimenea y tomarían té mientras charlaban. Era un bonito sueño, y ahorraban cada penique que recibían para convertirlo en realidad.

Suspiró, aliviada, cuando reconoció los contornos de los edificios que la rodeaban. Al fondo de la calle, embutido entre dos viejas y destartaladas casas, se alzaba el burdel. Apresuró el paso. Al instante, sin embargo, sus pies se detuvieron cuando distinguió una figura masculina que caminaba hacia ella por la calle. Nerviosa,

comenzó a mirar a un lado y a otro, por ver si podría ocultarse en el vano de alguna de las puertas, ya que el hombre parecía no haberla visto todavía. Avanzaba despacio, con la cabeza agachada y paso firme, lo que le indicó que no se hallaba borracho. La luz de una farola lo iluminó durante unos instantes, los suficientes para que Margaret comprendiese que se trataba de un caballero. Tomó aire y, decidida, continuó su camino para recorrer los pocos metros que la separaban de la seguridad del que era su hogar.

El hombre debió de escuchar el repiqueteo de sus pasos sobre los adoquines, porque alzó la cabeza y pareció sorprenderse de verla allí, tan cerca de él.

—Buenas noches, señorita.

Su voz era suave y dulce, como la melodía triste de la flauta que solía tocar un muchachito del pueblo en el que ella se había criado. Le trajo recuerdos lejanos y la llenó de añoranza.

—Buenas noches, señor. —Se obligó a responder.

A pesar de que la tenue luz le mostraba a un caballero que vestía con elegancia, de rostro atractivo y una mirada cargada de una honda tristeza, no podía pasar por alto su constitución fuerte.

—Una joven como usted no debería caminar sola por estas calles a horas tan tardías.

Margaret no descubrió en su tono ningún motivo de amenaza ni intencionalidad alguna, tan solo preocupación por ella, y, de pronto, se sintió un tanto avergonzada por tener que confiarle hacia dónde se dirigía. Aunque resultaba claro que el hombre debía haber abandonado el burdel hacía unos momentos; de otro modo, no se explicaba qué podía hacer un caballero en aquel rincón perdido de la mano de Dios.

—No me queda mucho trayecto, señor. Me dirijo a la casa de la señora Lilith.

Lo vio asentir despacio y supuso que había comprendido a quién se refería.

—Permítame acompañarla, de todos modos.

El hombre le ofreció el brazo con galantería, y a Margaret le dio apuro negarse. Apoyó la mano y sintió la dureza de su músculo y la suavidad de la tela de su abrigo. El cuerpo masculino desprendía calor y un sutil aroma a bergamota y a limpio. Lo observó de reojo mientras echaban a andar. «Si todos mis clientes fueran como él, sería una bendición», se dijo. Además, sin duda aquel hombre poseía una buena bolsa cargada de monedas, y pagaría sus servicios con generosidad. Sería más fácil cumplir su sueño y el de Betty. Dejó escapar un suspiro pesaroso.

—¿Tiene algún problema, señorita? —le preguntó él con cortesía—. ¿Puedo serle útil de algún modo?

Margaret se vio tentada de suspirar de nuevo. Parecía que había ido a topar con un caballero andante. Se mordió el labio inferior, indecisa.

—¿Tal vez no se encuentra usted a gusto en casa de la señora Lilith? —insistió el hombre—. Es usted muy joven, y, quizá, podría encontrar otra ocupación para ayudar a su familia.

Su comprensión le tocó el corazón. Los hombres con los que solía estar ni siquiera se preguntaban qué hacía en un lugar como aquel; se limitaban a usarla para saciar sus apetitos y su lujuria, y se marchaban dejándole unas míseras monedas. Como si ella no tuviera alma, como si no fuera un ser humano con deseos y sueños. La delicadeza del caballero la conmovió.

—No tengo familia —le confió—, y aunque la señora no me trata mal, sí que me gustaría ganarme la vida de otra forma. —Miró aquel rostro serio y apacible. El hombre le doblaba la edad, y vio en él al padre que nunca llegó a conocer—. Mi sueño es tener una casita



propia, sencilla y modesta, en algún pequeño pueblo donde poder vivir tranquila y en paz.

A pesar de las sombras que los acechaban en aquella sórdida calle, el caballero pudo percibir el rubor que coloreó las mejillas de la muchacha, y se maravilló de que aún pudiese conservar algo de su inocencia juvenil. Sintió un nudo en el estómago cuando vio que lo miraba con algo parecido a la esperanza. Era joven, demasiado joven. «Pero anhela paz y tranquilidad, y tú puedes ofrecérsela», le dijo su voz interior. Una voz que cada vez tenía más dominio sobre él, a pesar de que le disgustaba.

Se obligó a pensar en su amada esposa y en el día en que pudiera tenerla de nuevo en sus brazos. Era el único pensamiento que le daba fuerzas para seguir adelante con lo que estaba haciendo, porque, en las noches solitarias que transcurría en su lecho, los remordimientos lo perseguían impidiéndole conciliar el sueño, y las dudas se cebaban con su conciencia, a la que intentaba acallar a fuerza de penitencia. El Gran Maestro de la Orden le había asegurado que no había otro medio para hacer que Alice volviese a la vida, y que, en el fondo, él solo estaba procurando una vida mejor a esas jóvenes prostitutas. Quería creer en sus palabras, pero el eco de los gritos asustados de las muchachas martilleaba en su cabeza día y noche. Rogó al cielo que, el día que tuviese de nuevo a Alice en sus brazos, pudiese olvidar.

—¿Busca paz y tranquilidad? —inquirió, quizá con la esperanza de que ella lo negase.

Era muy joven, pensó de nuevo. No merecía morir. Pero también su esposa había muerto joven sin merecerlo. Relegó, una vez más, su propia culpa al fondo de su conciencia. Si él no la hubiera dejado embarazada, Alice no habría muerto al intentar traer a su hijo al mundo.

La voz suave e ilusionada de la muchacha se abrió paso en su mente, devolviéndolo a la calle oscura y maloliente.

—Sí, señor. Quiero una vida nueva.

El caballero miró hacia delante. Se hallaban ya próximos al burdel, y él sabía que la casa tenía un portero, grande y corpulento, que hacía las veces de guardaespaldas y protector de las muchachas. Lo mejor que podía hacer era no dejarse ver por él.

Tomó aire y miró al cielo, antes de volverse hacia la joven con el corazón latiéndole a toda velocidad, mezcla de angustia y anticipación.

—Yo puedo ofrecerte esa nueva vida.

## Capítulo 4

Las calles de Whitechapel tenían un aspecto menos sórdido a la luz del día, y una apariencia menos peligrosa; de cualquier forma, Camilla agradeció la presencia de Johnny, que la aguardaba al inicio de Whitechapel High Street para escoltarla.

Se despidió de Lucy, su doncella, que permanecería en el carruaje hasta que ella volviera de su visita. A la joven no le gustaba nada tener que acompañarla en sus correrías, y Camilla prefería no obligarla a caminar por esas calles y tener que escuchar sus quejas y reproches. Le dolía que nadie comprendiera por qué hacía todo aquello. ¿Cómo podía dejar a todas aquellas chicas desprovistas de ayuda y de la posibilidad de tener un futuro mejor? No era ninguna idealista y sabía que no podía rescatarlas a todas, pero si lograba, al menos, cambiar la vida de una de ellas, se sentiría satisfecha.

—Muchas gracias por esperarme, Johnny —le dijo en cuanto comenzaron a recorrer la calle.

El muchacho sonrió. Tenía una bonita sonrisa y todos los dientes, algo nada desdeñable en un barrio como aquel. A sus dieciocho años era un joven atractivo, lleno de fuerza y vitalidad. Cuando lo conoció, dos años atrás, se hallaba casi en los huesos y tenía el rostro y el cuerpo cosido a moratones por la paliza que le había

dado el dueño de la cervecería en la que trabajaba. Ella lo recogió del sucio callejón en el que lo habían abandonado y lo cuidó hasta que se recuperó. Luego le buscó un trabajo mejor: ser su guía en aquel intrincado laberinto de callejuelas que era Whitechapel.

—Ya sabe que lo hago con mucho gusto, princesa. —Azorado, metió las manos en los bolsillos de sus deslucidos pantalones y tiró hacia abajo.

—Te he dicho muchas veces que no me llames así —lo reprendió, a pesar de saber que sus palabras caerían en saco roto—. No soy ninguna princesa.

—Claro que sí, señorita, usted es la princesa del East End. Todo el mundo la llama así —se justificó. Luego frunció el ceño, como un niño enfurruñado—. Ningún otro de esos encopetados haría lo que usted hace por nosotros. Le preocupamos.

—Por supuesto que me preocupáis. —Miró a su alrededor. La pobreza y el hacinamiento se reflejaba en todos los rostros con los que se cruzaban, en las fachadas de los edificios, en los negocios: curtidurías, mataderos, cervecerías o fundiciones—. Esto no es vida.

Johnny se encogió de hombros.

—Es la única que conocemos.

—Lo sé. —Su voz tenía un ligero matiz de desaliento poco propio de ella, y el chico la miró con curiosidad. Camilla forzó una sonrisa—. Pero eso cambiará en cuanto abra la escuela-hogar.

El muchacho abandonó su paso desgarrado y se estiró como si fuera un pavo real.

—Y yo seré el portero de la escuela, ¿verdad, señorita?

—Claro, eres la persona adecuada para ese puesto. —Ella sonrió ante el orgullo que vio brillar en los ojos del chico—. Aunque tendrás que aprender algunas cosas.

—¿Y cuándo podré empezar a trabajar?

—Primero necesitamos la escuela, ¿no te parece?

—¡Esa ya la tengo! —Su entusiasmo y convencimiento eran tales que hasta ella se contagió.

—¿Cómo que ya la tienes?

—Sí, señorita, he encontrado la casa que usted quería. ¿Quiere verla? No está lejos.

Camilla asintió y Johnny la condujo por entre las madrigueras de pequeñas callejas oscuras que se ramificaban desde la avenida principal, evitando pasar por Dorset Street, la peor calle de Londres. No tardaron en llegar a Brick Lane, que había recibido su nombre por la producción de ladrillos y azulejos que tenía lugar en la zona, y que pertenecía a Spitalfields y no a Whitechapel.

—¿Y bien? ¿Dónde está? —le preguntó cuando el muchacho se detuvo en medio de la amplia vía.

—Aquí. —Señaló hacia la fachada de ladrillo rojizo que había ante ellos.

—¿Qué demonios es esto?

Johnny chasqueó la lengua.

—Una dama no debe maldecir nunca.

—Suenas como mi tío —repuso, esbozando una mueca y poniendo los ojos en blanco—. A ver, explícame qué es... esto.

«Esto» parecía más una nave o un inmenso almacén que una casa.

—Un taller —respondió ufano—. Pertenecía a uno de esos hugonotes que invadieron estas calles.

—No la invadieron —lo corrigió ella, contemplando con atención el edificio—, emigraron aquí.

—Bueno, eso. —Con un encogimiento de hombros le hizo saber que le daba igual cuál fuese la palabra correcta—. Tenía un taller para hacer ropas y telas, pero quiere venderlo.

—¿Un taller de costura?

Aquello le pareció interesante, sobre todo porque le recordó la propuesta que le había hecho a Sheila. Por otro lado, un lugar así sería amplio y, sin duda, podría construir dormitorios para las chicas en el interior, además de salones para la escuela y los talleres. El proyecto comenzó a tomar una forma agradable en su mente, a pesar del aspecto horripilante del edificio, del olor como a huevos podridos que inundaba el aire y del ingente trabajo que supondría convertir aquel espacio en un verdadero hogar.

—Es el olor de la fermentación de la malta —le explicó Johnny, al verla arrugar la nariz con desagrado—. Hay muchas cervecerías por aquí.

Ella miró con ansiedad, y Camilla supo que aguardaba una respuesta.

—Me gusta —le dijo sencillamente, y recibió a cambio una luminosa sonrisa de su acompañante—. ¿Crees que el dueño estaría dispuesto a vendérmelo?

—¡Oh, sí! Ya hablé con él.

—¿De veras?

Quizá fue por el entusiasmo con el que pronunció las palabras o porque, en ese momento, Johnny cayó en la cuenta de lo que implicaba aquella simple pregunta, pero el chico se rascó la mata rubia y desordenada que tenía por cabello mientras respondía:

—Bueno, claro, lo hará... si se lo vende a un caballero —concluyó después del leve titubeo. La escuchó resoplar, indignada, y se apresuró a añadir—: Pero no se preocupe, buscaremos a alguien que...

Ella alzó una mano para detener su perorata.

—Está bien, Johnny, lo entiendo, aunque no me agrada la idea. Si tiene que ser así, así será. —Un brillo de determinación asomó a

sus ojos. La sociedad quería impedirle alzar el vuelo con sus ataduras de seda en forma de normas y reglas; no importaba cómo, encontraría la forma de cortarlas y cumplir sus sueños—. Volvamos a Whitechapel. Tengo que hablar con las chicas y no me queda mucho tiempo.

Johnny la condujo de nuevo por el intrincado laberinto de calles hasta llegar a Wentworth Street, donde había alquilado una casa por unos pocos chelines, para tener un lugar donde recibir a las jóvenes. Camilla se estremeció cuando pasó por delante de un pequeño edificio de aspecto desolado. A pesar de los años que habían transcurrido, cada vez que cruzaba por delante de aquella puerta no podía dejar de recordar la noche en que había conocido a Charles.

Había acompañado a Elisabeth hasta aquella casa y subido con ella al primer piso. Aunque le pidió que la esperara en la escalera, Camilla no había hecho caso y había terminado entrando en el lugar, donde se había encontrado con Charles. En aquel momento no supo que se trataba del vizconde Draymoor, más bien creyó que era el amante de Elisabeth y, después de una breve discusión, lo abofeteó.

Sacudió la cabeza para borrar aquel recuerdo incómodo, aunque él nunca se lo había reprochado. Tal vez, pedirle matrimonio fuese una forma retorcida de venganza, se dijo. Casi se echó a reír por aquel disparatado pensamiento. Charles era... bien, no sabía realmente cómo era, amén de insistente y pertinaz, cabezota, irreverente, encantador y sumamente atractivo. Suspiró en su interior. Ese hombre generaba en ella demasiados sentimientos y todos confusos, y eso no le agradaba.

Apartó esos pensamientos cuando se acercó a la casa y se vio asaltada por un grupo de chiquillos, de diversas edades, que

reclamaban a gritos un dulce. Camilla metió la mano en su bolsito y sacó unos cuantos que repartió entre ellos.

—Si les sigue dando caramelos, cada vez serán más los que vengan, señorita.

Ella sonrió.

—También tengo uno para ti, Johnny —le respondió, tendiéndole una barrita de caramelo con forma de bastón que él cogió con avidez y mirada golosa. Cuando vio a Betty, una de las chicas que trabajaba en uno de los burdeles cercanos, junto a la puerta de su casa, apresuró el paso—. Siento que me hayas tenido que esperar, pero Johnny y yo fuimos a ver una casa —se disculpó en cuanto se aproximó a ella.

—No se preocupe, señorita Lambert.

—¿Qué tal se encuentra el pequeño Timmy? ¿Está mejor de su resfriado?

La chica asintió con una sonrisa agradecida.

—Oh, sí, señorita. La medicina que le dio lo ayudó mucho. Está deseando que vaya usted a verlo para poder decírselo en persona.

Camilla sonrió también.

—Lo haré.

Hacía un par de años que había comenzado a visitar a las familias de las chicas a las que asistía, y aquello le había ayudado a comprender mejor a las jóvenes. Madres viudas, hermanos pequeños, abuelas e incluso hijos aguardaban, con una mirada esperanzada, para recibir algunas de las monedas que llevaban las chicas, y así poder sobrevivir en habitaciones pequeñas y mal ventiladas, sin apenas alimento que llevarse a la boca. Al ver aquello, intentó hacer todo lo que pudo por ellos, pero siempre le parecía poco. Por eso se le ocurrió la idea de la escuela-hogar, aunque el tiempo pasaba y su sueño seguía siendo solo eso, un



sueño.

—Señorita Lambert, he venido porque necesitaba hablar con usted.

El tono nervioso y angustiado de la muchacha le preocupó.

—Claro, ven conmigo —le pidió. Sacó una llave de su bolsito y abrió la puerta—. Johnny, tú quédate aquí por si viene alguien más. Ya sabes lo que hay que hacer.

Camilla se dirigió a la cocina, con Betty siguiendo sus pasos, y se puso a preparar algo de té mientras aguardaba a que la joven comenzase a hablar.

—No he venido por mí.

—¿Hay algo que quieras que haga por algunas de las otras chicas? ¿Quizá de alguna que no se atreve a venir?

Había varias así, muchachas que no deseaban que una señorita con todos los privilegios y riquezas que tenía ella metiera las narices en sus vidas. Camilla intentaba ser amable y paciente con ellas, y, en ocasiones, conseguía algún resultado positivo. Sin embargo, frunció el ceño al ver que Betty negaba con la cabeza.

—No es eso, se trata de Margaret. —Sus preciosos ojos del color del chocolate se abrieron por completo, asustados—. Ha desaparecido.

Se detuvo, con la tetera en la mano, a punto de servir el té. Un escalofrío la recorrió por dentro.

—¿Qué quieres decir con que ha desaparecido?

La chica se removió incómoda y apretó con más fuerza el chal que abrigaba sus escuálidos hombros. Camilla se dio cuenta de la palidez que cubría su rostro y terminó de servir el té para que pudiera coger una taza y tranquilizarse. Tras tomar un par de sorbos de la bebida caliente, se animó a responder.

—No está en ninguna parte, señorita, y nadie la ha visto desde

hace dos días.

—Tal vez haya ido a ver a su familia —sugirió, pero vio que Betty negaba enseguida con la cabeza.

—Margaret no tiene familia. Además, no se habría marchado sin avisarme. Nosotras somos... —La joven se ruborizó y tragó saliva con nerviosismo—. Ella es mi mejor amiga. Nos lo contamos todo. Estábamos ahorrando dinero para poder dejar esta vida, alquilar una casita y vivir de un trabajo honesto.

Camilla se sentó en una de las sillas, al lado de la muchacha, y tomó su mano para reconfortarla.

—Estoy segura de que aparecerá pronto, Betty.

Trató de forzar una sonrisa confiada, pero sentía un frío interior recorrerle los huesos. No estaba en absoluto segura de su afirmación. Con Margaret eran ya cuatro las jóvenes que habían desaparecido, cinco si contaba a Rose, la hermana de Sheila, y ninguna de ellas había vuelto. No sabía lo que sucedía, pero tenía la impresión de que no se trataba de nada bueno.

—Eso espero —musitó la chica—. Yo... no quiero vivir sin ella. No me gusta lo que hago, aunque no tenga más remedio que hacerlo, y Margaret siempre me animaba y hacía que olvidara los malos momentos —le confesó, al tiempo que esbozaba una sonrisa melancólica que a Camilla le partió el alma.

No podía seguir posponiendo la fundación de la escuela-hogar. Las chicas necesitaban ese refugio, y ella no podía continuar negándoselo solo por el impulso egoísta de no querer casarse. Al fin y al cabo, lo que se esperaba de cualquier joven de su clase social era que hiciese un buen matrimonio. Al menos ella podía elegir con quién casarse. Y si al hacerlo lograba realizar su sueño de abrir la escuela, el sacrificio bien habría valido la pena.

—No tendrás que volver a trabajar en la calle si no quieres, Betty.

Pronto abriré la escuela y podrás aprender algún oficio para que te ganes tu sustento y puedas mantener a tu hermano y a tu abuela.

—¿De veras, señorita Lambert? —Sus ojos castaños se iluminaron por un momento, dándole a su rostro un aspecto más joven—. Eso sería maravilloso. Estoy segura de que a Margaret también le parecerá lo mismo. —Su sonrisa se desvaneció y permaneció un momento en silencio—. La encontrará, ¿verdad?

No le gustaba hacer promesas que no sabía si podría cumplir, y esta, en concreto, le resultaba difícil. Tenía un mal presentimiento al respecto que le atenazaba el corazón.

—Lo intentaré —respondió.

Betty asintió y se levantó de la silla algo más ligera.

—Muchas gracias, señorita Lambert. —Tomó las manos de Camilla y las apretó con fervor—. De verdad es usted nuestra princesa.

Cuando Betty le besó las manos, como si en verdad ella fuese la mismísima reina Victoria, Camilla experimentó una mezcla de incomodidad y emoción, y las lágrimas acudieron a sus ojos. Parpadeó varias veces para alejarlas y despidió a la muchacha con una sonrisa temblorosa en los labios.

Nunca se habría imaginado que el trabajo que había comenzado en esos barrios malditos de Londres le iba a reportar tantas alegrías. Muchas damas hacían donaciones para obras de caridad, pero a ella no le bastaba con eso; había querido implicarse en primera persona. Después de sus primeras visitas, la impresión que le había causado ver a aquellas jóvenes, algunas apenas unas niñas, viviendo de manera tan sórdida y en medio de tanta miseria, le había hecho derramar muchas lágrimas. En esos momentos, tras varios años y muchas luchas y esfuerzos, comprendía cuánto había aprendido de sus chicas y cuánto habían cambiado su propia vida,

haciendo de ella una persona más fuerte, valiente y decidida. Que la sociedad la juzgase como quisiera, Camilla no estaba dispuesta a cambiar por contentar a un puñado de hipócritas que se lamentaban de la pobreza que reinaba en las calles de Londres mientras degustaban una copa de champán.

El sonido de unos pasos la sacó de sus cavilaciones.

—Estoy aquí —le indicó a su visitante mientras cambiaba la taza de Betty por otra limpia.

El resto de la mañana se la pasó atendiendo a todas las personas que acudían a la casa en busca de ayuda. No se trataba ya solo de sus chicas, cada vez iba más gente: madres que necesitaban alimentos, ropa o medicinas para sus hijos; hombres que se habían quedado sin trabajo o que tenían alguna herida que tratar y no querían ver a un galeno; muchachas jóvenes que se quedaban embarazadas... Eran muchos los que acudían a ella, demasiados para que pudiera atenderlos sola.

«Necesito ayuda», se dijo cuando salió la última persona por la puerta y se dejó caer contra el duro respaldo de la silla de madera.

—Ya no queda nadie. —Abrió los ojos al oír la voz de Johnny y se volvió hacia él—. Hemos terminado por hoy.

Camilla asintió.

—Te ofrecería un té, pero ya se ha quedado frío.

—Lo aceptaría si se tratase de una cerveza —replicó, con una sonrisa pícara colgando de la comisura de su boca—. Ande, vamos, que a esa doncella suya se la deben estar llevando todos los demonios. Hemos tardado más que lo de costumbre.

Ella se levantó y estiró la espalda, apoyando las manos en la parte baja. Gimió al sentir una leve punzada.

—Tienes razón. —Lo miró con atención y volvió a asentir—. Es hora de que hagamos algo. Vamos a comprar ese edificio y

abriremos la escuela.

—Si usted lo dice.

No parecía muy confiado, pero a Camilla no le importó. Ya había tomado una decisión y no dejaría que nada ni nadie le impidiese llevarla a cabo.

Cuando llegaron al carruaje, Lucy clavó en ella una mirada enfurruñada y apretó los labios con fuerza, pero no dijo nada, cosa que agradeció. Se despidió de Johnny y se acomodó en el asiento con un suspiro de alivio.

—Debería aprender a comportarse como una dama —comentó su doncella al cabo de unos minutos de silencio.

—Pensé que estabas tan enfadada que no me ibas a hablar.

Lucy dejó escapar un bufido.

—Y lo estoy, pero alguien tiene que decirle las cosas como son, señorita —repuso, indignada—. No puede seguir paseándose por esos lugares durante toda la mañana y codearse con gente de esa calaña. ¡Por Dios!, ¿quién va a querer casarse con usted? Y no me venga otra vez con esa tontería de que no piensa casarse. No puede vivir sola, y lord Dalwood no va a existir eternamente. ¿Qué hará entonces? ¿Encerrarse en una mansión como una solterona excéntrica? Así solo dejará que todos los esfuerzos de su tío sean en vano. No tendrá quien herede el título ni las propiedades.

—Está bien, Lucy, ya lo he entendido —la interrumpió Camilla con fastidio—; no hace falta que sigas sermoneándome.

—No la sermoneo, señorita, solo me preocupo por usted.

La muchacha bajó la cabeza y apretó con fuerza las manos sobre su regazo. Al ver su nerviosismo y el rubor que cubría el rostro pecoso de Lucy, Camilla se sintió mal por ella y se arrepintió de haberle hablado así. Su doncella no tenía la culpa de su incipiente dolor de cabeza ni de su condición de mujer que le impedía comprar

una propiedad por sí misma y fundar una escuela. Además, sabía que tenía razón sobre su tío. A ella también la apenaba pensar que todo aquello por lo que había luchado el conde terminaría en manos de cualquier pariente lejano indeseado. En fin, supuso que él se alegraría tanto como su doncella cuando supiera que eso ya no iba a suceder.

—Lo sé, Lucy, y te lo agradezco mucho. Pero ya no será necesario que te preocupes tanto —titubeó antes de continuar. Pronunciar aquellas palabras las volvería irrevocables. Tomó aliento y prosiguió—: Tengo que casarme y lo haré.

La muchacha levantó la cabeza de golpe y la miró con los ojos desorbitados y el rostro tan pálido como un fantasma. Camilla esperó que no fuera a desmayarse.

—¿Qué? Pero, pero... ¡Ay, señor! Ya sabía yo que nada bueno saldría viniendo usted al East End. —Ella frunció el ceño al escuchar sus palabras, del todo incomprensibles. Había supuesto que Lucy se alegraría con la noticia—. No puede hacerlo, señorita. No puede casarse con ningún canalla por mucho que... ¡Ay, señor!, y yo que le dije a su tío que cuidaría de usted.

Poco a poco, las palabras fueron adquiriendo sentido —sin duda uno muy retorcido— en la mente de Camilla, y abrió la boca, entre sorprendida y escandalizada.

—¡Lucy! ¿Cómo puedes pensar que yo...? —Apretó los dientes para no dejar escapar una maldición—. Haz el favor de calmarte. Lo que quería decir es que he decidido casarme, con un caballero —se apresuró a añadir, por si acaso todavía no había quedado claro.

La doncella asintió con seriedad y alivio, aunque aún podía ver en sus ojos una pizca de desconfianza e incredulidad.

—¿Y lo sabe ya el caballero?

## Capítulo 5

La pregunta de Lucy seguía reverberando en su mente cuando atravesó el vestíbulo de la mansión en dirección a sus aposentos. Necesitaba cambiarse de vestido si pretendía presentarse ante su tío que, en esos momentos, debía de estar a punto de entrar en el comedor.

Las palabras de su doncella la habían inquietado. Si se permitía seguir el cauce normal de cualquier cortejo hasta llegar al matrimonio, tardaría mucho tiempo y, mientras tanto, podrían seguir desapareciendo más chicas, y no estaba dispuesta a aceptar aquello. Además, no le servía cualquier caballero. El que se convirtiera en su marido tendría que aceptar una serie de condiciones, porque no cedería ni un ápice en cuanto a abrir su escuela. Dio un breve repaso a los caballeros que conocía y que habían manifestado algún interés en ella, y concluyó que solo uno de ellos encajaría con sus requisitos. El problema residía en que con solo pensar en el vizconde se ponía nerviosa.

—Vamos, Lucy, date prisa. A mi tío no le gusta esperar —la apremió, mientras dejaba que le abrochase los diminutos botones de la espalda de su vestido de seda, color marfil, y le atara el lazo.

—No soy yo la que ha llegado tarde —rezongó la joven.

Camilla apretó los dientes.

—A lo mejor dejarías de refunfuñar tanto si tú también te casaras... ¡Ay! —Le dirigió una mirada de disgusto, por encima del hombro, cuando notó un fuerte tirón en la cintura que le cortó la respiración.

—¡Oh!, lo siento mucho, señorita —le dijo Lucy, con una voz suave y melosa, y una sonrisa tan dulce como falsa—; no era mi intención.

—Por supuesto que lo era —la contradijo sin miramientos—, y si no fuera porque mi tío me espera, te ajustaría las cuentas.

La doncella sonrió, a pesar de las palabras de su ama. La conocía bien y sabía que tenía un corazón bueno y generoso, aunque su carácter un tanto arisco y salvaje ocultase esa parte de ella. Deseaba que encontrase a un hombre que supiese ver debajo de aquella capa externa de aparente dureza y descubriese la belleza de su interior. La señorita Lambert tenía mucho amor para dar, pero también necesitaba ser amada. Excepto por lord Dalwood, que había tratado de darle todo su cariño lo mejor que había podido, no había contado con el amor de nadie más. Ella, más que nadie, se merecía vivir un gran amor.

La observó mientras se alzaba la falda y salía corriendo del dormitorio. Sacudió la cabeza y sonrió. Recogió del suelo el vestido que su ama había usado con anterioridad y frunció el ceño ante una nueva preocupación. Esperaba que lord Dalwood pudiera ayudarla a escoger un buen hombre con el que casarse.

Camilla bajó las escaleras y entró en el comedor justo cuando el conde se sentaba a la mesa.

—¡Vaya!, me sorprende tu puntualidad.

—Que haya llegado tarde en un par de ocasiones, tío Arthur, no significa que no sea puntual —repuso ella con un mohín de



disgusto, aceptando con un cabeceo la ayuda del lacayo que le retiró la silla.

El conde alzó las cejas con diversión.

—¿Un par de ocasiones?

Camilla se encogió de hombros.

—Quizá unas cuantas más —admitió, y esbozó una sonrisa pícara.

Comieron entre agradables silencios y conversaciones superfluas, mientras ella daba vueltas en su mente a cómo presentar el asunto que deseaba tratar con él de modo urgente. Con una licencia especial podía casarse de inmediato, aunque podría incluso esperar quince días, para que no hubiese especulaciones sobre sus motivos para contraer matrimonio, si bien le importaba muy poco lo que opinase al respecto la alta sociedad. Una vez casada, acudiría a ver al señor Atkinson para que iniciara los trámites de la compra del edificio que Johnny le había mostrado; su recién estrenado esposo solo tendría que estampar su firma en los documentos y mantenerse después al margen de todo.

Miró a su tío, que se deleitaba en ese momento con el maravilloso postre que les habían servido, un delicioso pastel de manzana. El hojaldre que recubría el relleno de manzana, pasas, higos y pera era tan delgado y crujiente que se deshacía de inmediato al entrar en la boca. «Bien, lo importante es dar el primer paso cuanto antes», se dijo, mientras arrastraba el relleno de manzana de un lado al otro de su plato con el tenedor.

—Tío Arthur, voy a casarme.

Lord Dalwood se atragantó con el trozo de pastel que acababa de llevarse a la boca y comenzó a toser de forma espasmódica. Su rostro se tornó alarmantemente azulado, y Camilla se acercó presurosa a su lado para golpear su espalda y servirle una copa con

agua, que él bebió con fruición, hasta que pasó el peligro.

—¡Por Dios, Camilla! —Su voz sonó ronca y forzada a causa de la garganta lastimada—. ¿Acaso pretendes matarme? No puedes bromear con estas cosas.

—No es ninguna broma, tío, lo he dicho completamente en serio.

Lord Dalwood agradeció que, en aquel momento, no hubiese ni un solo criado en el comedor que pudiese ser testigo de su falta de contención, pues se encontraba a un paso de echarse a llorar. De alegría, por supuesto. Amaba a la joven como si fuese su propia hija, y nada deseaba más que verla feliz. Sin embargo, conociendo a su sobrina como la conocía, hizo un esfuerzo supremo por serenarse y comprobar que había escuchado bien.

—Te vas a casar —repitió, tratando de cerciorarse de que su oído funcionaba a la perfección.

Camilla optó por tomar asiento justo al lado de su tío, en vez de regresar al sitio que ocupaba en la otra punta de la larga mesa.

—Así es. Usted tenía razón, no podré conseguir realizar mi sueño de crear la escuela-hogar sin un marido que pueda firmar esos dichosos documentos por mí.

El entusiasmo de lord Dalwood se evaporó un poco. Así que se trataba de eso, se dijo, y no de que la muchacha hubiese comenzado a preocuparse más por sí misma que por los demás. Dejó escapar un suspiro pesaroso.

—Camilla, sabes cuánto me gustaría verte casada, pero por los motivos correctos.

—¿Por amor? Usted sabe lo que pienso al respecto. El amor es una quimera, una palabra que todo el mundo usa para justificar sus deslates —adujo con desdén—. Además, la mayoría de los miembros de nuestra clase se casan por conveniencia, no sé por qué debería ser distinto en mi caso.

«Porque no quiero que te hagan daño», pensó lord Dalwood. «Porque quiero que seas feliz». Su sobrina sabía muy poco del amor, del amor verdadero, de esa pasión que embriagaba a los amantes haciéndolos añorar estar juntos a todas horas. Un amor como el que habían vivido los padres de la muchacha, y que ella no había llegado a conocer. Suspiró, desanimado. De cualquier forma, tenía claro que no pensaba entregar a su sobrina a cualquier hombre. Si no le gustaba su decisión, simplemente se negaría a aceptarla.

—Y bien, ¿quién va a ser el afortunado caballero que consiga tu mano?

Ella pasó por alto el sarcasmo implícito en las palabras de su tío y se esforzó por mantener un tono normal.

—El vizconde Draymoor.

Aunque no lo había pensado demasiado, creía que era la mejor elección. Que fuera tan atractivo y que le provocase sensaciones extrañas y placenteras no tenía nada que ver con su decisión, se recordó a sí misma. El único motivo que la impulsaba a aceptar las numerosas propuestas que le había hecho radicaba en que podría exponerle la situación con claridad y llegar a un acuerdo en cuanto a las condiciones. Esperó la respuesta de su tío, que la contemplaba con una chispa de curiosidad en sus ojos.

Lord Dalwood se esforzó por controlar las comisuras de sus labios, que parecían empeñadas en alzarse en una sonrisa cuando vio el ligero rubor que tiñó las mejillas de su sobrina. Por lo visto, el vizconde no le era del todo indiferente, por más que ella tratase de aparentar lo contrario. Además, sabía que él no estaba interesado en la gran dote de Camilla y, sobre todo, que la protegería a cualquier coste. Y bien sabía Dios que ella necesitaba un buen ángel guardián, con esa tendencia que tenía a meterse en

problemas. Sin duda, Charles era un candidato más que adecuado y, si no estaba equivocado, el hombre que podría conseguir enamorar a su sobrina y hacerla feliz. Vio que ella aguardaba una respuesta y se aclaró la garganta antes de hablar.

—Veo que ya has pensado en todo —comentó, intentando sonar severo—. ¿Qué es lo que esperas entonces de mí?

Camilla tomó su mano entre las suyas y la apretó con cariño.

—Su bendición, tío. Usted es un padre para mí, y no quisiera hacer nada que pudiera disgustarlo.

Arthur Bentley parpadeó varias veces para contener las lágrimas y asintió. Con ternura, acarició la suave mejilla femenina.

—Sabes que estoy orgulloso de ti, y aunque a veces me causas dolores de cabeza —declaró, medio en broma, medio en serio—, sé que nunca harías nada que pudiera decepcionarme. Comprendo cuánto significa ese proyecto del East End para ti, Camilla, y que harás todo lo posible para sacarlo adelante. Solo te ruego que no te olvides de darle a tu corazón lo que necesita, y aunque creas que el amor no existe, no le des la espalda cuando te lo encuentres de frente y permítete ser feliz. ¿Me lo prometes?

—Se lo prometo, tío.

Él asintió, conforme.

—Bueno, pues cuando hayas convencido al muchacho, no te olvides de decirle que venga a hablar conmigo.

—Se lo diré, por supuesto.

—Muy bien. —Se frotó las manos con entusiasmo—. Entonces, ya podemos disfrutar de este maravilloso pastel de manzana.

Camilla sonrió y aceptó gustosa comerse el exquisito dulce. Todo había ido bien con su tío; con un poco de suerte, le iría igual de bien en convencer a su futuro esposo.

—¿Por qué no usa el vestido blanco?

—Demasiado virginal.

Lucy elevó ambas cejas ante el comentario, y Camilla dejó escapar un resoplido poco femenino.

—Necesito algo especial. Una dama no le pide todos los días a un caballero que se case con ella —señaló con tono divertido.

—Más bien, nunca —refunfuñó la doncella—. Solo a usted se le ocurre hacer las cosas al contrario de todo el mundo.

Camilla la miró con el ceño fruncido.

—No veo qué tiene eso de malo. ¿Por qué han de reservarse todos los privilegios para los caballeros? Ellos pueden cortejar a una dama y pedirle matrimonio; pueden retar a duelo a otro caballero; comprar y vender propiedades, y emborracharse cuando les parezca; pueden salir sin necesidad de acompañante y administrar su hacienda. —La miró con un brillo de desafío en los ojos—. ¿Por qué no puede hacer una mujer lo mismo? Yo creo que podemos hacerlo igual o mejor que ellos.

—Pues, porque siempre ha sido así, señorita —afirmó la doncella con seriedad y cierto matiz de censura en su voz—, y el mundo no puede ir al revés.

—Esta noche lo hará, Lucy.

—Eso si es capaz de escoger un vestido y llegar a tiempo a la fiesta de lady Humble.

—¡Oh!, ¿por qué eres así, Lucy?

—Alguien tiene que mantener los pies sobre la tierra, señorita —le dijo, al tiempo que sacaba del vestidor un traje de seda en color azul cobalto.

El ceñido corpiño se ajustaba a la cintura y subía por su torso para terminar en una suave uve que dejaba sus hombros y el nacimiento de sus senos al descubierto. La amplia falda estaba

adornada con una tira de encaje negro que se abría desde la cintura y caía hacia los lados en forma de zigzag; también adornaba el borde de las mangas.

—Ese es perfecto —admitió Camilla, entusiasmada. Ese color le gustaba y le elevaba el ánimo, algo que iba a necesitar esa noche—. Usaré los guantes negros largos y el collar de zafiros.

—Se verá preciosa —declaró Lucy, arrobada. Luego permaneció un momento en silencio mientras pasaba el peine por la suave cabellera cobriza. Comenzó a separar el cabello en guedejas para elaborar las trenzas y se mordió el labio inferior antes de atreverse a preguntar—: ¿Con quién ha decidido casarse?

Camilla miró a su doncella a través del espejo, pero esta se hallaba concentrada en su tarea, inclinada sobre su cabeza. Podía decirle que no era asunto suyo, pero Lucy era casi como una hermana para ella y, desde luego, su mejor amiga y confidente, puesto que ninguna dama de la alta sociedad, excepto Elisabeth, compartía su preocupación por los habitantes de los bajos fondos. Había soportado muchos desaires e ignorado los gestos de conmiseración y burla por parte de aquellas mujeres de buena cuna y elevada moral; mientras que Lucy, a pesar de sus constantes quejas y lamentos, siempre había estado a su lado para ayudarla. Merecía una respuesta.

—Lord Draymoor.

La muchacha se detuvo y cruzó una mirada con su ama a través del espejo. Le pareció que la señorita Lambert se sonrojaba. Si ella hubiera podido escoger con quién casar a Camilla, habría sido con lord Charles. El apuesto vizconde era, sin duda, el hombre adecuado para ella, y estaba casi segura de que a su joven ama no le era indiferente del todo. Elevó una plegaria de agradecimiento al buen Dios, que escribía derecho en renglones torcidos.

—¿Cree que aceptará? —le preguntó tras unos minutos de silencio.

Camilla dejó escapar todo el aire que no sabía que había estado conteniendo mientras aguardaba la reacción de su doncella.

—Eso espero, Lucy.

Porque si no era así, no sabía qué iba a hacer. Aunque estaba dispuesta a todo con tal de arrancarle un «sí» al caballero. Incluso a seducirlo, se dijo.

El salón de baile de lady Humble estaba adornado con numerosos farolillos. Telas de seda de diferentes colores, vivos e intensos, colgaban de las columnas de mármol y de la balaustrada que conducía a la galería del piso superior, que se abría sobre el amplio espacio de la sala. Un olor a incienso se mezclaba con el perfume de flores que entraba por los grandes ventanales abiertos que daban al jardín. Camilla tuvo la sensación de haber ingresado en el palacio de *Las mil y una noches*; si bien los invitados a la fiesta lucían un aspecto muy inglés, con sus trajes negros, los caballeros; y las damas, envueltas en sedas de colores que les otorgaban el aspecto de mariposas revoloteando en un jardín de flores.

Echó un vistazo rápido alrededor y no vio al vizconde por ninguna parte. En cambio, sí que descubrió a Elisabeth, lady Hallbrook, en un rincón, conversando con algunas damas. Vio que estas se retiraban y se apresuró a ir a su encuentro para saludarla.

—Camilla, qué alegría verte. Estás preciosa. —Ella le sonrió, agradecida por el cumplido. Desde que la había conocido, sirviendo como doncella en casa de su tío, habían forjado una amistad que el tiempo había afianzado.

—Gracias, tú también estás preciosa. ¿Cómo se encuentra el pequeño Alex? —se interesó.

—El futuro marqués de Hallbrook lleva una existencia placentera —le informó, con una enorme sonrisa que iluminaba todo su rostro, otorgándole una belleza serena y dulce—. Todo lo que hace es comer y dormir.

—Y despertar a su padre a medianoche —comentó lord Hallbrook a su espalda.

—¡James! —lo reprendió Elisabeth, volviéndose a mirarlo. Él tomó su mano enguantada y la besó, sin apartar la mirada de ella. Camilla sintió un pellizco de envidia en su interior—. Sabes que te encanta cogerlo en brazos, y a Alex también le gusta.

La sonrisa del marqués fue reveladora de la felicidad que lo embargaba. Aunque se alegraba por ellos, durante unos instantes Camilla sintió la necesidad de huir, porque, sin saber bien por qué, aquella visión le provocaba una dolorosa opresión en el pecho.

—Buenas noches, señorita Lambert.

Una sensación de alivio la inundó y se sintió agradecida por haber sido rescatada de aquella sombra oscura que le acechaba el alma y que no sabía definir.

—Buenas noches, lord Draymoor.

Él la observó de arriba abajo con una mirada apreciativa.

—¿Ha venido a la caza de marido? —Sus ojos, del color de la miel caliente, brillaron burlones—. Porque está usted arrebatadora, y estoy seguro de que muchos caballeros, después de bailar juntos, desearán pedir su mano.

Elisabeth le dio un suave golpe con el abanico.

—Charles, me prometiste que te comportarías —lo reprendió.

Camilla, sin embargo, vio en sus palabras la oportunidad que andaba buscando. Prefirió no pensar demasiado en lo que iba a hacer y se lanzó de cabeza.

—¿Y usted será uno de ellos?



La sonrisa sesgada que él le dedicó le produjo un estremecimiento. Algo se agitó en su vientre y se forzó a sí misma a devolverle la sonrisa.

—Responderé a su pregunta después de que bailemos un vals. Espero que no los tenga todos comprometidos ya.

Ella dedicó una mirada a su carné de baile, que colgaba de su muñeca, y fingió meditar su respuesta. Se percató de que James y Elisabeth habían dejado de prestarles atención, ocupados en su propia conversación, y se dispuso a lanzar el anzuelo para la pesca.

—Supongo que puedo ofrecerle una oportunidad de pedir mi mano, puesto que ha demostrado en innumerables ocasiones estar interesado en ella —replicó con tono burlón.

Charles se adelantó unos pasos y se inclinó junto a su oído.

—Su mano, señorita Lambert, no es precisamente la parte de su cuerpo que más me interesa —susurró con tono pícaro—. Hay otras que exploraría con sumo gusto.

Vio cómo la muchacha se estremecía al escuchar sus palabras y al sentir la calidez de su aliento junto a su oído, y sonrió en su interior. Si ella quería jugar, él sabía bien cómo manejar sus cartas. No estaba dispuesto a perder en aquel juego si el premio era ella. Percibió su aroma floral, y la suavidad de su cabello le acarició la mejilla cuando Camilla giró la cabeza, en un intento por escapar de su cercanía, y contuvo un gemido.

La deseaba como no había deseado a mujer alguna. Ella era una hechicera de cabellos de fuego y ojos como esmeraldas que lo había hechizado desde la primera vez que la había visto en la mísera habitación que él ocupaba en el corazón del East End, donde se ocultaba. En ese entonces, la muchacha lo había abofeteado, creyéndolo un seductor, y él se había jurado a sí mismo que domaría su carácter y la haría suya. El tiempo transcurrido solo

había afianzado su decisión, sobre todo porque se había enamorado profundamente de ella. La admiraba por su valentía y se sentía orgulloso de su inteligencia, que había demostrado en más de una ocasión; le gustaba su carácter alegre y esa compasión que mostraba hacia los más desfavorecidos; respetaba su independencia y la deseaba en su vida... y en su cama.

Observó su perfil de alabastro y sus labios carnosos, seductores, y tuvo que contenerse para no cogerla en brazos y saborearlos como anhelaba. Nunca tomaría nada de ella a la fuerza; Camilla tendría que acudir a él por propia voluntad. Y si eso significaba perderla en favor de otro, que así fuera.

Esperó la reacción de ella a sus últimas palabras, anticipando la respuesta ácida que le dedicaría.

—No conocía esa faceta suya de explorador entusiasta, lord Draymoor. —Charles casi se atragantó por la sorpresa. Luego, sonrió divertido. Parecía que la dama quería apostar fuerte esa noche—. Creía que se dedicaba más bien al saqueo.

Lo miró a los ojos y notó que el vizconde ahogaba una carcajada tras escuchar sus palabras. Lo cierto era que no tenía mucha idea de lo que estaba haciendo, ya que nunca se le había dado bien el flirteo ni el doble sentido en las conversaciones, pero se encontraba mucho más nerviosa de lo que quería reconocer.

Él se llevó una mano al pecho con gesto teatral.

—Me ofende, señorita. Sé apreciar la belleza de una obra de arte cuando la tengo en mis manos, y siempre la trato con el mayor mimo y delicadeza. —Su sonrisa de dientes blancos y perfectos se tornó pecaminosa en aquel rostro de ángel—. Al fin y al cabo, la finalidad de ello es obtener el mayor placer posible. Y puede ser mucho, se lo aseguro —agregó con tono ronco.

—Tal vez, lord Draymoor, algún día le deje demostrarme que es

usted el experto que dice ser.

Los ojos verdes de Camilla refulgieron como dos piedras preciosas, y Charles sintió que el fuego de la pasión rugía en el interior de sus venas. Cuando la vio alejarse, comprendió que acababa de perder la mano en esa partida.

## Capítulo 6

**E**l corazón le latía a una velocidad imposible, y Camilla juró que se le saldría por la boca de un momento a otro.

Jamás en su vida había sido tan atrevida, y estaba convencida de que, si Lucy se enteraba de ello, le daría un buen tirón de orejas. Aunque había valido la pena solo por ver la cara del vizconde ante su última respuesta. El deseo descarnado y crudo que había mostrado en su mirada había hecho temblar todo su cuerpo. Todavía sentía el hormigueo que acariciaba su boca y sus partes íntimas, como si anhelaran algo que ella no podía o no sabía darles. Se abanicó con fuerza mientras recorría el perímetro del salón, aunque lo que de verdad deseaba era salir al jardín y tomar una gran bocanada de ese aire que sentía que le faltaba.

Forzó una sonrisa educada para un grupo de damas con las que se cruzó y saludó a un caballero que llamó su atención para que se acercara a conversar. Ella se rehusó con elegancia. No tenía tiempo ni ganas para charlas insulsas, puesto que conocía bien a lord Brembridge. El hombre comenzaría a hablar de la caza y ella se vería enredada en la conversación hasta que alguien la rescatara. No podía permitírselo. Si iba a bailar con lord Draymoor, tenía que pensar muy bien cómo iba a plantearle su propuesta para que dijera

que sí.

Las notas de unos violines se enredaron con los murmullos de las conversaciones que llenaban el ambiente, y las parejas comenzaron a prepararse para el primer baile. Enseguida se le acercó el caballero al que le había reservado la primera danza. El conde se inclinó hacia ella y le ofreció su mano. Mientras la conducía a la pista, no pudo evitar notar que, a pesar de ser un hombre apuesto, su boca tenía un rictus de severidad, y en sus ojos azules no había ni una chispa de humor. «Al contrario que en los del vizconde», se dijo. No pudo evitar la comparación, y, en el fondo, su propia actitud le causó un cierto fastidio. Su relación con Charles iba a consistir en un mero contrato con obligaciones por ambas partes, nada de sentimientos que pudieran acarrear problemas. Solo aspiraba a una pacífica convivencia y a un mutuo entendimiento.

Se concentró en ejecutar los pasos del baile, ya que el conde no parecía tener predisposición a la conversación banal. Sin quererlo, sus ojos buscaron al vizconde en el salón. Lo descubrió bailando con Harriet, una joven muy bonita, de cabellos rubios como el trigo, piel de porcelana y unos labios rosados que se curvaban en esos momentos en una sonrisa ante las palabras de lord Draymoor.

Camilla frunció el ceño, molesta. Al instante se reprendió a sí misma. No debía importarle lo que hiciera Charles, al menos no hasta que estuvieran casados. La fidelidad sería uno de los requisitos que pondría en el contrato. Claro, que eso supondría que ella tendría que ocupar su cama, se recordó a sí misma. Una sensación extraña aleteó en su estómago y, por unos instantes, perdió el paso.

—¿Se encuentra bien, señorita Lambert?

—Sí, por supuesto. Discúlpeme —se excusó, avergonzada por haberse distraído. El conde la miraba con gesto preocupado, y

esbozó una sonrisa para tranquilizarlo—. Ha sido un pequeño traspiés.

—Tal vez debería disculparme yo, no soy un buen bailarín — admitió. Camilla se dio cuenta de que no lo decía por galantería, sino como la constatación de un hecho, y eso le gustó. No soportaba bien aquellas declaraciones edulcoradas con las que los caballeros alimentaban la vanidad de las damas—. No suelo frecuentar demasiado las fiestas de la alta sociedad.

—¿Prefiere el silencio, milord?

Él la miró y sus labios se curvaron en una sonrisa que a ella le pareció dulce y franca.

—Prefiero la buena compañía, como la suya.

Camilla sonrió también mientras lord Gosford la hacía girar por la pista. Se preguntó por qué no había pensado en él como un posible candidato a esposo. Era mucho mayor que ella, maduro, de suave hablar y trato considerado; un hombre serio y responsable que cuidaría de ella. «Y que, con toda seguridad, se escandalizaría si supiera que deseas dirigir una escuela para prostitutas», reflexionó. No, sin duda, lord Draymoor era el caballero adecuado para ayudarla con su descabellado plan, el único que la apoyaría. O, al menos, eso esperaba.

La danza concluyó y el conde se despidió con una impecable reverencia.

—¿Lo has embrujado?

Camilla se volvió hacia Elisabeth y la miró con curiosidad.

—¿A qué te refieres?

—Creo que es la primera vez que veo sonreír a lord Gosford — comentó, dándose golpecitos con el abanico sobre la barbilla—. Más de un minuto, me parece que has logrado todo un reto. ¿Qué es lo que has hecho con él?

—Oh, simplemente le he contado un chiste. —Elisabeth arqueó las cejas en un marcado gesto de incredulidad, y Camilla se echó a reír—. La verdad es que no he hecho nada, solo hemos hablado. Me ha parecido un hombre...

—... silencioso.

—Interesante —rebatíó, Camilla.

—Demasiado serio —insistió la marquesa.

—Galante y comprensivo.

—¿Y qué se supone que significan todos esos maravillosos epítetos? —inquirió Elisabeth, mientras observaba a la joven con curiosidad.

Por lo que sabía, era la primera vez que manifestaba interés en un caballero, y aunque no tenía nada en contra del irreprochable comportamiento que demostraba siempre lord Gosford, no le parecía adecuado para Camilla. Tenía la certeza de que el carácter taciturno del hombre terminaría robándole la vitalidad a la joven.

—¿Qué soy una dama generosa en prodigar halagos? —comentó, al tiempo que le guiñaba un ojo con picardía.

Elisabeth sacudió la cabeza y sonrió.

—Todos los que te conocemos sabemos que tienes un gran corazón. Lo que me pregunto en estos momentos, Camilla, es si acaso has decidido entregarle ese corazón a alguien. ¿Estás pensando en un matrimonio? —La marquesa vio el rubor que teñía las mejillas de la joven y se sorprendió—. ¡Dios mío, lo estás pensando!

—Bueno, a mi edad es normal pensar en ello —se justificó, incómoda.

—En primer lugar, tienes solo veintitrés años, Camilla, no eres ninguna solterona.

—En dos años más, lo seré —declaró, torciendo el gesto en una

mueca de disgusto. A los veinticinco años, una joven adquiriría su independencia al permitírsele disponer de su dinero; no comprendía por qué esa libertad la convertía, al mismo tiempo, en una solterona por el hecho de no estar atada a un esposo.

Elisabeth ignoró su comentario.

—Y en segundo lugar, siempre has sido reacia al matrimonio, ¿o lo has olvidado?

—Cualquier persona tiene derecho a retractarse, ¿no?

Jugueteó con los cordones del carné de baile para evitar mirar a su amiga a los ojos. La marquesa la conocía bien y había sido para ella esa hermana mayor, sensata y prudente a la que poder acudir en cualquier momento.

—Camilla... —la amonestó con tono de advertencia.

—¡Oh, está bien! Es por mi proyecto del East End —le explicó, bajando la voz. No deseaba que sus palabras llegasen a oídos indiscretos—. El señor Atkinson, el abogado, me dijo que no puedo comprar una propiedad ni fundar la escuela, porque soy mujer. Me sugirió que me casara.

Los ojos de Elisabeth se abrieron por la sorpresa.

—¿Y desde cuándo sigues los consejos de los demás? —Agitó la mano para restar importancia a su pregunta—. Es igual, no me respondas. Entonces, andas a la caza de un marido. No —se corrigió a sí misma—, conociéndote, ya habrás pensando en algún caballero. Me pregunto quién sería capaz de aceptar tu descabellada idea y... ¡Oh, no! —susurró, alarmada, cuando un loco pensamiento tomó forma en su mente—. ¿No estarás pensando en...?

Camilla le dirigió una mirada de total inocencia, aunque el rubor de sus mejillas la traicionó.

—No es una idea tan descabellada —se defendió, algo molesta



por la reacción de su amiga que había adivinado quién era el caballero.

—Piénsatelo bien, por favor —le rogó, tomando sus manos y apretándoselas con suavidad—. Amo a Charles, y sabes también lo mucho que te quiero, Camilla. Eres como una hermana para mí. Por eso, odiaría veros infelices.

—¿Y por qué habríamos de serlo? —le replicó. Le dolía que Elisabeth no la apoyara—. No todos los matrimonios de conveniencia lo son.

—Pero a ti ni siquiera te cae bien Charles.

—Eso no es cierto. Es solo que... me pone nerviosa.

—¿Nerviosa? —repitió, confundida—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Pues...

—Discúlpeme, señorita Lambert. —La voz profunda a su espalda la sobresaltó, y se giró hacia el recién llegado—. Creo que este baile es mío. Me había prometido un vals.

—Por supuesto, lord Draymoor.

Charles le ofreció su brazo y, luego, se volvió hacia Elisabeth.

—Hermanita, espero que tú también me reserves un baile —comentó con tono alegre.

Por toda respuesta, ella le ofreció una sonrisa tensa.

El vizconde condujo a Camilla hacia la pista y se colocó junto a la larga hilera de caballeros que esperaban, ansiosos, el sonido de los primeros acordes para poder tomar en sus brazos a sus parejas. Observó a la joven que tenía frente a sí y notó la preocupación en su semblante; quizá, incluso, un cierto enojo, lo cual era en extremo raro, puesto que conocía la amistad y el cariño que la unía con su hermana.

Las notas de un violín se alzaron por encima de los murmullos.

Charles ofreció su mano a la dama y enlazó con el brazo derecho su estrecha cintura. Cuando la música comenzó, la hizo girar. Observó su rostro con detenimiento. Su piel parecía de satén bajo la luz de las velas, solo unas pequeñas arrugas en su frente revelaban el estado de agitación en el que se encontraba la muchacha.

—¿Mi hermana la ha molestado de alguna manera?

Camilla alzó la mirada y se encontró con los preciosos ojos de él, que la contemplaban con seriedad. Con la iluminación del salón se veían dorados, aunque nunca se había fijado que tenían una tonalidad azulada en la zona más cercana a la pupila. Lo cierto era que había muchas cosas que desconocía de él. Se preguntó si Elisabeth tenía razón, si era justo atarlo a ella y condenarlo a una posible vida de infelicidad. Ni siquiera se había planteado si Charles deseaba casarse o si estaba cortejando a alguna joven.

Suspiró, desalentada, y pensó que lo mejor sería responder con sinceridad.

—No, Elisabeth ha sido muy razonable, como siempre. Le he comentado que deseaba hacerle a usted una propuesta —le explicó—, y me ha hecho notar que no sería tan buena idea como yo había supuesto.

Charles la miró con curiosidad mientras se preguntaba qué podría habersele ocurrido a la mente inquieta de la joven.

—Puesto que soy el destinatario de dicha propuesta, ¿no debería ser yo quien juzgase si es adecuada o no? ¿De qué se trata?

Camilla dudó. El lugar en el que se encontraban, girando en medio de una pista y rodeados de gente, no era el más idóneo para exponer lo que deseaba. Además, en esos momentos era mucho más consciente de él como hombre. Notaba la fuerza del brazo que se enroscaba en su cintura y el calor que desprendía la palma de su mano, abierta sobre la parte baja de su espalda; el cálido aliento de

él le acariciaba la frente y las mejillas, y los dedos largos y elegantes de su mano enguantada sostenían la suya con firmeza. Sus movimientos eran suaves y fluidos, y la guiaba con destreza. Cuando se casaran —si se casaban, se corrigió—, estaría mucho más cerca de él de lo que se encontraba en ese instante, y el solo pensamiento le provocó un estremecimiento que se asentó en su estómago como un aleteo de miles de mariposas. Sin embargo, se negó a comportarse como una cobarde.

—De matrimonio —respondió, en un tono lo bastante bajo para que no pudieran escucharlo quienes danzaban a su alrededor.

Vio que en sus ojos se encendía un brillo sutil y temió que se burlase de ella.

—Una propuesta de lo más interesante —comentó el vizconde—. Me gustaría saber más al respecto.

Le costó un triunfo no cogerla en brazos en ese mismo instante y llevársela al jardín para besarla hasta que la noche se hiciera día y los encontrase ardiendo de deseo. Se obligó a sí mismo a mantener el ritmo del vals, aunque apenas era capaz ya de discernir las notas y los compases. No sabía en qué momento se había enamorado de Camilla, pero su corazón se había ido rindiendo a ella de forma lenta e inexorable, y, en esos momentos, parecía ofrecérsele una oportunidad para conquistarla en cuerpo y alma.

El silencio los acompañó durante los largos y eternos minutos que transcurrieron hasta que las últimas notas derramadas por los instrumentos se desvanecieron en el aire. Ambos se detuvieron y sus miradas quedaron entrelazadas, como suspendidas frente a un abismo que ninguno de los dos se atrevía a cruzar. Finalmente, fue Charles quien dio el paso.

—¿Le apetece salir al jardín, señorita Lambert? Creo que hace una noche espléndida para contemplar las estrellas. —Le ofreció el

brazo y ella lo enlazó con el suyo, procurando que el vizconde no notase que estaba temblando.

—Será agradable —repuso con tono lánguido, al tiempo que se abanicaba con discreción—. El ambiente está demasiado caldeado.

Por lo menos, en lo que a ella se refería. Podía sentir el rubor rampante que trepaba por su cuello, coloreando sus mejillas, y un fuego líquido en sus entrañas que hacía que se sintiese algo débil y mareada. El aire fresco del jardín la alivió, y respiró en profundidad la fragancia floral que invadía todo el ambiente. La terraza estaba adornada con pequeños farolillos distribuidos por el suelo, lo que le otorgaba al lugar el aspecto de un cálido capullo de flor que se hubiese abierto a la luz de la luna que brillaba enorme en el cielo estrellado.

Camilla se detuvo junto al barandal de mármol, lejos del murmullo de voces que llegaban desde el interior del salón. Las sombras que se formaban allí donde no llegaba la luz anaranjada de los farolillos le otorgaban cierta protección; aunque no sabía bien de qué debía protegerse, si de la presencia silenciosa que notaba a sus espaldas o de la turbulencia de sentimientos que experimentaba en su interior.

El vizconde fue el primero en hablar.

—¿Y bien? Ha dicho que deseaba hacerme una proposición. — Su voz aterciopelada, íntima en el candor de la noche, le provocó un escalofrío, y Camilla se acarició los brazos—. La escucho.

—Tal vez no sea una buena idea, después de todo —susurró. De inmediato, sintió el peso de la chaqueta de él sobre sus hombros y quedó envuelta en su calidez. Sus sentidos quedaron inundados por el aroma masculino que emanaba de la suave y elegante tela, una mezcla de sándalo y bergamota.

—¿De qué tiene miedo? —le preguntó él con suavidad.

Camilla no se volvió a mirarlo. No podía. «De ti», le hubiese gustado responder, de lo que le hacía sentir. No quería enamorarse de ningún hombre, porque, inevitablemente, terminaría con el corazón roto cuando él le fuese infiel, y ella no podría soportarlo. A pesar de todo, su orgullo no le permitió sincerarse en esta ocasión.

—Yo no tengo miedo a nada.

Él dejó escapar una suave risa y su cálido aliento le acarició la nuca. Sus hombros se tensaron y una alarma se encendió en algún rincón de su mente. El vizconde era demasiado peligroso para su salud mental. Se arrepintió al instante de no haberse mordido la lengua, no le convenía ser impulsiva en esos momentos.

Charles era consciente de cada una de las reacciones de la dama y sabía, sin sombra de duda, que estaba buscando un modo de retractarse de sus palabras, aunque él no pensaba permitirselo, por supuesto. Camilla sería su esposa; aquel primer encuentro, ya lejano, había sellado su destino. Aprovechó su ventaja.

—Entonces, hábleme de ese matrimonio que tiene en mente.

Ella dejó escapar un suspiro de derrota y sopesó muy bien sus palabras antes de hablar.

—Hay... un proyecto que deseo llevar a cabo —comenzó, omitiendo los detalles. Por supuesto, pensaba contárselos más tarde, pero solo en caso de que él no se echase a reír ante su proposición. Apretó las palmas de las manos con fuerza contra el barandal y continuó—: El problema es que, según mi abogado, no puedo realizarlo sola por el hecho de ser mujer, así que me sugirió que me casara para que mi esposo lo llevase a cabo en mi nombre.

Charles percibió la tensión que la embargaba; cada palabra brotaba de sus labios con un afilado desdén. Si ella ya fuera suya, la habría tomado en sus brazos y la habría acunado, entre caricias y besos, hasta que todo el dolor y el resentimiento acumulados

hubieran desaparecido.

Aunque él, como hombre, disfrutaba de todos los privilegios de su sexo, compartía la indignación de Camilla. Si la sociedad concediese más derechos a las mujeres, su hermana no se habría visto obligada a abandonar su posición social para convertirse en una criada. Cuando el maldito Talbot había comenzado a amenazarla, Elisabeth no pudo defenderse; y él, a quien le correspondía cuidarla y protegerla, se encontraba bastante lejos e ignorante de todo. Luego llegó demasiado tarde, y los dos tuvieron que huir. Apartó los recuerdos y se centró en la joven que, de espaldas a él y con el cuerpo rígido, aguardaba una respuesta.

—Entonces, lo que desea es un matrimonio de conveniencia. — Fue más una afirmación que una pregunta, pero el tono masculino solo reflejaba una ligera curiosidad, y Camilla se relajó.

—Con algunas condiciones, por supuesto.

—¿Y cuáles serían?

Ella se volvió hacia el vizconde y trató de observar su rostro, pero sus rasgos permanecían velados por las sombras y apenas discernía sus contornos. De todas formas, parecía hablar en serio, así que continuó:

—Como mi esposo, firmará los papeles necesarios para dar comienzo al proyecto, pero seré yo quien lo lleve a cabo, y no intervendrá en ninguna de mis decisiones —declaró con firmeza. No pensaba transigir en ese punto—. Tampoco quiero su apoyo económico, aunque tendrá que dejarme libertad para disponer de mi herencia. Deberá renunciar a ella.

—Bien, eso la libra de los cazafortunas —comentó Charles con humor—, que no es mi caso. ¿Alguna otra condición?

Camilla apretó los labios con fuerza. Lo que más deseaba —la independencia económica y la libertad de acción para emprender la

fundación de su escuela-hogar— ya lo había dicho. No necesitaba ninguna otra cosa. Sin embargo, aquel contrato no podía repercutir solo en un beneficio unilateral.

—Eso es lo único que pido. A cambio, seré una buena anfitriona; me ocuparé de las responsabilidades que conlleva dirigir un hogar y... de mis deberes conyugales. —Sintió cómo el rubor invadía sus mejillas; a pesar de todo, aún se atrevió a añadir algo más—: Y... no me interpondré si decide buscarse una amante.

Masculló las palabras con frialdad y desagrado. Aunque odiaba la infidelidad, sabía que esta llegaría tarde o temprano, y darle carta blanca al respecto le otorgaba la falsa sensación de que la traición no era real. Además, las palabras de Elisabeth sobre condenar a su hermano a una vida infeliz todavía le rondaban la mente y quería dejarle una puerta abierta para que, si el vizconde aceptaba aquel contrato de negocios, tuviera una oportunidad de ser feliz. Ella lo sería cuidando de sus chicas, de eso estaba segura.

Charles la observó con cierta sorpresa. ¿Por qué narices le ofrecía la posibilidad de buscarse una amante, despreciándose a sí misma?, se preguntó.

—Es muy... generosa de su parte tal liberalidad —señaló, mostrando una ligera indiferencia para que ella no notase su malestar. Ya averiguaría después por qué había incluido ese codicilo—. Sin embargo, todavía no me ha dicho cuál es el proyecto que, como su esposo, debería firmar.

A Camilla comenzó a latirle el corazón con rapidez y sintió que le faltaba el aliento. Ahí estaba el momento que tanto temía. En cuanto él lo supiera, se reiría de ella, le diría que había perdido el juicio y se marcharía. Respiró hondo y alzó la barbilla en un gesto de desafío.

—Se trata de comprar una propiedad en mi nombre. —No veía su rostro, a causa de las sombras, y eso le generó más ansiedad—. Y...

de otorgarme el poder para construir una escuela-hogar para mis chicas —concluyó con rapidez.

—¿Sus chicas?

Camilla apretó los dientes con una mezcla de rabia e impotencia. Él tenía que saber a qué se refería, solo quería obligarla a decirlo en voz alta.

—Las prostitutas del East End.

El silencio que siguió a sus palabras se tornó asfixiante. Tenía la sensación de que le oprimía la garganta y sintió ganas de llorar. En cambio, se armó de valor y se arrebujaó aún más en la chaqueta masculina, como si ese gesto pudiera proporcionarle fuerza, antes de encararse con él.

—Entonces, milord, ¿quiere casarse conmigo?

Charles contuvo una sonrisa. En el interior del pecho le burbujeaba una sensación de felicidad, de plenitud, que a duras penas podía contener. Finalmente, dejó que surgiera en el tono de su voz.

—Pensé que no me lo ibas a pedir nunca, preciosa —bromeó. Y, antes de que ella pudiera arrepentirse, añadió—: Sí, acepto.

—¡Oh! —Camilla lo miró, sorprendida, pero se sobresaltó cuando él acortó la distancia entre ellos y le tomó el rostro, acunándolo entre sus grandes manos—. ¿Qué cree que está haciendo?

—Sellar nuestro acuerdo de compromiso, señorita Lambert —repuso él, con la voz enronquecida por el deseo. A pesar de que le quemaban los labios por besarla, se contuvo. Aún quedaba una cosa por aclarar—. Yo también tengo mis condiciones. No habrá amantes, Camilla. —Ella tuvo que esforzarse por prestar atención a sus palabras. El aliento de Charles le cosquilleaba en los labios, mezclándose con el aire entrecortado que escapaba de los suyos, temblorosos—. Y no quiero una esposa que venga a mi cama por



obligación. Solo me acostaré contigo cuando vengas a mí porque me deseas.

Ella no pudo replicar. Él tomó posesión de su boca en un beso que alternaba la ternura con una ardiente necesidad y que la privó de la capacidad de razonar, sumergiéndola en un mundo de placer, pasión y deseo que le era por completo desconocido.

Charles gimió mientras se deleitaba con el sabor de la boca femenina, llena de dulzura e inocencia, y se preguntó si se había vuelto loco al hacer aquella última afirmación. Iba a ser un tormento no poder hacerla suya.

Cuando se separó, con renuencia, consciente del lugar en el que se encontraban, ella temblaba como un cervatillo y lo miraba con los ojos agrandados. Sus cabellos parecían llamas de fuego a la luz de los farolillos. Pasión. Eso era lo que quería encender en ella: una pasión que los consumiera a ambos, un amor inmortal que sobrepasara las barreras del tiempo y de la memoria.

«Prepárese, señorita Lambert, porque el juego de seducción acaba de comenzar».

## Capítulo 7

*Londres. Octubre de 1858*

El mozo, un joven de unos dieciséis años, tomó la pesada bandeja cargada con toscos vasos de madera y un par de jarras con cerveza y vino, y subió las escaleras que conducían al primer piso, tambaleándose bajo el peso de su carga.

La taberna El ojo del tigre se hallaba abarrotada, como todas las noches. Las blasfemias y juramentos, las carcajadas y los murmullos de las conversaciones se elevaban en el ambiente viciado y turbio del interior. Olía a rancio, a sudor y a vómitos, pero a nadie parecía importarle demasiado mientras la cerveza fuese buena y abundante.

Se escuchó el golpeteo de los dados contra la mesa de madera y, a continuación, los sonidos inconfundibles del inicio de una reyerta. El mozo los ignoró y continuó su camino, tal y como le había indicado el tabernero que hiciese. Avanzó por el estrecho y sucio pasillo hasta detenerse en la última puerta del fondo, que conducía a una sala espaciosa que solía utilizarse para reuniones, aunque estas eran escasas en aquel lugar, por no decir inexistentes. A pesar de que había caballeros a los que les gustaba emborracharse

y urdir planes contra el Gobierno de Su Majestad —según tenía entendido el muchacho, aunque él nunca había sido testigo de ello —, ninguno de ellos se aventuraba a entrar en El ojo del tigre, la taberna con la peor reputación de todo Whitechapel, a menos que desease acabar muerto.

Trató de mantener la bandeja en equilibrio sobre un solo brazo y se apresuró a dar unos golpes en la puerta antes de que volcara todo el contenido. Escuchó la voz que le concedía el paso y tragó saliva, nervioso, antes de aventurarse al interior de la estancia. El humo del tabaco formaba una nube espesa y llenaba el espacio como si de una neblina se tratase. En medio de ella pudo distinguir los semblantes de los hombres que aguardaban impacientes la bebida. Rostros toscos, sombríos, cubiertos por cicatrices.

Tragó saliva mientras se acercaba a la mesa y su prominente nariz se agitó con nerviosismo. Las manos le temblaron cuando depositó su carga y el corazón casi se le salió por la boca cuando se derramó parte de la cerveza y escuchó el gruñido de uno de los hombres. Los cinco que se hallaban reunidos allí formaban parte de la peor escoria de Whitechapel, capaces de rebanarle el pescuezo a su propia madre a cambio de unas monedas. Pálido como un muerto, sacó el trapo que llevaba sujeto a la cintura y limpió con rapidez el líquido derramado.

—¡Muchacho! —bramó uno de ellos, una enorme bestia con una cicatriz gruesa y deforme que le atravesaba la mejilla izquierda desde la comisura del ojo—, ¿cómo te llamas?

—Wi...Will, señor. —Retorció el paño entre sus manos, con inquietud, incapaz de afrontar la mirada acerada y fría de aquellos ojos, demasiado pequeños para una cara grande como la de un cerdo.

—Estoy hambriento, Will, tráenos también algo de comer —

espetó con un gruñido.

—Hemos venido a hablar de negocios, Jake, no a pasar una velada divertida.

El muchacho miró de reojo al hombre que había hablado. Era mucho más joven que los otros y vestía con ropa limpia y elegante. Delgado y fibroso, se apoyaba con indolencia contra el respaldo de la silla, pero su actitud resultaba engañosa. Le recordó a Percival, el gato del tabernero, cuando se quedaba quieto, al acecho, listo para saltar sobre alguna de las ratas que rondaban la cocina.

—Tú preocúpate de tus furcias, Gideon, y deja que yo me preocupe por mí mismo —gruñó—. Además, pienso mejor con la barriga llena. Haz lo que te digo, muchacho, y no tardes.

—Sí, señor.

Jake frunció el ceño al ver que el mozo seguía clavado en el sitio.

—¿Y a qué demonios esperas para moverte? ¡Venga, vamos, que es para hoy!

Los pies de Will salieron disparados hacia la puerta y apenas le dio tiempo a abrirla antes de atravesarla. Llegó a la cocina con la respiración agitada. La esposa del tabernero —una mujer voluminosa, con el cabello grasiento y los dientes torcidos—, que se ocupaba también de la cocina, había previsto lo que sucedería y se había anticipado, preparando un sabroso estofado de carne y verduras, unas rebanadas de pan y queso, y unas tajadas de tocino frito.

—Toma —le dijo, poniéndole una nueva bandeja en las manos—, no los hagas esperar.

El mozo desanduvo el camino, subiendo las escaleras con toda la velocidad y el vigor juvenil de que era capaz sin que se le cayese la bandeja, y se plantó de nuevo ante la puerta. Las voces llegaban claras desde el interior y alzó la mano para llamar. Sin embargo, se

detuvo en el último instante, atraído por las palabras que alcanzó a escuchar.

—La princesa del East End —espetó con desprecio una voz atronadora que enseguida reconoció como la del hombre al que llamaban Jake—, una zorra que se cree que puede meter las narices en nuestros negocios.

—Lo que esa hembra necesita es una lección.

—¿Y cómo lo harás? —se burló otro—. ¿Metiéndote entre sus piernas?

—¡Bah! Esas damas remilgadas son más frías que un pescado muerto —repuso el primero—. Aunque esta es una cosita linda, y no me importaría divertirme un rato con ella.

Un fuerte golpe proveniente de la estancia sobresaltó a Will, que a punto estuvo de hacer volar la bandeja por los aires. Logró evitarlo gracias a su buena estrella y respiró hondo antes de aplicar los nudillos a la puerta. Cuando le dieron el permiso, entró con la cabeza agachada, por temor a que descubrieran en sus ojos que había estado escuchando la conversación.

—¡Maldita sea, ya era hora, muchacho! —gruñó Jake—. Me estoy muriendo de hambre.

Will ni siquiera tuvo tiempo de apoyar la bandeja antes de que aquella bestia se abalanzase sobre la carne y el queso. La soltó de golpe y trastabilló hacia atrás, con tan mala suerte que tropezó con algo, y hubiese caído sobre sus posaderas si un brazo no se hubiese ceñido a su cintura como una banda de acero.

Volvió la cabeza, con el corazón desbocado, y palideció cuando se encontró con los ojos azules y fríos del que respondía al nombre de Gideon. Su elegante chaleco destellaba reflejos dorados a la luz de las velas.

—Lo... lo siento —balbuceó, sin atreverse casi a respirar ante la

penetrante mirada del joven—. Ha sido...

Se interrumpió con brusquedad cuando notó que la mano que lo sostenía se deslizaba por su cadera en una lenta caricia, y todo su cuerpo se puso rígido.

—Eres un bruto, Jake, has asustado al muchacho —comentó Gideon con una voz suave y tan afilada como la punta de un cuchillo. Pero el otro se limitó a encogerse de hombros y a hundir la nariz en su estofado.

Cuando Will notó que aquella mano intrusa acariciaba su trasero, se alejó de un brinco, mientras reprimía un escalofrío.

—Te... tengo que irme —declaró con voz temblorosa y las mejillas ardiendo.

No se detuvo a ver si el hombre se había enfadado por su forma de actuar, sino que se escurrió hacia la puerta con más agilidad de la que había empleado en subir las escaleras, y cerró tras él. Se apoyó contra la pared. El sudor le recorría la espalda y le temblaba todo el cuerpo de forma incontrolable, como si acabase de abandonar una de las antesalas del infierno.

—Has espantado al muchacho con tus modales de cerdo. —La voz de Gideon sonó calmada, pero letal.

Jake se volvió hacia él con una sonrisa socarrona y la barbilla grasienta por la comida que engullía.

—Creo que para eso te has bastado tú solito con esa mirada lasciva que le has dirigido.

Gideon entornó los ojos y, con un movimiento elegante de su mano, extrajo un cuchillo de la manga de su chaqueta ajustada.

—Dejaos de tonterías. Resolvamos primero el problema de la muchacha —intervino otro de los hombres— y, después, podéis mataros si queréis.

Jake, que se había medio levantado, volvió a ocupar su lugar y a

centrarse en la comida, aunque Gideon no guardó el cuchillo.

—Esa zorra ha comprado uno de los edificios abandonados en Brick Lane y está dispuesta a poner una escuela para las chicas —dijo el cuarto hombre presente—. No hay nada peor que una prostituta reformada.

—Nos arruinará el negocio si dejamos que haga lo que le venga en gana.

—Pues habrá que pararle los pies —señaló Jake. Soltó un repugnante eructo y se reclinó contra el respaldo de su silla, satisfecho—. Quizá con un buen susto se plantee el llevarse sus obras de caridad a otro sitio.

—No sé si con eso solo bastará —replicó su compañero, pensativo—. Está demasiado preocupada por las chicas que han desaparecido.

—¿Cómo lo sabes?

—La he estado vigilando. No es ninguna tonta la dama, y tiene carácter. Un simple susto no la detendrá.

—Pues quitémosla del medio —sugirió Gideon—. En una obra suele haber muchos accidentes.

—Parece que se va a casar con un vizconde. No me gustaría tener a un maldito aristócrata azuzando a la policía metropolitana para darnos caza.

—¡Bah!, la mayoría de esos lechuguinos se casan por conveniencia —repuso Jake, haciendo un gesto con la mano para restar importancia al asunto—, y a más de uno le gustaría deshacerse de su esposa. ¿Acaso no son ellos los que más frecuentan los burdeles? Yo he invertido tiempo y dinero en mi negocio, y no estoy dispuesto a perderlo.

—Está bien. Le daremos un par de avisos a la dama y, si no atiende a razones, nos desharemos de ella. ¿Estamos de acuerdo?

Los otros cuatro hombres asintieron.

Al otro lado de la puerta, Will no se había movido ni un milímetro, y apenas había respirado mientras escuchaba cada retazo de la conversación. Blanco como el papel, se alejó de allí lo más rápido y silencioso que pudo. Se dirigió hacia la cocina. Necesitaba un buen trago de ginebra y sentarse al calor de la estufa, porque la sangre parecía habersele helado en las venas.

«Tengo que decírselo a Johnny cuanto antes», pensó.

Charles abandonó Draymoor House por la puerta de servicio.

Resultaba mucho más adecuado, puesto que el traje que vestía carecía de la elegancia y dignidad que solía caracterizarlo. Portaba unos pantalones grises algo desgastados, una camisa blanca que había visto mejores tiempos, y una sencilla chaqueta de paño. Completaba su atuendo un pañuelo de color gris oscuro, anudado al cuello de tal manera que a su valet le hubiese dado una apoplejía si lo hubiese visto, y una gorra vieja que le servía para ocultar el color de su cabello.

Avanzó a grandes zancadas por la calle, alejándose lo suficiente de Mayfair, hasta que pudo coger un coche de punto que lo condujo hasta el East End. Había vivido en Whitechapel durante algo más de tres años, y aunque había recuperado su título y su estatus, no había olvidado a la gente con la que había compartido sus penurias. Muchos de entre aquella gente pobre y sencilla lo habían ayudado en los momentos difíciles, y él seguía preocupándose por ellos. Comprendía bien a Camilla, aunque ella lo ignorase.

Sonrió al pensar en la que pronto se convertiría en su esposa. Las amonestaciones habían sido publicadas durante quince días, como exigía la ley eclesiástica, y el pastor officiaría su matrimonio en dos días más. Como regalo de bodas, él había firmado el documento de compra de la propiedad que Camilla deseaba, y había sido



recompensado con un brillo de entusiasmo y agradecimiento en sus preciosos ojos verdes. Desde ese momento, ella se había volcado por completo en el acondicionamiento del lugar y apenas habían tenido algo de tiempo para verse, y nunca a solas.

Descendió del carruaje, con los paquetes que había preparado, y pagó al cochero. Después, se caló la gorra y echó a andar por la ancha calle que conducía desde la iglesia de Aldgate hasta la de Old Whitechapel. A ambos lados se abrían estrechos callejones que Charles sabía que conducían a nidos abarrotados, llenos de suciedad, miseria y harapos. El East End era el rostro golpeado de la vieja Londres, surcado de cicatrices que aún supuraban su podredumbre.

Los hombres y mujeres con los que se cruzó apenas le dedicaron una ojeada, sumidos como iban en las preocupaciones del hambre y la pobreza. La mitad de los moradores de Whitechapel eran, principalmente, trabajadores portuarios; la otra parte de los residentes la constituían ladrones, vendedores ambulantes, tenderos, prostitutas, mendigos profesionales, traperos y pequeños comerciantes. La lacra de la sociedad.

Dobló a la izquierda, a la altura de Commercial Street, y no tardó en alcanzar su destino. En la esquina con Wentworth Street —la calle en la que se levantaba el viejo edificio en el que había vivido oculto del infame Clayton, que los había acusado a Elisabeth y a él de ladrones— lo esperaba el joven Johnny. Lo conocía desde que era un chiquillo harapiento y miserable que trabajaba limpiando las calles por unos escasos peniques. Era huérfano, así que se lo llevó consigo y compartió con él el pequeño piso que tenía alquilado. Después de conocer a Camilla y la labor que hacía en aquel lugar, y sabiendo que la joven le había salvado la vida en una ocasión, le encargó que la vigilase.

—Buenos días, señor —lo saludó el muchacho con una amplia sonrisa, al tiempo que alzaba un poco su gorra en señal de respeto y se ofrecía para cargarle los paquetes.

—¿Qué tal estás, Johnny?

Él se encogió de hombros y acomodó su paso al del vizconde.

—No puedo quejarme. Tengo para comer y un techo bajo el que dormir.

—Sabes que puedes venir a Draymoor House cuando quieras. — Era un ofrecimiento que le había hecho en numerosas ocasiones, y esperaba que, algún día, aceptara, aunque hasta el momento no hubiera tenido suerte—. Hay trabajo para ti.

—¡Quia! ¿Qué iba a hacer yo vestido con una de esas elegantes chaquetas con botones dorados? —Charles sonrió al pensar lo que dirían sus criados, tan orgullosos de sus libreas, si oyesen al muchacho—. No, señor, prefiero estar en la calle.

—¿No te gustaría tener un hogar?

—Tal vez algún día, cuando conozca a una muchacha bonita y me case —repuso, al tiempo que le guiñaba un ojo con picardía.

El vizconde le palmeó la espalda.

—Eso espero.

—Además, la señorita me necesita —añadió.

—¿Cómo van las obras?

No había querido preguntarle a Camilla sobre ello en la última ocasión en que se habían visto, para que no creyese que pretendía interferir en sus asuntos. Ella ni siquiera había aceptado el dinero que él le había ofrecido. Estaba decidida a llevar adelante el proyecto por sí misma. Y aunque le parecía admirable por ello, también se daba cuenta de que Camilla tenía que aprender a confiar en él.

—Bueno... van bien. Aunque esta mañana no me he pasado por

allí.

La ligera pausa que hizo Johnny llamó su atención.

—¿Qué sucede? ¿Hay algún problema con los trabajadores?

Sabía que el hecho mismo de que una mujer supervisase la obra ya suponía un problema en sí para hombres con una mentalidad tan estrecha como la de la sociedad victoriana.

Johnny sacudió la cabeza y su rostro adquirió un aspecto sombrío. Charles pudo vislumbrar entonces al joven que había aprendido a sobrevivir en medio de las calles de Londres.

—Se trata de la señorita. Un amigo escuchó algo en la taberna El ojo del tigre —comentó. El tono grave que utilizó y la rigidez con que apretaba los músculos de su mandíbula le hicieron ver a Charles que el asunto era serio—. Oyó a un grupo de hombres hablar sobre la princesa del East End. Eran los chulos de algunos de los prostíbulos del distrito, a los que la creación de la escuela-hogar causaría problemas en sus negocios. Hablaron de... deshacerse de la señorita.

Sus palabras provocaron que Charles sintiese como si lo hubieran golpeado, privándolo del aire de sus pulmones. Apretó los puños con rabia y se esforzó por respirar con normalidad.

—¿Sabes quiénes eran?

—Solo algunos de ellos.

—Quiero sus nombres.

Johnny frunció el ceño ante el tono vehemente del vizconde. No deseaba que cometiese una locura.

—Son hombres peligrosos, señor. Tienen matones a su servicio que hacen el trabajo sucio por ellos —le explicó.

—No voy a permitir que le suceda nada a mi esposa —murmuró, con los dientes apretados por la rabia que bullía en su interior—. Si alguien le toca un solo cabello, deseará no haber nacido. Sus

nombres, Johnny.

El muchacho suspiró, resignado, y le contó lo que sabía. Le dijo también que les había pedido a dos conocidos suyos que la vigilaran y cuidaran de ella. Charles asintió, un poco más calmado, aunque la preocupación lo corroía por dentro.

Lo peor era que tenía las manos atadas al respecto, porque no podía impedirle a Camilla que siguiese adelante con el proyecto, a riesgo de ganarse su odio para toda la vida. Y él no deseaba eso. Más que ninguna otra cosa en el mundo, lo que quería era que lo amase, que se entregase a él en cuerpo y alma hasta que ninguno de los dos supiese dónde terminaba el uno y dónde comenzaba el otro. El amor que sentía por ella había sido templado en el crisol del tiempo, en la espera insensata de una oportunidad que abriese una rendija en su corazón para colarse en él como un ladrón furtivo.

Camilla era suya, el motivo por el que había pasado noches en vela en el lecho de su piso en el East End, con la llama de la esperanza encendida, creyendo que su situación cambiaría, que recuperaría su honra y su título para poder vivir a su lado. Ella, sin saberlo, lo había salvado del pozo oscuro de la desesperación.

Los gritos y las risas de unos chiquillos lo arrancaron de los lúgubres pensamientos que acechaban su mente y su espíritu. Enseguida se vio rodeado por una turba de niños sucios y harapientos que saltaban a su alrededor mientras le hablaban al mismo tiempo. Decidió imponer orden.

—¡Callaos todos y estaos quietos! —La chiquillería obedeció al instante y se encontró con doce pares de ojos que lo miraban, expectantes, mientras aguardaban con el aliento contenido—. Thomas, hoy serás tú el encargado de repartir los caramelos —le dijo a uno de los muchachos mayores, al tiempo que le entregaba una bolsa con los dulces—. Ya sabéis lo que hay que hacer. Cada

uno aguardará su turno, y nada de lamentos, quejas ni peleas, ¿entendido?

—¡Sí, señor!

—Los consiente demasiado —comentó Johnny cuando dejaron atrás el corrillo de los niños, cuyos gritos de felicidad arañaban el aire viciado de Whitechapel.

—Nunca se consiente demasiado a quien lo ha sufrido todo —replicó él, sabiendo que estaba en lo cierto—. El dolor y la miseria es lo único que han conocido, si puedo traerles un poco de felicidad, me doy por satisfecho.

Se detuvieron en la casa situada al lado de la que había sido su vivienda durante más de tres años, y golpeó la puerta con los nudillos. Al poco tiempo, esta se abrió y apareció en el umbral una anciana de cabellos blancos y mirada cautelosa. Su expresión cambió al reconocerlo y esbozó una sonrisa desdentada mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—¡Bendito sea el cielo, pero si es el *señorito*! —Charles sonrió al escuchar el apodo que le habían puesto en el barrio mientras vivió allí. Tomó con delicadeza la mano temblorosa de la anciana y la besó como si se tratase de una dama.

—Veo que sigue tan guapa como siempre, señora Brown.

La mujer dejó escapar una risilla cándida y meneó la cabeza.

—Y tú tan zalamero como siempre. —Una emoción profunda iluminó el rostro cansado de la anciana—. ¡Bienvenido a casa!

## Capítulo 8

«Paciencia, solo tienes que tener paciencia», se repitió Camilla a sí misma. «Las cosas, para estar bien hechas, han de hacerse despacio».

La cantinela no funcionó. Era su sueño y quería verlo hecho realidad en aquel instante. Suspiró con impaciencia y contempló cómo los trabajadores terminaban de levantar el muro de ladrillo que separaría el taller de costura de los dormitorios y del aula de enseñanza.

—¡Cuidado con eso de ahí! —Apretó los labios con fuerza cuando percibió la mirada que le dedicó uno de los trabajadores. Murmuró unas palabras por lo bajo y se dio la vuelta. Tal vez, si no veía nada no sentiría la tentación de intervenir—. ¡Sheila! —llamó al distinguir una figura femenina en el umbral del amplio portalón que daba acceso a la nave.

La joven entró con paso incierto, observando a su alrededor con ojos de asombro. Por el suelo se repartían bloques de ladrillos, montañas de piedra y arena, y enormes vigas de madera. Los trabajadores se movían entre el polvo, los martillos, cinceles y demás herramientas.

—Buenos días, señorita Lambert —la saludó cuando llegó a su

lado, arrugando la nariz por el desagradable olor que desprendía el lugar.

—Al final te acabas acostumbrando —le dijo, al ver su gesto—. Me alegro de que hayas podido venir. Ven, salgamos fuera, que se respira un poco mejor.

Sheila agradeció el aire del exterior, menos sofocante, y esbozó una sonrisa tímida.

—He dejado de trabajar en la tienda de madame Vernier.

Camilla la miró entre sorprendida y emocionada.

—¿Quiere eso decir que has decidido ocuparte del taller de costura?

—Sí, señorita Lambert. Pero necesitaría...

—Por supuesto, me encargaré de pagarte un sueldo adecuado para que puedas atender a las necesidades de tu familia —se apresuró a intervenir ella, tomando sus manos y apretándolas con cariño—. No te arrepentirás, te lo prometo.

Sheila parecía tan emocionada como ella misma.

—Se lo agradezco mucho, señorita. Le aseguro que pondré lo mejor de mí y trabajaré duro para sacar adelante el taller.

Camilla le sonrió.

—Estoy convencida de que lo harás, y, por favor, llámame Camilla. —Enlazó su brazo con el de la joven y tiró de ella—. Ven, déjame que te muestre todo. Me vendrán muy bien tus consejos para el taller.

Pasaron la siguiente hora recorriendo la inmensa nave, entusiasmadas con el futuro y con los cambios que ya se podían percibir en el interior del inmueble. Revisaron el material que los dueños anteriores habían abandonado en el taller: unos telares viejos, alguna rueca y retales de tela. No les serviría de mucho, pero les sería de ayuda para que las primeras alumnas pudieran

practicar.

—¡Es maravilloso! —exclamó Sheila una vez que volvieron de nuevo al exterior.

—Sí, y cuando esté terminado será aún mejor —convino con una sonrisa de oreja a oreja que contrastaba con el aspecto polvoriento y sudoroso de ambas. Camilla había olvidado su sombrero en algún lugar del enorme almacén. Algunos mechones de su cabello cobrizo se le habían pegado a las sienes y a la nuca, y tenía las mejillas arreboladas—. Cada chica ocupará uno de los dormitorios, y las aulas estarán repletas. Aprenderán a leer y a escribir, y con el taller de costura podrán formarse en un oficio honrado y mantenerse por sí mismas.

—¿Y cree que habrá muchachas dispuestas a venir aquí para aprender? —La duda se reflejaba en sus ojos azules, y Camilla no podía culparla por ello.

Muchas de las jóvenes prostitutas que ella conocía habían perdido la esperanza de mejorar sus condiciones de vida. Se habían acomodado y no aspiraban a nada más. No resultaría fácil convencerlas para que intentasen cambiar de ambiente; quizá, las más jóvenes sí se lo plantearían.

—Por supuesto que sí —declaró, con más convicción de la que sentía, mientras componía una sonrisa confiada—, ya verás que en cuanto...

Se interrumpió de repente al ver a Johnny, que se acercaba acompañado de un trabajador con el que charlaba de forma animada. Entrecerró los ojos para observar bien al hombre. Si se trataba del capataz, le iba a caer un buen rapapolvo por no estar supervisando a los obreros. Si nadie les metía prisa, la obra se eternizaría y la escuela jamás se pondría en marcha. Aguardó con impaciencia a que la vieran.



Johnny fue el primero que lo hizo. Sus labios se curvaron en una sonrisa y agitó una mano con entusiasmo, pero Camilla fue incapaz de reaccionar a su saludo. Acababa de reparar en aquellos ojos del color del brandy añejo clavados en ella, y la sonrisa burlona que esbozaban esos labios sensuales que había saboreado una noche de finales de septiembre. No pudo evitar el estremecimiento que la recorrió. «¿Qué demonios hace él aquí», se preguntó.

Desvió la mirada furiosa hacia Johnny, y él debió de percibir su enojo, porque se retiró la gorra y sus mejillas se encendieron como si estuviera avergonzado. Le iba a dar un buen tirón de orejas en cuanto estuviesen solos.

Charles se estaba divirtiendo al ver el chisporroteo de furia en los ojos verdes de su prometida, pero no quería que la tomase con el muchacho, y cuando vio que se disponía a hablar, se adelantó.

—Conozco al chico desde hace tiempo. Recuerda que viví aquí —le explicó—. He sido yo quien le ha pedido que me trajera.

Camilla lo miró de nuevo y una sensación de inquietud se instaló en su pecho. ¿Qué pretendía Charles al presentarse allí? ¿Y si deseaba hacerse con el control de su proyecto o, peor aún, del edificio, y utilizarlo para sus propios planes? Al fin y al cabo, él era el legítimo propietario. Lo observó, intentando descubrir las intenciones ocultas tras aquella visita. En ese momento se percató de cómo iba vestido, con un atuendo muy similar al de los obreros, aunque más limpio, por eso lo había confundido con uno de los trabajadores.

—¿Para qué has venido? —No pudo evitar que su tono estuviese preñado de desconfianza y un matiz de acritud.

El vizconde se encogió de hombros.

—A ver cómo le van las cosas a mi prometida. ¿No crees que es un motivo razonable? Sobre todo cuando casi no nos hemos visto desde que nos prometimos y se supone que debería estar

cortejándote —añadió con una pizca de sarcasmo.

—Bueno, yo no necesito que me cortejes —repuso, apretando las manos con firmeza contra su regazo—. Ya sabes que nuestro matrimonio es solo...

Atisbó una señal de advertencia en los ojos de él y se contuvo a tiempo. Maldijo su impulsividad. Había demasiada gente alrededor y muchos oídos atentos a sus palabras. Se mordió el labio inferior y pensó que le debía una disculpa a Charles, aunque lo cierto era que el único culpable era él, por haberse presentado de improviso y por ponerla nerviosa. «Sé justa, el vizconde no tiene la culpa de que su presencia te altere tanto», le indicó su conciencia. Ella resopló con fastidio.

Charles no le quitaba el ojo de encima a Camilla, siguiendo cada uno de los gestos de su expresivo rostro. Se veía preciosa con el rubor que teñía sus mejillas y el cabello despeinado, con algunos mechones que se rizaban sobre su cuello. Aunque solo habían pasado unas semanas desde aquella sorpresiva propuesta matrimonial, le parecía que llevaba siglos deseando volver a besarla. Podía hacerlo allí mismo, se dijo. En medio de aquella calle no había normas sociales por las que regirse ni personas a las que pudieran escandalizar. Cuando ella clavó sus pequeños dientes en el carnoso labio inferior, el frente de sus pantalones experimentó un inoportuno sobresalto cuando toda la sangre descendió hasta la parte inferior de su cuerpo, poniéndola firme como un soldado ante su general.

Solo había un modo de librarse de aquella incomodidad. Dio un paso al frente para acercarse a la única mujer que poseía el remedio para su malestar y casi gimió en voz alta cuando la vio lamerse los labios.

Camilla sentía la boca reseca y no podía apartar los ojos de su

futuro esposo. Algo había cambiado en él, en su forma de mirarla, en tan solo unos segundos. Su corazón empezó a latir como un caballo desbocado al tiempo que lo veía acercarse. Sus movimientos fluidos, elegantes y pausados lo hacían parecer un depredador al acecho, y, por algún motivo, tenía la sensación de que ella era la pieza de caza que quería cobrarse. ¿Y si volvía a besarla? El estómago le dio un vuelco ante ese pensamiento y se descubrió a sí misma deseándolo.

La voz ligeramente temblorosa de Johnny la trajo de vuelta a la realidad.

—Esto... señorita Lambert. —Se volvió hacia él con una mezcla de alivio y decepción. Su piel dorada mantenía el rubor rosado en sus mejillas, y la abochornó pensar que había podido darse cuenta de lo que había estado pensando unos minutos atrás. Sin embargo, se percató de que la mirada gris del joven seguía clavada en algún lugar por encima de su hombro—. ¿No nos va a presentar?

La pregunta la confundió por unos instantes hasta que recordó que no se encontraba sola en el momento en que ellos habían llegado. Se giró, algo avergonzada por haberse olvidado de la muchacha. Se mantenía detrás de ella, en silencio, y el rubor que mostraba su rostro hacía resaltar su piel blanca y sus ojos azules.

—Por supuesto. Johnny, te presento a Sheila. Ella se encargará de dirigir el taller de costura —le explicó—. Sheila, él es Johnny.

—Su ayudante y mano derecha en el proyecto —interrumpió él, con un marcado tono de orgullo en la voz.

Camilla elevó las cejas en un gesto de sorpresa, pero no lo contradijo.

—Y él es...

—Charles —intervino el vizconde antes de que ella pudiera presentarlo de una manera más propia de un salón de baile—, su

prometido.

—¡Oh!, no sabía que fuese a casarse, señorita. —Se ruborizó, aún más, apenas acabó la frase, y bajó la mirada, nerviosa—. Lo siento. Mucho gusto en conocerlos.

Johnny estiró de las puntas de su chaleco y siguió apretando su gorra entre las manos como si exprimiera un limón.

—Cualquier cosa que necesite, señorita Sheila, puede contar conmigo. Conozco la obra como la palma de mi mano, y puedo conseguirle todas las cosas que precise. Bueno, casi todas las cosas —se corrigió, intentando no mostrarse demasiado ansioso ni altanero.

Camilla no daba crédito a lo que oía. Nunca había escuchado a Johnny fanfarronear tanto, le recordó a un gallo cacareando en un corral de gallinas. Incluso lo vio sacar pecho, orgulloso, y casi esperó verlo extender las plumas. Escuchó una risilla a su lado. El aroma especiado embargó sus sentidos antes de que lo hiciera el cálido aliento masculino transformado en un susurro.

—No te enfades con el chico. Me parece que se ha enamorado.

Ella se echó hacia atrás para poder mirar a Charles y para alejarse un poco de aquella presencia que tanto la perturbaba. Frunció el ceño, intentando parecer severa.

—Nadie se enamora a primera vista —susurró a su vez—. Eso es una tontería.

—¿Por qué? Yo creo que sí es posible. —Al fin y al cabo, él mismo era un ejemplo de ello, aunque no pudiera decírselo abiertamente, al menos no por el momento—. El amor lleva su ritmo con cada persona. A algunas las asalta de improviso, con la fuerza de un huracán; a otras les llega con la suavidad de una brisa que va erosionando, poco a poco, los muros del corazón.

—Y ya que el amor es como el aire, como viene se va —apostilló

ella.

Charles levantó la mano y deslizó los dedos en una caricia ligera sobre su mejilla, con la que pretendía eliminar una pequeña mancha de polvo en su piel. Notó la rigidez que adquiriría el cuerpo femenino y, en cierto modo, le molestó.

—Es usted un poco escéptica, señorita Lambert, para estar a punto de contraer matrimonio.

Aunque su tono había sonado sarcástico y dolido, la caricia de su mano sobre la mejilla femenina y sobre la esbelta columna de su cuello llevaba consigo una suavidad infinita y un anhelo escondido. Notó el pulso acelerado que palpitaba bajo sus dedos y su corazón rompió el silencio, acelerando sus propios latidos. Camilla no era tan inmune a él como deseaba hacerle creer, y ese descubrimiento le levantó el ánimo.

—Yo...

Lo que fuese a decir se perdió en el fragor de un poderoso estruendo procedente del interior de la nave. Una nube de polvo blanco escapó por la puerta y las ventanas, y llenó la calle. Se escucharon exclamaciones y gritos, aunque nadie supo de dónde procedían. Camilla solo podía notar el atronador golpeteo de su corazón contra las costillas y el contacto firme y sólido de Charles, que la había envuelto con su cuerpo en un cálido abrazo protector. Cerró los ojos y ocultó la cabeza en su pecho, mientras rogaba porque no se hubiera hundido el edificio entero.

Cuando la nube se dispersó un poco, levantó la cabeza y se encontró con la mirada ambarina de Charles.

—¿Te encuentras bien? —Había preocupación en sus ojos. Ella parpadeó y asintió con la cabeza—. Voy a ver qué ha pasado.

Camilla no quería que entrase en la nave, que, por fortuna, aún seguía en pie. Podría haber otro derrumbe. ¿Y si él se quedaba

atrapado en el interior? No supo por qué, pero la sola idea le provocó un terror espantoso. Charles debió notar su ansiedad, porque, aunque se había apartado de ella, no se había marchado. Hasta que él no tomó con suavidad sus muñecas, no se dio cuenta de que se había aferrado a su chaqueta como si no deseara soltarlo nunca.

Avergonzada, lo liberó de inmediato y dio un paso atrás. Sin embargo, él acortó la escasa distancia que los separaba. Con un gesto que a ella le pareció cargado de ternura, posó la mano bajo su barbilla y la alzó para depositar un beso sobre sus labios cubiertos de polvo.

—Vuelvo enseguida.

Lo vio desaparecer a través de la puerta del edificio y se giró en busca de Sheila. La muchacha se encontraba cerca. En sus ojos abiertos acechaba el miedo, mientras seguía con la mirada a Johnny, que había corrido detrás de Charles hacia el interior. Se acercó a la joven y rodeó sus hombros con un brazo en un gesto que pretendía consolar a ambas.

Charles comenzó a toser apenas entró. El ambiente era irrespirable. Apartó con la mano el polvo que aún flotaba en el aire cargado del interior de la nave e intentó hacerse una idea sobre cuál era la situación. Había una buena cantidad de escombros en el suelo. Ladrillos y trozos de madera yacían esparcidos cerca de lo que parecía un muro en el ala izquierda del recinto.

Parte de este se había venido abajo y, mientras se asentaba la polvareda, vio a unos cuantos trabajadores que intentaban desescombrar la zona entre gritos y juramentos.

Se acercó hasta ellos maldiciendo en su interior. El deseo que sentía por Camilla le había nublado el entendimiento, haciéndolo

olvidar lo que Johnny le había contado sobre los hombres que deseaban hacerle daño. ¿Había sido aquello tan solo un accidente o estaba preparado? Si él no hubiese visitado la obra, Camilla se habría encontrado en el interior de la nave. Un terror helado le recorrió la columna al pensar que podría haberle pasado algo, que podría, incluso, haber muerto.

—Hay un hombre atrapado bajo la viga —le gritó uno de los trabajadores cuando se acercó hasta ellos.

Charles asintió. Se quitó la chaqueta, dejándola sobre una vieja mesa de madera repleta de herramientas, y se arremangó la camisa dispuesto a ayudar. Ocupó un lugar junto al resto de los hombres que intentaban mover el travesaño.

—A la de tres —les indicó cuando vio que todos estaban en sus puestos—. Una, dos, tres. ¡Arriba!

La viga crujió cuando la alzaron, arrojando al suelo algunos ladrillos. Dos de los obreros tiraron del cuerpo de su compañero hasta sacarlo fuera. Ellos movieron el enorme madero y lo arrastraron hacia la pared.

Charles se acercó hasta el herido, donde ya se encontraba Johnny, arrodillado a su lado.

—Parece que se ha roto la pierna —le dijo cuando lo vio llegar—. Será mejor que vaya a buscar al doctor Higgins.

—Sí, cuéntale lo que ha pasado y dile que venga cuanto antes. — Se volvió al notar la presencia de otro hombre junto a él. Por su aspecto, dedujo que se trataba del capataz—. ¿Qué ha ocurrido?

El hombre poseía un corpachón que, a pesar del trabajo exigente que conllevaba una obra, se veía mórbido, y una voz potente y grave.

—Le dije que no tratara de encajar los ladrillos contra la viga, que asegurara esta primero, pero el muy imbécil no me hizo caso —

refunfuñó—. Y ahora he perdido un par de manos.

—Yo los ayudaré.

El capataz le dirigió una mirada evaluadora y, al final, asintió. Entonces comenzó a ladrar órdenes para movilizar a cada uno hacia su puesto. Algunos de los trabajadores comenzaron a retirar los escombros y otros llevaron nuevo material, mientras el resto retomaba la tarea de la construcción del muro. Charles se dirigió hacia una de las esquinas en la que había montones de ladrillos. Llenó una espuerta con unos cuantos y los cargó hasta donde levantaban la pared.

Cuando emprendió el recorrido de nuevo, divisó a Camilla junto a la puerta. Se veía algo pálida, pero no supo si se debía a la nube de polvo que los había cubierto hacía un rato. Apretó los puños con fuerza sobre el asidero de la espuerta. Si por él fuera, mandaría al infierno aquel muro y toda la construcción y la llevaría a Dalwood House, donde se encargaría de que estuviese bien custodiada hasta el día de su boda. Pero sabía que no podía actuar así. No podía encerrar a Camilla en una burbuja de seguridad, por mucho que fuese por su bien. Ella nunca lo entendería, ni tampoco se lo perdonaría. Así que le dedicó una sonrisa tranquilizadora y continuó con su tarea, aunque no pensaba quitarle el ojo de encima ni un solo instante, por si se producía otro accidente.

Camilla notó a su lado la presencia vacilante de Sheila y se giró hacia ella. Le sonrió, alentadora.

—Quizá tardemos un poco más de tiempo, pero lo lograremos.

—Estoy segura, señorita. Tiene usted mucha determinación —contestó la joven.

La incomodó el brillo de admiración que descubrió en sus ojos azules, sobre todo porque no se sentía tan determinada como la muchacha creía. Todavía le temblaban las manos y las piernas por



el miedo que había pasado, y no dejaba de preguntarse si no habría tenido ella la culpa del accidente. Al fin y al cabo, ¿qué sabía ella sobre la construcción de un edificio?

Sus ojos se desviaron hacia Charles, que se encontraba llenando con escombros el canasto que le había visto cargar antes. Se preguntó qué pensaría él sobre el asunto. No dudaba de que la consideraba una chiquilla caprichosa empeñada en meterse en cuestiones que solo correspondían a los hombres y para las cuales una mujer no se hallaba capacitada.

Se encontró con su mirada penetrante y notó un estremecimiento. Sacudió la cabeza, enfadada consigo misma. Si tenía que ser justa con él, no creía que el vizconde fuese tan mezquino; de otro modo, no hubiese accedido a casarse con él. Estaba allí, en medio de los obreros, ayudando como uno más en lugar de comportarse como lo hubiera hecho cualquier aristócrata arrogante. El sudor recorría su frente y empapaba su camisa blanca, que se pegaba a su torso modelando cada uno de los duros músculos que escondía debajo.

Notó un revoloteo en el vientre y el calor se extendió por su cuerpo al recordar cómo se había refugiado contra ese poderoso pecho, y la agradable sensación de sentirse rodeada por los brazos del que pronto sería su esposo. Un delicioso temblor la recorrió y apartó la mirada de aquellos ojos del color del brandy, capaces de embriagarla.

«Mi esposo», repitió para sí.

## Capítulo 9

**R**ecorrió el pasillo en silencio y se detuvo ante la puerta del dormitorio. Tomó aliento y la abrió para introducirse en el interior.

Todos los muebles estaban cubiertos con lienzos blancos y olía a polvo y a cerrado. Agradeció que no flotase ya en el ambiente ninguna traza del penetrante perfume que solía usar su tía Nadia. Aquellos habían sido sus aposentos, como lo fueron antes de su madre, aunque nada quedaba de esta en ellos, excepto algún que otro mueble y los recuerdos en su memoria.

Se acercó hasta el tocador y se sentó sobre el escabel. Tiró del lienzo que lo cubría y se encontró con su imagen reflejada en el espejo. Sus rasgos se habían perfilado, abandonando las redondeces juveniles que habían tenido cinco años atrás, la última vez que había estado allí sentada. Su mirada se posó sobre los pequeños cajones que bordeaban la superficie del tocador y la invadió una gran tristeza. En el interior de uno de ellos había encontrado la prueba de la traición de su tía. Lady Nadia Dalwood no era sino una espía al servicio de los rusos.

Apartó el dolor que le produjo el recuerdo de los acontecimientos que siguieron a ese descubrimiento, en los que casi habían perdido la vida ella y su tío, y se aferró al recuerdo más agradable de su

madre y ella, juntas en aquella misma habitación. Una sombra de tristeza empañó su mirada y su reflejo se tornó borroso en el espejo. Ese mismo día iba a celebrar su matrimonio, y su madre no estaría a su lado para acompañarla.

Escuchó el sonido de la puerta al abrirse y se apresuró a enjugar sus lágrimas.

—He supuesto que te encontraría aquí —comentó lord Dalwood, acercándose a ella—. La pobre Lucy ha estado buscándote por toda la casa y temía que hubieses huido.

Camilla acarició la mano que su tío había posado sobre su hombro.

—¿Usted también lo pensaba? —bromeó, mientras intentaba controlar el tumulto de sus sentimientos.

—No te tengo por una cobarde —repuso con tono serio. Luego dejó escapar un suspiro contenido—. Pero tampoco te culparía por ello.

—¿También cree que estoy cometiendo un error?

En los últimos días, sus dudas sobre el paso que iba a dar se habían acrecentado y temía la respuesta de su tío.

Arthur Bentley conocía demasiado bien a su sobrina como para pasar por alto la chispa de dolor que atravesó sus preciosos ojos verdes. Rodeó el escabel y tomó asiento junto a Camilla. Encerró sus pequeñas manos entre las suyas, más grandes y envejecidas, y las apretó con cariño.

—¿Qué sucede, pequeña?

Ella lo miró, y a él le pareció vislumbrar a la niña perdida y desorientada que había recibido en su casa tras el accidente que les había costado la vida a sus padres. Él no había podido tener hijos y esa niña se había convertido en toda su existencia.

—Tío Arthur, ¿qué es lo que estoy haciendo?

Su voz sonó desamparada y se le estremeció el corazón.

—Cumplir tu sueño —le respondió con tono convencido.

—Sí, pero al precio de la felicidad de otro. ¿No me convierte eso en una mujer egoísta?

—¿Y por qué piensas que Charles no va a ser feliz a tu lado? Él se siente atraído por ti, eso es obvio.

Había algo más que deseo en su mirada, lo sabía. Era perro viejo, los años y la experiencia le habían enseñado a ver más allá de lo aparente. La hermana del vizconde no aceptaba de buen grado aquel matrimonio, y eso hacía dudar a Camilla, pero la marquesa era demasiado joven aún para darse cuenta de lo que él veía.

Camilla bajó la mirada hacia sus manos entrelazadas.

—Pero yo no lo amo —declaró con pesadumbre—. Usted mismo se sentía atraído por la tía Nadia cuando contrajeron matrimonio, y mire lo que sucedió.

Arthur sacudió la cabeza.

—No es lo mismo, pequeña. Tu tía era incapaz de amar a nadie excepto a sí misma, pero tú no eres como ella. Dentro de ti hay un amor infinito, solo tienes que elegir a quién dárselo.

—¡Pero yo ya he elegido! —protestó, sintiéndose perdida—. Mis chicas necesitan todo el cariño que puedo darles.

El conde dejó escapar un suspiro de cansancio.

—Hay muchos tipos de amor, Camilla, y el que se da entre un hombre y una mujer es muy diferente al de una madre por su hija o al de los miembros de una familia.

—Puedo vivir sin él —repuso, empecinada.

—¿Acaso has probado alguna vez la magia de un beso verdadero?

Camilla notó un cosquilleo en el estómago cuando recordó la caricia suave de los labios de Charles sobre los suyos, el fuego que

encendió en su interior con el roce de su cuerpo cálido. Cerró su mente a ese recuerdo.

—Eso no es amor.

—No, tienes razón —convino el conde—. Es solo una parte de él. El amor va más allá: es ternura y delicadeza, paciencia y comprensión, es construir con esfuerzo un futuro juntos, es perdonar y olvidar.

Su voz se fue apagando y el silencio los envolvió. Sabía que su tío estaba pensando en lady Nadia, a quien había amado de verdad, y pudo sentir el peso de su tristeza.

—Parece un poeta —bromeó, para intentar aligerar el ambiente.

Lord Dalwood sonrió.

—No lo soy; pero, aunque no lo creas, yo también fui joven alguna vez. —Le guiñó un ojo y ella se alegró de ver que el velo de tristeza que nublaba sus ojos había desaparecido. Luego, él volvió a mirarla con seriedad—. Camilla, solo te pido que recuerdes tu promesa de intentar no cerrarte al amor, deja que florezca si este llega.

Ella asintió.

—Le prometo que lo intentaré.

—Es todo lo que te pido. Y ahora, vamos a buscar a Lucy, que debe de estar desesperada por encontrarte. Queda poco tiempo y tienes que prepararte para tu boda. —Depositó un beso tierno en su frente y se puso de pie—. Quiero que seas feliz, y estoy seguro de que eso mismo es lo que quiere Charles. Dale la oportunidad de demostrártelo.

Salió de la habitación y Camilla lo hizo tras él. Una pregunta rondaba su mente: ¿Podría ella hacer feliz a Charles?

Esa misma pregunta siguió repitiéndose en su cabeza mientras avanzaba por el alfombrado pasillo de la pequeña iglesia donde tenía lugar la ceremonia de su boda. El exuberante perfume de las

flores de azahar que adornaban los bancos de madera le provocó un ligero mareo.

Impostó una sonrisa mientras caminaba detrás de su pequeña dama de honor, una preciosa niña con el cabello rubio recogido en tirabuzones y vestida de rosa, que avanzaba despacio, como si fuese la mismísima reina Victoria cruzando la abadía de Westminster. Sostenía entre sus manos un ramo de flores blancas que apretaba contra su pecho.

Camilla la seguía casi renuente. Podía escuchar las alabanzas que susurraban a su paso los invitados. Sabía que lucía hermosa; se había contemplado en el enorme espejo de su dormitorio y lo había percibido también en la mirada que había cruzado con Elisabeth a través de este.

—Te ves preciosa. Charles estará orgulloso de ti. —Ella había desviado la mirada, avergonzada, pero su amiga le había colocado una mano sobre el hombro, apretándoselo con cariño—. Lo siento, Camilla. No debí decirte nada sobre tu decisión, no me corresponde.

—Estás preocupada por tu hermano.

Elisabeth había asentido con gesto serio.

—Y por ti. Los dos habéis sufrido mucho, y yo solo quiero que seáis felices. Os lo deseo de todo corazón.

¿Podría ella hacer feliz a Charles?, volvió a preguntarse mientras proseguía su camino por la nave central de la iglesia hacia el altar del brazo de su tío, que parecía más feliz que ella con aquella boda.

Se repitió a sí misma que lo hacía por sus chicas, por la escuela-hogar; sin embargo, algo en su interior la atormentaba con la insinuación de que no era justo para Charles ni para ella. ¿Y si llegaban a odiarse con el paso del tiempo? ¿Y si alguno de ellos se enamoraba de otra persona? La noche en que le pidió matrimonio,

Charles le había dicho que no habría amantes. Si alguna de aquellas dos posibilidades llegaba a cumplirse, ¿cómo podría ella vivir con la conciencia tranquila sabiendo que era la causa de la infelicidad del vizconde?

—Camilla, ¿te encuentras bien?

No se dio cuenta de que se había detenido en mitad del pasillo. Todavía podía dar marcha atrás, se dijo, pero ella jamás huía de los problemas. La sonrisa le tembló ligeramente en los labios cuando se volvió hacia lord Dalwood.

—Sí, tío Arthur, me he pisado el borde del vestido. Sigamos.

El conde frunció el ceño, poco convencido, pero asintió. Cubrió con su mano grande la que ella tenía apoyada en su brazo y la apretó en un gesto de confort que a Camilla le resultó doloroso. Nunca le había mentado a su tío, hasta ese momento.

Todo aquello le parecía un inmenso error. Levantó la mirada, angustiada, y se encontró con los ojos de Charles fijos en ella. Había calidez en ellos, y comprensión. En sus pupilas doradas no había reproches ni miedo, parecían iluminados por un brillo cercano a la ilusión, y eso, más que nada, la impulsó a seguir adelante hasta situarse a su costado izquierdo.

Fue una ceremonia sencilla, en la que sintió el peso de cada palabra. Casi ni se percató de que había concluido sino hasta que se vio a sí misma firmando las actas matrimoniales. Aferró la pluma con fuerza. A partir de ese momento dejaría de ser la señorita Camilla Lambert para convertirse en lady Draymoor. Firmó.

Tras ese momento, todo lo que siguió le pareció vivirlo como si estuviera fuera de su propio cuerpo, como si fuese una persona ajena a ella quien lo experimentaba: la salida de la iglesia del brazo de su esposo; la lluvia de arroz que cayó sobre ellos para atraer las bendiciones de la fecundidad; el beso que le dio un joven

deshollinador, para la buena suerte; el carruaje adornado con flores, y tirado por cuatro caballos blancos, que los llevó hasta la residencia de su tío, donde se celebraría el banquete nupcial.

Aceptó la mano de Charles para descender de la carroza, y una corriente cálida la atravesó cuando él entrelazó los dedos con los suyos. La burbuja en la que había estado sumergida pareció explotar en ese instante, cuando lo miró.

«Mi esposo», pensó. El estómago le dio un vuelco por la aprensión. «Ahora, le pertenezco».

—No, Camilla, te perteneces a ti misma —repuso él. Bajó la cabeza, avergonzada, al darse cuenta de que había dicho las palabras en voz alta, pero Charles colocó los dedos bajo su barbilla y la obligó a mirarlo—. Tú eres la única dueña de tus pensamientos, de tu corazón, y también de tu cuerpo. Yo te entregaré los míos, y desearía que tú hicieses lo mismo, pero, como te dije, no quiero que lo que haya entre nosotros sea fruto del deber.

La seriedad de su rostro la asustó más de lo que la aliviaron sus palabras.

—¿Por qué haces esto? —La pregunta surgió sin pensar—. ¿Por qué lo quieres?

Charles la contempló en silencio durante unos instantes. «Si ella supiera lo hermosa que se ve». Lucía un vestido de seda color marfil con volantes de encaje en el bajo de la falda y en el escote. El talle ajustado marcaba su cintura, y el corpiño había sido bordado con diminutos diamantes e hilos de plata. Un espléndido collar de diamantes, que él mismo le había regalado, rodeaba su cuello, y una corona de flores ceñía su cabeza y sujetaba el largo velo que caía por su espalda. ¿Que por qué quería aquel matrimonio? ¿Acaso se le preguntaba a un sediento que por qué deseaba un poco de agua?



Camilla se había convertido en la razón de su existencia. La deseaba con locura y anhelaba hacerle el amor, despertar su cuerpo a la pasión con sus caricias y sus besos. Pero era mucho más que eso. Necesitaba su sonrisa y ese brillo que chispeaba en sus ojos cuando algo la molestaba; quería tenerla a su lado en los momentos difíciles y dolorosos, envolviéndola en sus brazos; ambicionaba conquistar de una forma firme e inquebrantable su corazón y su confianza. La amaba y pretendía una vida juntos, en un hogar feliz.

Sonrió, misterioso, mientras ella aguardaba su respuesta.

—¿Por qué hago esto? —repitió. Su secreto quedaría sellado hasta que ella no estuviese preparada para escucharlo—. Algún día lo descubrirás.

Inclinó la cabeza y buscó sus labios en un beso suave y tierno, cargado de promesas de futuro que Camilla no supo interpretar. Aturdida, con el corazón golpeando con fuerza dentro de su pecho, solo pudo seguirlo al interior de la mansión cuando tiró de ella.

Los invitados comenzaron a llegar poco después, y la casa se llenó de conversaciones y risas. Ella trataba de sonreír en todo momento, pero se sentía ajena al bullicio y a la alegría que reinaba en el salón. Observó a su esposo, que recibía con una sonrisa las felicitaciones de los invitados. ¿Era una pose falsa o de verdad se sentía feliz?

—Tengo la sensación de que ya te has arrepentido de este matrimonio.

Camilla se sobresaltó. Se giró de inmediato y se encontró con unos ojos profundamente azules que desprendían un brillo de picardía.

—¡Valentin! —Lo abrazó sin importarle lo que pudieran opinar al respecto los presentes. Al fin y al cabo, era el día de su boda y podía permitirse alguna extravagancia—. ¿Cuándo habéis llegado?

—Hace un par de días.

—¿Y Mary? —le preguntó, mirando por encima de su hombro.

—Se encontraba un poco cansada y se ha quedado en la sala contigua, acompañando al tío abuelo. —Su boca se torció en una mueca de resignación y fastidio—. Si me descuido, me robará a mi esposa. Pasa más tiempo con él que conmigo.

Camilla se echó a reír, y la tensión que había ido acumulando se evaporó. Valentin tenía siempre ese efecto sobre ella, aunque cuando lo conoció la primera vez le resultó arrogante y un poco calavera. Hacía casi siete meses que se había casado con Mary y, observando su atractivo rostro, podía decir que se le veía feliz.

—¿Qué tal vuestro viaje a Rusia?

Sus ojos azules se iluminaron con un brillo sensual y, a su pesar, Camilla se ruborizó. Esperaba que no le ofreciese detalles inapropiados. Él pareció leerle el pensamiento, porque dejó escapar una carcajada antes de contestar:

—Digamos que ha sido un viaje muy instructivo —declaró, al tiempo que le guiñaba un ojo—. Lo cierto es que Mary necesitaba volver a su tierra para cerrar el pasado y, además, tenía que ver a Yakov y a su familia.

Camilla asintió. Había conocido al cosaco la misma noche en que salvaron a Mary de las garras del general Timashev, que quería obligarla a regresar con él a Rusia y convertirla en su esposa. Se trataba de un hombre reservado e imponente en su envergadura, pero su afecto por la dama era patente en cada mirada y en cada gesto.

—Me alegro.

—Y tú, ¿qué haces aquí sola? —Su mirada resultaba demasiado penetrante, pero ella se obligó a sostenerla—. Se supone que es el día más feliz de tu vida y deberías estar compartiéndolo con los

invitados, ¿no?

—Bueno, estoy aquí, contigo —le dijo, con una sonrisa, en un intento por bromear. Pero él la miró con seriedad.

—¿Qué sucede?

Ella desvió la mirada y buscó a Charles. Se estaba riendo de algo que le habían dicho. No podía negar que era un hombre atractivo, y lo mismo debían de pensar las damas que revoloteaban a su alrededor y se inclinaban demasiado sobre él. Apretó los labios con firmeza y notó un dolor en el pecho.

—¿Cómo puedo confiar en él?

Las palabras escaparon de su boca antes de que pudiera detenerlas.

—¿En Charles? —Las cejas de Valentin se alzaron en un gesto de incredulidad—. Es un caballero honorable y uno de los mejores hombres que he conocido.

—Sí, eso lo sé —respondió al notar un ligero tono de censura en su voz. Volvió la mirada hacia el duque. Él era un hombre de mundo; había tenido muchas amantes, según se decía, quizá era el hombre adecuado para darle las respuestas que buscaba—. Nuestro matrimonio es de conveniencia. Yo... necesitaba ayuda con un proyecto que no se me permitía llevar a cabo por ser mujer, y le pedí a Charles que se casara conmigo.

Valentin observó a la muchacha con cautela. La seriedad de su rostro le advirtió de que aquella inusual situación representaba un gran problema para ella.

—Y él accedió.

Camilla asintió.

—Sí, pero él no gana nada con este matrimonio; entonces, ¿por qué lo ha hecho?

—¿Eso es lo que de verdad te preocupa?

No creía que fuera eso lo que tenía casi aterrada a la joven, a juzgar por lo que había visto en su rostro cuando la había encontrado sola en un rincón del salón. Por otro lado, él tenía muy clara la razón por la que el joven vizconde había aceptado la proposición. No era nada difícil adivinar que estaba enamorado de la mujer que acababa de convertirse en su esposa, aunque ella no se hubiese dado cuenta. Aguardó la respuesta de Camilla, que parecía pensativa. Finalmente, la vio negar con la cabeza.

—Nunca he deseado casarme —le confesó—. No creo que exista eso que llaman «amor verdadero». ¿Cuánto afecto real puede haber en usar a tu esposa para engendrar un heredero y luego buscarse una amante? —Valentin podía percibir el rencor que subyacía en sus palabras—. Mis chicas son usadas a diario por hombres casados que quieren divertirse mientras sus esposas toman tranquilamente el té y departen sobre moda o, lo que es aún peor, se buscan un caballero para su propia diversión. Tú has estado con damas así, sabes de lo que hablo. —Cuando observó la mueca que esbozaba el duque, se arrepintió de sus últimas palabras—. Lo siento, no quería decir...

—No te preocupes —la tranquilizó él. Camilla siempre le había caído bien por la franqueza que demostraba. Era refrescante en medio de una sociedad que se dejaba guiar por las normas sociales tanto como por la hipocresía—. Puedo asegurarte que yo nunca traicionaré a mi esposa.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? El tiempo...

—Porque Mary sería capaz de pegarme un tiro si lo hiciera. —Sus labios se curvaron en una media sonrisa, tan cargada de ternura y afecto que sintió envidia—. Pero, sobre todo, porque la amo. Cuando una persona se convierte en lo más importante de tu vida, jamás querrás hacerle daño, porque sería como hacértelo a ti

mismo. Hace tiempo, alguien me dijo que el amor es como una planta, hay que cultivarlo con detalles para hacerlo crecer o morirá. En esos casos de los que me has hablado, o bien nunca hubo amor, o bien ambos se rindieron en el camino y dejaron de intentarlo, conformándose con un afecto mediocre y pasajero.

—Pero, nuestro matrimonio ha sido sin amor, entonces...

Valentin le puso los dedos bajo la barbilla y le alzó el rostro, deteniendo así sus palabras.

—¿Estás segura de eso? Os conocéis desde hace tiempo y os tenéis afecto, pero ¿de verdad crees que eso solo habría bastado para que Charles aceptase dejar atrás su libertad? —la cuestionó—. Y tú, conoces a otros caballeros que te han pretendido, ¿habrías sido capaz de unirte en matrimonio con alguno de ellos solo por sacar adelante un proyecto, por muy encomiable que este sea? Piénsalo bien, Camilla. Y, si quieres un consejo, deja que el amor te alcance y transfórmalo en una fuerza en lugar de tenerlo como una debilidad. A mí me ha ido muy bien —añadió con tono pícaro.

—Gracias, Valentin. —Lo besó en la mejilla.

—¿No deberías ir en busca de tu esposa en lugar de intentar robarme la mía?

El duque le dedicó a Charles una sonrisa burlona y miró a Camilla con intención, pues el vizconde la había aferrado con posesividad por la cintura, pegándola a su costado.

—Creo que Mary prefiere al marqués de Wroxford —declaró, con una mueca de diversión.

—No me extraña, tu tío abuelo es mucho más guapo que tú —replicó Charles.

Su tono serio arrancó una carcajada a Valentin. Se despidió de ellos y los dejó solos.

Charles se volvió hacia ella y escrutó su rostro. Percibió su

cansancio y el rastro de nerviosismo que ocultaban sus ojos verdes, y suspiró, abatido. Esperaba no haber cometido un error.

—¿Me acompañas a la cocina? Aún no hemos pasado a recibir las felicitaciones del personal de servicio y, según me he enterado, parece que Johnny está decidido a acabar él solo con todo el pastel —le confió con una sonrisa burlona.

Respiró, aliviado, cuando Camilla se la devolvió.

## Capítulo 10

Las suaves pasadas del cepillo no rebajaron en absoluto la tensión que se abatía sobre sus hombros. Sentía los músculos adoloridos y el cuello como si fuese una dura columna de mármol.

—Está más tensa que la cuerda de un arco —le dijo Lucy mientras seguía contando las pasadas hasta alcanzar las cien obligadas—. Debe relajarse o su esposo va a pensar que quiere usted salir corriendo.

—Y no iría desencaminado —musitó Camilla.

—¡Milady!

La exclamación escandalizada de su doncella la golpeó con fuerza. Ella ya no era la señorita Lambert, sino lady Draymoor. Una sensación de vértigo se aferró a su estómago mientras la realidad caía poco a poco sobre ella.

Hacía unas horas que habían abandonado Dalwood House, la casa de su tío, y se habían trasladado a la mansión que Charles poseía en Mayfair y que se convertiría, desde ese momento, en su hogar. Como señora de la casa, le había sido presentado formalmente el personal de servicio, que la habían saludado con una reverencia, como correspondía a su nuevo título y estatus. El hecho de que Lucy, que había decidido trasladarse con ella a la

mansión para continuar a su servicio, usase el tratamiento que le correspondía como vizcondesa, le provocó una sensación de desarraigo, como si todos los vínculos con su pasado hubiesen desaparecido, y eso la asustó.

—Milady —continuó Lucy, ajena a sus pensamientos—, ha hecho usted un buen matrimonio. Lord Draymoor es un caballero joven, rico y apuesto. Cuidará bien de usted.

—Pero es que yo no necesito que nadie cuide de mí, Lucy —protestó.

Su doncella depositó el cepillo sobre el tocador con demasiada fuerza, señal de que estaba molesta, y le dejó la cabellera suelta en lugar de hacerle la trenza que solía llevar para dormir.

—Pues alguien debería de hacerlo —refunfuñó la joven—, de otro modo, será imposible que no se meta usted en algún lío. Siempre ha sido demasiado inquieta para su propio bien.

—No deberías regañarme el día de mi boda —repuso, frunciendo los labios en un mohín.

—Pues, entonces, compórtese como una novia y no como si fuese a acudir a un funeral, milady. En fin, será mejor que me retire. Su esposo debe estar a punto de llegar.

Camilla miró con aprensión la puerta que comunicaba su dormitorio con el del vizconde y estuvo tentada de pedirle a Lucy que no se fuera, pero, con toda seguridad, eso sería motivo de otra discusión y ya sentía la amenaza de un incipiente dolor de cabeza.

Cuando la doncella se marchó, dejándola sola, la habitación le pareció demasiado grande, demasiado opresiva, a pesar de que estaba decorada con elegancia y sencillez en tonos verdes y dorados. El fuego que ardía en el hogar caldeaba el ambiente; sin embargo, se abrazó a sí misma, como si el frío que sentía procediese de su propio interior.



Sus ojos volvieron de nuevo hacia la puerta y se preguntó si podría cerrarla con llave. Sabía que un hombre no necesitaba amar a una mujer para yacer con ella, y también sabía que Charles, como su esposo, tenía derechos sobre su cuerpo y podría reclamarlos si así lo deseaba, aunque él le había dicho que no se acostarían juntos hasta que ella misma no acudiera a su lecho por deseo, y no por deber. Si bien no había sido una promesa firme, a ella se lo había parecido, y esperaba que la cumpliera. A pesar de todo, no se movió de su asiento frente al tocador, atenta a todos los sonidos provenientes del corredor y de la habitación de su esposo.

No se dio cuenta de que casi se había quedado dormida hasta que no se sobresaltó ante el sonido de una puerta. Buscó el origen de este y se dio cuenta de que se trataba de la puerta que comunicaba ambos dormitorios. Su corazón se lanzó a una loca carrera y sintió el borboteo de la sangre en los oídos. Sus ojos se clavaron sobre la hoja de madera que se abría con una lentitud exasperante.

—No sabía si te encontraría despierta —comentó Charles, entrando en la habitación.

Se había despojado de la chaqueta y el chaleco, y llevaba la camisa blanca desabotonada hasta la mitad, mostrando una franja amplia de piel bronceada y musculosa. Camilla tragó saliva y asintió, incapaz de pronunciar palabra.

Charles no era tan estúpido como para no darse cuenta de que su recién adquirida esposa estaba asustada. Masculló una maldición. No le gustaba verla así, como si su carácter fuerte y decidido se hubiese desvanecido tras pronunciar los votos. Lo único que quería era que confiase en él. Por supuesto que también le habría gustado seducirla. El negligé de color marfil, que dejaba poco a la imaginación, y su cabellera como una llamarada de fuego cayéndole

sobre la espalda eran suficientes para que un hombre perdiese la cordura, por más que él estuviese decidido a mantenerla aunque tuviese que arrancarse la piel a tiras. La amaba demasiado como para echar a perder toda una vida a cambio de un goce pasajero. Pero tampoco era tan virtuoso como para no aprovechar un poco la ocasión, se dijo.

Caminó hacia el tocador de forma distraída, sin dejar de observar las reacciones de Camilla, que se quedó rígida, como un cervatillo que ha olfateado el peligro, en cuanto lo sintió cerca. Charles la ignoró. Tomó el cepillo que había sobre la mesa y, haciendo que ella se girase, comenzó a cepillarle el cabello.

Camilla se quedó quieta, sin saber bien cómo reaccionar. Las pasadas eran lentas y seguras, tranquilizadoras; y aunque su esposo estaba haciendo prácticamente lo que había hecho su doncella apenas unos momentos atrás, de algún modo no se sentía igual. Cerró los ojos para no ver su imagen reflejada en el espejo.

—Hacía mucho tiempo que no peinaba el cabello de una mujer —comentó él en un susurro suave—. A Elisabeth le encantaba cuando la peinaba. La mayoría de las veces se quedaba dormida.

—Mmmm.

Charles sonrió ante aquella breve respuesta. Separó otro mechón de cabello y deslizó el cepillo. El tacto de su melena cobriza asemejaba a hebras de seda fina que se escurrían entre sus dedos, provocándole un ligero cosquilleo. Alzó el mechón y se lo llevó a los labios con reverencia. Un aroma a jazmín lo envolvió. Por fin Camilla era suya, su esposa. Pasó su mano por debajo del cabello, rozándole la suave piel de la nuca en una caricia deliberada, y vio cómo se estremecía. Se lo apartó con cuidado y dejó libre acceso a su cuello y a la curvatura de su hombro, cubierto tan solo por el tejido transparente del negligé, que él se ocupó de retirar de su

camino.

Se inclinó sobre ella y buscó su rostro en el espejo. Mantenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos, como si hubiese dejado escapar un silencioso suspiro. El color cobrizo de su cabello, alimentado por las llamas que danzaban en el hogar, contrastaba con el marfil de sus mejillas y de su frente. Era tan hermosa que verla así, rendida en apariencia, le provocó un anhelo profundo y un sentimiento de fiera ternura. Sus labios, suspendidos a un centímetro de aquella piel satinada, se convirtieron en una línea dura de insatisfacción.

Camilla sentía en el interior de su cuerpo un sinfín de emociones enredadas en una maraña que le costaba desentrañar. El miedo y el nerviosismo batallaban con el placer y una sensación de liviandad que la asustaba. Había percibido el cálido aliento de Charles sobre su cuello y había deseado que sus labios se posaran allí donde su pulso latía veloz y errático, pero cuando el aire frío acarició su piel, abrió los ojos.

Vio la imagen de su esposo reflejada en el espejo, detrás de ella, aunque algo más apartado, y notó el vacío de su ausencia. Sus ojos dorados parecían más oscuros e insondables y los planos duros de su rostro, como tallados en granito. Lo miró durante unos segundos y comprendió que deseaba que él la besara. Se lamió los labios, repentinamente secos, y se preguntó si se atrevería a pedirselo.

Charles gimió en su interior cuando la punta rosada de la lengua femenina mojó la boca que él anhelaba besar. Se llevó las manos a la espalda y las apretó con fuerza en un intento por contenerse a sí mismo. Había hecho una promesa, que no la tomaría hasta que ella misma no fuese a él, y pensaba cumplirla aunque tuviese que morir en el intento. Además, en aquellos momentos tenía una tarea más importante que realizar.

—Camilla. —Carraspeó para aclarar la voz, enronquecida por el deseo—. Con respecto a tus visitas a Whitechapel...

—¡No puedes prohibirme que vaya! —Se puso en pie con brusquedad. Le temblaba el cuerpo por la tensión de los músculos y sentía un dolor sordo oprimiéndole el pecho. ¿Cómo podía traicionarla? Había esperado a convertirse en su esposo, con todos los derechos sobre ella, para impedirle cumplir su sueño—. No lo voy a permitir.

Charles dio un paso hacia atrás como si lo hubiesen abofeteado y la miró con incredulidad.

—¿De verdad me crees tan mezquino como para romper mi promesa? ¿Esa es la clase de hombre que piensas que soy?

Sonaba dolido, y Camilla titubeó. ¿Lo había juzgado mal? Lo cierto era que ni siquiera le había permitido explicarse. Su miedo y su impulsividad le habían ganado la mano.

—Yo... Lo siento, no pretendía...

Sus palabras se perdieron en el silencio frío y distante que impregnó el aire de la habitación. El fuego que caldeaba el dormitorio lamió uno de los troncos, que crepitó en la chimenea, y ella se frotó los brazos en un intento por calentar también su propio interior, repentinamente helado.

—Cumpliré las condiciones que pusiste para convertirte en mi esposa, Camilla, y mantendré también las mías. No debes preocuparte por eso. —Nunca antes le había escuchado ese tono distante y tuvo la sensación de que acababa de perder algo valioso que poseía, aunque no se hubiese percatado antes de ello. Quiso acercarse a él, pero su voz sonó de nuevo y la detuvo—. Lo que quería decirte era que me preocupa tu seguridad, sobre todo ahora que han desaparecido algunas jóvenes. Por eso había pensado que quizá podría enseñarte algunos trucos para defenderte.

Avergonzada al escuchar sus palabras y darse cuenta de lo mucho que había malinterpretado sus intenciones, no pudo evitar que el rubor tiñese sus mejillas. Desde luego, se las había arreglado para que su matrimonio empezase de la peor manera posible, se lamentó, con un suspiro de desaliento. Él no había hecho nada para ganarse su desconfianza. En ese momento, no sabía bien cómo reparar el daño que le había infligido y la brecha que parecía haberse abierto entre ambos. Y lo peor de todo era que, a pesar de la severidad de su gesto y esa mezcla de rabia e incompreensión con que la miraba, ella seguía deseando que la besara. Dio un paso adelante, inseguro y tembloroso.

—Charles, yo... —Se detuvo cuando vio que el vizconde se echaba un paso atrás.

No podía permitir que ella se le acercase, no en esos momentos en que la veía tan vulnerable y tan dolida que lo único que deseaba era acunarla entre sus brazos y depositar en su rostro una lluvia de besos que la confortara. Quería susurrarle al oído que no pasaba nada, que él la amaba lo suficiente para derrumbar todos los muros que ella levantase entre ambos, y que ese sentimiento no cambiaría ni con el paso del tiempo ni con las circunstancias difíciles. Él lo sabía, porque su amor se había forjado en las noches oscuras transcurridas en su lecho de aquella sucia y polvorienta habitación del East End, cuando solo en el recuerdo de las verdes praderas que había visto en los ojos de Camilla paladeaba la libertad y la esperanza.

Si la abrazaba, sabía cómo tentarla lo suficiente para que ella se entregase a él y poder ofrecerle el placer que deseaba enseñarle, pero Charles no la quería rendida por deber ni por culpabilidad. Estaba dispuesto a conquistar su amor, aunque tuviera que condenar su alma al infierno por no poder poseerla.

Le dio la espalda y se obligó a sí mismo a caminar hacia la puerta que comunicaba sus dormitorios, mientras el anhelo tiraba de él con tanta fuerza que su frente se perló de sudor.

—Te esperaré mañana a media tarde en el sótano; Tinkley, el mayordomo, podrá indicarte cómo llegar —le explicó sin volverse a mirarla—. Si no acudes, entenderé que no estás interesada en mi ofrecimiento. Buenas noches..., esposa.

Cuando la puerta se cerró con suavidad tras él, los ojos de Camilla permanecieron fijos en ella durante bastante tiempo antes de dejarse caer sobre el pequeño asiento del tocador y permitir que las lágrimas aflorasen. No sabía bien qué las provocaba, si el sentimiento de culpabilidad que le mordía el alma o el profundo dolor que le laceraba el pecho por una sensación de vacío que no había vuelto a experimentar desde que perdiese a sus padres.

No supo el tiempo que pasó allí sentada, pero algunas velas se habían consumido ya cuando se levantó para dirigirse al enorme lecho de la vizcondesa, y en la chimenea solo quedaban los rescoldos del fuego que había ardido alegre en la habitación. Se acurrucó entre las tibias sábanas y se quedó mirando el techo de dosel, forrado de terciopelo verde con festones dorados, a juego con los cortinajes que había dejado abiertos, a pesar de que en el dormitorio comenzaba a refrescar.

El sueño la eludía, ahogado por las nubes negras que formaban sus pensamientos. Valentin le había sugerido que transformase el amor en una fuerza. Apretó los párpados y dejó descansar la palma de su mano sobre el pecho, donde su corazón latía a un ritmo tan vacilante como su ánimo.

—Me pregunto si eres capaz de un amor así —susurró a la oscuridad. Un amor capaz de superar los miedos, de sobreponerse a las dudas y de entregarse sin limitaciones ni condicionamientos;

capaz de perdurar en el tiempo.

El amanecer la alcanzó en un duermevela inquieto. Abrió los ojos y sintió el peso del cansancio y de las emociones de la noche anterior. Junto con la claridad del día, había llegado también algo de luz a su mente. Ella sola se había metido en aquel matrimonio de conveniencia, así que se esforzaría porque resultara de la mejor manera posible. La imagen de Charles se coló en sus pensamientos y se prometió a sí misma que dedicaría su vida a intentar hacerlo feliz, como compensación por haberlo arrastrado en aquel despropósito. Sería amable con él, trataría de complacerlo y de no hacerlo avergonzar ante sus pares.

Permaneció en la cama hasta que Lucy llamó a la puerta y entró. Compuso una mueca cuando vio cómo su doncella echaba un vistazo a la parte intacta del lecho y luego a la puerta que comunicaba con el dormitorio de su esposo. Sus labios se fruncieron en un gesto de desaprobación que no se le pasó por alto a Camilla, aunque prefirió ignorarla.

—¿Ha pasado buena noche, milady? —le preguntó, al tiempo que descorría las cortinas y abría los grandes ventanales para airear la habitación.

Camilla dejó escapar un resoplido, tanto por el aire frío de la mañana que se coló en la estancia, poniéndole la piel de gallina, como por aquella pregunta. No hacía falta más que mirar su rostro y la hinchazón que podía sentir debajo de sus ojos como para darse cuenta de que la respuesta era un rotundo «no».

—Por supuesto —repuso de inmediato.

Lucy suspiró sonoramente, pero no comentó nada más. Cuando se volvió hacia ella, a Camilla le pareció ver compasión en su mirada, y eso le molestó.

—¿Va a bajar al comedor o prefiere que le traiga el desayuno?

—No te molestes, desayunaré abajo. Prepárame uno de los vestidos sencillos, voy a salir después.

—¿Quiere que la acompañe?

Por el gesto de su doncella, que parecía haber chupado un limón agrio, supo que creía que iría a revisar la obra, y aunque era cierto que pasaría por allí, no era su destino final, y prefería que Lucy no supiese a dónde se dirigía o no dejaría de sermonearla durante todo el camino.

—No hará falta, Lucy, muchas gracias.

Se levantó de la cama y se aseó. Dejó que su doncella la peinara y después se vistió con el vestido de seda gris perla que ella le había escogido.

Una vez que se sintió preparada, bajó las escaleras y giró hacia el pasillo de la izquierda en dirección al comedor. El estómago le revoloteaba a causa de los nervios. ¿Cómo la recibiría Charles?, ¿con la misma frialdad con la que se había despedido de ella la noche anterior? Pensar en ello, en que su vida matrimonial pudiese discurrir por ese camino, le dolía. Se detuvo ante la puerta y cuadró los hombros antes de respirar hondo. Se recordó que había tomado una decisión, sería ella la que diera el primer paso. Quizá, pensó, podría saludarlo con un «buenos días, esposo» y un beso en la mejilla. Negó con la cabeza. Sonaría demasiado falso. Tal vez, si solo le diese el beso... A lo mejor él lo tomaba como una invitación y la besaba a su vez.

Deseaba que lo hiciera. Quería volver a sentir el calor de sus labios sobre los suyos y saborear su boca. Anhelaba experimentar de nuevo todas esas sensaciones extrañas que le había provocado: el hormigueo en la piel, los latidos apresurados del corazón, esa corriente que pareció atravesar sus venas y la tensión que hizo



presa en su cuerpo, descendiendo como una espiral hacia el centro de su femineidad.

Notó que su respiración se había acelerado solo con aquellos pensamientos y volvió a tomar aire para calmarse. Elevó la barbilla con decisión y entró en el comedor... que se encontró vacío. Un sentimiento abrumador de decepción se apoderó de ella. Permaneció quieta en mitad de la sala, mirando la silla vacía a la cabecera de la mesa, donde debería haber estado su esposo.

El señor Tinkley entró, silencioso, por la puerta de servicio que comunicaba con el pasillo que conducía a las cocinas.

—¿Va a desayunar, milady?

Camilla asintió y atravesó la estancia para sentarse en el lugar que le correspondía como señora de la casa.

—¿Lord Draymoor ya ha desayunado? —se interesó.

—Sí, milady —respondió el hombre al tiempo que colocaba frente a ella una bandeja con huevos, lonchas de tocino, arenques ahumados, salchichas y otras viandas a las que no prestó demasiada atención. Que Charles hubiese preferido desayunar solo en su primer día de casados no resultaba muy halagüeño—. Se levantó temprano y, después de tomar algo, salió a cabalgar. Luego comentó que pasaría por el club —la informó—. ¿Prefiere té, café o chocolate, milady?

Camilla tuvo la sensación de que cualquiera de las tres cosas que tomara no le quitaría el sabor amargo que bajaba por su garganta.

—Tomaré un poco de té. Gracias, señor Tinkley.

—A su servicio.

Aunque el comedor no era demasiado grande, puesto que se trataba del comedor familiar y no del de invitados, no pudo evitar sentirse sola cuando el mayordomo se marchó. El silencio entre aquellas paredes tapizadas de seda azul celeste le resultó opresivo.

Removió la comida en el plato, con desgana, y echó una ojeada a los periódicos que descansaban sobre la mesa.

Cogió el ejemplar de *The Times* y revisó los titulares. Los temas políticos no despertaron su atención, ya que no se hablaba nada sobre la reforma social de los pobres y menesterosos. Si ella pudiera participar en los debates del Parlamento, trabajaría sin descanso para que se reconocieran los derechos a los trabajadores, especialmente a las mujeres y a los niños, que trabajaban más de dieciocho horas diarias y recibían un salario ínfimo a cambio. Dejó el periódico a un lado, con esa sensación de impotencia que experimentaba cada vez que pensaba en su gente del East End, y tomó el *The Daily Telegraph*. Aunque llevaba apenas unos años en circulación, desde su fundación en 1855, había adquirido fama enseguida como periódico serio y de calidad. Desde el mes de abril habían incluido un encabezado en su página editorial: «Fue, es y será».

Camilla se quedó contemplando aquellas palabras que no compartía del todo. No había nada inmutable en este mundo y nada perduraba eternamente, reflexionó.

«¿Ni siquiera el amor?», se cuestionó a sí misma. Había amado mucho a sus padres, los seguía amando, a pesar de que ya no estaban junto a ella, y con toda probabilidad los seguiría amando hasta el día en que se reuniese con ellos allí donde quiera que estuviesen. ¿Acaso el amor constituía la única certeza? Sin embargo, no podía ignorar que también había infidelidades en los matrimonios.

Paseó la mirada por las letras impresas en la página que contaban lo acaecido en Londres y todo lo relacionado con los últimos inventos y progresos de la ciencia.

—¿Por qué nadie se ha propuesto escribir un artículo sobre lo que

es el verdadero amor?

Su pregunta solo obtuvo como respuesta el silencio.

## Capítulo 11

Cuando llegó a la obra, la recibió el golpeteo incesante de los martillos. El olor a madera y aserrín se mezclaba con el de la fermentación de la cebada, proveniente de las fábricas de cerveza. Entró en la nave y tuvo que entrecerrar los ojos hasta que sus pupilas se adaptaron a la penumbra.

El sonido se volvió mucho más intenso en el interior. El tibio sol de la mañana se filtraba por las grandes ventanas de sucios cristales y permitía ver múltiples partículas de polvo flotando en el aire. Asemejaba a una fina lluvia de oro.

Camilla sonrió cuando vio que el muro de ladrillo por fin se alzaba, sólido, en la parte izquierda del taller. Los obreros comenzaban a levantar ya el de la derecha, donde ubicarían la oficina de la directora, a la que pensaba contratar para dirigir a las chicas, y un pequeño comedor para que los empleados y los maestros pudieran descansar durante la jornada y tomar un poco de té. Los dormitorios de las alumnas se situarían en el piso superior y contarían con dos entradas, una desde el taller de costura y la otra por la parte de atrás del edificio. Aún faltaba mucho para terminar, pero ver que su sueño iba tomando forma la emocionó.

El capataz la vio junto a la entrada y se acercó a saludarla.

—Buenos días, milady. No debería haber venido a visitar la obra siendo el día después de su boda —comentó mientras se despojaba del sombrero con gesto torpe y respetuoso, y se rascaba el ralo cabello blanco.

—Buenos días, señor Jones —respondió ella con una sonrisa educada, sin importarle el matiz de censura que se había filtrado en sus palabras. Sabía que al hombre le molestaba tener que tratar con una mujer para los planes de construcción del taller—. Es muy amable de su parte, pero no debe preocuparse. Solo he venido a buscar a Johnny.

Camilla arqueó una ceja cuando observó la amplia sonrisa de alivio que afloraba a los gruesos labios del hombretón y lo vio aprobar con la cabeza.

—¡Ah!, bien, bien. Creo que el muchacho se encuentra allí, al fondo. Y ahora, si me disculpa, debo continuar con mi trabajo.

No esperó una contestación de su parte, sino que enseguida se dio la vuelta y comenzó a ladrar órdenes y a soltar juramentos. Ella se quedó mirándolo y apretó los labios con disgusto. Odiaba la sociedad hipócrita en la que vivía, cargada de prejuicios contra la mujer, ya fuese por parte de la aristocracia como por parte de las clases bajas. El señor Jones debía pensar que lo único que ella sabía hacer era sostener un abanico y sonreír, y que tenía la cabeza llena de algodón.

«Charles no es así», le recordó inmisericorde su conciencia. Tuvo que admitir que tenía razón. Él nunca la había tratado como a un ser inferior, ni siquiera en el pasado, cuando le gustaba bromear a su costa, y, además, había aceptado las condiciones de su matrimonio sin cuestionarlas. Se frotó distraídamente la frente en un gesto de confusión. Acababa de percatarse de que tendía a generalizar sus creencias —«todos los hombres tienen prejuicios contra las

mujeres». «Todos los matrimonios terminan en infidelidad»—, a pesar de que había a su alrededor ejemplos suficientes que las desmentían, y medía a todos los hombres con el mismo rasero, incluido su esposo.

De repente, tuvo la sensación de haber recibido un fuerte golpe. Los sonidos de la obra desaparecieron y experimentó un ligero mareo cuando una revelación se abrió paso en su mente a través de sus recuerdos.

La muerte de sus padres, siendo ella una niña, había supuesto un duro golpe. Sola, perdida y vulnerable, los constantes reproches de su tía Nadia desde que el conde la acogió en su casa habían supuesto un flagelo para la imagen de sí misma que empezaba a construir. Lady Nadia le había hecho notar, cada vez que podía, que era una joven rara, insípida y poco agraciada; según la condesa, no poseía elegancia alguna ni encanto, y jamás sería capaz de atraer la atención de un caballero y, mucho menos, de mantenerla. En su mente infantil, la convicción de que todo aquello era cierto se había afianzado con el tiempo. En ese instante acababa de darse cuenta, con dolor, que los muros que había levantado en su interior con los ladrillos del orgullo y de sus propios prejuicios eran solo una manera de ocultar su vulnerabilidad y sus miedos. Si ella misma no se aceptaba, ¿cómo iban a aceptarla los demás?

El corazón se le llenó de congoja. ¡Cuánto daño podían hacer las palabras al deslizarlas con sutileza sobre la tierna alma infantil sedienta de afecto! Se había volcado en ayudar a las jóvenes prostitutas, vulnerables como ella, no por piedad ni por un deseo altruista de verlas salir de aquella condición, sino porque, de alguna manera, se había identificado con ellas. Todas mostraban un orgullo frágil, destinado a ocultar las heridas interiores causadas por los desprecios de la sociedad y de la propia visión de sí mismas, más

como mercancía que como seres humanos. Y se vio reflejada en esas mujeres.

¿Acaso no había prostituido su corazón en un matrimonio de conveniencia? Se había desposado con Charles a cambio de unos privilegios de libertad. Sintió que se desmoronaba por dentro. En ese momento le hubiese gustado encerrarse en su dormitorio, tumbarse sobre el inmenso lecho y hacerse un ovillo.

—¿Se encuentra bien, milady?

La voz llegó hasta sus oídos distorsionada por la confusión en la que se hallaban sumergidos sus pensamientos y su corazón. Buscó el origen de aquellas palabras, pronunciadas con suavidad, y se encontró con los rostros preocupados de Sheila y Johnny.

—Está usted más pálida que un muerto —señaló este último, cabeceando para dar más peso a su afirmación—. Cuando la vimos, creímos que se iba a caer aquí redonda.

Sheila frunció el ceño mirando al muchacho, en un gesto admonitorio, y tomó a Camilla del brazo, tirando de ella con suavidad.

—Venga, será mejor que se siente durante un rato. —Hizo que se acomodara sobre el estrecho banco de madera en el que habían estado sentados Johnny y ella—. A lo mejor ha sido el aire tan cargado que se respira aquí dentro. ¿Quiere que salgamos fuera, milady?

Camilla sacudió la cabeza.

—No hará falta, ya me siento más repuesta. —Esbozó una sonrisa temblorosa—. Ha sido solo un ligero vahído. No os preocupéis.

—De eso nada, nos preocupamos porque la queremos —argumentó Johnny con convencimiento—. Usted es nuestra princesa.

Una sonrisa juvenil iluminó el rostro del muchacho y a ella la traspasó como un bálsamo que suavizó sus heridas, porque había personas que la amaban, incluso siendo como era. Le devolvió la sonrisa.

—Muchas gracias, Johnny.

—¿Ha venido a ver cómo va la obra, milady? —le preguntó Sheila.

—No. Tengo un asunto que resolver y quería ver si Johnny podría acompañarme. ¿Te importaría, Johnny?

Vio cómo el muchacho cruzaba una mirada de desencanto con la joven y supuso que Charles había tenido razón al decir que se había enamorado, y, por lo que parecía, a Sheila tampoco él le resultaba indiferente. Sin embargo, eran todavía demasiado jóvenes, y esperaba que se tomaran las cosas con calma.

—La acompañaré, señorita Camilla.

—Debes llamarla «milady» —lo reprendió la muchacha.

Él se encogió de hombros con displicencia.

—Está bien, Sheila —la tranquilizó Camilla, al tiempo que se ponía de pie y les sonreía—. Los dos podéis llamarme por mi nombre, al fin y al cabo, vamos a formar una pequeña familia.

Algunos minutos después, Johnny y ella se bamboleaban en el interior del carruaje.

—¿A dónde vamos? —le preguntó, asomando su rostro por la ventanilla.

Por lo general, cuando acompañaba a la dama solía ser a pie, por los alrededores del East End, pero nunca lo había hecho en un carruaje y por las calles elegantes de la ciudad. Se sintió algo incómodo, ya que allí se encontraba fuera de su elemento y le parecía que no encajaba, pero no quería defraudarla, ni tampoco al vizconde, que le había pedido que cuidase de ella.



—A Haymarket, a casa de madame Beth.

Johnny abrió los ojos, sorprendido. La casa de madame Beth era uno de los prostíbulos más elegantes de la ciudad al que acudían multitud de caballeros de la buena sociedad y, desde luego, no era lugar para una dama como la vizcondesa.

—¿Y qué demonios se le ha perdido ahí?

—Por favor, Johnny, cuida tu lenguaje —lo reprendió.

—Discúlpeme, pero sigue sin parecerme buena idea que visite ese lugar.

Camilla dejó escapar un suspiro. A ella tampoco le gustaba tener que hacerlo, sobre todo a plena luz del día cuando cualquiera podría reconocerla. Charles se enfadaría bastante si se enteraba de ello, pero no tenía más remedio que hacerlo.

—Es por Sheila.

El ceño de él se frunció con ferocidad.

—¿Qué tiene que ver ella con ese lugar?

Su tono le recordó al estallido de un disparo y supo que necesitaba darle una explicación.

—¿Te gusta Sheila? —le preguntó.

No pensaba que el muchacho le fuese a contestar, por eso se sorprendió al ver que se sonrojaba y asentía con la cabeza.

—Es una buena chica. No es como las demás —musitó con la cabeza inclinada, como si encontrase fascinante el tapizado del acolchado asiento.

—Y además es muy bonita.

—Mmmm. —Fue todo lo que él añadió.

Camilla lo miró con ternura. Cuando ella contaba dieciocho años, la misma edad que él tenía en esos momentos, se había enamorado de un atractivo caballero al que había revestido, en su imaginación, de todas las virtudes posibles. Era su segunda temporada y se

sentía muy orgullosa de que un hombre así la cortejase y deseara convertirla en su esposa. Hasta que fue testigo de una conversación que no debería haber escuchado, pero que le abrió los ojos con respecto al caballero que, por lo visto, solo deseaba su fortuna. Al hombre le sobraron palabras para describir su vulgar cabello rojizo, las desagradables pecas de su nariz, su baja estatura y las exageradas curvas de su figura. Aunque el golpe definitivo fue descubrir que todas aquellas palabras eran vertidas a los oídos de su tía Nadia mientras las manos del caballero se perdían bajo sus faldas y en el interior de su escote.

Sacudió la cabeza con pesar. Después de aquello le había costado creer en el amor tanto como creer en sí misma.

—¿Te ha hablado Sheila de su hermana?

—Maud —asintió Johnny—, y también de su hermano Michael.

Pero, al parecer, no le había hablado de Rose. Camilla se mordió el labio, dubitativa. No deseaba traicionar la confianza de la muchacha, aunque no creía que el motivo por el que no le había dicho nada a Johnny fuese porque se avergonzase de su hermana; además, ella necesitaba la ayuda del joven.

—Tiene otra hermana, Rose.

Él levantó la cabeza de golpe y la miró con ojos sorprendidos.

—No me ha dicho... —Se interrumpió y permaneció callado, con un gesto hosco y decepcionado en su rostro.

—Ha desaparecido. —Sus palabras capturaron la atención de Johnny y sustituyeron la decepción por preocupación—. Es la mayor de la familia. Trabajaba para madame Beth y enviaba el dinero a Sheila. Quería que ella y Maud tuviesen una vida distinta a la suya. Sin embargo, hace más de cinco meses que no va a visitarlas ni les envía dinero, y Sheila está convencida de que le ha sucedido algo malo.

Johnny gruñó una colorida maldición que ella prefirió pasar por alto.

—¿Cree que está relacionado con lo de las otras chicas?

—No lo sé —admitió con sinceridad—. Las demás desaparecieron en la zona del East End. De cualquier forma, haré lo posible por encontrarla.

—Yo la ayudaré, señorita. —Se rascó la cabeza, pensativo—. ¿Madame Beth sabrá algo?

—Pronto lo averiguaremos —respondió cuando vio que dejaban atrás Piccadilly Circus para doblar hacia Haymarket.

Situada en la zona del West End, la calle era bien conocida por pertenecer al barrio de los teatros. En ella se encontraban el King's Theatre y el Theatre Royal, construido por el gran arquitecto John Nash en 1820, entre otros, lo que la convertía en un lugar muy frecuentado por los caballeros, que buscaban también otro tipo de entretenimientos. Era bien sabido que ninguna dama de buena cuna pasearía desde Haymarket hasta Strand a partir de las tres de la tarde, a riesgo de ser tomada por una de las muchas prostitutas que recorrían las calles a esas horas y hasta bien entrada la noche, en busca de algún cliente bien dispuesto.

Cuando el carruaje se detuvo frente a la casa de madame Beth, Camilla tomó aire mientras observaba la fachada del edificio. No había nada que la distinguiese de las demás mansiones que se levantaban en la zona. De líneas elegantes, se alzaba una altura de tres pisos con sus enhiestas chimeneas sobre el tejado, las grandes ventanas cubiertas por cortinajes y la recia puerta de madera rematada con un frontispicio de mármol y flanqueada por dos pequeñas columnas.

—Veré si encuentro a alguien con quien charlar un rato —le dijo Johnny una vez que hubo descendido del carruaje. Se caló la gorra

y, con las manos en los bolsillos, mientras silbaba una tonadilla, se encaminó hacia el callejón que daba a la parte posterior de la mansión.

Camilla se aseguró de que no había ningún conocido a la vista, se cubrió el rostro con el velo que había prendido a su sombrero con el propósito de no ser reconocida, y salvó la distancia que la separaba de la puerta del elegante burdel.

El hombre que le abrió podría haber pasado por un mayordomo de cualquier casa aristocrática. Lucía una impecable librea en color burdeos con remates dorados y poseía una exquisita amabilidad.

—¿En qué puedo servirla, señora?

—Me gustaría hablar con la señora Beth, si es posible. —Le entregó la tarjeta de visita que Charles había mandado hacer unos días atrás y en la que aparecía su nuevo título.

El mayordomo le dio un discreto vistazo y se apartó de la puerta para franquearle la entrada.

—Discúlpeme, milady. Si hace el favor de esperar, veré si la señora se encuentra disponible.

Camilla tenía la esperanza de que, al menos por la curiosidad de saber qué podía querer de ella una dama de la aristocracia, la mujer la recibiera.

Mientras aguardaba el regreso del lacayo, se desprendió del velo y observó con atención a su alrededor. Debía reconocer que aquella casa no era lo que esperaba. El vestíbulo, de techos altos con molduras de yeso y suelo de mármol ajedrezado, había sido adornado con suma elegancia y sencillez, lo cual la dejó un tanto decepcionada. Esperaba algo más sofisticado, pretencioso e incluso vulgar. Ya comprendía por qué el lugar atraía a tantos caballeros.

Se preguntó si Charles habría acudido alguna vez allí. Imaginarlo en alguna de aquellas agradables estancias en brazos de una mujer

le provocó un dolor profundo, y comprendió que prefería no saber la respuesta. El sonido de unos pasos ligeros atrajo su atención. Cuando se volvió hacia la escalera, no pudo por menos que admirar la belleza de la mujer que descendía por ellas. De curvas generosas, marcadas por un espléndido vestido de seda azul que resaltaba su piel rosada, y unos preciosos ojos azules, de mirada astuta y calculadora. Su cabello, de un rubio casi blanco que llevaba recogido en graciosos tirabuzones, enmarcaba un rostro en forma de óvalo perfecto. La mujer era hermosa y lo sabía.

—Buenos días, milady. —Su voz tenía un tono suave como la miel—. Si ha venido para saber si su esposo frecuenta mi humilde hogar, me temo que tendrá que preguntárselo directamente a él —comentó con displicencia, mientras impostaba una sonrisa falsa. Siempre había sido de la idea de que era mejor atacar primero si quería obtener ventaja—. Comprenderá que me debo a mi clientela y traicionar su confianza supondría una merma a la reputación de mi casa.

—Una actitud muy loable, señora —repuso Camilla con sarcasmo—, pero no es por ese motivo por el que he venido.

La mujer arqueó las delicadas cejas rubias y la observó con interés, provocando que se sintiese incómoda. Ladeó la cabeza, estudiándola.

—Aunque es usted una joven hermosa y, sin duda, atraería la atención de muchos caballeros, no creo que haya venido aquí en busca de trabajo. ¿Acaso desea aprender algunos trucos para complacer a su esposo? —Madame Beth dejó escapar una risa suave, como el sonido de unos cascabeles, al ver el gesto de sorpresa de la dama, aunque tampoco escapó a su mirada conocedora la incredulidad que sus palabras habían causado en la joven—. ¿No me diga que ningún caballero ha alabado su belleza?

—Chasqueó la lengua, mostrando su desagrado, y giró a su alrededor mientras continuaba—: Su cabello tiene el color de un atardecer; sus ojos almendrados resultan exóticos y poseen un verdor intenso que los hace parecer frescos y, al mismo tiempo, misteriosos; y su cutis tiene la textura del terciopelo. Su cuerpo es menudo pero proporcionado, tentador, diría yo. Querida, si alguna vez desea ser libre de las encorsetadas normas que le impone la sociedad, acuda a mí. Estoy segura de que su carácter apasionado encontrará aquí un buen cauce.

Camilla parpadeó sin acabar de creerse lo que escuchaba. No sabía si ofenderse o echarse a reír, aunque lo cierto era que sus palabras y halagos la habían sacudido por dentro más de lo que se atrevía a admitir. ¿De verdad aquella mujer de incomparable belleza la consideraba hermosa a ella?

Sacudió la cabeza, intentando alejar aquellos pensamientos, y decidió hablar con franqueza.

—En realidad, madame, quería hablar con usted sobre Rose O’Flaggerty.

—Vaya, ¿no me diga que esa desagradecida ha entrado a su servicio y ha robado algo? Lo lamento, pero ya no tiene nada que ver con nosotros desde que abandonó esta casa.

—Esa es la cuestión, que no creo que la abandonase —le rebatió—. Era el único medio que tenía para ganar el sustento para su familia, y esta no ha vuelto a ver a Rose desde hace más de cinco meses. Creemos que puede haberle sucedido algo malo, por eso necesito que me diga todo lo que sepa al respecto.

Madame Beth dejó escapar un suspiro sentido.

—Me temo que no tengo nada que decir. La muchacha desapareció sin más, de la noche a la mañana, y no hemos vuelto a saber nada de ella. —Frunció el ceño, pensativa—. Lo cierto es que

dejó aquí todas sus cosas, pero pensé que se debía a que no deseaba llevarse consigo nada que le recordase su vida en este lugar si iba a empezar de nuevo. Siento no poder serle de más ayuda, milady.

—Comprendo. —Aunque sabía desde el inicio que no obtendría respuestas, no pudo evitar sentirse abatida—. Le agradezco mucho su ayuda, y siento haberla molestado.

—No ha sido ninguna molestia, milady, y me disculpo por mi falta de modales al no ofrecerle un té —comentó. Sus ojos brillaban con humor y su boca se curvó en una media sonrisa de diversión—. Si alguna vez decide volver a visitarme, estaré encantada de conversar con usted de asuntos más... placenteros.

Camilla sonrió ante el descaro de la mujer.

—Lo tendré en cuenta. Ha sido un placer conocerla, madame —se despidió.

—Lo mismo digo, querida. Jackson, acompañe a la dama a la salida —le dijo al mayordomo, que aguardaba con discreción en un rincón del vestíbulo. Camilla lo siguió, pero se detuvo junto a la puerta cuando la mujer volvió a hablar—: Si quiere un consejo, lady Draymoor, utilice su belleza para seducir a su esposo, de ese modo no tendrá que preocuparse de que frecuente otros dormitorios.

Cuando abandonó la casa y salió al exterior, Camilla tomó una gran bocanada de aire y agradeció la brisa que acarició sus mejillas, acaloradas por las últimas palabras de la señora Beth.

A pesar de que había vuelto a cubrirse con el velo y resultaría difícil que alguien la reconociese, apresuró sus pasos hasta el carruaje. Sin embargo, se detuvo cuando escuchó que alguien chistaba para atraer su atención. Buscó el origen de la llamada y descubrió a Johnny a la entrada de un callejón, que le hacía señas para que se reuniera con él.

—Venga conmigo —le pidió cuando llegó a donde se encontraba.

Camilla lo siguió por la estrecha callejuela y rodearon el edificio. La parte de atrás resultaba menos elegante con sus adoquines irregulares y restos de desperdicios amontonados en algunos lugares. El olor tampoco era demasiado agradable.

Estaba a punto de preguntarle para qué la había llevado allí cuando vio salir a una muchacha, apenas una niña, de la puerta trasera del prostíbulo.

—Milady, ella es Bertha, trabaja en el servicio de la casa de madame Beth. —La pequeña criada debía tener alrededor de doce o trece años, y Camilla sintió lástima por ella. Lo más probable era que terminase ejerciendo la prostitución apenas cumpliera los dieciséis, aunque quizá podría invitarla a la escuela-hogar—. Anda, cuéntale a la dama lo mismo que me has dicho a mí. Te pagará bien.

La niña se retorció las manos con nerviosismo y volvió la cabeza para mirar por encima de su hombro, como si temiera algo. Camilla aguardó. Sabía que, en esas ocasiones, era mejor no presionar, y funcionó.

—La señorita Rose se veía con un hombre en secreto, no quería que las otras chicas supiesen de él porque pensaba que entonces se lo quitarían —explicó con vacilación—. Yo la descubrí por casualidad, no estaba espiándola, lo juro. La señorita me dijo que no podía decírselo a nadie, que pensaba marcharse con él porque el caballero iba a convertirse en su protector. Le pondría una casa y le regalaría vestidos bonitos y joyas, y ella podría ayudar así a sus hermanos.

El corazón de Camilla latía tan apresurado que estaba convencida de que le saltaría del pecho de un momento a otro.

—¿Estás segura de que te dijo que se trataba de un caballero?



—Sí, milady, yo misma lo vi.

—¿Lo viste?

Bertha asintió.

—La noche misma en que la señorita Rose desapareció —afirmó—. Se marchó con él y ya no volvió. ¿Cree que le ha podido pasar algo malo?

Camilla no quería mentirle a la niña, eso no la ayudaría, pues ella misma se encontraba expuesta a peligros al vivir en esas condiciones.

—Sí, creo que sí. ¿Podrías decirme cómo era el caballero?

—Ha pasado mucho tiempo —se disculpó, acongojada. Frunció el ceño mientras intentaba recordar—. Vestía con ropas elegantes y era alto y delgado. La señorita Rose decía que tenía una mirada triste y que por eso le daban ganas de abrazarlo. —Se sonrojó al comentarlo y luego guardó silencio unos instantes—. ¡Ah, sí! Me llamó la atención su bastón, porque la parte de arriba era de color blanco y tenía la forma de la cabeza de un animal, una especie de perro con orejas puntiagudas. No recuerdo nada más.

—Está bien, nos has sido de gran ayuda, Bertha. —Le entregó una moneda y su tarjeta de visita—. Si te acuerdas de algo más, o si alguna vez quieres dejar la casa de madame Beth, ven a verme.

La niña asintió y se marchó deprisa, desapareciendo tras la puerta de servicio. Camilla y Johnny regresaron al carruaje, y el cochero los llevó de vuelta a Whitechapel. Recorrieron el trayecto en un silencio cargado de pensamientos y preocupación. Camilla no dejaba de preguntarse quién era el caballero de Rose. ¿Podría ser alguien a quien ella conociese, un miembro de la alta sociedad?

## Capítulo 12

La casa se hallaba silenciosa a esas horas de la tarde, como un viejo mausoleo. Tan solo se escuchaba, en la lejanía, el tictac del reloj de péndulo que descansaba sobre la repisa de una de las chimeneas.

Camilla avanzó por el corredor que daba a las dependencias del servicio, siguiendo las instrucciones que le había dado el mayordomo, y se detuvo al fondo de este frente a una vieja puerta de madera. Tras ella, bajando unas escaleras, se encontraba el sótano en el que se había citado con su esposo. Clavó la mirada sobre la madera, con aprensión, y tomó una bocanada de aire para armarse de valor.

—Vamos, Camilla, has decidido enfrentarte a tus miedos y darle una oportunidad a este matrimonio de conveniencia.

Enderezó la columna y alzó la barbilla con todo el orgullo de los Lambert que corría por sus venas. Abrió la puerta y se adentró en el pasillo en penumbra. El aire olía a polvo, humedad y aceite quemado, proveniente de las lámparas que colgaban de los apliques de la pared. Los amplios escalones de piedra descendían en una suave pendiente. Bajó los primeros y se detuvo para echar un vistazo hacia atrás. Había dejado la puerta abierta, y la claridad

limpia que entraba por la abertura supuso una gran tentación en contraste con el oscuro abismo que se abría ante ella.

Dejó escapar un suspiro y descendió unos cuantos escalones más, pero volvió a detenerse al escuchar unos ruidos extraños. Prestó atención mientras continuaba el descenso. Se trataba de golpes rítmicos y sordos, como de un cuerpo que caía en tierra, a veces, furiosos; y otras, rápidos. Llevada por la curiosidad, siguió bajando hasta que la luz se hizo más fuerte y los sonidos, más nítidos.

La escalera daba acceso a una amplia sala de paredes desnudas, excepto por los grandes ventanales de la zona superior de la pared. La mayor parte del suelo estaba cubierta por una lona; el resto era de mármol blanco. Al fondo, a la izquierda, había una hilera de muñecos de paja; junto a estos, una estructura de madera en la que se encajaban diversas espadas de las que solían usarse en la práctica de la esgrima. En otra de las paredes ocupaba un lugar una enorme vitrina que contenía, por lo que alcanzaba a ver desde su posición, una variedad de armas de fuego.

Sin embargo, lo que atrapó su mirada como si la hubiesen hechizado fue la figura de su esposo. Vestía tan solo unos pantalones, llevaba los pies descalzos y los poderosos músculos de su espalda brillaban a causa del sudor mientras golpeaba una y otra vez un saco que colgaba desde el techo, sujeto por una soga. Se detuvo para enjugarse la frente con el antebrazo y pudo ver sus manos envueltas en unas tiras de lienzos blancos.

Con las piernas ligeramente abiertas y un poco flexionadas, pegó de nuevo los codos al cuerpo. Luego, veloces como una serpiente, sus puños volaron hacia aquel saco inerte, golpeándolo sin piedad. Camilla lo observó con fascinación. A pesar de la violencia que emanaba la escena, le resultaba hermosa. Había en ella una

silenciosa armonía entre el cuerpo tenso de Charles, que se movía como si estuviese danzando, los golpes contundentes sirviendo de contrapunto, y el movimiento ondulante con el que respondía el saco. Su propio corazón latía al ritmo de cada golpe: pum-tam, pum-tam, pum-tam, mientras algo se arremolinaba en su interior, una especie de excitación que iba *in crescendo* a medida que los golpes adquirían velocidad.

Debió de emitir algún sonido, porque Charles interrumpió el ejercicio y se giró hacia las escaleras, donde ella se había detenido en los últimos escalones. Sus miradas quedaron entrelazadas y, aun en la distancia, le pareció vislumbrar en el ámbar de sus ojos el instinto depredador de un animal que descubre a su presa. El silencio se tornó espeso, roto por los jadeos de la respiración masculina, y, para su sorpresa, también de la suya.

Se dio cuenta de que anhelaba deslizar las manos sobre aquella piel brillante que se tensaba sobre los abultados músculos de su pecho y la planicie endurecida de su estómago, deseaba probar su sabor.

—Has venido.

Su voz, ligeramente ronca, se derramó como miel caliente sobre sus sentidos sobreexcitados, provocándole un estremecimiento de deseo. Siempre se había sentido atraída por Charles, por su físico atractivo y por su carácter despreocupado y burlón. En esas últimas semanas había descubierto también en él a un hombre de palabra, justo y compasivo. No había arrogancia ni esnobismo, como había demostrado colaborando con los trabajadores en el taller tras hundirse el muro. Y, en ese momento, acababa de comprender que ese hombre podía ser suyo, que de hecho ya lo era por matrimonio. Solo necesitaba conquistar su corazón y hacer que la deseara tanto que jamás buscase el calor de otros brazos, como le había

aconsejado madame Beth.

Tragó saliva, aunque no pensaba echarse atrás ante el desafío. Superaría sus miedos uno a uno.

—Sentía curiosidad por saber qué deseabas enseñarme —le respondió. Bajó los últimos escalones y avanzó hacia él.

«Si supieras todo lo que me gustaría que aprendieras al calor de mis brazos», pensó Charles mientras la devoraba con la mirada.

—Dependerá de tu disposición... y de tu confianza en mí.

Camilla acusó el golpe que suponían aquellas palabras y que aludían, sin duda, a su desavenencia en el dormitorio la noche anterior. Ella lo había acusado, sin fundamento, de querer romper su promesa. En esos momentos se le ofrecía la oportunidad de demostrarle que confiaba en él. Apretó las manos con fuerza sobre su regazo y buscó su mirada.

—Quiero confiar en ti, Charles, pero ¿cómo puedo hacerlo cuando no confío ni siquiera en mí misma? —musitó. Vio el asombro pintado en su rostro y continuó antes de que pudiera interrumpirla o de que ella perdiera el valor—. Sé que no soy ninguna belleza, con este cabello rojizo y la multitud de pecas en mi rostro, y también sé que la mayoría de las veces no me comporto como haría cualquier dama bien educada, sino que soy más bien rara y tengo un carácter peculiar y algo asalvajado, y...

—¿Quién te ha hecho creer todas esas estupideces?

Los ojos de Camilla se abrieron por la sorpresa ante el tono brusco de la pregunta.

—Mi tía, y también la gente murmura...

Charles acertó la distancia que los separaba, incapaz de mantenerse indiferente frente a las palabras que escuchaba, y la aferró por los hombros. ¿Cuánto tiempo llevaba Camilla creyendo eso de sí misma? Le dolió el corazón por ella, por la carga que

había soportado todo ese tiempo. ¿No se daba cuenta del valor que había demostrado enfrentándose a esa maldita sociedad, que todo lo juzgaba según sus cánones, al mostrarse tal y como era?

—Lady Nadia era una víbora que solo sabía escupir veneno, ¿comprendes? Y no eres rara, sino una mujer única y especial. En cuanto a tus pecas —le sonrió con ternura—, a mí me encantan. No importa lo que piensen o digan los demás, Camilla. Tú eres tú misma, sin artificios ni mentiras, y esa originalidad tuya es cautivadora.

Lo tenía tan cerca que notaba el calor que desprendía su cuerpo, sus grandes manos la aferraban con delicadeza por los hombros, y sus labios firmes y suaves se hallaban a la distancia de un suspiro de los suyos. «Le encantan mis pecas», se repitió a sí misma.

¿Por qué se habría casado Charles con ella? ¿La consideraba hermosa o, al menos, un poco agradable? ¿Qué había querido decir cuando mencionó que era única y especial? Había muchas cuestiones y dudas girando en su mente; sin embargo, solo una pregunta brotó de sus labios:

—¿Puedes besarme, Charles?

Aquella petición sincera y susurrada le provocó un vuelco en el alma. En ese mismo instante hubiese caído de rodillas, agradecido; sin embargo, sus manos se crisparon sobre los hombros de Camilla. No sabía por qué le había pedido que la besara, pero sí era consciente de que una vez que comenzara sería incapaz de detenerse, porque la fuerza de su anhelo lo superaba. La deseaba de todas las formas posibles; ardía por acariciar cada rincón de su piel con sus manos y su boca. Su cuerpo clamaba por ella con la violencia explosiva de un volcán, pero su alma... ¡ay!, sin Camilla su alma era un barco perdido a la deriva sin un puerto al que arribar, sin un faro que iluminase sus negras noches.

A pesar de cuánto la amaba, o precisamente por eso, no podía permitir que la primera vez que le hiciera el amor fuese en un sórdido sótano rodeados de armas. Todos los músculos de su cuerpo se tensaron por la necesidad. Su corazón latía con furia en el interior de su pecho. Si rechazaba besarla, su esposa podría dar pábulo a esa infame visión de sí misma que le habían hecho creer. Se encontraba en una disyuntiva que no le agradaba en absoluto.

Camilla notó el fuerte agarre de los dedos engarfiados de su esposo sobre sus hombros. Aunque apretaba contra su tierna carne, el dolor no fue tan intenso como el que sintió en su propio corazón cuando él la soltó y dio un paso atrás. La rechazaba. Había dicho que no la tocaría hasta que ella misma acudiese a él, y lo había hecho. Sin embargo, tal parecía que sus palabras eran falsas. Un sollozo le apretó la garganta. Se mordió el labio inferior para contener las lágrimas y se giró para que no pudiera ver su rostro.

—Lo siento, no debí habértelo pedido. Creo... creo que será mejor que me vaya.

Charles la vio alejarse y rogó para ser capaz de dar con las palabras adecuadas.

—Me muero por besarte —le confesó. Cuando ella se dio la vuelta y contempló el verde intenso de su mirada de asombro, se dijo que bien valía la pena abrir el corazón con tal de ver brillar la felicidad en aquellos ojos, aunque solo fuese unos instantes—. He soñado cada noche con el beso que nos dimos en la terraza el día de nuestro compromiso. Me consume el anhelo de tenerte entre mis brazos y devorar tu boca, porque tengo hambre de ti, de entrar en tu cuerpo y hacerte mía. Quiero ver el fuego de tu cabello extendido sobre el blanco de mi cama, y acariciar las curvas de tu piel satinada y perfecta. No importa lo que digan los demás, eres preciosa, y me gustaría demostrártelo, pero he esperado tanto este momento que

me costaría contenerme. Por eso, vamos a jugar según mis reglas. —Una sonrisa maliciosa curvó sus labios—. Has venido aquí a aprender, y recibirás un beso como recompensa por cada logro que obtengas en lo que te voy a enseñar.

«Y que el cielo me ayude, o me volveré loco», terminó para sí.

Camilla temblaba de pies a cabeza. Sus palabras la habían desestabilizado, pero aquella sonrisa pecaminosa había logrado encender un fuego en sus entrañas que amenazaba con consumirla por completo. Entrelazó sus manos para no llevárselas al pecho, donde su corazón palpitaba con un ritmo frenético y doloroso por el nacimiento de una nueva esperanza y de un sentimiento desconocido que la abrumaba, pero que le dio la fuerza y la confianza que necesitaba.

—Te advierto que soy de las que aprende con rapidez —lo desafió.

Charles acortó la distancia que los separaba.

—No pienso ponértelo fácil, esposa mía —le susurró con calidez al oído—. En este juego no hay reglas que seguir. —Acarició con la nariz el costado de su cuello y mordisqueó el lóbulo de su oreja—. Preciosa y bien formada, como el resto de ti.

—Me llevas ventaja en este juego —replicó ella, soltando el aire en un jadeo cuando notó la caricia áspera de su lengua en el hueco que unía el cuello con el hombro.

Su esposo se detuvo y la miró a los ojos. Los suyos se habían oscurecido hasta adquirir el color de la miel caliente.

—¿Tú crees? —insinuó. Su voz poseía un matiz más grave y ronco que le erizó la piel—. A tenor de lo ajustados que siento los pantalones, yo diría que eso no es verdad.

Camilla, confundida, bajó la mirada hacia la prenda en cuestión. Comprendió a lo que se refería cuando vio el enorme bulto que



ocultaba el frente de sus pantalones, y un súbito rubor coloreó sus mejillas al recordar lo que las jóvenes prostitutas le habían contado sobre esa misteriosa parte de la anatomía masculina. Se preguntó si le dolería. Llevada por una irrefrenable curiosidad, alargó la mano para tocarla, aunque se vio frustrada en su intento cuando Charles la sujetó.

—Es mejor que no me toques ahora.

—¿Es peligroso?

El vizconde dejó escapar un sonido a medio camino entre una carcajada y un gemido.

—Solo para mi cordura, querida. —La tomó de la mano y tiró de ella hacia la vitrina que contenía las armas—. Será mejor que empecemos con tu entrenamiento. Descálzate, así evitaremos que te resbales sobre la lona.

Ella lo hizo. Se sentía extraña con los pies desnudos. Movié los dedos, enfundados en las delicadas medias de seda, y le vino a la memoria la noche, ya lejana, en que Charles la había descubierto en el jardín, durante un baile. Ella se había quitado los zapatos para descansar sus pies doloridos, e intentó ponérselos de nuevo, con discreción, cuando apareció. Al darse cuenta de lo que sucedía, él le había ayudado a calzarse los escaarpines, al tiempo que besaba el empeine de su pie.

—¿Estás preparada?

Ella volvió a la realidad y se dio cuenta de que le estaba ofreciendo una daga que había retirado de la vitrina. Era pequeña y la empuñadura tenía forma de cruz; la guarnición, de metal labrado, tenía en el extremo en que se fundía con la hoja una pequeña piedra preciosa de color rojo. Cuando la tomó, se percató de su ligereza.

—¿Y qué hago con esto? —le preguntó, frunciendo el ceño.

—Defenderte, en caso necesario. Apunta siempre a las partes más vulnerables: el cuello, el pecho, el estómago y... los atributos masculinos. —Le guiñó un ojo al tiempo que sonreía—. Lo primero que debes aprender es a sujetarlo. Agárralo con firmeza, con el pulgar sobre el mango. Y ahora, la postura. —La rodeó y se colocó a su espalda. Camilla se envaró al notar su cuerpo pegado al suyo, y dio un respingo cuando su brazo la rodeó y colocó la palma abierta sobre su estómago—. Relájate, no puedes estar tan rígida como si participaras en un baile de la alta sociedad. Separa ligeramente las piernas y respira con calma. Siente cómo el aire se concentra aquí. —Deslizó la mano sobre su estómago y subió hasta rozar la curvatura de sus senos—. Puedo notar los latidos de tu corazón.

Camilla apenas podía respirar. Sentía el calor de la palma de su mano atravesar la fina tela de su vestido de tarde, y un hormigueo le recorrió el cuerpo. Sus senos habían reaccionado a la ligera presión, empujando atrevidos contra su vestido.

—¿Qué tengo que hacer? —musitó con voz ahogada. Notaba el cálido aliento que escapaba de la boca de su esposo y tenía la sensación de que, de vez en cuando, hundía la nariz en su cabello y depositaba leves besos sobre él.

Charles se sentía embriagado y aturdido ante la multitud de sensaciones que lo asaltaban: su perfume, el tacto sedoso de su cabello, la visión de su piel marfileña y la presión de su delicioso trasero sobre su ingle. Aquel juego de seducción iba a costarle muy caro.

—Levanta tu brazo. No, no lo extiendas por completo. Así —le indicó. Deslizó las puntas de los dedos sobre la sensible piel del interior de su antebrazo hasta llegar al codo, donde presionó para flexionarlo—. De esta forma podrás manejar mejor el cuchillo. Ahora, muévelo, de adentro hacia afuera y hacia arriba.

—¿Lo hago bien?

Su esposa estaba haciendo estragos en su cordura. Cada movimiento de su esbelto cuerpo rozaba el suyo e inflamaba su ardor.

—Demasiado bien —gruñó, al tiempo que se alejaba de ella. Su corazón retumbaba a ritmo de batalla y tenía el cuerpo empapado en sudor.

Camilla se giró al percibir la ausencia de su calidez. El rostro masculino parecía crispado por el dolor.

—¿Sucede algo? —Sus ojos se abrieron por el asombro al percatarse de lo abultado de sus pantalones—. ¡Oh, cielos!

Charles apretó los puños y dejó escapar una carcajada amarga.

—Exacto, ¡oh, cielos! —se burló de sí mismo—. Creo que será mejor si cambiamos de arma.

Le arrebató el cuchillo de la mano y se dirigió hacia el armario a grandes zancadas. Miró con anhelo los enormes sacos que colgaban del techo cuando pasó a su lado; unos cuantos golpes le ayudarían a recuperar el control.

Camilla lo observó alejarse. Fascinada, comprendió que ella era la causa por la que su esposo se encontraba en aquel estado, y ese conocimiento provocó que su interior se abriera como una flor. Por primera vez, sintió su poder como mujer. Si había podido conquistar su cuerpo, ¿no podría conquistar también su corazón?

Dejándose llevar por un impulso que movió sus pies descalzos, se acercó hasta él, rodeó su cintura con los brazos y apretó los senos contra su espalda fuerte. Notó cómo se estremecían los músculos de su estómago y sonrió.

—Camilla...

Había un acento de súplica y desesperación en su voz. Él la deseaba. Y esta comprensión alimentó su propio deseo.

—Esposo mío —ronroneó con satisfacción. Depositó un beso suave entre sus omoplatos—. Has dicho que lo estaba haciendo bien, y, según tus reglas, creo que me merezco un beso, ¿no es así?

Él se volvió entre sus brazos y la apresó entre los suyos.

—Estás jugando a un juego muy peligroso, querida —musitó casi sobre sus labios.

—Creo que el riesgo merece la pena. ¿Estás dispuesto a arriesgarte conmigo?

Podía ver la respuesta en su mirada ardiente y en la fuerza con la que la estrechaba contra su cuerpo; a pesar de todo, anhelaba escuchar la contestación de sus propios labios.

—Bajaría al mismísimo infierno por ti, Camilla —le aseguró con vehemencia. La soltó y acunó su rostro entre las manos mientras se perdía en el verde de sus ojos. Había tan solo una forma de demostrarle la sinceridad de sus palabras, incluso aunque ella no lo creyese—. Mi corazón te pertenece desde el mismo instante en que te conocí. Ese día supe que quería hacerte mía para siempre, que serías la medida de mi tiempo, porque cada segundo a tu lado es un océano de felicidad. Eres hermosa, divertida, valiente, y posees un corazón generoso. Te quiero como mi amiga, mi compañera, mi amante... mi esposa. —Acarició con los pulgares sus mejillas y apoyó la frente contra la de ella, cerrando los ojos—. Has sido mi luz en la oscuridad. Te amo, Camilla, y te amaré mientras me quede un hálito de vida. Lo juro.

Ella tembló por dentro ante su confesión. Su interior asemejaba en esos momentos a un mar tempestuoso, una oleada tras otra de sentimientos la sacudían. ¿Cómo podía responder a sus palabras sino con la misma sinceridad y confianza que le había demostrado él? Sin embargo, el miedo le roía las entrañas y creaba en su

estómago un profundo malestar. No quería herir a Charles.

Él le había dicho que era valiente, pues en ese instante necesitaba todo el valor que fuese capaz de reunir. Respiró hondo, inhalando el aroma masculino, y puso las manos sobre las de él, que aún sujetaban su rostro.

—Charles, yo no... —No podía decirle que no lo amaba, porque ni ella misma sabía lo que sentía. Comenzó de nuevo—: Me casé contigo porque...

La detuvo colocando un dedo sobre sus labios.

—Shhhh. Ya sé por qué te casaste conmigo, Camilla, y no espero una confesión de amor por tu parte, al menos no si no es sincera —le dijo al ver la angustia que asomaba a sus preciosos ojos—. Te he amado todos estos años y no pienso rendirme ahora. Mientras crea que puedes enamorarte de mí, haré todo lo que pueda para conquistar tu corazón y tu alma, para que llegues a amarme lo suficiente como para permanecer a mi lado toda la vida.

Las lágrimas afloraron a sus ojos y tragó saliva, emocionada.

—¿Y no crees que este sería un buen momento para empezar? —le susurró.

El vizconde esbozó una sonrisa provocativa y triunfal.

—Como ordene, princesa.

Sus labios rozaron la comisura de su boca con tal delicadeza que a ella se le escapó un suspiro. Camilla esperaba la misma pasión arrolladora de su primer beso; en cambio, se encontró con una seductora ternura que avasalló su alma hasta robarle el respiro. Había en ella una pasión exquisita y dulce, una calma plácida, como si el tiempo en sus corazones fuese infinito.

Se dejó arrastrar por las sensaciones que le despertaban la caricia lánguida de sus labios y la atrevida exploración de su lengua. Él era como un músico virtuoso que intentara arrancar algunas

notas de las cuerdas de su alma dormida.

Cuando se separaron, tenían la respiración jadeante, y las manos de ella se habían perdido sobre la piel masculina, cálida y tensa sobre los músculos.

—Esta noche, milady, después del baile —musitó con voz ronca—, te convertiré en mi esposa.

## Capítulo 13

No había sido una buena idea acudir solo, pensó cuando se internó en el oscuro callejón. Debería haberles pedido ayuda a James o a Valentin. Aunque sabía que se encontraban ocupados, lo más seguro era que hubiesen aceptado acompañarlo, sobre todo si era por el bien de Camilla.

Sin embargo, su mente parecía incapaz de concentrarse por completo después de lo que había sucedido aquella tarde, y había actuado movido por un impulso. Pensar en Camilla puso una sonrisa en sus labios. No le había gustado dejarla y, menos aún, permitir que acudiese al baile de los Remington sola. Le había dicho que se reuniría allí con ella, y pensaba cumplir su palabra. Todo lo que tenía que hacer era dejarles las cosas claras a Jake y a Gideon —los dos únicos nombres que le había proporcionado Johnny— para que dejaran en paz a su esposa.

Conocía la guarida de Jake. Dirigía uno de los peores garitos de juego de Whitechapel en el que había prostitutas para entretener a los clientes, o, más bien, para distraerlos mientras los crupieres les robaban su dinero. En alguna ocasión había llegado incluso a organizar la subasta de alguna muchacha por cuya virginidad se pagaron cifras exorbitantes. Aunque le repugnaba todo aquello,

sabía lo difícil que resultaba acabar con esa lacra, no solo porque ningún agente de la ley se aventuraba a sumergirse en el submundo que suponía el East End, sino también porque había demasiados aristócratas que frecuentaban esos lugares.

Se detuvo en mitad del callejón y observó la pared, amparado por las sombras. A una altura de dos pisos, una ventana permanecía abierta, tal y como le había dicho Johnny. Una de las muchachas que trabajaban en el local, y que odiaba a su jefe por la brutalidad con la que a veces las trataba, le había explicado que solían dejarla abierta. La ventana daba acceso al pasillo de las habitaciones en las que los clientes que se cansaban del juego podían solazarse con otro tipo de entretenimientos. Al fondo del corredor se hallaba el despacho de Jake.

Si tenía suerte, este se encontraría en su oficina y podrían charlar... amigablemente. Llevaba consigo dos cuchillos y una pistola que había tomado de la vitrina de armas del sótano. Echó un vistazo a la superficie lisa de la pared y al único medio que había para trepar hasta el antepecho de la ventana: una gruesa canaleta de desagüe que subía hasta el tejado. Aunque vieja, parecía resistente, o, al menos, esperaba que lo fuera. La sujetó con ambas manos y tiró de ella para probar su solidez. No cedió, y eso lo alivió en cierta medida. Lo único que tenía que hacer, entonces, era ejecutar su misión con rapidez, de tal manera que pudiera volver cuanto antes al lado de Camilla. Le advertiría a Jake de lo que sucedería si le tocaban a su esposa un solo cabello. Ya se había enfrentado con el hombre en una ocasión anterior, y aunque conocía su fuerza y su temperamento violento, también sabía cuáles eran sus puntos débiles. Había tenido tiempo de descubrirlos durante el largo tiempo que permaneció escondido en el East End.

Se aferró a la tubería y comenzó a subir por ella. Se había vestido



de negro por completo, para poder confundirse con las sombras de la noche. El tiempo que dedicaba a su entrenamiento físico le permitió ascender con relativa facilidad. Cuando apenas había colocado una mano sobre el alféizar para poder impulsarse hacia el interior, tuvo que detenerse al escuchar unas risas provenientes del pasillo. Alguna de las muchachas debía estar conduciendo a un cliente a su habitación. Gruñó para sus adentros y se mantuvo inmóvil, sin apenas respirar. Se tragó una maldición cuando vio que la pareja no parecía decidida a entrar, sino que permanecieron en el corredor, disfrutando de una conversación subida de tono.

Después de un tiempo prudente en el que no se escuchó ningún sonido más, prosiguió su ascenso, encaramándose al antepecho de la ventana e introduciéndose en el interior del pasillo mal iluminado. Pudo oír con claridad las risas femeninas procedentes del dormitorio, y la voz resonante de los crupieres en el piso de abajo, mezcladas con los murmullos de las conversaciones.

Atravesó el corredor con cautela y se detuvo frente a la puerta de Jake. A punto de girar el tirador de la puerta, se detuvo al escuchar una voz masculina. No se trataba del vozarrón del hombre. Supuso que se hallaba reunido con alguien, aunque no le importó. Esperaba que fuese Gideon, así se evitaría el tener que ir a buscarlo a su propia guarida. Además, podría mantenerlos a raya a los dos con su pistola.

Las palabras le llegaron claras desde el interior.

—Esa zorra tiene el dinero suficiente para terminar las obras en esa maldita nave antes de diciembre —espetó una voz atronadora que reconoció como la del dueño del local.

Tuvo ganas de partirle la boca a aquel malnacido por insultar a su esposa, pero no debía pecar de imprudente ya que podía costarle la vida. Volvió a lamentarse de no haber invitado a James o a Valentin,

aunque se armó de paciencia y aguardó hasta conocer el número de personas que había en el interior.

—Pues coge a la princesita y tráetela aquí, así te quedas con la mujer y con su dinero —repuso otra voz con sorna.

—Eres un estúpido y un cafre, Smith —gruñó Jake—. Me encontraría con una sogá al cuello si hiciera eso, pedazo de asno. Aunque reconozco que no me importaría catar a una de las de su clase. —Se acarició la barbilla como si sopesase la idea—. ¿Has visto a la dama?

—Una vez, en Brick Lane. Sentía curiosidad —comentó, con un encogimiento de hombros—. Me preguntaba a qué tipo de mujer le permitirían meterse en un negocio así.

—Bueno, ¿y qué? —lo apremió con tono brusco.

—Cabello rojo como el fuego, piel blanca, buenas curvas y un genio de mil demonios. —Soltó una carcajada estridente—. La vi poner firmes a un par de trabajadores haraganes que se sonrojaron como si fueran unas mozuelas.

Las carcajadas se replicaron, y Charles pensó que ya había tenido suficiente. Iba a enseñarles un poco de modales a aquellos dos. Supuso que la puerta no tendría echada la llave, puesto que Jake se sentía seguro en su propio territorio, así que contaba con el factor sorpresa para cogerlos desprevenidos. Empuñó la pistola con la derecha y tomó con la izquierda el cuchillo que llevaba oculto en el fajín. En la caña de la bota guardaba una daga más corta por prevención.

Esperaba que los hombres estuviesen frente a la puerta, de esa manera los tendría a los dos a tiro. Abrió con ímpetu y se introdujo en el interior, cerrando la puerta tras de sí.

—Buenas noches, caballeros —saludó a los sorprendidos rufianes—. Siento interrumpir su velada de esta manera.

Jake hizo amago de levantarse, pero se lo pensó mejor y volvió a tomar asiento. Su semblante era una máscara de furia mientras paseaba su mirada entre el cañón del arma y el rostro del hombre que la sujetaba. No le resultó difícil reconocerlo. Se dejó caer despacio contra el respaldo de la silla.

—Vaya, pero si es *el caballero* —se burló—. ¿Ya se ha aburrido de la vida de lujos y comodidades que llevan los de su clase o echaba de menos el ambiente sórdido y apestoso de Whitechapel?

—En absoluto, he venido simplemente a charlar.

—No sabía que quería hacer negocios. Aunque, si es así, preferiría hacerlos frente a un buen trago de cerveza que ante el cañón de una pistola. Es mucho más... civilizado, ¿no le parece?

A Charles no le pasó desapercibida la calma que mantenían los dos individuos; aquella seguridad y confianza solo podía significar que algo no iba bien. Quizá estaban esperando a que llegase alguien más, lo cual significaba que no tenía tiempo que perder.

—No tengo intención alguna de negociar, solo he venido a advertirles de una cosa: dejen en paz a mi esposa. —Su tono poseía un matiz duro y afilado que no pasó desapercibido a sus oyentes—. Si le tocan un solo cabello, les juro que acabarán en el fondo del Támesis.

Jake entrecerró los ojos peligrosamente y su boca se transformó en un rictus de ira.

—No me gusta que me amenacen —gruñó mientras se incorporaba—. Además, ¿quién demonios es su esposa? ¿Acaso una de las «damas» de mis burdeles? —Rio su propia gracia.

Charles sabía que se arriesgaba demasiado al permanecer en aquella habitación tanto tiempo. En cualquier momento podría subir una de las muchachas con algún cliente o, incluso, uno de los guardaespaldas de Jake. Además, a él lo esperaban en un baile al

que estaba deseando acudir.

—No quiero que tú ni ninguno de los tuyos os acerquéis al edificio de Brick Lane. —Observó cómo sus ojos se abrían con asombro y supo que había comprendido—. Esa escuela se abrirá y vosotros no vais a impedirlo, porque cualquier cosa que suceda sabré quién es el responsable, y no dudaré en mandarlo a la horca. ¿Queda claro?

Smith se incorporó de su asiento, algo tambaleante por el alcohol y con gesto de querer enzarzarse en una pelea. Era un tipo enjuto, con el rostro alargado, una nariz afilada y ojos saltones que le daban el aspecto de una rata.

—Solo porque estés casado con esa ramera no puedes venir a amenazarnos —le espetó con voz pastosa—. No tienes ningún poder aquí, así que te recomiendo que te metas en tus asuntos y nos dejes tranquilos.

Charles contuvo las ganas de arrojar el cuchillo que sostenía en la mano y clavárselo en su negro corazón.

—Soy el vizconde Draymoor, y puedo asegurarte, Smith, que cuento con el poder suficiente para enviaros a prisión; seguro que mis amigos, el marqués de Hallbrook y el duque de Ainsworth, se avendrán encantados a ayudarme.

Sonrió, satisfecho, cuando vio palidecer el rostro de Jake ante la mención del duque. Valentin era tan conocido en los círculos aristocráticos como en los bajos fondos. Estaba convencido de que había logrado su propósito. Era tiempo de retirarse.

Si no hubiese estado atento a la expresión de Jake, no habría captado la sutil negativa que con un leve movimiento de cabeza dirigió a alguien situado más allá de su espalda. El gesto llegó tarde, igual que su propia reacción. Antes de que lograra volverse, un objeto punzante le atravesó la carne del costado; por suerte, se había girado lo suficiente para quedar de perfil y el corte fue

superficial, o eso esperaba. No tuvo tiempo de comprobarlo, enseguida sintió un golpe fuerte sobre su antebrazo y perdió el cuchillo.

No quería disparar sobre su atacante, a riesgo de atraer al piso superior a todos los que se encontraban en el salón de juegos, así que golpeó al hombre con la culata de la pistola.

—¡Maldita sea, Gideon, suéltalo ya!

El tono furioso de Jake no hizo mella en el hombre, que siguió peleando contra él. A pesar de los golpes, agradeció que los otros dos no intervinieran, o no habría salido de allí con vida. Con el sabor metálico de la sangre en la boca a causa del labio partido, alguna costilla rota, varias contusiones y la herida del costado que le ardía como mil demonios, se dijo que era hora de poner fin a aquello. Con un movimiento rápido extrajo el cuchillo que llevaba en la bota y lo blandió en un arco, que encontró la carne de su adversario.

Gideon se sujetó el antebrazo contra el pecho. La sangre que manaba del corte manchaba su impecable chaqueta blanca. Aquel hombre parecía más un dandi que un proxeneta.

—¡Hijo de perra! —gritó este, enfurecido—. Voy a matarte y a colgarte por las tripas en el puente de Londres.

Charles no se entretuvo en quedarse a escuchar el resto de la amenaza. Aprovechando la momentánea inmovilidad de su atacante, se lanzó hacia la puerta y la abrió. Corrió por el pasillo hacia la ventana por la que había entrado. Era arriesgado volver por ahí, ya que quedaría expuesto y vulnerable, pero bajar al salón habría sido una auténtica locura.

—No puedes matarlo, estúpido cerebro de mosquito. —Oyó decir a Jake—. Si lo haces nos ahorcarán a todos.

—Si lo encuentran muerto en la calle, nadie sabrá que fuimos nosotros.

Guardó la pistola y el cuchillo y subió al alféizar de la ventana. Pasó del otro lado y alcanzó la tubería. El descenso no resultó sencillo, dado el estado en el que se encontraba; y a pesar del dolor y del mareo que le sobrevino, se concentró en seguir bajando y evitar caer desde aquella altura para no romperse la crisma.

Un ruido sobre su cabeza le hizo comprender que Gideon había convencido a Jake o bien lo había desobedecido. Ninguna de las dos opciones era buena para él.

—Eres hombre muerto, ¿me oyes?

Charles echó un vistazo hacia abajo. Aún quedaba un buen trecho hasta la calle, si saltaba era probable que se rompiera una pierna, o algo peor. Miró hacia la ventana, y lo que vio lo obligó a tomar una decisión. Gideon lo apuntaba con una pistola y, a esa distancia, era imposible que fallara, a pesar de que el callejón permanecía casi en penumbras. Agradeció en su interior haberse vestido de negro.

Escuchó cómo amartillaba el arma y saltó justo en el instante en que el disparo rasgaba el aire. Cayó al suelo con un golpe sordo. Un dolor agudo le recorrió la pierna, pero rodó sobre sí mismo y se puso en pie antes de echar a correr hacia las sombras. Un segundo disparo resonó en la noche.

—Has fallado, estúpido. Ahora habrá que ir tras él. —Escuchó que gruñía Jake.

Siguió corriendo, jadeante, mientras se internaba en el intrincado laberinto de callejones que, por fortuna, conocía bien. Se detuvo a tomar aliento y prestó atención al sonido de pasos. No se escuchaba nada, pero no podía fiarse; debía aprovechar la ventaja que llevaba. Cuando intentó ponerse de nuevo en movimiento, le sobrevino un mareo y tuvo que dejarse caer contra la pared de uno de los edificios. El pie le latía dolorosamente, aunque podía aguantarlo. «Debe ser la herida del costado», se dijo. «Quizá es

más profunda de lo que creía». Se giró para tratar de ver la gravedad del corte y el latigazo de dolor que recorrió su espalda casi lo dobló en dos. Jadeó con fuerza, llevando aire a sus pulmones para evitar perder la conciencia.

—¡Maldición! —espetó, furioso, aunque su tono sonó débil.

El segundo disparo lo había alcanzado.

Se obligó a sí mismo a caminar para salir de aquel infierno de calles a donde pudiera encontrar un coche de alquiler. Sin embargo, al poco tiempo, notó que los oídos le zumbaban y la vista se le nubló. Como si la bala le hubiese atravesado el pulmón, cada respiración se tornó dolorosa, agónica, y supo que no aguantaría mucho más.

—Camilla... tengo que regresar... con... Camilla. Mi esposa...

«No», recordó. «Todavía no lo es del todo. Esta noche, después del baile, por fin será mía».

Realizó un último esfuerzo para conseguir ayuda, y cayó desplomado sobre el sucio pavimento adoquinado de aquella infausta cloaca llamada Whitechapel.

La música y las conversaciones se mezclaban en el ambiente festivo del salón de los Remington. Las parejas se deslizaban con suavidad sobre el suelo de mármol como un abanico multicolor y algunas personas departían en corrillos repartidos por el amplio espacio.

Camilla miró por quinta vez hacia la entrada del salón y suspiró, decepcionada.

—No soporto a lord Collinwood —le dijo Mary, acercándose a ella—. No ha dejado de hablar de política durante todo el tiempo que hemos bailado. Creo que, en realidad, pensaba que estaba bailando con Valentin y se esforzaba por ganar su voto para la próxima sesión en la Cámara de los Loes —bufó con desagrado—. Además,

ha tenido el mal gusto de pisarme en un par de ocasiones.

—Vaya, lo siento.

La duquesa, que había estado observando a los bailarines, se volvió a mirar a la joven con curiosidad.

—¿Sucede algo? Te he visto mirar más veces hacia esas escaleras que hacia la pista.

—Discúlpame, Mary. No es nada.

—¿Se trata de Charles?

Camilla asintió.

—Ya ha pasado la mitad de la velada y aún no ha llegado — señaló con voz apagada—. Supongo que no debería de preocuparme, quizá le ha surgido algo.

—Puede ser, o tal vez ya ha llegado y se haya refugiado en el salón de juegos —la consoló, aunque le parecía extraño que Charles no estuviese junto a su esposa. Enlazó su brazo con el de Camilla—. ¿Por qué no intentas divertirte? Baila con algún caballero, seguro que así pasa más rápido el tiempo.

—Por supuesto, tienes razón. —Intentó sonreír. No iba a dedicarle ni un solo pensamiento más a su esposo. Si no aparecía, tendría sus motivos, y esperaba que la confianza que había empezado a nacer entre ellos fuese la suficiente como para contárselos.

Mary agitó el abanico con lentitud para refrescarse el rostro acalorado por el ambiente cargado del interior del salón, a pesar de que los grandes ventanales franceses se hallaban abiertos de par en par.

—Buenas noches, duquesa. Lady Draymoor.

—Lord Collinwood. —El tono de Mary sonó una octava más aguda de su tono habitual—. Es un placer volver a verlo.

—Quería saber si me concedería...

—¡Oh, discúlpeme! —lo interrumpió Mary, al tiempo que esbozaba



una sonrisa educada—, creo que el duque me está llamando. Con su permiso.

—Por supuesto, milady. —El conde efectuó una reverencia perfecta, a pesar de sus años. De porte elegante y constitución delgada, tenía el cabello blanco y unos vivos ojos azules que reflejaban inteligencia y astucia. Se volvió hacia Camilla con interés —. Lady Draymoor, ¿me haría el favor de concederme el siguiente baile?

Ella inclinó la cabeza con elegancia, en señal de aceptación, aunque de haber tenido a Mary delante le habría dicho cuatro cosas, y ninguna agradable.

—Será un placer, milord.

Tomó el brazo que el conde le ofrecía y lo siguió a la pista. Más que un baile, fue una refinada tortura, y Camilla tuvo que morderse la lengua cuando lord Collinwood comenzó a hablar de la reforma social que Londres necesitaba y en la que, según él, había que enviar a «esas mujeres que llenaban las casas de tolerancia a un asilo o a la prisión», puesto que representaban una lacra social que empañaba el esplendor de Inglaterra. De una manera sutil, Camilla se volvió torpe para bailar y consiguió pisar al conde hasta en tres ocasiones. En cada una de ellas se disculpó, como convenía a una dama atribulada por tal desatino, y ocultó una sonrisa de complacencia.

Cuando terminó la danza, estaba convencida de que lord Collinwood no desearía volver a tenerla como pareja de baile. Satisfecha, echó un vistazo al salón y notó el aguijón de la decepción al no localizar a su esposo.

—¿Busca a su próximo acompañante o puedo tener la fortuna de que me conceda el siguiente baile?

Camilla se giró.

—Buenas noches, lord Gosford —saludó al conde. Todavía seguía enfadada por los disparates que había tenido que soportar de su anterior pareja, pero el hombre no tenía la culpa de ello, así que aceptó—. Será un placer.

En el apuesto rostro del conde se perfiló una sonrisa que, por un instante, iluminó su melancólica mirada.

—El placer es mío, milady.

Se colocaron en la fila, junto a las demás parejas, justo cuando comenzaron a sonar las notas de un vals. Lord Gosford era un buen bailarín, aunque lo envolvía siempre un aire de tristeza que contrastaba con la exuberante vitalidad y buen humor que poseía Charles. Se dio cuenta de que echaba de menos a su esposo. Era entre sus brazos donde le gustaría encontrarse en ese momento, quizá así dejaría de dolerle el corazón con cada latido que soportaba su ausencia. Supo que tenía que iniciar una conversación o se echaría a llorar.

—Milord, ¿qué piensa acerca de la prostitución?

Se arrepintió en el mismo instante en que pronunció las palabras. Lord Gosford palideció, comenzó a toser y perdió el compás. Camilla se reprendió por su impulsividad y por lo inapropiado del tema; desde luego, no era algo sobre lo que las damas conversasen, y mucho menos durante un baile.

—¿Disculpe? —consiguió decir el hombre cuando se recompuso, aunque su rostro seguía pálido.

Ella trató de parecer contrita.

—Lo siento, no debí mencionar ese tema. Verá, mi última pareja fue lord Collinwood —le explicó—, y durante toda la contradanza no dejó de hablar sobre la ley de reforma social que quiere proponer en el Parlamento. Parece que su conversación me afectó más de lo que creía —se excusó.

—Desde luego, no es asunto para tratar delante de una dama.

Sonó tan indignado que Camilla se sobresaltó al escuchar su tono y se alegró de no haberlo tenido en cuenta como candidato para su proposición matrimonial, pues, por lo que podía ver, lord Gosford no parecía un caballero demasiado tolerante en cuanto a los temas que debían de preocupar a una dama.

—Por supuesto. —Le dio la razón para tranquilizarlo y cambió de tema—. Dicen que este invierno hará más frío que el anterior.

«Si Charles hubiese estado aquí, nos habríamos reído juntos», pensó con tristeza, mientras escuchaba de fondo la réplica tranquila y formal del conde.

## Capítulo 14

A pesar de haber regresado cansada de la fiesta de los Remington, apenas había podido descansar algo. Se había quedado dormida al filo del amanecer, pensando en Charles, y por eso se había levantado más tarde que de costumbre.

Enseguida hizo sonar la campanilla para llamar a Lucy. La doncella no tardó en presentarse en el dormitorio, llevando consigo una jarra de agua caliente que vertió en el aguamanil.

—Buenos días, milady. Espero que haya podido descansar bien después de la fiesta. Supongo que fue un evento elegante y que acudiría mucha gente.

Camilla dejó que su doncella hablara mientras ella se levantaba de la cama y se colocaba la bata sobre el fino camisón de seda que había elegido a propósito para aquella noche, que debería haber sido su noche de bodas. Si su mente no hubiese estado tan abotargada por la falta de sueño, habría notado mucho antes el nerviosismo de Lucy, que no cesaba de hablar sobre la fiesta, cuando jamás antes había mostrado interés por ningún evento al que ella acudía. Cuando se dio cuenta de ello, la interrumpió:

—¿Qué sucede, Lucy? —Al ver que la joven apartaba la mirada, como si no deseara enfrentarse a ella, se preocupó aún más—.

¿Lucy?

Mil ideas se le cruzaron por la mente mientras aguardaba su respuesta. La doncella dejó escapar un suspiro de resignación.

—Me he enterado por el señor Tinkley de que milord no pasó la noche en su cama. Ni siquiera acudió a cambiarse de ropa para asistir al baile. El traje que le preparó su ayuda de cámara seguía esta mañana extendido sobre el lecho. —Su voz se apagó poco a poco cuando vio cómo demudaba el rostro de su señora, pero había preferido contárselo ella misma a que se enterase por boca de cualquier otro sirviente. Creyó que sería mejor dejarla un rato sola, por eso añadió—: Iré a buscarle el desayuno. Una taza de chocolate caliente le irá bien, el tiempo ha cambiado y ha comenzado a hacer frío.

Sin esperar respuesta, se retiró, dejando a Camilla sentada frente al tocador. Sí, pensó, hacía más frío esa mañana. Ella lo sentía como si brotase de su interior, del centro mismo de su ser. Se frotó los brazos con suavidad mientras contemplaba su imagen en el espejo. Tomó el cepillo de mango de carey y comenzó a peinar su larga melena cobriza. Buscaba tranquilizarse, pero la escena le trajo el recuerdo de Charles cepillando su cabello y sintió que las lágrimas acudían a sus ojos.

Apretó los dientes con fuerza y depositó el cepillo sobre la superficie de madera lacada del tocador. Su confianza en su esposo era débil todavía, y si la alimentaba con dudas la destruiría antes siquiera de que floreciera por completo. Las palabras de madame Beth atravesaron su mente directas a su corazón: «Si ha venido para saber si su esposo frecuenta mi humilde hogar, me temo que tendrá que preguntárselo directamente a él».

No había sido capaz de preguntárselo porque no deseaba enfrentarse al dolor que le causaría la respuesta. Incluso en esos

momentos el sufrimiento le resultaba intolerable. Apartó con fiereza aquel pensamiento y estudió sus ojos en el espejo. Encontró en el verdor intenso de su propia mirada una decisión nueva. Creería en las palabras que Charles le había dicho la tarde anterior, se aferraría a ese amor que él le había declarado con toda la fuerza que poseía. Si era capaz de sacar adelante el proyecto de la escuela-hogar, sería capaz de sacar adelante su matrimonio, se juró.

La puerta se abrió y entró de nuevo la doncella, portando una bandeja con viandas y una taza humeante. Observó a su señora con preocupación.

—Le he traído el desayuno, milady.

—Muchas gracias, Lucy, puedes dejarlo sobre la mesa.

La joven se dirigió hacia el rincón, junto a la chimenea, en el que había instalada una pequeña mesa de forma ovalada con un par de sillas tapizadas. Situada frente a uno de los grandes ventanales que había en el dormitorio, desde allí podía contemplar el hermoso jardín que había en la parte trasera de la mansión mientras desayunaba.

—¿Quiere que haga algo más por usted?

—Sí, Lucy. Prepárame uno de los vestidos de mañana, de los sencillos —le pidió mientras se acomodaba en una de las sillas. Dio un sorbo a su taza de chocolate y cabeceó, aprobadora ante el fuerte sabor—. Tengo trabajo que hacer y no voy a desaprovechar el tiempo.

La doncella la contempló, sorprendida por su comportamiento. No parecía nada afectada por la noticia que había recibido, a pesar de que ella creía que la vizcondesa sentía algo por su esposo. También la conocía lo suficiente para saber que haría lo que había dicho.

—¡Santo cielo, milady! ¿Piensa volver a ese lugar? Debería dejar que ese capataz del demonio se encargue él solo de la obra. Aquel no es sitio para una dama —la reprendió. Había sacado del vestidor

un sencillo traje de dos piezas en color malva y lo extendió sobre el lecho.

—Pero sí es mi sitio, Lucy —replicó Camilla con calma—, y voy a ocuparme personalmente de ello hasta que esté en condiciones de funcionar.

Iría a supervisar la obra y, después de hablar con Johnny, acudiría a una agencia de colocación para contratar al personal necesario y pondría anuncios en los periódicos para buscar maestros. Lo más difícil de todo sería, sin duda, encontrar a las chicas que quisieran vivir allí. No era tan ingenua como para no saber que muchas de ellas preferirían seguir adelante con la vida que ya conocían, pero quizá las más jóvenes, como Betty, querrían comenzar de nuevo. Sabía que tendrían problemas tanto con los chulos que controlaban a las mujeres que trabajaban en la calle como con las gobernantas de los burdeles; de cualquier forma, no dejaría de intentarlo, y por una sola de esas chicas que consiguiera sacar de la explotación y miseria a la que las sometían, ya habría valido la pena todo el esfuerzo.

—Es usted más terca que una mula —refunfuñó la doncella en voz baja—. Si al menos su esposo la acompañase, me sentiría más tranquila al saber que no se encuentra sola en ese lugar maldito.

Camilla apretó los labios ante la mención de Charles, pero no dijo nada. Terminó su desayuno en silencio y le pidió a Lucy que la ayudase a vestirse. Cuando bajó al vestíbulo, un lacayo le informó de que el carruaje la aguardaba en la puerta. El mayordomo apareció en ese momento por el pasillo que conducía a las dependencias de los criados.

—Buenos días, señor Tinkley.

—Buenos días, milady —la saludó él con una respetuosa reverencia.

—Si el vizconde pregunta por mí, hágale saber que he salido. Pasaré fuera toda la mañana —comentó—. Y si necesita algo, él sabrá dónde encontrarme.

—Así se lo diré, milady. Que tenga buen día.

—Usted también.

Abandonó la casa con paso regio y la barbilla alzada para beneficio de los sirvientes, aunque por dentro se sentía temblorosa y, en cierto modo, humillada por la situación. Llevaban poco tiempo casados y su esposo ya había pasado la noche fuera. Con toda probabilidad, ella era la comidilla de los criados en las cocinas.

Subió al carruaje, ayudada por el lacayo, y el coche partió. Cerró los ojos y se reclinó contra el asiento. No tenía caso lamentarse por la situación. Elisabeth ya se lo había advertido y, después de todo, había sido ella la que quiso contraer matrimonio aun a sabiendas de que se trataba de una cuestión de conveniencia. A pesar de todo, se daba cuenta de que, a causa de sus miedos, había alejado a Charles de su lado. Se había aferrado con tanta fuerza a su proyecto como la única razón de su vida que no había dejado espacio para nada más y, mucho menos, para el amor. Pero ¿qué pasaría si el proyecto fuese de los dos?, se preguntó, recordando las últimas palabras de Lucy; si trabajasen juntos, apoyándose mutuamente. Él también conocía la situación del East End porque había vivido allí y, por lo que había averiguado, volvía de vez en cuando a aquel barrio para ayudar a las personas.

El corazón comenzó a latirle deprisa. La seducía la idea de trabajar a su lado, de ocuparse juntos de un mismo proyecto, de estar cerca de él. Esbozó una sonrisa triste al comprender que deseaba creer en su amor porque, a pesar suyo, comenzaba a sentir algo por Charles.

El carruaje se sacudió cuando se detuvo en la esquina de



Whitechapel High Street con Brick Lane. Bajó del coche y, tras pedirle al cochero que la esperase, se hizo acompañar por el lacayo.

Cuando llegó a la obra su ánimo cambió, sintiéndose más ligera y feliz; ni siquiera el gesto hosco del capataz al recibirla la afectó. Aquel proyecto le daba vida, pero no tenía por qué llevarlo a cabo sola, decidió.

—Te he dicho que no.

Camilla se giró al oír el tono brusco de Johnny. El muchacho salía de la nave, con el rostro borrascoso, perseguido por Sheila, que agitaba un papel detrás de él.

—Ni siquiera le has prestado atención, solo lo has leído por encima —lo acusó la joven—. Es una buena idea y lo sabes. ¿O acaso no es verdad que te opones porque no se te ha ocurrido a ti?

El semblante de Johnny se oscureció aún más y sus cejas se fruncieron en un gesto huraño. Antes de que el muchacho pudiese responder algo de lo que más tarde se arrepintiera, se acercó a ellos.

—Buenos días, ¿qué es lo que sucede? —preguntó mirando a uno y a otro. Había creído notar, días atrás, que había entre los jóvenes un cierto interés mutuo, aunque viéndolos en ese momento nadie lo diría.

Al ver que Johnny no decía nada y se mantenía en un estado de furia contenida, Sheila se decidió a hablar.

—He tenido una *gran* idea —recalcó la palabra a propósito— para que las chicas puedan trabajar con más comodidad en el taller. Implica hacer una pequeña obra, por eso acudí a Johnny, para que se lo pudiese comunicar al capataz. Pero él apenas leyó mi propuesta por encima y se negó por completo a la idea.

Camilla miró al joven, que había desviado la vista para no enfrentarse a su mirada. Le resultó extraña su actitud, ya que, por lo

general, solía estar de acuerdo con todo si las ideas eran buenas y factibles.

—Muéstramelo —le pidió a Sheila. Esta le tendió el papel y ella lo ojeó.

Lo que proponía tenía sentido. Puesto que las muchachas pasarían bastante tiempo en el piso de abajo, entre el taller y el salón de clases, había sugerido que se construyese un gabinete en aquel mismo espacio, de tal manera que no tuviesen que subir a los dormitorios cada vez que tuvieran necesidad de usar el retrete. Si bien implicaba levantar algunas paredes, tampoco suponía una gran obra. Volvió a mirar a Johnny, sin comprender por qué se oponía. Iba a preguntárselo cuando se percató del sonrojo de sus mejillas y de sus puños apretados, y la asaltó un presentimiento: el muchacho no sabía leer.

Sheila aguardaba su parecer, y Camilla se preguntó cómo podía explicarle lo que sucedía sin avergonzar a Johnny.

—¿Qué le parece? —le preguntó la joven.

—¿Por qué no le explicas bien tu idea a Johnny? Creo que él estaría dispuesto a escucharte.

—Está todo ahí escrito y no se molestó en leerlo. A mí me parece que está muy claro.

Camilla bajó la mirada hacia el papel.

—Sí, tienes una letra muy bonita y ordenada —la alabó—. Tuviste suerte de que alguien te enseñara a escribir. ¿Quién fue?

Sheila le sonrió, orgullosa.

—Aprendí cuando... —se interrumpió de golpe y se volvió hacia Johnny con los ojos agrandados por la sorpresa y la comprensión. Se mordió el labio inferior, avergonzada por no haberse dado cuenta antes de lo que sucedía—. Tuve mucha suerte de poder aprender —dijo, finalmente—, pero, quizá no he explicado las cosas bien en ese

papel. Johnny, ¿podrías...? Me gustaría que escucharas la idea y me dieras tu opinión, por favor. Para mí es importante lo que tú piensas —admitió.

Camilla sonrió al ver las mejillas arreboladas de ambos jóvenes y se alegró al ver que el muchacho dejaba atrás su enfado y aceptaba aquella ofrenda de paz que había salvaguardado su orgullo. Tal vez el amor consistía en eso, se dijo, en buscar la felicidad del otro, en comprenderlo y hacerlo sentir valioso.

—Señorita Camilla, me parece que es una buena idea —declaró Johnny al final—. ¿Qué dice usted?

—Yo también lo creo. —Le iba a costar unas cuantas libras más, pero merecería la pena—. ¿Por qué no vas a comentárselo al señor Jones? Supongo que gruñirá un poco, pero tendrá que aceptarlo.

—Ya me encargaré yo de eso, señorita. —Se rascó la cabeza, nervioso—. Quizá Sheila podría venir y explicárselo, al fin y al cabo, la idea es suya.

La joven negó con la cabeza.

—Al señor Jones no le gustará que yo se lo diga.

—No te preocupes, Sheila, a nuestro capataz le gustan muy pocas cosas, y las mujeres inteligentes lo que menos —le susurró Camilla en tono de confidencia—. No me importa si lo asustas un poquito.

El brillo chispeante y malicioso que apareció en aquellos ojos del color del cielo en verano casi le arrancó una carcajada, mientras veía marchar a los dos jóvenes con paso decidido hacia el pobre señor Jones, que no sabía lo que le esperaba.

Se volvió para buscar al lacayo que la había acompañado, tenía que marcharse si deseaba cumplir con todas las tareas que se había propuesto. Reparó entonces, por primera vez, en una mujer que se mantenía algo apartada y que no dejaba de mirarla con

fijeza. Para su sorpresa, le hizo un gesto para que se aproximara a ella.

Camilla frunció el ceño, pero obedeció. Al fin y al cabo, se trataba de una anciana de cabello blanco, la piel surcada por las líneas imborrables que dejaba el paso del tiempo, y los hombros encorvados por el peso de la vida y de los muchos años.

—Buenos días, ¿puedo ayudarla en algo?

La mujer la observó con cautela, como si buscara en ella algo. A pesar de la pobreza de su vestimenta, iba limpia y aseada, y eso tranquilizó a Camilla, aunque no le gustó ver aquellos ojillos astutos concentrados en ella.

—¿Es usted la dama a la que llaman la princesa del East End?

—Bueno, a la gente se le ocurren muchas cosas, y...

—¿Lo es o no? —la interrumpió la anciana con cierta brusquedad que le hizo dar un respingo.

—Créame, señora, si de verdad fuese su princesa, le pediría en este mismo instante que cuidase sus modales —repuso con tono ácido—, pero, puesto que he sido educada como una dama, me abstendré de decirle lo que pienso por respeto a sus años. Y ahora, si no hay nada en lo que pueda ayudarla, le ruego que me disculpe, tengo trabajo que hacer.

Se dio la vuelta para marcharse. El sonido de la carcajada seca y rasposa hizo que irguiese la espalda y alzase la cabeza.

—Él me dijo que se iba a casar con una fierecilla, y veo que no le faltaba razón. Me gusta usted.

Camilla no pretendía gustarle a aquella mujer, pero estaba muy interesada en el resto de sus palabras. Se acercó de nuevo a ella.

—¿Quién se lo dijo?

—Su esposo, niña, el señorito —le aclaró—. Pero no podemos perder el tiempo, tiene que venir ahora mismo conmigo, él la

necesita.

Charles, su tío, Lucy, Johnny... Todo el mundo le había dicho que debía tener cuidado cuando estuviese en ese barrio. Ella misma sabía la facilidad con la que desaparecían las jóvenes, que terminaban en burdeles o en sitios peores. Y aunque la mujer no parecía peligrosa, aquello bien podía ser una trampa. ¿Por qué iba a enviar su esposo a una anciana a buscarla?

Llevaba en su limosnera la daga que Charles le había regalado después de su entrenamiento, y que la acompañaba a todas partes, tal y como él le había pedido; de cualquier forma, quizá sería mejor contar con algo más de compañía.

—Está bien, le pediré a Johnny que nos acompañe, si no le importa, señora...

—Soy la señora Brown, y no me importa quién venga siempre que sea rápido. No sé cuánto aguantará el muchacho —declaró, sacudiendo la cabeza—. Bien que me ha costado mantenerlo vivo hasta el amanecer.

Camilla, que se había girado para ir en busca de Johnny, se detuvo de repente.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Qué le ha ocurrido a Charles? —la apremió—. ¿Dónde se encuentra?

La anciana observó el semblante pálido de la joven y se apiadó de ella.

—No se preocupe, niña. —La tranquilizó al tiempo que le daba unas palmaditas en la mano—. Está en mi humilde hogar y bien cuidado, pero nunca se sabe con las heridas de bala, así que es mejor que venga usted.

—¡Oh, Dios mío!

Asintió y se fue tras la mujer sin preocuparse más por Johnny ni por la posibilidad de que se tratase de una trampa. Su mente solo

conjuraba imágenes de Charles herido y ensangrentado, y su corazón comenzó a latir de forma errática, como la aguja de una brújula que no supiera hacia dónde señalar.

Cada latido le resultaba doloroso, y cada paso que daba acrecentaba su temor. Charles no podía morir, era un hombre vigoroso, fuerte y dinámico; había en él demasiada vitalidad. Al pensar en su ausencia, sintió un profundo vacío interior que le provocó un vahído. Tuvo que detenerse y aspirar esa bocanada de aire que se negaba a llegar a sus pulmones. ¿Cómo podía marcharse de su vida cuando todavía no le había mostrado lo que era sentirse amada?

La mujer enfiló por Wentworth Street, la calle en la que su esposo había vivido durante el tiempo que lo persiguió la ley, y Camilla creyó que se dirigían al pequeño piso que Charles había alquilado por entonces; sin embargo, pasó de largo hasta un par de edificios más allá. Un nutrido grupo de niños con cuerpecitos modelados por el hambre y cubiertos de harapos se acercaron a la carrera, pero la señora Brown los espantó de inmediato. Se detuvo frente a una pequeña casa de dos pisos, con fachada de ladrillos ennegrecidos por el humo del carbón. El único toque de color eran unas macetas con flores colocadas en las pequeñas ventanas del primer piso.

—Venga, entre.

El interior de la casa era frío y húmedo, y apenas contaba con algo de mobiliario bastante envejecido por el uso y el tiempo. La luz que entraba por las ventanas le permitió observar que la mujer se tomaba en serio la limpieza de su hogar, incluso la chimenea, renegreada por el fuego, estaba libre de cenizas. Un vaso con algunas flores descansaba sobre la mesa despostillada de la cocina.

Camilla siguió a la mujer por un estrecho pasillo hasta una pequeña habitación que se mantenía caldeada gracias al fuego del

hogar, lo que sin duda supondría un gasto excesivo para la señora Brown. Se recordó a sí misma que tendría que recompensarla. Una joven, que había permanecido sentada junto al lecho, se marchó en cuanto ellas entraron. No le prestó atención, sus pensamientos se diluyeron en cuanto vio a Charles. Tenía los párpados cerrados y el semblante demasiado pálido. Las sábanas le cubrían solo hasta la cintura, dejando ver el torso desnudo, bañado en sudor, y parcialmente cubierto con un vendaje que se había teñido de rojo con la sangre. Uno de los lienzos rodeaba su cintura, y el otro cubría su hombro.

—Traía un corte en el costado que sangraba bastante, aunque una vez que lo lavé me di cuenta de que no era demasiado profundo —le explicó la anciana. Se acercó al vizconde y colocó la mano sobre su frente. Después, mojó un paño en el agua de un recipiente que había junto a la cama y le lavó el rostro con tanta ternura que Camilla sintió ganas de llorar—. Lo peor de todo fue la bala en el hombro. Se había quedado dentro, y aquí no contamos con doctores, así que el señor Pearson hizo lo que pudo. Al final logró sacarla.

—¿Quién es el señor Pearson? —preguntó, si bien, en realidad, todo lo que en verdad le interesaba yacía sobre aquel lecho incómodo y estrecho. No dejaba de observar su pecho para asegurarse de que respiraba.

—Es barbero y vive a una calle de aquí.

Ella asintió, aunque con poco interés. Se acercó y tomó su mano. Notó el pulso rápido bajo sus dedos cuando rozó la piel del interior de su muñeca. Charles comenzó a removerse en cuanto sintió su tacto. Camilla acarició su frente y sus mejillas para tranquilizarlo.

—¿Qué fue lo que pasó?

—No lo sé. Llamaron a mi puerta a eso de las diez, lo sé porque

oí las campanas de la iglesia de San Pablo, y cuando abrí lo encontré desplomado en el suelo. Me llevé un susto tremendo.

—Pero lo auxilió —señaló ella, en cierto modo sorprendida, puesto que la desconfianza era el ambiente natural en el East End.

—Por supuesto, Charles nos ayudó mucho a mi nieta y a mí cuando vivía aquí, y ha seguido haciéndolo desde que se marchó. Tiene un buen corazón, señora, y usted mucha suerte de ser su esposa —le aseguró. Miró al vizconde, y Camilla pudo ver lágrimas en sus ojos, aunque se apresuró a esconderlas—. Tiene fiebre, quizá sería mejor que llamase usted a uno de esos galenos que atienden a los ricos.

—Sí, tiene razón. ¿Hay alguien a quien pueda enviar a buscarlo?

La señora Brown asintió.

—Thomas. Es un chico espabilado y, si le da alguna moneda, correrá como el viento para cumplir con su encargo.

Camilla sonrió. Tomó un par de monedas de su bolso y se las entregó junto con una tarjeta de visita para que el muchacho se la diese al doctor.

—Tenga. Espero que se dé prisa.

—No se preocupe, niña —le dijo con un guiño pícaro—, ya me encargaré yo de que así sea.

—Señora Brown. —Camilla la detuvo cuando la anciana abandonaba ya la habitación—. Le estoy muy agradecida por haber cuidado de mi esposo.

La mujer asintió. Pareció que reemprendía su marcha; sin embargo, volvió a detenerse antes de cruzar el umbral de la puerta y se giró a mirarla.

—Usted se llama Camilla, ¿verdad? —No esperó contestación antes de proseguir—: El señorito no dejó de repetir su nombre mientras deliraba de fiebre durante toda la noche.



Tras aquellas palabras, cerró la puerta con suavidad, dejándola a solas con su esposo. Miró su rostro, sumido en el sueño de la fiebre, y las lágrimas que había retenido con tanto esfuerzo se deslizaron silenciosas por sus mejillas.

Por un instante se preguntó si aquel dolor que sentía, punzante y agónico, en lo más hondo de su alma no se llamaría en verdad «amor».

## Capítulo 15

**T**rasladar a Charles hasta Draymoor House había supuesto un enorme desafío. Al final habían necesitado la ayuda de Johnny y de algunos de los trabajadores de la obra, que improvisaron unas parihuelas con las que poder cargarlo hasta el carruaje con el menor movimiento posible, tal y como había recomendado el doctor.

La llegada a la mansión careció de la más absoluta discreción, y en pocos minutos se hubiera desatado el caos de no haber sido por la presencia serena del marqués de Hallbrook. Consiguió calmar a una alterada Elisabeth, que se encontraba de visita y puso el grito en el cielo cuando vio entrar a su hermano en la improvisada camilla, pálido y febril; luego, el marqués impartió con voz firme órdenes a todo el personal de servicio, que se aprestó a cumplirlas. Camilla se lo agradeció en silencio.

Una vez que James se hubo ocupado de dejar a Charles bien instalado en el dormitorio del vizconde, quiso informarse de lo que había sucedido, pero ella no supo darle más noticia que lo que le había contado la señora Brown.

Tras un primer día ajetreado en el que se sucedieron las visitas para interesarse por el estado del vizconde, incluida la del duque y la duquesa de Ainsworth, que también le ofrecieron su ayuda, el

resto de la semana se deslizó con dolorosa lentitud. El silencio descendió sobre la mansión como una mortaja, y Camilla hubiese querido llenarlo con cualquier cosa con tal de librarse de aquella opresión que le impedía conciliar el sueño.

La fiebre del enfermo comenzó a remitir al tercer día, y aunque el médico le dijo que ya había pasado lo peor, aún no había recuperado la conciencia.

—Sería mejor que se fuera a dormir —le dijo Lucy al entrar en la estancia y verla sentada en la butaca, junto al lecho, donde había pasado los últimos días.

—Quiero estar aquí cuando despierte.

—Milady, casi no ha dormido nada en varias noches y apenas ha probado bocado, se va a enfermar usted también —la reprendió, llena de preocupación. Dejó sobre la mesilla una bandeja con un caldo, queso, algo de fruta y pan—. Créame si le digo que estaría feliz si fuese a visitar esa bendita obra con la que estaba tan obsesionada.

Camilla esbozó un amago de sonrisa al escuchar sus palabras. La preocupación por su esposo había desplazado su interés por los avances de la escuela-hogar, que había dejado por entero en manos del joven Johnny. Tras un primer día de incertidumbre, se había dado cuenta de que no necesitaba hacerlo todo ella misma para que el proyecto saliera adelante. Después de hablar con su tío, que había acudido a la mansión para interesarse por la salud de Charles, había comprendido que ya no necesitaba demostrarle nada a nadie. Su esposo le había enseñado que su valor residía en quién era ella y no en lo que hacía.

—Por lo que me ha dicho Johnny, la obra va muy bien y pronto estará terminada. No me necesitan allí.

—Entonces, piensa abandonar...

—Por supuesto que no, Lucy —la interrumpió con suavidad. Aunque su doncella no veía con buenos ojos que ella se ocupara en persona de las obras y del trato con las jóvenes prostitutas, sí que apoyaba la fundación de la escuela-hogar, pues sabía que constituiría una mejora notable en la vida de esas pobres chicas—. Cuando mi esposo se recupere, nos haremos cargo de todo los dos juntos. Además, he estado pensando y creo que ampliaremos el alcance de nuestra misión, enseñaremos a los niños de la calle a leer y a escribir.

La idea le había surgido cuando se dio cuenta de que Johnny no sabía leer. El muchacho era listo, y quizá podría obtener un buen puesto de trabajo si aprendía tanto lectura como escritura. Le habría gustado saber qué opinaba Charles de todo ello, aunque casi tenía la certeza de que él la apoyaría. Tomó su mano y la acarició, como había hecho tantas veces en los últimos días. La carne estaba tibia y la piel algo áspera al tacto. Había perdido peso, pero al menos su respiración se había normalizado y el corazón le latía con fuerza.

—Me alegro de que haya tomado esa decisión, milady —enfaticó Lucy. Incluyó la cabeza y la observó con atención. Se había percatado del cambio en su mirada cuando la posaba sobre su esposo. Si no se equivocaba, Camilla se había enamorado—. Creo que los dos forman un buen matrimonio y llegarán a ser muy felices juntos.

—Eso espero —musitó.

La doncella abandonó el dormitorio. Camilla apenas tomó algo de queso y fruta, y luego se ocupó de refrescar el cuerpo del enfermo. Las heridas parecían estar cicatrizando bien y ya casi no tenía fiebre; por eso no dejaba de preguntarse por qué Charles no despertaba. El médico le había dicho que se trataba de una defensa natural del cuerpo, aunque ella no podía dejar de preocuparse. ¿Y si

no recuperaba la consciencia? Era ese pensamiento el que la atormentaba.

Como había hecho en otras ocasiones, subió al enorme lecho con dosel, herencia de uno de los anteriores vizcondes Draymoor, y se tumbó al lado de su esposo. Contempló su rostro, tal y como había hecho las últimas noches; un rostro que le era dolorosamente familiar. Anhelaba ver, una vez más, esos ojos color miel clavados en ella. Recorrió su frente con el dedo índice en una suave caricia; perfiló sus elegantes cejas, de un color rubio más oscuro que su cabello; pasó sobre la nariz y sobre el pequeño bulto que había en ella, recuerdo de alguna reyerta; y delineó los labios finos y sensuales. Se inclinó sobre él y los besó con dulzura.

Apoyó la mano sobre su pecho desnudo. Conocía cada uno de los latidos de aquel querido corazón, y se dejó tranquilizar por su ritmo firme y lento.

—No esperaba enamorarme de ti —le dijo, rompiendo el silencio que reinaba en la habitación—. Nos conocíamos desde hace tantos años que creía saberlo todo sobre ti, pero he comprendido que, en realidad, no sabía nada. Eres un hombre bueno y generoso, que se preocupa de verdad por aquellos a quienes ama. La señora Brown me contó muchas cosas sobre el tiempo en que viviste en Whitechapel y todo lo que hiciste por ellos. Y creo que fue eso lo que me hizo amarte más. Primero me enamoré de tu sonrisa y de tu sentido del humor; después, me conquistaste con tu integridad y tu sentido del honor, y me sedujiste con tu confianza y tu entrega sincera.

»Has hecho que me vea a mí misma de otra manera. No creía en el amor porque no sabía amarme, y tú me has enseñado a hacerlo. —Apretó la palma contra la piel tibia y dejó que aquel incesante tamborileo de su corazón penetrara en su propia carne y corriese

por sus venas hasta sincronizarse con su mismo latido—. Me dijiste una vez que solo te acostarías conmigo cuando viniese a ti no por obligación, sino porque te deseara. Milord, llevo noches acudiendo a tu cama, es hora de que despiertes y cumplas tu palabra —le dijo, con la voz enronquecida por el llanto reprimido—. Me prometiste que me convertirías en tu esposa, en todo el sentido de la palabra, y eso es lo que deseo, ¿me oyes? No te atrevas a incumplir tu promesa.

La luz se abrió paso en su mente junto con la consciencia. Notó el cuerpo entumecido y los músculos cansados. Intentó moverse, pero la opresión en el pecho y un leve dolor se lo impidieron. Con gran esfuerzo, abrió los ojos y parpadeó varias veces hasta que fue capaz de mantenerse despierto. Distinguió sobre él el techo de seda de su cama y se preguntó qué hora sería y por qué permanecía acostado. Cerró de nuevo los ojos un momento e intentó reclamar algún recuerdo a su abotargado cerebro. Imágenes confusas se mezclaron en su mente en una especie de sinfonía caótica: el local de juego de Jake, el nombre de su esposa, las calles oscuras y malolientes de Whitechapel, unos ojos azules fríos como el hielo, la detonación de un arma...

Un dolor repentino en el hombro lo sacudió y apretó la mandíbula con fuerza. La realidad de lo sucedido se derramó sobre su conciencia como un torrente. Quiso incorporarse, pero el peso sobre su pecho se lo impedía. Levantó la cabeza y su mirada contempló una cabellera rojiza recogida en un pulcro moño. Camilla dormía tranquila, apoyada contra su corazón.

Lo inundó una extraña paz y la felicidad burbujeó en su espíritu, sintiéndose renacido. Observó su amado rostro y pudo ver las sombras violáceas que rodeaban sus ojos y el rastro de las lágrimas

vertidas, un tributo a la preocupación por él y a las noches en vela.

Sonrió al tiempo que liberaba su cabellera de las horquillas, dejando que cayera sobre el lecho y sobre su pecho desnudo. El tacto de seda y el aroma floral que desprendía hicieron correr la sangre a borbotones por sus venas. Inclino la cabeza y depositó un beso tierno sobre su cabello, que le quemó los labios de anhelo.

—Eres mía, Camilla, siempre has sido mía —le susurró—. Y yo soy tuyo desde el momento en que nos conocimos. Así será mientras exista un sol sobre la tierra, porque jamás dejaré que nada te aparte de mí, ni siquiera la muerte. Descansa, amor mío. —Pasó el brazo alrededor de sus hombros, sin importarle el dolor que le aguijoneó el hombro y el costado, y la atrajo aún más contra su pecho—. Tenemos una promesa que cumplir y el resto de nuestra vida para hacerlo.

Cerró los ojos y se quedó dormido con una sonrisa en los labios.

Después de dos semanas de convalecencia, parte de ellas inconsciente, la paciencia de Charles había desaparecido por completo.

—Haz el favor de dejar de comportarte como un niño —lo reprendió su hermana, Elisabeth, que no dejaba de revolotear alrededor del lecho—. Tus heridas aún no han cicatrizado del todo y pueden volver a abrirse.

—Será mejor que le hagas caso, puede ser muy testaruda.

Elisabeth se volvió hacia su esposo y lo fulminó con la mirada. James le guiñó un ojo mientras sus labios se curvaban en una sonrisa cariñosa.

—Iré a ver cómo se encuentra Alex. Él sí que se deja cuidar, no como otros —le reprochó.

Charles sonrió de oreja a oreja.

—Hermanita, Alex es solo un bebé.

Ella, que se había alejado hacia la puerta, se volvió hacia él con porte digno de una reina.

—Así es, y tu precioso sobrino parece tener ya más conocimiento que tú.

James sacudió la cabeza cuando su esposa abandonó el dormitorio hecha una furia.

—Se le pasará pronto.

—Lo sé —convino Charles—, nunca fue capaz de permanecer enfadada demasiado tiempo. —Reclinado contra los almohadones, dejó escapar un suspiro—. Sé que lo hace por mi bien, pero la verdad es que ya me encuentro mucho mejor y estar aquí tumbado, sin hacer nada, me desespera.

El marqués asintió, comprensivo.

—Valentin ya se ha ocupado de todo.

Charles se removió en el lecho y gruñó un quejido cuando notó el tirón en la herida del hombro, que todavía le causaba molestias; por el contrario, el corte del cuchillo en el costado había sido superficial y había cicatrizado muy bien.

—¿Qué ha hecho con esos malnacidos?

—A Gideon le dio a escoger entre la horca y las colonias, se decidió por lo segundo —le explicó James—. Jake y los demás no pueden ser estrictamente acusados de nada, pero los convenció para que, a partir de ahora, vigilen que las obras vayan bien y cuiden de tu esposa.

El vizconde alzó una ceja con incredulidad.

—¿Los convenció? ¿A Jake?

—Bueno, ya sabes que Valentin puede resultar muy persuasivo cuando se lo propone —repuso, acompañando sus palabras con un encogimiento de hombros—. Lo que está claro es que no volverán a



molestaros.

—Bien. —Si el duque de Ainsworth lo aseguraba, entonces no había nada que temer, confiaba en él—. ¿Qué ha averiguado sobre las desapariciones?

Aquel asunto también le preocupaba. Su esposa ayudaba a las jóvenes prostitutas, y no quería que se viese involucrada en ninguna clase de peligro.

James negó con la cabeza.

—Ellos no han tenido nada que ver con ese asunto. Sea quien sea el que lo ha hecho, no ha dejado rastro. Tampoco ha aparecido ningún cuerpo. —Se acercó a la ventana y contempló la calle con gesto pensativo. El cielo, cubierto de nubes grises, amenazaba tormenta—. Me preocupa todo esto. Creo que hay algo serio detrás.

—¿Por qué lo dices?

—Es solo una intuición. Han desaparecido seis mujeres, ¿y no hay ni un solo cuerpo? Convendrías conmigo en que no es lo más normal.

Charles se acarició la barbilla, pensativo. Torció el gesto al notar la barba crecida y descuidada. Necesitaba un buen afeitado.

—Tal vez no hayan muerto. Quizá solo han cambiado de lugar de trabajo.

—Podría ser, aunque no es muy probable —reconoció—. Por lo que hemos investigado, casi todas las muchachas tenían parientes de los que cuidaban, o amistades, y no les dijeron nada de su marcha. ¿Crees que los dejarían abandonados así, sin más?

—Sí, resulta extraño.

—Además, ha desaparecido una chica cada mes y, por lo que hemos sabido, todas el mismo día.

—Eso suena a ritual —murmuró Charles.

—Exacto. Hay muchas sociedades secretas en Inglaterra, y

algunas de ellas han supuesto un verdadero dolor de cabeza para el Gobierno de Su Majestad —comentó James, acercándose de nuevo al lecho—. En su seno se han forjado revoluciones para derrocar monarquías o partidos políticos, y en nombre de sus creencias se han cometido numerosos asesinatos.

—Entonces, ¿crees que se trata de eso?

—No lo sé, es solo una posibilidad —admitió. En su tono había un matiz de frustración—. Valentin tiene hombres investigando al respecto. Si descubre algo, te lo haré saber. Tú ocúpate de recuperarte cuanto antes.

Unos golpes en la puerta interrumpieron su conversación, y entraron Elisabeth y Camilla.

—Hora de descansar —anunció esta última.

—¡Oh, por Dios, Camilla! Ya he descansado bastante —se quejó Charles.

Elisabeth sonrió con suficiencia.

—¿Ves? Te lo dije, se comporta como un crío.

—No te preocupes, ya me encargo yo —repuso Camilla con firmeza mientras se acercaba al lecho.

—Amigo, te dejo en buenas manos —se despidió James, con tono burlón.

—¡Eres un traidor! —le gritó el vizconde cuando el marqués y su esposa salían de la estancia. Solo escuchó la risa de este al cerrarse la puerta tras ellos.

Charles miró a su esposa y atrapó su mano antes de que ella se alejara.

—Si no he escuchado mal, has dicho que te encargarías de hacerme descansar.

El tono cargado de sensualidad y el brillo travieso que percibió en sus ojos color ámbar provocó que a Camilla le recorriese un

estremecimiento. Dejó escapar el aliento, junto con un chillido, cuando tiró de ella y cayó sobre la cama en un revuelo de seda.

—¡Charles! ¡Vas a hacerte daño!

Él la hizo rodar hasta pegarla a su cuerpo. Tan solo los separaba la sábana y la ropa de ella, que tenía intención de quitársela en cuanto pudiera.

—Estoy bien, bueno, salvo una parte de mi anatomía. —Le guiñó un ojo con picardía y sonrió cuando observó el rubor en las mejillas de su esposa—. Creo que, la última vez, dejamos algo pendiente —susurró sobre sus labios.

—Sí... un baile, milord —respondió Camilla con una sonrisilla provocativa y triunfal.

El corazón golpeaba con fuerza contra sus costillas y reverberaba contra el ajustado corsé. Observó el rostro de su esposo. La piel había recuperado su color y sus ojos volvían a tener la vivacidad que lo caracterizaba. Le hormigueaban los dedos por acariciarlo y besar sus labios. Quería demostrarle que lo amaba, deseaba entregarse a él.

—Vaya, así que era eso, un baile. Pues resulta que soy el mejor bailarín de todo Londres —se jactó, burlón.

—Entonces, tendrá que demostrármelo, milord.

—¿Eso es un desafío?

Su voz se había enronquecido a causa del deseo; sin embargo, supo que su pregunta iba más allá de un simple juego dialéctico. Charles quería saber si ella también deseaba que aquello sucediera. Su consideración la abrumó. Estaba decidido a cumplir con la condición que se impusiera a sí mismo cuando convinieron su matrimonio, a pesar de su evidente deseo por ella y del amor que le había confesado.

Charles poseía todo lo bueno que la vida podía ofrecerle, y sería

una tonta si lo dejase escapar a causa del miedo.

—No, no es un desafío. —Percibió la decepción en su mirada y alzó la mano para acunar su mejilla—. Esto, mi querido esposo, es una rendición completa.

Tomó sus labios en un beso cálido, lento e inexperto que los hizo temblar a los dos. Él se dejó hacer, mientras sus manos se perdían entre su cabello flamígero para deshacer el recogido.

—Es como un atardecer —musitó contra su boca, enroscando un mechón en su puño—. Fuego y marfil.

Pasó un dedo por la tersa piel de su mejilla y lo deslizó por un costado de su cuello hasta abarcar con su mano la nuca femenina. Masajeó los músculos con delicadeza mientras se perdía en el verdor intenso de sus ojos, que tenían un fulgor nuevo. El gemido quedo de Camilla hizo arder su sangre. La atrajo hacia sí y se apoderó de sus labios en un beso devastador e infinito, destinado a resquebrajar los muros y a fundir sus almas en una sola.

Se despojó de los pantalones, que había llevado puestos en atención a la visita de su hermana, y luego la desnudó a ella con movimientos delicados, como si le quitara a una flor hermosa todos sus pétalos, y observó la perfección y belleza de su cuerpo. Deslizó las manos por sus hombros y acunó sus senos, depositando besos tiernos sobre las cimas hinchadas y anhelantes. Bajó por su vientre liso y se perdió entre el valle de sus piernas.

—Eres perfecta.

—No, no lo soy —lo contradijo ella mientras se arqueaba como la cuerda de un arpa al toque gentil de unos dedos que sabían crear música—, y no me gusta que me mientan.

Charles se rio, y su cálido aliento sobre la carne tibia le provocó un espasmo de placer.

—No hay mentira en los ojos de quien mira con amor.

Y ella le creyó.

Permitió que ese mismo amor hablase por los dos a través de sus cuerpos y de una entrega absoluta, permeada por un silencio que lo decía todo, envuelta en caricias apremiantes y besos posesivos que arrancaban la cordura. El aire se llenó de suspiros contenidos y del aroma de la pasión más sublime, sincera y perfecta que ninguno de los dos había conocido.

Él besó la hilera de pecas que se extendía sobre el puente de su nariz y la miró a los ojos, empañados por el placer, mientras se mantenía suspendido sobre ella, apoyado en sus antebrazos.

—Camilla...

Ella supo lo que iba a decir y lo silenció con su mano. Notaba la tensión contenida en cada uno de sus músculos a la espera de culminar su unión, igual que su propio cuerpo reclamaba una liberación que parecía estar cerca. Pero aún había palabras por decir.

—Shhhh. —Acarició su frente, perlada de sudor, y apartó un mechón de su cabello. Inclino la cabeza y depositó un beso dulce sobre su pecho, justo donde latía con fuerza su corazón—. Deja que sea yo quien hable esta vez, deja que sea yo quien te diga que te amo; que te has convertido en el aire que respiro, en el aliento de mi alma y en la fuerza que me sostiene.

La sonrisa lenta y bella que se dibujó en los labios masculinos le robó el aliento.

—Eres mía. Mi esposa. Desde hoy y para siempre, Camilla. — Selló su promesa hundiéndose en ella con un gemido profundo. Aguardó a que su cuerpo lo aceptase, mientras la tranquilizaba con suaves besos y tiernos susurros—. Te amo.

Dos palabras que se transformaron en la melodía silenciosa que acompañó la danza, tan antigua como el tiempo, en la que se

fundieron ambos con el irrefrenable impulso del deseo y la pasión. La explosión de placer los alcanzó en un simple segundo, que quedó convertido en eternidad en la memoria de sus corazones.

Camilla esbozó una sonrisa somnolienta cuando Charles la atrajo contra su pecho y besó su cabello.

—Para siempre —susurró.

## Capítulo 16

—**B**uenos días, milady.

—Buenos días, Tinkley. —Camilla le entregó los guantes, la pelliza y el sombrero al mayordomo—. ¿Milord se encuentra en su despacho?

—Así es. Lleva allí toda la mañana, señora.

—Iré a saludarlo. Muchas gracias, Tinkley.

—A su servicio, milady. La señora Barnes ha mandado decir que la comida estará lista en media hora, si le parece bien.

—Sí, por supuesto. Dele las gracias a la señora Barnes.

Dejó el vestíbulo y enfiló el pasillo que conducía al despacho de Charles. Se detuvo, nerviosa, ante la puerta de madera oscura. A pesar de que compartían el lecho desde hacía tres noches, en las que él le había hecho el amor a veces con ternura amorosa y otras con fiera pasión, Camilla aún se sentía pudorosa en su presencia. Cada vez que sus ojos dorados se clavaban en ella con avidez, su cuerpo temblaba y el corazón se le aceleraba de tal manera que tenía la sensación de que iba a perderlo por el camino.

Respiró hondo. Golpeó con los nudillos sobre la puerta y entró. Su esposo se hallaba enfrascado en la lectura de una carta. Su ceño fruncido indicaba que no se trataba de buenas noticias. Levantó la

cabeza cuando la oyó aproximarse y la amplia sonrisa que le dirigió suavizó su adusto semblante. Dejó la carta sobre el escritorio y abrió los brazos.

Se acercó hasta él y permitió que la sentara sobre su regazo. Le gustaban esos gestos cariñosos que la hacían sentirse amada.

Charles hundió la nariz en su cuello y recorrió su piel con ligeros besos.

—¿Has visitado la obra?

—Mmmm.

Él sonrió y le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

—Me tomaré eso como un «sí». Espero que todo haya ido bien.

Camilla sabía que Charles se preocupaba por ella cada vez que acudía sola al East End. Le había contado el motivo por el que había acabado herido, y aunque a ella le había mortificado que hubiese sido por su culpa, no estaba dispuesta a renunciar a su labor. Él no se lo pidió, y eso hizo que lo amase aún más. Solo había insistido en que aprendiese a disparar y algunas técnicas más de defensa, algo a lo que ella había accedido de inmediato. Sonrió al recordar cómo habían terminado algunas de las lecciones que le había dado.

—Muy bien —respondió—. Los gorilas de Jake han ayudado a mover algunos muebles. ¿Sabías que uno de ellos trabajó como ayudante de un sastre?

—Vaya, qué interesante.

Camilla no estaba segura de si lo que encontraba interesante era la información que le había proporcionado o la cremosa piel de sus senos que él había descubierto al desabrochar los diminutos botones que formaban una hilera en la parte delantera de su vestido. Se le escapó un gemido cuando notó la suave presión de sus dientes sobre su carne tierna.



Si continuaban así, terminarían haciendo el amor en aquel despacho y llegarían tarde a la comida, se dijo mientras intentaba no sucumbir ante los asaltos de la lengua masculina.

—La señora Barnes ha dicho que... que la comida estará lista en media hora. —Jadeó cuando Charles introdujo la mano por debajo de su falda y la deslizó por el interior de su muslo.

Todo su cuerpo se estremeció de anticipación y su estómago se tensó en respuesta.

—Muy interesante.

La declaración de su esposo le arrancó una carcajada. Definitivamente, la mención de la cocinera no representaba una distracción lo bastante poderosa para que abandonara su juego de seducción. Ella se removió sobre el regazo masculino, donde notaba la prueba palpable de su deseo, y sonrió con satisfacción cuando escuchó el ronco gruñido que escapó de su garganta. Lo intentó de nuevo. Acunó su cabeza entre las palmas de sus manos y tiró con ligereza de su cabello, obligándolo a mirarla. Sus ojos relucían como dos monedas de cobre, y Camilla tuvo que contenerse para no sucumbir a su deseo de besarlo y dejarse arrastrar por la pasión que él le había descubierto.

—¿Qué decía la carta que estabas leyendo que tanto te ha molestado?

Charles la observó durante unos segundos y, finalmente, dejó escapar un suspiro. Sabía que ella intentaba distraerlo para que no le hiciera el amor y terminaran llegando tarde al comedor, como ya había sucedido en alguna ocasión. El problema era que él nunca tenía suficiente de Camilla. La deseaba de forma continuada y, en muchas ocasiones, se descubría a sí mismo pensando en ella: en su preciosa sonrisa que podía iluminar cualquier rincón oscuro de su alma, en el brillo travieso de sus ojos verdes, en los sonidos de

placer que escapaban de sus labios cuando la tocaba o en el sabor de su boca. Notó el ligero tirón en su pelo y se dio cuenta de que no le había respondido.

—Es una carta de James... sobre las chicas desaparecidas. —No quería tener secretos con Camilla. De la experiencia de su propio pasado y del de su hermana Elisabeth, había aprendido que las cosas que se callaban terminaban por causar mucho más daño que si se hubiesen dicho en el momento. La confianza debía basarse en la comunicación—. Me había comentado que, en su investigación, descubrió que todas las jóvenes desaparecieron el mismo día del mes, el veinte.

—Hoy es día veinte de octubre.

Charles asintió.

—Cree que esta noche volverá a actuar el secuestrador y quiere que lo acompañe.

—¿Y no será peligroso?

Él vio la preocupación en su mirada y la besó en los labios.

—También vendrá Valentin, ¿eso te tranquiliza más? —le preguntó, con una sonrisa burlona. El duque de Ainsworth tenía una merecida fama de buen tirador y espadachín.

Camilla acarició su mejilla.

—Me preocupa que cualquiera de los tres se exponga al peligro. —Sintió un revoloteo en el estómago cuando su esposo tomó su mano y la besó en la palma.

—Entonces, deja de preocuparte, preciosa, porque pienso disfrutar de tu deliciosa compañía hasta que los dos estemos tan arrugados que cueste distinguir las sonrisas en nuestro rostro. —Le guiñó un ojo con picardía. Luego la miró con seriedad—. Haré lo que sea para que estés a salvo, ¿lo comprendes? Tú trabajas con esas chicas, si algo llegase a sucederte me moriría. Cuando Clayton me

robó mi título, mi herencia y mi honor, creí haberlo perdido todo en la vida; pero ahora sé que perderte a ti sería perder la vida misma, Camilla. Te amo tanto.

La besó profundamente mientras la acercaba más a él, y ella respondió con todo el amor y la pasión que anidaba en su corazón. Sin embargo, sus palabras habían removido algo en su conciencia.

—Charles, fui a Haymarket.

La abrupta confesión detuvo el recorrido de la dulce boca de su esposo sobre su cuello. Se separó de ella con lentitud y la miró a los ojos, buscando en ellos una explicación.

—¿A Haymarket?

—A casa de madame Beth. —Las mejillas de Camilla se tiñeron de un suave rubor.

En el semblante de Charles apareció una expresión de incredulidad.

—¿Qué demonios fuiste a hacer allí?

Aunque su tono era serio, ella no percibió enfado en él. Comenzó a explicarle mientras le acariciaba distraídamente el cabello.

—La primera chica que desapareció, en mayo, fue Rose O'Flaggerty, la hermana de Sheila. Le prometí que la ayudaría a descubrir su paradero. —Charles hacía un esfuerzo ingente por mantener su rostro inexpresivo, aunque el miedo por ella le cerraba el estómago y sentía una imperiosa necesidad de golpear algo. Admiraba la valentía de su esposa, pero hubiera preferido que mostrase más confianza en él—. Una de las sirvientas nos dijo que la noche que Rose desapareció se marchó con un caballero que había estado visitándola en los últimos días.

Aquello llamó su atención.

—¿Un caballero?

Camilla asintió, algo aliviada, pues percibía la tensión de Charles

en la forma en que él sujetaba su cintura. Sus dedos se habían crispado y la apretaban con fuerza.

—Dice que no pudo distinguirlo, pero sí su bastón. El pomo era de un material blanco, probablemente marfil, y tenía la forma de una cabeza de perro con orejas muy puntiagudas.

Percibió cómo él se relajaba mientras se quedaba pensativo.

—No había pensado en la posibilidad de que fuese un caballero. De cualquier forma, no he visto antes un bastón como el que describes. Si no tenemos suerte esta noche, al menos podremos preguntar en los diferentes negocios para ver si alguno de los comerciantes ha vendido algo así —señaló. Introdujo la mano entre el cabello femenino y liberó su melena, que cayó como una cascada de fuego sobre su espalda—. Camilla, prométeme que no volverás a ponerte en peligro, por favor.

—Te prometo que no haré nada que me parezca peligroso. —Le sonrió con intención de suavizar su negativa.

Charles resopló, frustrado.

—Supongo que tendré que conformarme con eso. Y dime, esposa mía, ¿qué te pareció la casa de madame Beth? —Deslizó un dedo por la uve de su cuello hacia el tentador valle de sus senos, realzados por el corsé, que dejaban al descubierto los botones que había desabrochado, tarea que tenía pensado concluir.

A Camilla se le erizó la piel. Las sensaciones la abrumaron y no pensó cuando habló.

—¿Has visitado alguna vez la casa de madame Beth? —Se mordió el labio en cuanto se le escapó la pregunta, pero no tenía intención de desdecirse. La duda llevaba mordéndole el alma desde que había conocido a esa mujer.

Charles sabía que podía distraerla con facilidad y hacer que su esposa olvidase que esperaba una respuesta para aquella peligrosa

pregunta, pero, si ella había tenido el valor de preguntarlo, él le debía, cuanto menos, una respuesta sincera.

—Sí, lo hice, poco tiempo después de recuperar mi título y mi posición social. Sentía curiosidad —reconoció.

—¡Ah!

Su exclamación sonó como un suspiro triste y percibió un atisbo de dolor en sus ojos, que se tornaron de un verde más apagado. La tomó de la barbilla y alzó su cabeza.

—Pero no encontré lo que buscaba. En aquel entonces, ya tenía clavado en el alma el rostro de una mujer con el cabello de una puesta de sol y una lluvia de pecas sobre el rostro. —Le sonrió cuando pasó el dedo sobre estas y le besó la punta de la nariz—. Una dama bastante temperamental y con una boca que sabe a miel y a dulzura. —La besó en la comisura de los labios, tibios y entreabiertos—. Y ahora que he respondido a su pregunta, milady, creo que hemos dejado algo pendiente antes de esta conversación.

Camilla se sorprendió cuando él terminó de desabrochar los botones de su vestido con rapidez.

—¡Charles, vamos a llegar tarde a la comida!

—¡Al diablo con eso! —La levantó de su regazo y la sentó sobre el escritorio. Documentos, cartas y plumas cayeron sobre el suelo alfombrado en un desorden que no preocupó a ninguno de los dos—. Tengo la intención de saciar nuestra hambre aquí mismo, señora.

Cumplió su palabra con creces. Ninguno de los dos volvió a acordarse de la señora Barnes y de los deliciosos platillos que los aguardaban en el comedor.

Dejó escapar un suspiro cuando ingresó en el abarrotado salón de baile. Habría preferido permanecer en casa, pero Charles había

insistido en que acudiera a la fiesta de los duques de Braxton. Él se había marchado más tranquilo, sabiendo que contaría con compañía.

Miró a su alrededor. Desde lo alto de la escalera dominaba todo el espacio. La orquesta de cuerda, situada en el lado izquierdo del salón, se preparaba para comenzar con el primer baile. No tuvo tiempo de buscar a Elisabeth y a Mary, pues, de inmediato, un par de caballeros se acercaron a ella para pedirle sendos bailes, que anotaron en su carné. Mientras descendía la escalera del brazo del joven vizconde Thornwood, más caballeros sumaron sus nombres al de su acompañante. Camilla agradeció la cortesía de todos y se excusó con algunos, ya que deseaba poder contar con algún tiempo para la conversación.

Después del tercer baile pudo, por fin, retirarse de la pista. Se sentía sofocada por el calor y el pesado aroma a perfume que llenaba el ambiente. Saludó a algunos conocidos, al tiempo que se abría paso hasta el lugar donde había localizado a Elisabeth y Mary.

—Creí que te pasarías bailando toda la noche —comentó esta última cuando llegó hasta ellas.

Camilla sentía las mejillas acaloradas por el ejercicio y agradeció el aire fresco de la noche, que entraba por las grandes puertas afrancesadas, abiertas de par en par.

—Casi no me queda un hueco libre en el carné —declaró con pesar—, he tenido que disculparme con algunos de los caballeros.

—Es una pena que Charles no esté aquí para ver cómo se retuerce de celos —comentó Elisabeth, y sus labios se curvaron en una sonrisa involuntaria—. Debo reconocer que me equivoqué, y me alegro mucho de veros tan felices juntos. Charles te quiere de verdad y se nota que tú también a él.

—Más de lo que habría imaginado que podría llegar a amar a

alguien —confesó en voz baja—. A veces, todavía me cuesta creer que es real.

Mary manifestó su acuerdo con un asentimiento de cabeza. A ella le sucedía lo mismo; en ocasiones, temía despertar y darse cuenta de que todo lo que vivía era tan solo un sueño. Sin embargo, cada mañana, cuando abría los ojos, lo primero que veía era el azul medianoche en la mirada del duque y una sonrisa tierna —a veces, perversa— en su tentadora boca. Después, él le hacía el amor con lentitud, y el tiempo parecía detenerse entre las cuatro paredes de su dormitorio.

—El amor posee algo mágico —dijo—, una fuerza capaz de transformarlo todo, de derribar barreras y convertir cada segundo en eternidad.

—Me parece que echamos de menos a nuestros esposos —declaró Elisabeth, que poseía el talante más práctico de las tres.

—Terriblemente —convino Mary, provocando una carcajada en sus amigas.

—Supongo que habrás intentado convencer a Valentin de que te dejara acompañarlo —comentó Camilla.

—Al contrario, no guardo buenos recuerdos de esa zona de Londres y preferiría no tener que volver a poner un pie allí. — Todavía sentía escalofríos cuando miraba al Támesis, la improvisada tumba del general Timashev, a quien Yakov, su amigo y protector, había matado cuando el hombre la había secuestrado y llevado al East End—. Pero sí que he tenido que usar mis mejores armas de persuasión para que me permitiese acudir a este baile.

Las cejas de sus dos acompañantes se alzaron con incredulidad.

—¿Valentin quería dejarte en casa sola? —Elisabeth frunció el ceño—. No es propio de él. Además, por lo que sé, te lo consiente todo.

—Oh, eso es cierto. —En el tono de la duquesa se mezclaban el orgullo y la satisfacción. En sus ojos brilló una luz distinta y bajó la voz antes de añadir—: Pero en esta ocasión tenía una razón para actuar así. Estoy encinta.

Las exclamaciones de alegría acompañaron su declaración, y Camilla sintió cierta envidia de la felicidad que irradiaba el semblante de Mary, mientras se preguntaba cómo acogería Charles la idea de ser padre.

—Me alegro mucho por vosotros —le dijo. Después, frunció ligeramente el ceño al hacer cuentas—. Pero, celebrasteis vuestro matrimonio...

—El futuro duque de Ainsworth adelantará un poco su nacimiento. —Se encogió de hombros, aunque el brillo de su mirada le aclaró a Camilla sus dudas.

—¿Cómo reaccionó Valentin cuando se lo dijiste? —Quiso saber Elisabeth. Aunque al principio le había caído mal el duque por la forma en que se había comportado con ella, al final él había terminado por ganarse su afecto. En realidad, era un hombre íntegro y de honor. Además, amaba a Mary de un modo incondicional.

Esta sacudió la cabeza al escuchar la pregunta.

—Nunca lo había visto tan alterado y nervioso —contestó, y una ligera sonrisa asomó a su rostro—. Por lo general, sabe mantener la cabeza fría incluso en las situaciones más difíciles; sin embargo, cuando le conté la buena noticia, me miró con los ojos agrandados y, después del primer momento de sorpresa, comenzó a hacerme preguntas sobre si estaba bien o si necesitaba algo. Me cogió en brazos y me llevó al sofá más cercano, y me hubiera tapado con una manta, como si estuviese enferma, si lo hubiese dejado —resopló ante el recuerdo.

—Bueno, si ves que hace demasiado alboroto, siempre puedes



mudarte a mi casa —le comentó Elisabeth. Y, aunque sonreía al señalarlo, Mary supo que lo decía en serio.

—Buenas noches, miladies.

Las tres se volvieron al mismo tiempo hacia el caballero que las saludaba. Lord Gosford se veía sumamente apuesto enfundado en un traje gris perla que marcaba su complexión delgada y fibrosa, y añadía un brillo especial a sus ojos.

—Buenas noches, milord —lo saludó Camilla después de que lo hubieran hecho Elisabeth y Mary. Acababa de echar un vistazo a su carné y había visto que él era su pareja para el siguiente baile.

—Las estrellas no brillan tanto como ustedes tres esta noche, por eso me pregunto cómo es posible que los caballeros las hayan dejado solas —las galanteó.

—Es usted muy amable, milord —repuso la duquesa, inclinando la cabeza a modo de agradecimiento por el cumplido—. En realidad, nosotras mismas somos las culpables de ello. Deseábamos un momento a solas para conversar.

—¡Ah!, entonces, lamento haberlas interrumpido.

—En absoluto, lord Gosford, estamos encantadas de contar con su presencia —le aseguró Camilla—. Hablábamos, sencillamente, sobre el amor.

—Un tema que ha inspirado a innumerables poetas —replicó él con una sonrisa triste—, y que ha movido el mundo durante miles de años. El amor ha levantado imperios y los ha hundido; ha llevado al hombre a buscar la inmortalidad con tal de permanecer junto a la persona amada.

—Es usted también un poeta, por lo que veo —le dijo Mary, dirigiéndole una sonrisa afable.

El conde se sonrojó y, por un momento, pareció espantado de admitir tal suposición.

—No, no, nada más lejos de la realidad, milady. Soy un hombre más bien práctico. Sin embargo, soy un gran amante de la Historia y he leído mucho al respecto. —Permaneció en silencio durante unos segundos, en los que pareció avergonzado de su revelación. Al ver que las damas lo miraban, como si esperasen que continuase hablando, carraspeó, turbado—. ¿Han... han visitado el Museo Británico? Es un espectáculo digno de admirarse.

—Confieso que no he tenido oportunidad —manifestó la marquesa.

Camilla esbozó una sonrisa pesarosa. Sabía que Elisabeth había vivido como una sirvienta desde los dieciséis años, cuando a ella y a Charles les tendieron una trampa. Su matrimonio con el marqués de Hallbrook era bastante reciente, y su amiga no había tenido muchas oportunidades para gozar de Londres.

—Yo tampoco lo conozco, milord. No llevo viviendo en este país demasiado tiempo y hay muchos lugares que no he visitado aún.

—¿Y usted, lady Draymoor?

—Mi tío, lord Dalwood, me llevó a verlo cuando era una niña, pero entonces todavía estaba en pie la antigua mansión Montagu —le contó—. Desde que levantaron el nuevo edificio, no he tenido ocasión de acudir.

—Sería para mí un honor poder enseñarles el museo —declaró con un tono tan emocionado como el de un niño que visita una feria por primera vez—, si ustedes quieren, claro. Recientemente han añadido algunas momias a la colección de Egipto. ¡Oh!, disculpen —añadió al ver los gestos de desagrado en los rostros de las damas—. Por supuesto, hay también espléndidas joyas en oro y piedras preciosas, tanto del Imperio romano como del Antiguo Egipto.

Camilla se volvió hacia Elisabeth y Mary, y ambas asintieron mostrando su acuerdo.

—Nos encantará visitar el museo, lord Gosford —le aseguró con amabilidad, luego sonrió—, incluidas las momias.

—Les ruego perdonen mi comentario anterior —repuso avergonzado—. Soy un gran admirador de la cultura egipcia y reconozco que siempre me ha fascinado el modo en que organizaban los enterramientos y cómo embalsamaban a sus muertos. Y... lo siento, quizá no es un tema adecuado para conversar con unas hermosas damas que seguro estarán deseando bailar. Hablo demasiado cuando un tema me apasiona —se disculpó.

—Yo iré a tomar un poco el aire —se excusó la duquesa. Elisabeth observó el semblante de Mary y notó su palidez.

—Te acompaño, querida. Si nos disculpan.

La tomó del codo y la acompañó hasta las puertas afrancesadas.

El conde ofreció su brazo a Camilla, y esta lo acompañó hasta la pista de baile.

—Me temo que es culpa mía la indisposición de lady Ainsworth. No debería haber hablado de un tema tan poco adecuado.

Camilla pensó que, probablemente, tenía razón, aunque no se lo dijo.

—No se preocupe, milord, usted no tiene nada que ver —lo tranquilizó, al tiempo que comenzaban a girar al compás de la melodía que interpretaban los músicos—. Si hay que buscar un culpable, sería sin duda lord Ainsworth —comentó risueña. Al ver la confusión en el apuesto rostro del conde, añadió—: Lady Ainsworth está encinta.

—¡Ah!

Visiblemente incómodo, el conde desvió la mirada. Ella se preguntó por qué motivo el tema de los embarazos hacía que los hombres se echaran a temblar o se revolviesen incómodos.

Consideró mejor cambiar de tema.

—Yo no soy una dama delicada —le dijo, esbozando una sonrisa encantadora—. Hábleme de esas momias, lord Gosford. ¿De dónde nació su afición por Egipto?

—De mi esposa.

Camilla se sorprendió.

—No sabía que estuviese casado.

—En realidad, soy viudo —le explicó él. Su voz baja contenía un poso de melancolía que se reflejaba en sus ojos tristes—. Los padres de mi esposa eran arqueólogos, y a ella también le encantaba, aunque no soportaba bien el calor. Me contaba siempre multitud de curiosidades de aquel país exótico y, cada vez que íbamos al museo, se emocionaba enseñándome todo lo que sabía de cada una de las piezas expuestas.

—Y a usted comenzó a gustarle también todo aquello —supuso Camilla—. Debe echarla mucho de menos.

—Cada día —admitió—. Ella era una luz vibrante en mi vida, afrontaba todas las cosas con emoción, como si fuese la primera vez que las hacía. —Sonrió al recordar—. Su ilusión resultaba contagiosa. Fui muy afortunado al conseguir su amor.

—Siento mucho que la perdiese.

Él asintió.

—Yo también. Siempre me he preguntado si pude haber hecho algo más por... —Se interrumpió, y Camilla se preguntó qué iba a decirle—. Discúlpeme, lady Draymoor, usted no debería estar escuchando mis lamentaciones, y menos aún en un evento como este, en el que se supone que un caballero debería de procurar que las damas se divirtiesen todo lo posible.

—Al contrario, le agradezco que haya tenido la confianza de contarme algo tan personal.

Conocer su historia le había servido para darse cuenta de que, de haberse casado con él, habría cometido un gran error, pues estaba claro que el conde continuaba enamorado de su esposa. Ella habría sido solo una sombra de su anterior amor. Pensó en Charles y agradeció al cielo no tener que compartir su amor con nadie más.

—Es fácil hablar con usted —le confió lord Gosford—. En cierto modo, usted me recuerda a mi esposa.

Camilla le expresó su agradecimiento con una sonrisa forzada. No supo por qué, pero las palabras del conde le habían producido un escalofrío.

## Capítulo 17

Las nubes oscuras que cubrían el cielo impedían ver las estrellas. La noche cerrada y sombría se le antojaba como una inmensa mortaja sobre los edificios y las empedradas calles.

Caminaba sin rumbo fijo, tan perdido como lo estaba su propia mente. El frío le helaba los huesos y sus pasos resonaban sobre los húmedos adoquines. El eco que producían en los oscuros callejones le hacía creer que era perseguido por los fantasmas de su pasado. De vez en cuando, una estridente carcajada rasgaba el aire nocturno de Whitechapel, tan viciado y cargado de hedor que costaba respirar, y se preguntaba si era humana o de alguna otra extraña criatura.

Se detuvo en una esquina y se apoyó contra la pared. Notó que el suelo, bajo sus pies, estaba pegajoso y resbaladizo, pero evitó pensar en lo que habría allí abajo. Había abandonado la fiesta en la elegante mansión porque era día veinte y él necesitaba una nueva víctima para completar el ritual. Según este, los sacrificios debían efectuarse el mismo día en que había fallecido la persona a la que se deseaba devolver la vida. Se preguntó, de nuevo, si no sería mejor dejar a Alice descansar en paz allí donde estuviera. Sin embargo, pensar que podía volver a tenerla en sus brazos, hablar

con ella, besarla suponía un anhelo incontenible para su alma desgarrada por el dolor de la pérdida.

Escuchó unos pasos lejanos y supo que debía ponerse en movimiento. Lo habían estado siguiendo desde que había entrado en Whitechapel, y el hecho de que pudieran haber descubierto sus actividades encendía un torrente de excitación en sus venas. Siempre le había gustado el riesgo y si, como en aquel caso, el precio era la muerte, lo pagaría con gusto con tal de reunirse con Alice para siempre.

Abandonó aquel rincón oscuro del callejón y se movió, silencioso, entre las sombras. Tenía que procurar acercarse lo más posible a alguno de los burdeles o a las calles en las que solían encontrarse las prostitutas. Dobló la esquina de la calle y enfiló por una callejuela que daba a la parte de atrás de un local de juego. Apresuró el paso, pero tuvo que detenerse bruscamente cuando un individuo enorme salió de entre las sombras. El vello de la nuca se le erizó y supo que había otro detrás de él. Maldijo para sus adentros por el tiempo que iban a hacerle perder, pues tenía la convicción de que no se trataba de los mismos hombres que lo habían estado siguiendo, sino de un par de ladrones que se aposentaban en el callejón a la espera de que algún borracho descuidado abandonase el salón de juego con los bolsillos cargados.

—Mira, Mike, este caballero ha atravesado nuestro territorio y no ha pagado peaje —comentó el grandullón.

Mike chasqueó la lengua con desaprobación.

—Eso no está bien; no, señor. Pero estoy seguro, Jonas, de que el caballero comprende bien la situación y colaborará, ¿no es cierto?

Vio brillar la hoja de un largo cuchillo a la escasa luz de la lámpara, y supo a qué situación hacía referencia el hombre que se encontraba a su espalda, y al que vigilaba con el rabillo del ojo. A

pesar de ser dos contra uno, no le parecía una lucha en exceso injusta, pues él no era ningún pardillo en las peleas callejeras. Agarró con fuerza el pomo de su bastón. Notó la tibieza del marfil y se le clavaron en la palma los bordes puntiagudos de la figura del chacal, el dios Anubis. Tiró de ella y extrajo la espada que guardaba el dios egipcio de la vida y la muerte.

Jonas retrocedió unos pasos con desconfianza. Escuchó el gruñido de su compañero en la distancia.

—Nosotros somos dos —le recordó este para que no se acobardara—. Y si se defiende tan bien es porque tiene algo que no quiere que pase a nuestras manos, tal vez una bolsa repleta.

—No llevo dinero encima —les aseguró él.

—Eso es lo que dicen todos —se mofó Mike—, pero luego prefieren largar las monedas a perder la vida.

El caballero suspiró con desgana. Una reyerta podría atraer a los hombres que lo perseguían, y su instinto le decía que aquellos buscaban algo más que su dinero.

—No tengo tiempo para luchar. Si os retiráis ahora, os perdonaré la vida. —Sus palabras provocaron una carcajada hueca en el tal Mike, que debía ser el jefe, pero su compañero titubeó. Él aprovechó esa indecisión para susurrarle—: Esta espada hace unos cortes tan finos que apenas notas su roce; puede seccionar la garganta de un hombre en apenas un segundo.

Movió la muñeca con pericia y la hoja cortó el aire. El sonido cimbreado del acero quedó flotando entre ellos como el aviso de un pájaro de mal agüero que anuncia la muerte.

Jonas volvió a retroceder y él avanzó. Por unos instantes, tuvo la certeza de que lograría abandonar el callejón sin tener que enfrentarse a los dos hombres. Sin embargo, no contó con el orgullo de Mike, a quien le gustaba salirse con la suya. Se movió con



rapidez detrás suyo, empuñando el cuchillo, y apenas tuvo tiempo de apartarse. Con un movimiento fluido, la espada trazó un arco que abrió una sutil fisura en el pecho de su asaltante. Pequeñas motas de sangre comenzaron a empapar su camisa.

—¡Maldición! ¡Estúpido, ven a ayudarme! —le gruñó a su compañero mientras trastabillaba hacia atrás para alejarse de la mortal punta de acero—. Le rebanaremos el pescuezo entre los dos y nos quedaremos con su bolsa.

El gesto del grandullón mostraba su escepticismo, pero, aun así, se fue moviendo hacia él con lentitud, lo que le dejó libre una vía de escape del callejón. Enarboló el bastón en una mano y la espada en la otra, y se enfrentó a los dos hombres. El punto débil era, sin duda, Jonas, que se mantenía titubeante y alejado de la punta de su espada, así que lo aprovechó. Hizo amago de atacar a Mike con el estoque y, cuando este retrocedió, tomó impulso y se giró de improviso lanzando una estocada a Jonas, que abrió los ojos sorprendido cuando el acero le atravesó el hombro.

—Lo siento, amigo —le dijo cuando pasó a su lado, corriendo, en dirección hacia la salida del callejón.

La única respuesta fue un aullido de dolor y los juramentos y blasfemias de Mike, que se perdieron entre las sombras oscuras que dejó atrás. Enfundó la espada y, perseguido por el eco de sus propios pasos furtivos, serpenteó en el laberinto de callejuelas hasta llegar a su destino. Tenía que acabar su cometido antes de que amaneciese. Miró hacia la calle, vagamente iluminada por la tenue luz de un farol, y suspiró con alivio. Al fin tenía un poco de suerte. Una joven desaliñada, y con más escasez de tela de la que aconsejaba la temperatura nocturna, se apoyaba contra la fachada de piedra de uno de los edificios a la espera de algún cliente.

En esa ocasión no podía demorarse en cortesías. Se acercó con

paso ligero y la joven levantó la cabeza al escuchar sus pisadas. A pesar de la distancia, pudo ver el brillo calculador en su mirada cuando repasó su figura de arriba abajo. No le costó dejarse convencer por ella para internarse en el callejón más próximo, donde la muchacha pretendía darle placer a cambio de unas cuantas monedas. Un golpe fue suficiente para hacerle perder el conocimiento. Se despojó del redingote y la envolvió en él antes de cargársela al hombro.

Con mucha precaución, recorrió de nuevo las calles, evitando las zonas de tabernas o aquellas que estuviesen más iluminadas. Amparado en las sombras, llegó hasta el lugar donde aguardaba su carruaje. Metió en el interior a la joven y subió al pescante. Los caballos negros resoplaron nerviosos, golpeando con los cascos los adoquines. Un vaho denso brotó de sus hollares. Agitó las riendas y azuzó a los animales, que partieron al galope, como si un demonio condujese aquel carro del infierno.

—Llegas tarde.

El caballero se inclinó ante el maestro de ceremonias. Los dos se volvieron a ver cómo uno de los guardianes de Anubis depositaba a la joven sobre la fría lápida de piedra que había justo debajo de la bóveda que se abría sobre sus cabezas. Cuando dejó de escucharse el ominoso sonido de las cadenas, ambos se miraron de nuevo.

—He tenido problemas.

—¿Con la muchacha?

Él sacudió la cabeza.

—Me han seguido por Whitechapel.

El maestro de ceremonias, Gran Sacerdote del Templo de Anubis y Gran Maestro de la Orden, frunció el ceño.

—No han sido ladrones o borrachos, supongo. —Se acarició el mentón con gesto pensativo.

—No. Al principio así lo creí, pero luego pude distinguir la vestimenta de uno de ellos y no me cabe duda de que la manufactura era costosa, a pesar de su sencillez.

El hombre se giró, y los pliegues de su túnica blanca ondearon mientras caminaba hacia la piedra sacrificial.

—Todas las muchachas que has traído eran prostitutas, ¿no es cierto? —Vio el gesto de asentimiento del caballero y prosiguió—: No comprendo, entonces, por qué se interesa por ellas un aristócrata. De cualquier forma, solo necesitamos una joven más para completar las siete, el número sagrado de la ofrenda. El ritual se llevará a cabo el próximo mes de noviembre, cuando se abren las puertas entre la vida y la muerte, y las almas pueden salir del abismo del más allá. El dios Anubis apreciará estos sacrificios y te otorgará la vida de Alice. No lo dudes.

No pudo evitar que un estremecimiento le recorriese el pecho y su corazón comenzase a latir con más fuerza. ¡Estaba tan cerca de conseguir lo que anhelaba!

—Ya está todo preparado para la ceremonia, Gran Sacerdote — señaló uno de los guardianes, acercándose a ellos.

—Muy bien. Que todos ocupen sus puestos.

Los guardianes, vestidos con sus negras túnicas, rodearon el altar del sacrificio; y el Gran Sacerdote se colocó en la cabecera. Él se acercó hasta la piedra. A la luz de las antorchas pudo ver, por primera vez con claridad, el rostro de la muchacha. La habían narcotizado a petición suya. Aún se despertaba por las noches perseguido por las pesadillas del rostro de Rose O’Flaggerty y su voz suplicante. De esta no conocía el nombre, como tampoco supo el de las anteriores. Aunque tarde, un solo error le había bastado

para aprender a no involucrarse con las víctimas. Se repetía a sí mismo que ellas eran solo una ofrenda y que, seguramente, estarían mejor abandonando este mundo que permanecer sufriendo en él.

El último poso de conciencia que quedaba en su interior volvió a atormentarlo mientras contemplaba el rostro juvenil de la chica. «¿Acaso les has preguntado a ellas si prefieren morir o vivir? ¿Quién eres tú para decidir sobre sus vidas? No te pertenecen, no eres ningún dios. Además, el alma que compras con el precio de la sangre estará marcada para siempre con el dolor y el remordimiento».

Quiso cubrirse los oídos para no escucharla, pero sabía que sería un gesto inútil. Tras la muerte de Alice se había sentido solo y desamparado; cuando descubrió que en Londres había un grupo de seguidores de Anubis y conoció al Gran Sacerdote, encontró un nuevo propósito para su vida. No le importaba el precio que tuviese que pagar por reencontrarse con su esposa.

Cuando aumentó el volumen de los cánticos rituales, cobró conciencia de dónde se hallaba. El rítmico sucederse de aquellas palabras pronunciadas en una lengua antigua lo envolvió. Tomó la daga para realizar el sacrificio, y el cáliz de plata. De un golpe certero atravesó el pecho de la joven y luego procedió a hacer un corte sobre las venas de su muñeca izquierda, dejando que la sangre fluyera hacia el cáliz.

Miró una vez más el rostro de la muchacha. Parecía dormida. Los remordimientos lo asaltaron de nuevo. Los egipcios creían que en el corazón de la persona se concentraba su esencia: su pensamiento, su conciencia moral, su inteligencia, sus emociones. Cuando alguien moría, Anubis, junto con el dios Horus, pesaban su corazón en una balanza para el juicio de Osiris. Según su peso sabrían si estaba preparado para renacer en el más allá o debía ser devorado por

Ammit, la bestia mitológica con cabeza de cocodrilo y cuerpo de león e hipopótamo. Él había atravesado con la daga el corazón de sus seis víctimas y luego lo había extraído de su cuerpo para evitar que tuvieran la oportunidad de regresar del más allá y reclamarle a Alice la sangre con la que le devolverían la vida.

Un dolor culpable lo atravesó. No habría descanso eterno para aquellas almas, ni posibilidad de redención. Quedarían extraviadas para siempre en el mundo de las sombras. Tuvo que hacer un esfuerzo para no doblarse en dos y continuar imperturbable el ritual, que debía concluir antes del renacer del nuevo día.

—Dios Anubis, recibe esta ofrenda de sangre joven —pronunció el sacerdote mientras él vertía la copa alrededor del altar mayor del templo donde descansaba una pequeña estatuilla de ébano con la figura del chacal— que te entregamos en señal de reverencia y devoción para alcanzar el don de una vida inmortal para esta alma que espera el juicio de Osiris.

Las llamas de las velas que rodeaban el cuerpo embalsamado de Alice, extendido sobre la lápida sepulcral a los pies del altar de Anubis, temblaron, pero el caballero no se atrevió a mirar su amado rostro. Tenía miedo de no encontrar allí la sonrisa suave y dulce que siempre le había dirigido a él, y solo a él, y descubrir en su lugar algún gesto de reproche. Al igual que tampoco había querido preguntarse qué pensaría su esposa de todo aquello. Si bien sabía que lo había amado con todo su ser, Alice era una dama de costumbres inglesas muy arraigadas. «Me lo perdonará todo cuando volvamos a estar juntos», intentó convencerse a sí mismo.

Los guardianes del templo tomaron las dagas del ritual y se hicieron un pequeño corte en el brazo. Dejaron que la sangre cayese sobre el altar, mezclándose con la de la joven prostituta, para purificarla. Los cánticos cesaron de pronto y él se encontró

vacío por dentro. Sintió el peso de una mano sobre su hombro.

—No permitas que las dudas te cieguen cuando casi lo has conseguido —le recomendó el Gran Maestro. En su tono se apreciaba cierta cautela, como si no terminase de confiar en que no lo echaría todo a perder. Dejó que en su voz se percibiese el atisbo de una sonrisa y añadió—: Pronto abrazarás de nuevo a tu esposa.

Supo que había dicho las palabras adecuadas cuando notó que sus hombros se enderezaban. Asintió, satisfecho. Aquel joven no iba a echar a perder todo lo que había conseguido hasta ese momento. Siete no era un gran número de prostitutas para borrar toda esa escoria que pululaba por Londres, pero por algo se empezaba, y él tenía intención de que fueran muchas más. Aunque antes quizá iba a tener que ocuparse del asunto que había causado el retraso del hombre.

Tenía una ligera idea de quiénes podían haberlo seguido por las calles de Whitechapel. Seguramente se trataba de ese condenado vizconde. Su esposa estaba decidida a reformar a todas esas siervas del pecado cuya existencia debería ser aniquilada, al igual que la de los pobres y menesterosos que empañaban la reputación del glorioso Imperio británico. A él se le había confiado la misión de erradicarlos de la faz de la Tierra y eso estaba dispuesto a hacer, costara lo que costase.

Miró al joven caballero y, por unos instantes, sintió pena por él. Era un idealista, un hombre al que el amor ciego por su esposa había vuelto vulnerable y fácil de manipular. Tendría que encontrar el modo de que siguiera colaborando con él una vez que se diera cuenta del engaño, de otra forma no le quedaría más remedio que deshacerse de él.

«El amor a la patria exige sacrificios», pensó mientras lo observaba abandonar el panteón familiar, «incluso a precio de

sangre». Una sonrisa teñida de locura desfiguró su rostro oculto tras la máscara del dios Anubis.

Charles entró con sigilo en el dormitorio de su esposa. Podría haberse ido directamente al suyo para dejar descansar a Camilla, dado que era de madrugada, pero sentía la necesidad de abrazarla. Ella había dejado encendida una vela, como si estuviese aguardándolo. Se desvistió de prisa y entró en el lecho.

—¿Cómo ha ido todo? —le preguntó ella, volviéndose para acurrucarse contra él, que no dudó en envolverla en sus brazos.

—Lo siento, no quería despertarte.

Camilla besó su pecho desnudo, a la altura de su corazón.

—No lo has hecho. No podía dormir sin ti.

—Quizá no debería decir esto, pero me alegro. —Ella lo golpeó sobre su estómago plano, aunque su rostro exhibía una sonrisa.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

—No has respondido a mi pregunta.

No deseaba responder, esa era la verdad. Si pudiera, le evitaría a Camilla todo lo sórdido y malvado que había en el mundo, aunque sabía que ella no se lo permitiría. Además, habían convenido en que no habría secretos entre ellos, ni medias verdades que solo servían para generar dudas y desconfianza. El amor que se tenían les ayudaría a navegar por las aguas turbulentas de la vida y a enfrentarse juntos a las tormentas.

—Estuvimos cerca, pero no logramos alcanzarlo —le dijo. Un silencio cargado de incertidumbre se instaló entre ellos. Ambos sabían lo que significaba ese fracaso. De modo instintivo, Charles estrechó su abrazo, y Camilla se aferró a aquel pequeño consuelo.

—¿Qué harías si yo muriera?

El susurro de su esposa lo sacudió por dentro y no pudo evitar el temblor que lo atravesó. Reconoció el miedo, un miedo atroz a perderla. Detuvo su mano, que había disfrutado de las suaves caricias sobre la piel satinada de su espalda, y la llevó hasta el mentón femenino para alzar su rostro hacia él. La miró con seriedad.

—No digas eso, ni siquiera lo pienses. —No intentó ocultar la dureza que afiló su tono.

Camilla pasó por alto la advertencia de su esposo. La conversación con lord Gosford, tras enterarse de su viudez, la había dejado inquieta. Comprendía el porqué de la tristeza que anidaba en sus ojos, y no podía ni quería imaginarse a Charles del mismo modo.

—¿Volverías a casarte? —insistió.

—¡Jamás! —Suavizó su categórica negación con un beso dulce sobre sus labios—. ¿No lo entiendes todavía? Eres la otra mitad de mi alma. Si tú... —Tragó saliva—. Si tú te fueras, viviría una vida a medias. Te amo más que a nada en el mundo, y te necesito como las plantas tienen necesidad del sol y la lluvia. Si tú murieras, mi corazón moriría contigo.

—Pero yo no querría eso. No desearía que estuvieses triste ni que dejaras de vivir tu vida.

—¿Acaso crees que se le puede impedir al corazón que sienta? —le preguntó con una sonrisa melancólica—. Yo no escogí amarte, Camilla, pero mi corazón supo que eras suya desde el primer momento en que te vi. Si un día me faltas, me quedarán los recuerdos: del sabor de tus besos, del suave roce de tu piel contra la mía, de tu sonrisa cálida como el sol del verano. —Le acarició el rostro y borró la huella que una lágrima furtiva dejó sobre su mejilla—. Viviré de ellos hasta que pueda reunirme contigo para siempre, porque mi amor no desaparecerá con el tiempo, será tan eterno



como el viento, el cielo o el mar.

Ella supo que aquellas palabras eran un juramento cuando las selló con un beso profundo e intenso que revelaba la verdad de sus sentimientos. Deslizó las manos por el cuerpo de su esposo, memorizando en su corazón cada uno de los firmes planos.

—Hoy Mary nos reveló que se encuentra encinta —comentó cuando se separaron. Esbozó una sonrisa maliciosa y se subió a horcajadas sobre él, acunando la dureza de su masculinidad entre sus muslos—. Creo que es hora de que nos apliquemos a la tarea de engendrar un heredero para el vizcondado.

Charles gimió y la sujetó por las caderas mientras un deseo intenso y fiero se apoderaba de él. El cansancio que traía desapareció de un plumazo.

—Me parece una gran idea.

Crearon nuevos recuerdos para la memoria de sus corazones mientras las primeras luces del alba iluminaban los tejados de Londres.

## Capítulo 18

*Londres. Noviembre de 1858*

El Museo Británico había sido fundado en 1753 cuando, a la muerte de Sir Hans Sloane, el Parlamento compró la inmensa colección privada de este. Médico y naturalista, había adquirido, a lo largo de los años, unos cuarenta mil libros, siete mil manuscritos, dibujos, rarezas del mundo natural y de la medicina, y preciadas antigüedades provenientes de Egipto, Grecia, Roma, Oriente y América. Además, el Gobierno británico obtuvo también la biblioteca personal de Robert Cotton y la del anticuario Robert Harley. Seis años después, la institución abrió sus puertas en la casa Montagu, una mansión del siglo XVI situada en el barrio de Bloomsbury.

Desde su inauguración, el museo había acrecentado su colección siendo, quizá, algunas de las piezas más importantes la piedra de Rosetta, los mármoles de Elgin, o la donación que el mismísimo monarca, Jorge IV, había hecho de la biblioteca de su padre, la Biblioteca del Rey, en 1823. La escasez de espacio obligó al Gobierno a demoler la casa Montagu y levantar un nuevo edificio, de estilo más neoclásico, que quedó inaugurado en 1857.

El carruaje se detuvo frente a la reja que rodeaba los jardines en

medio de los cuales se alzaba el impresionante edificio en forma de u. Una hilera de columnas recorría las dos alas laterales y la fachada principal, sobre la que había un frontón triangular. El conjunto ofrecía el aspecto de un templo griego.

Las tres mujeres cruzaron el jardín, abriéndose paso entre los innumerables visitantes que deseaban contemplar la grandeza de antiguos imperios, y subieron las escaleras que conducían a la entrada principal.

El rostro de lord Gosford se iluminó en cuanto las vio y avanzó con premura a su encuentro.

—Bienvenidas al Museo Británico, miladies —las saludó como si fuese uno de los guías oficiales del lugar—. Espero hacerles disfrutar de su visita y no aburrirlas demasiado con mi charla.

—Estoy segura de que disfrutaremos, lord Gosford —declaró Elisabeth con una sonrisa.

—Bien. Entonces, señoras, si hacen el favor de seguirme...

Les cedió el paso y ellas entraron en el interior del inmenso edificio. Los recibió la frialdad que desprendía el suelo de mármol del vestíbulo.

—Si continuamos de frente, nos encontraremos con la sala de inscripciones y, después, la gran sala de lectura, digna de verse —les explicó—, pero, permítanme conducir las primero a mi rincón favorito del museo.

Con un gesto de su mano les señaló hacia el ala izquierda del edificio. En cuanto cruzaron la puerta, se encontraron en una sala alargada que las trasladó, de inmediato, al antiguo Imperio romano. La colección albergaba antigüedades itálicas y etruscas: joyas y bronce, vidrio romano y plata, multitud de objetos que ilustraban la vida de ese pueblo, su religión, el comercio o el transporte. Sin embargo, lord Gosford no se detuvo en ella, aunque les fue

explicando algunas cuestiones históricas mientras la atravesaban. Alcanzaron la sala, algo más pequeña, de arte greco-romano, y luego la del pueblo asirio, antes de llegar a la amplia sala que contenía valiosos objetos del Antiguo Egipto.

—¡Oh, qué maravilla! —exclamó Elisabeth al contemplar los fastuosos sarcófagos que dominaban la sala.

—La derrota de Francia en la batalla del Nilo permitió que muchos de los arqueólogos que trabajaban allí pudieran hacerse con ciertas antigüedades que trajeron a nuestro país —comentó el conde—, entre ellas la piedra de Rosetta.

—¿Por qué es tan famosa? —preguntó Camilla con curiosidad.

—Bueno, en realidad se trata de un fragmento de una antigua estela egipcia en la que se haya grabada la inscripción de un decreto promulgado por el faraón Ptolomeo V, alrededor del año 196 a.C. La peculiaridad que posee —les contó— es que el texto de la inscripción aparece en tres escrituras distintas: jeroglífica, demótica y griego antiguo, con lo que facilitó la clave para el desciframiento de los signos jeroglíficos.

Mary miró alrededor, aunque la visión de los sarcófagos le causaba cierta repulsa, para buscar la piedra. Siempre le había fascinado todo lo relacionado con la escritura, puesto que su idioma natal era el ruso y usaban el alfabeto cirílico en los textos, muy diferente de su lengua paterna, el inglés, que utilizaba el alfabeto latino.

—¿Y dónde se encuentra?

—En la sala contigua, luego nos acercaremos a verla.

Elisabeth, que se había separado un poco, se volvió hacia lord Gosford con una expresión maravillada.

—¿Quién es?

El conde sonrió. Se veía satisfecho en su papel de guía. Camilla

lo observó con atención, mientras él se aproximaba a la marquesa, y pensó que parte de la tristeza y melancolía que siempre lo rodeaba había desaparecido. Quizá estar allí, en medio de aquellos objetos que tanto había admirado su esposa, lo acercaba un poco más a ella. Lord Gosford levantó el bastón para señalar la gran estatua de granito que se elevaba casi en el centro de la amplia sala.

—El busto representa al faraón Ramsés II —lo escuchó decir. El resto de la explicación se perdió en el laberinto confuso de su mente, que permaneció bloqueada, contemplando el bastón que el conde agitaba en el aire. Pudo reconocer, sin problemas, la cabeza de marfil con la figura de un perro de orejas puntiagudas, tal y como se lo había relatado la joven sirvienta de la casa de madame Beth—. Mide casi tres metros de altura, con lo que Belzoni no lo tuvo nada fácil para trasladarlo desde El Cairo hasta Londres, pero era un hombre de recursos y lo consiguió.

—Parece que ha estado usted en Egipto —comentó Elisabeth.

—Por desgracia, no, lady Hallbrook, aunque le confieso que me hubiese encantado. Todo lo que sé es gracias a mi difunta esposa y a mi cuñado, lord Edincourt, a quien, por cierto, me gustaría presentarles. Él podrá explicarles todo esto mucho mejor que yo. Si me lo permiten, iré a buscarlo.

—Por supuesto, lord Gosford.

Cuando el conde se alejó, Mary dejó escapar un suspiro.

—Creo que me sentaré un rato, últimamente se me hinchan mucho los pies.

—A mí me ocurrió lo mismo durante mis embarazos —le confesó Elisabeth, al tiempo que la acompañaba hasta una de las sillas que había junto a una pared de la sala—. No sabía que el conde estuviese casado.

—A decir verdad, yo tampoco, aunque no debería extrañarme,

puesto que es un hombre atractivo. —Mary observó la butaca con recelo—. Espero que no sea una de estas antiguallas del museo, no me gustaría que Valentin encontrase mi nombre escrito en el periódico de sociedad de la mañana.

La marquesa dejó escapar una carcajada.

—Conociéndolo, no creo que a él le importase demasiado. —Se volvió hacia su cuñada y le sorprendió la seriedad y la palidez de su semblante—. Camilla, ¿te encuentras bien? Tal vez sería mejor que tú también te sentases.

Reaccionó por fin a sus palabras.

—No, estoy bien, de verdad. Me distraje un momento —se disculpó, antes de sumarse a la conversación—. En realidad, el conde es viudo.

Lo cierto era que no podía dejar de pensar en lord Gosford. Una sospecha se había abierto camino en su mente. Aunque le parecía imposible, dado el carácter agradable del conde, el hecho de que él pudiese tener algo que ver con las desapariciones de las jóvenes iba cogiendo cada vez más fuerza en su interior. Sin embargo, no alcanzaba a comprender el motivo por el que pudiera haberlo hecho.

Lo vio acercarse, acompañado por un hombre joven de semblante taciturno. Vestía de forma impecable y no poseía, desde luego, aspecto de estudioso, sino más bien el de una persona que ha pasado mucho tiempo al aire libre. Tenía la piel bronceada. Su rostro —de rasgos afilados, nariz recta y barbilla prominente y obstinada— poseía una elegante armonía que lo volvía atractivo. Destacaban en él un par de ojos tan oscuros que parecían casi negros, al igual que su cabello. Seguramente, muchas damas se mostrarían interesadas en él.

—Miladies, permítanme que les presente al vizconde Edincourt, lord Benjamin Stone. Ben, ellas son su Excelencia, la duquesa de

Ainsworth; la marquesa de Hallbrook y lady Draymoor.

—Señoras. —El joven se inclinó en una respetuosa reverencia—. Lord Gosford me ha pedido que les explique algunas cuestiones acerca de los objetos que hay en esta sala, aunque no desearía abrumarlas con demasiada información.

—Estaremos encantadas de escucharlo, lord Edincourt —repuso Elisabeth—. Lady Ainsworth y yo es la primera vez que visitamos el museo, y lady Draymoor vino cuando era niña, así que será un placer recibir una visita guiada. ¿Trabaja usted para el museo?

—En absoluto, milady, aunque he colaborado con algunas de las piezas de esta sala. Soy arqueólogo, y he pasado casi toda mi vida en Egipto, una tierra fascinante.

—Debe de serlo, a juzgar por los tesoros recogidos en esta habitación —convino Mary.

Lord Edincourt asintió.

—Tenga en cuenta que es una tierra con miles de años de historia. Sus habitantes fueron pioneros en muchas cosas, pero destacaron, sobre todo, en el arte de la construcción. Si me acompañan, les mostraré algunos objetos muy interesantes.

La sonrisa encantadora que les dirigió transformó por completo el aspecto de su rostro. Hablaba de manera fluida y precisa mientras les explicaba la historia de las valiosas obras de arte. La piedra de Rosetta les resultó en extremo interesante, y Camilla se permitió el lujo de observarla con detalle, con el fin de quedar a solas con lord Edincourt. Deseaba poder intercambiar algunas palabras con él para ver si podía averiguar algo más respecto al conde. Necesitaba comprobar que se había equivocado en sus suposiciones, aunque, de no ser así, tendría que comentárselo a Charles. Él sabría qué hacer.

—¿Qué representa este dibujo? —le preguntó, señalando una

figura de hombre con cabeza de perro y orejas puntiagudas.

—¿El chacal? Es una representación de Anubis, el dios egipcio de la vida y la muerte. Guía a las almas en su camino por el inframundo hasta la diosa Osiris, que es la que se encarga de juzgar a los muertos.

—Creo que he visto esa misma figura en el bastón que lleva lord Gosford.

—Así es, mi hermana, su esposa, se lo regaló. Lo había traído desde Egipto en uno de sus viajes. Es un objeto en cierto modo único, y, desde que se lo dio, nunca ha querido separarse de él —le explicó. Notó la melancolía en su voz.

La confirmación de sus sospechas provocó que un estremecimiento la recorriese de pies a cabeza.

—Lord Gosford debió amar mucho a su esposa —susurró. De alguna manera, sentía que la muerte de esta tenía alguna relación con la desaparición de las chicas.

—Sí. Cuando mi hermana cumplió la edad para su presentación en sociedad, mis padres decidieron volver de Egipto a Londres para que pudiera disfrutar de su primera temporada. Devlin y ella se conocieron durante un baile y se enamoraron. —Sonrió ante el recuerdo, ya lejano. Luego su rostro se tornó serio de nuevo cuando añadió—: Murió durante el alumbramiento de su primer hijo. Mis padres se encontraban en Londres, pero yo había regresado a El Cairo unos meses atrás, a causa de unas excavaciones que estábamos llevando adelante, y me fue imposible viajar de nuevo a Inglaterra. Es muy duro saber que no vas a volver a ver a un ser querido; se vuelve una carga insoportable, y uno haría lo que fuera por recuperarlo.

Camilla asintió, comprensiva. Conocía bien la expresión de dolor que asomaba a los ojos de lord Edincourt; a pesar de que era solo



una niña, aún recordaba la sensación de pérdida el día en que murieron sus padres, las lágrimas que la acompañaron durante largos meses, hasta que el sufrimiento se suavizó, convirtiéndose en una sensación agri dulce.

—Siempre nos quedan los recuerdos.

—Lady Draymoor. —La grave voz masculina sonó tan cerca que se sobresaltó. El conde se había acercado a ella y tenía un gesto de preocupación—. Me temo que lady Ainsworth no se encuentra demasiado bien. Tal vez no haya sido bueno tanto ejercicio en su estado.

Camilla se excusó con los dos hombres para dirigirse hacia donde Mary se hallaba sentada en una enorme butaca mientras Elisabeth le daba aire con su abanico.

—Han sido esas horribles momias —escuchó lamentarse a Mary—. Me encontraba perfectamente bien antes de que las viésemos y seguía con atención todas las explicaciones de lord Gosford.

—Por supuesto, querida. Será cosa de la maldición —repuso la marquesa con seriedad.

—¿La maldición? ¿De qué maldición hablas? —A pesar de la palidez que denotaba el rostro de la duquesa, Camilla tuvo que contener una sonrisa al ver su reacción.

—¿No decías que habías prestado atención a las palabras del conde?

—¡Oh, está bien! —Bajó el tono de voz—. Reconozco que me distraje en algunos momentos. Lord Gosford no explica las historias tan bien como lord Edincourt.

—Y, desde luego, no es tan apuesto como este —añadió Elisabeth, al tiempo que le dirigía un guiño pícaro.

Mary esbozó una sonrisa traviesa, mas enseguida tuvo que cubrirse la boca con una mano en cuanto le sobrevino la náusea.

Elisabeth sacudió la cabeza.

—Creo que será mejor que dejemos aquí la visita. Camilla, ¿te importaría avisar a los caballeros y despedirnos de ellos? Yo acompañaré a Mary al carruaje.

—¿Podríamos hacer una parada en Berkeley Square? —preguntó esta—. Las otras dos mujeres la miraron con gesto de incompreensión—. Tengo antojo de un sorbete de Gunter's. Además, seguro que eso me quita el malestar.

—No estoy segura de que vendan sorbetes en pleno noviembre. —Oyó Camilla que respondía Elisabeth, mientras ella se alejaba para despedirse de lord Gosford y lord Edincourt. Ambos lamentaron la indisposición de la duquesa.

—Es una pena —comentó el conde—, queda mucho por ver. La sala de lectura es bastante impresionante.

Camilla le dirigió una sonrisa que pretendía ser natural, pero no podía borrar de su cabeza la sensación de que aquel hombre era un impostor y no la persona afable y educada que aparentaba ser.

—Será un placer volver a contar con su guía en otra ocasión, lord Gosford. —De pronto, se le ocurrió una idea, y antes de que pudiera pensarla mejor, comentó—: Tal vez podría venir a cenar a Draymoor House un día de estos; usted también, lord Edincourt. Estoy convencida de que a mi esposo le encantaría que le hablaran sobre Egipto, es un gran entusiasta. Por supuesto, invitaremos a lord Ainsworth y al marqués de Hallbrook.

El rostro del conde se iluminó.

—Sería un gran honor, milady. Estamos a su disposición.

Satisfecha, se despidió de ambos con una reverencia y se dirigió hacia la salida. Lo más probable era que Charles quisiera matarla cuando se enterara de lo que había hecho, pero cambiaría de opinión en cuanto le hablase de sus sospechas sobre lord Gosford y

podiera comprobarlas por sí mismo.

Abandonaron el museo y el carruaje ducal se unió a la fila de coches que transitaban por Great Russell St. Moviéndose a una velocidad moderada, giró por Tottenham Court para dirigirse hacia Mayfair.

Mary pareció sentirse mejor tras haberse detenido en Gunter's y degustar un sorbete de limón.

—Debo reconocer que está delicioso —comentó, llevándose a la boca la última cucharada.

Elisabeth depositó sobre el platillo su taza de té.

—Sigue siendo solo un poco de hielo, querida —le señaló con tono escéptico—. No comprendo cómo puedes tomarlo con el frío que hace.

—Deberías viajar alguna vez a Rusia con James para saber lo que es el frío. —Camilla ocultó una sonrisa tras su taza de té. Le gustaba la amistad que existía entre las dos mujeres; ambas eran francas y sencillas, de un modo refrescante que la hacía sentir a gusto. Encajaba muy bien con ellas, y podía sentir que, por primera vez, formaba parte de la sociedad—. Hablando de frío, la explicación de lord Gosford sobre Egipto y la ceremonia de embalsamamiento de los muertos me ha provocado escalofríos. ¿Sabíais que para momificar a una persona la vaciaban de todos sus órganos excepto del corazón?

A Camilla se le revolvió el estómago ante aquel pensamiento y se le escapó un gemido agónico involuntario. Elisabeth clavó en ella una mirada mezcla de curiosidad y de ilusión. Redujo la voz a un susurro cuando le preguntó:

—No estarás tú también encinta, ¿verdad?

Ella se llevó la mano al vientre en un gesto instintivo, aunque negó con la cabeza. Por un instante había pensado que fuera

probable, y esa posibilidad la entusiasmó. Se dio cuenta de cuánto deseaba un hijo de Charles y ella, una criatura a la que brindar cuidados y cariño, que fuese el fruto del amor que ambos se profesaban.

Cuando el carruaje la dejó en Draymoor House y se despidió de Mary y Elisabeth, de inmediato fue en busca de su esposo. Tinkley le había indicado que se hallaba en el sótano.

Bajó las escaleras y enseguida escuchó el familiar golpeteo. Conocía ya a su marido lo suficiente como para saber que la contundencia de los sonidos indicaba que Charles se sentía inquieto o molesto por algo. Esa mañana había salido con la intención de obtener los permisos para la apertura de la escuela-hogar, cuyas obras estaban a punto de finalizar. Tal vez se los habían negado.

Cuando llegó al sótano, prefirió no interrumpirlo, sino que se quedó atrás, a la espera de que él se diera cuenta de su presencia. Por algún motivo extraño, él siempre percibía cuando había alguien más en la estancia, por muy silenciosa que fuese la persona.

Charles descargó un nuevo golpe contra el saco de arena, que se balanceó peligrosamente con fuerza. Sentía una rabia interior que lo consumía. Esa mañana había visitado las obras después de obtener los documentos necesarios para comenzar con la escuela-hogar — lo que le había supuesto desembolsar una buena cantidad de libras que daba por bien empleadas cuando viese la sonrisa de su esposa —, y allí se había encontrado con Johnny. Este le había hecho llegar un mensaje de Jake en el que le informaba de la desaparición de una nueva joven.

El día que buscaron al caballero en el East End había estado a punto de atraparlo, pero el hombre conocía bien las calles y se había esfumado. A pesar de sus esfuerzos, no había podido evitar que hubiese una nueva víctima, y se sentía culpable por ello. Si

cumplía la pauta que había seguido hasta aquel momento, el hombre volvería a actuar en unos pocos días más, y esta vez, se dijo, no fallarían.

Descargó una serie de golpes cortos, rápidos y sucesivos, y se detuvo, jadeante. Alcanzó a percibir el aroma de su esposa y se giró. La paz pareció inundarlo cuando la vio allí de pie, como una flor hermosa y exquisita en medio de la lóbreguez del sótano. Ella le sonrió, y el mundo, que parecía haber estado girando fuera de su eje, volvió a su lugar.

—¿Te encuentras bien? —Charles asintió. Su esposa no necesitaba saber que había desaparecido una joven más, ya le pesaba demasiado sentir que estaba defraudando a Sheila al no encontrar ni una sola pista sobre el paradero de su hermana Rose—. Si te han negado los permisos, dímelo. Podré aceptarlo, aunque no te prometo que vaya a rendirme, y...

—¿Crees acaso que permitiría que alguien le negase algo a mi esposa? —inquirió con un toque de arrogancia. Improvisó una sonrisa en su beneficio mientras se aproximaba a ella, y la tomó por la cintura—. Por supuesto que los he conseguido para ti.

Camilla emitió un pequeño grito de alegría y abrazó a su esposo con fuerza.

—Gracias, gracias —le dijo mientras cubría de besos su rostro.

Charles sonrió y su corazón se expandió por la ternura. La detuvo, acunando sus mejillas entre sus grandes manos, y se perdió en el verdor de su mirada. Unas lágrimas cayeron de sus ojos, y él las borró con una suave pasada de su pulgar.

—¿Tienes idea de cuánto te amo? —susurró. Su cálido aliento acarició los labios de ella—. Te pienso noche y día, y te anhele hasta en mis sueños más profundos. Te respiro, y mi corazón late por ti. Eres la única razón por la que vivo. Si el amor pudiera

contarse en estrellas, tú serías todo mi firmamento. Soy yo quien debe agradecerte por haberme escogido como esposo.

Ella retiró la escasa resistencia que oponían las manos masculinas sobre su rostro y se inclinó para besar su boca con dulzura. La emoción brillaba en sus ojos mientras contemplaba a ese hombre que había trastornado su vida y sus emociones desde el primer momento en que lo conoció. Quizá su matrimonio no se había fundado en las razones correctas, pero el resultado había sido inesperadamente hermoso.

—Me has dado mucho más de lo que puedo expresar con palabras, Charles. No solo has hecho realidad mi sueño de la escuela-hogar, sino que me has apoyado en todo, me has dado libertad y me enseñaste a confiar en mí misma. Eres el hombre más maravilloso que he conocido —declaró con vehemencia. Introdujo los dedos entre su rubio cabello, que caía alborotado sobre su frente tras el ejercicio, y lo peinó con mimo—. Te amo.

Puso el alma y su vida en el beso con el que selló sus palabras. En cada toque de sus labios vibraba la ternura, y en cada roce de su lengua depositaba su confianza. Cuando él la apretó contra su duro cuerpo, volviendo aquel beso más intenso, Camilla respondió con más pasión y más entrega. Había aprendido que el verdadero amor consistía en un intercambio en el que había que dar tanto como se recibía.

—Quise hacerte el amor aquí mismo la primera vez que te vi parada en esas escaleras —le confesó él, al tiempo que la tomaba en brazos y se dirigía hacia un rincón en el que había acumuladas gran cantidad de colchonetas de paja—. Ahora voy a tomarme mi tiempo para hacerte gemir de placer, mi princesa del East End.

El apelativo le sonó dulce y cariñoso, pero también le trajo a la memoria el recuerdo de por qué había bajado al sótano.

—Charles, necesito decirte...

Mordisqueó su hombro a modo de reprimenda.

—Shhhh —la interrumpió—. Déjame amarte. El resto del mundo puede esperar.

Él volvió a besarla con pasión. Ella se olvidó de todo lo demás.

## Capítulo 19

Johnny dejó escapar una maldición y Sheila le dirigió una mirada de reprobación, lo que lo puso todavía de peor humor. Contempló, con el ceño fruncido, la letra que acababa de escribir sobre el papel en blanco.

La curva de la «b» le había quedado demasiado amplia, de tal forma que le recordó a la barriga de la hija del carnicero cuando se había quedado encinta de aquel novio al que su padre había tenido que amenazar para que se desposara con la chica. Mojó la pluma en el tintero y volvió a intentarlo. Un manchón cayó sobre el papel y, en esta ocasión, ahogó el juramento que salió de sus labios, para que Sheila no pudiera reprenderlo de nuevo.

La joven dejó escapar un suspiro, y las llamas de las velas que sostenía el candelabro que habían colocado sobre el escritorio chisporrotearon.

—Creo que será mejor que lo dejemos por hoy —le dijo.

Johnny no quería dejarlo. No tanto por poder practicar las letras cuanto por poder pasar tiempo a solas con Sheila. Ella se había ofrecido a enseñarle a leer y a escribir, y todos los días se reunían en el pequeño despacho del taller una vez que los trabajadores acababan su jornada en la obra.



Ese día se les había hecho tarde. Aun así, Johnny había insistido en tener la lección, con la idea de declararle sus sentimientos cuando la acompañase a casa. Sin embargo, tal parecía que el destino se hubiese confabulado para que todo saliese mal, se dijo, sin levantar la cabeza del papel. Primero, uno de los obreros se había caído de una escalera; después, el material que debían entregar ese día para completar los dormitorios de las muchachas de la escuela había llegado tarde, retrasando todo el trabajo; Betty, que iba a ayudar a Sheila a organizar el taller, no había aparecido. Todo se había retrasado y la noche se les había echado encima. El humor de Johnny había empeorado conforme se deslizaban los segundos y, para su desgracia, este parecía haber afectado a su escritura, justo cuando se había propuesto sorprender a Sheila y que esta estuviera orgullosa de sus progresos.

—Puedo hacerlo mejor —gruñó en respuesta.

Ella observó las sombras que acechaban el amplio espacio que constituía el taller y la recorrió un estremecimiento. A la escasa luz de las farolas que se filtraba por las ventanas enrejadas, los grandes telares situados en el centro de la nave se le antojaban figuras fantasmagóricas. Además, no le gustaba tener que volver a casa tan de noche, el camino era peligroso; por otro lado, sus hermanos se encontrarían ya acostados cuando llegase a la pequeña habitación que ocupaban cerca de Holborn, al igual que su madre, y era tan poco el tiempo que podía pasar con ellos que procuraba llegar siempre para compartir la frugal cena.

También solía disfrutar mucho del tiempo que pasaba con Johnny —en realidad, si era sincera consigo misma, le gustaba Johnny, era un muchacho atractivo, atento y divertido—, pero el día, repleto de complicaciones, había terminado por agriar su humor. Lo vio intentar escribir de nuevo la letra, poniendo un gran esmero en ello, y sintió

un calorcillo en su interior. La punta de la lengua asomaba entre los firmes labios masculinos, como si aquel gesto lo ayudase a concentrarse, y se preguntó qué sentiría al ser besada por él.

La pregunta encendió en su memoria un doloroso recuerdo. En una ocasión, le había preguntado a Rose cómo eran los besos de un hombre. Su hermana se había limitado a darle un consejo: «Cariño, nunca beses a alguien que no te guste». Y ella, a sus dieciséis años, aún no había recibido su primer beso.

Miró la cabeza de Johnny, inclinada sobre el papel. Su cabello ensortijado parecía de oro a la luz de las velas. Tuvo la tentación de pasar los dedos entre las hebras doradas para comprobar su tacto, y levantó la mano justo en el instante en que él alzó su mirada hacia ella. Durante unos momentos, los ojos de uno quedaron prendidos en los del otro, y el aire pareció volverse tangible entre ellos. Sheila se humedeció los labios, repentinamente secos, y vio cómo Johnny seguía cada movimiento de su lengua y tragaba saliva con dificultad. Sabía que él la deseaba.

—Creo... —Carraspeó cuando la voz le salió como un graznido y probó de nuevo—. Creo que la letra me ha salido mejor esta vez, pero tienes razón, deberíamos irnos.

Se puso de pie de inmediato, casi arrojando la silla al suelo a causa del nerviosismo, y comenzó a guardar en el cajón el material de escritura que Camilla le había prestado para sus clases.

Sheila ocultó una sonrisa. Experimentó un arrebató de ternura hacia él y decidió que quería que la besara. No sabía muy bien qué debía hacer para lograrlo, aunque lo intentaría de todos modos. Tardó poco en darse cuenta de que no sería difícil. Mientras él ponía orden en el despacho, ella no dejó de observarlo, y pudo notar cómo una tensión interior agarrotaba sus músculos. Tuvo la sensación de hallarse frente a una olla en ebullición.

—Johnny...

Él se sobresaltó y dejó caer el manojito de llaves con el que pretendía cerrar la puerta del despacho. Azorado por su torpeza, las recogió de inmediato, buscó la correspondiente y la introdujo en la cerradura, lo que logró después del tercer intento y unas cuantas maldiciones. A pesar de que hacía frío en el interior de la nave, el sudor bañaba su frente y su espalda.

—Johnny —volvió a llamarlo ella.

Apoyó la frente contra la puerta del despacho y cerró los ojos, agobiado. No le importó lo que pudiera pensar al verlo así, pero había alcanzado su límite de tolerancia. Desde que había perdido la virginidad a los trece años, nunca había deseado tanto a una mujer como deseaba a Sheila. Tenía el cuerpo tan tenso que se sentía como un trozo de cristal a punto de quebrarse en mil pedazos. Tomó una profunda bocanada de aire y lo soltó despacio.

—Sheila. —Su voz sonó temblorosa y ronca, y no vio el efecto que causó en la joven, que se estremeció visiblemente—. Necesito un poco de distancia.

Ella se había acercado, aunque se detuvo de inmediato al escuchar sus palabras.

—¿Distancia? —preguntó, desconcertada.

Johnny se volvió hacia ella con los puños apretados y un gesto borrascoso en el rostro.

—Sí, no puedes revolotear a mi alrededor todo el tiempo.

Maldijo en su interior cuando vio que se alejaba de él unos pasos.

—Revolotear —repitió; la indignación creciendo dentro de ella—. Puede que creas que eres el centro del mundo, pero, desde luego, no lo eres del mío —le espetó con tono digno—. Buenas noches, Johnny. No hace falta que me acompañes a casa esta noche, no quiero que te sientas... incómodo con mi presencia.

—Sheila, no he querido decir... —Ella no permaneció allí para escuchar sus excusas. Con paso apresurado cruzó el taller y salió a la calle—. ¡Maldita sea!

Corrió tras ella y la vio dirigirse hacia la izquierda por Brick Lane. Quiso seguirla, pero no podía dejar abierta la puerta de la nave. Buscó en el manajo de llaves la que correspondía a la de la entrada. La falta de iluminación jugó en su contra y tardó más en encontrarla de lo que le hubiese gustado. Cuando por fin logró cerrar la puerta y el viejo candado, echó a correr con la esperanza de alcanzarla, mientras maldecía su propia estupidez.

Sheila lo había interpretado mal. Por supuesto que quería estar con ella, pero si no la hubiese mantenido alejada en esos momentos, la habría besado como deseaba hacerlo desde que la había visto la primera vez, y no confiaba demasiado en sí mismo ni en la intensidad de lo que sentía por ella como para creer que hubiera podido controlarse y no ir más allá. Ella no se merecía eso, quería que con él se sintiera especial.

Dobló la esquina y ojeó la calle. No distinguió a Sheila, solo una figura tambaleante en las sombras, probablemente un borracho. Deseó que ella no se hubiese encontrado con él. Continuó su carrera, con el corazón latiéndole a mil por hora, imaginando todos los peligros a los que podría enfrentarse la muchacha. ¿Y si él no llegaba a tiempo? El miedo le anudó el estómago. Tenía que encontrarla y asegurarse de que llegaba sana y salva a su casa.

El borracho giró hacia la derecha por una de las calles. Si Johnny no hubiese ido en la misma dirección y si una farola no hubiese derramado su luz sobre el hombre en el momento en que se introducía en el callejón, no se habría percatado de que este se tambaleaba por el peso de su carga. El corazón se le detuvo en el pecho cuando sus ojos captaron un destello azul, el color del abrigo

que Sheila llevaba. Su mente filtró la imagen que había visto y lo supo. Supo que aquel hombre era el caballero que había hecho desaparecer a un buen número de jóvenes prostitutas, incluida Rose, la hermana de Sheila, y ahora se la había llevado a ella.

Apretó el paso, corriendo como un loco, tratando de alcanzarlos. Quería matar a aquel bastardo con sus propias manos. Cuando llegó al callejón por el que habían desaparecido, pudo ver cómo el hombre depositaba a la muchacha en el interior de un carruaje y subía al pescante antes de lanzar a los caballos al trote. La desesperación lo golpeó como un rayo. Si los perdía de vista, jamás encontraría a Sheila.

Llegó a la amplia calle a tiempo de ver el carruaje descender por Commercial Street. Era imposible que alcanzase el coche, aunque, por suerte, el hombre mantenía a los caballos a un paso tranquilo, quizá para no llamar la atención. Cuando alcanzó Old Street, le faltaba el aliento y sentía arder sus pulmones, pero no se atrevía a detenerse. No se sabía demasiadas oraciones, pero recordó una que había aprendido en el orfanato siendo un niño y no dejó de repetirla mientras rogaba al buen Dios que el caballero mantuviese el mismo ritmo durante todo el trayecto para que él pudiera seguirlo.

Charles forzó una sonrisa educada cuando Tinkley anunció la llegada de su invitado a la cena que su esposa había organizado. No conocía mucho a lord Gosford, pero lo había tomado por sorpresa lo que Camilla sospechaba respecto al conde.

—Bienvenido a Draymoor House, milord.

El hombre estrechó la mano que el vizconde le ofrecía.

—Es un placer, lord Draymoor. Les agradezco mucho su invitación. Me temo que tengo que disculparme en nombre de lord Edincourt —comentó con pesar. Sus ojos azules se hallaban fijos en

Camilla; en ellos había un destello de admiración que despertó un sentimiento irracional de celos en Charles. Sin importarle lo que pudiera pensar el conde, se aproximó a su esposa y enlazó su cintura. Lord Gosford carraspeó, incómodo, antes de añadir—: Mi cuñado se ha visto requerido a última hora por un asunto del museo y me ha pedido que les transmita sus más sinceras disculpas por no poder asistir.

—Sentimos mucho no contar con su presencia, en otra ocasión será. No sé si conoce a lord Ainsworth y a lord Hallbrook.

Lord Gosford se inclinó en una reverencia.

—No tenía el gusto de conocerlos en persona, aunque, por supuesto, he escuchado mucho sobre su labor en el Parlamento — repuso.

Valentin alzó una ceja ducal, pero se limitó a asentir.

El conde, azorado, se volvió hacia las damas.

—Es un placer volver a verlas, miladies. —Ambas lo saludaron con calidez y él se sintió un tanto reconfortado. La actitud de los caballeros había sido cortés, si bien un tanto fría, y no acertaba a imaginar la causa.

Charles apretó con ligereza la cintura de su esposa, y Camilla se adelantó.

—Si gustan podemos pasar al comedor. ¿Me haría el honor, lord Gosford?

—Por supuesto, lady Draymoor —aceptó de inmediato, ofreciéndole su brazo para entrar en la estancia.

Tinkley hizo su aparición en el momento convenido.

—Disculpe, milord. ¿Podría hablar un momento con usted?

—Vayan adelantándose, por favor, no tardaré. —Antes de alejarse, precedido por su mayordomo, Charles le hizo un sutil gesto a Valentin para que se encargase de todo.

El duque asintió.

—¿Se puede saber qué os traéis entre manos? —le susurró su esposa.

—Nada en absoluto, ¿por qué lo preguntas? —replico este con un tono de total inocencia.

Mary puso los ojos en blanco.

—Valentin Blackwell, puede que puedas engañar a otros que te conozcan menos, pero, desde luego, a mí no. Y sé perfectamente que estáis tramando algo —lo acusó, a lo que él respondió con una sonrisa beata—. Más os vale que no intimidéis al pobre lord Gosford. Puede que sus conversaciones sean un tanto aburridas, pero es una buena persona. El hombre se preocupó muchísimo cuando me mareé en el museo.

El duque giró la cabeza con tal rapidez que se escuchó el crujir de las vértebras de su cuello.

—¿Qué quieres decir con que te mareaste?

Ella hizo caso omiso de su ceño feroz. Desde que se había enterado de su embarazo, parecía vivir en un perpetuo estado de ansiedad y se había vuelto en extremo sobreprotector, algo que la irritaba en grado sumo. Sabía que el motivo se debía al embarazo fallido de Elisabeth, que casi le había costado la vida. Sin duda, James le había contagiado todo su nerviosismo.

—Como se te ocurra mencionarme una sola palabra relacionada con «descansar» o «cuidarse», dejaré de hablarte durante un largo largo tiempo y me trasladaré al dormitorio de la duquesa —lo amenazó. Estuvo a punto de que se le escapase una carcajada cuando lo vio palidecer. Sabía cuánto detestaba no dormir a su lado, abrazándola—. Y ahora, responde a mi pregunta, por favor.

—Solo queremos comprobar si las sospechas de Camilla sobre ciertos actos reprobables del conde son fundadas.

Mary dejó escapar un suspiro.

—Si James, Charles y tú estáis dispuestos a interrogar al pobre hombre, lo compadezco —declaró. Los tres caballeros podían convertirse en implacables adversarios—. De cualquier forma, sabes bien que soy buena para juzgar el carácter de las personas. No sé cuáles sean las sospechas de Camilla, pero puedo decirte que lord Gosford es, ni más ni menos, que lo que muestra ser: un caballero amable, tranquilo y algo melancólico.

—Ya veremos.

Se sentaron en los asientos asignados en la larga mesa, con el hueco del vizconde vacío a la cabecera. Antes de que Camilla pudiese dar la orden de que comenzasen a servir los platos, Charles entró en el comedor. Pronunció unas sencillas palabras de disculpa mientras se dirigía hacia su lugar. Cuando pasó frente a James y Valentin —a quienes había situado juntos en uno de los lados de la mesa, mientras el lado opuesto lo ocupaban Elisabeth y Mary, con lord Gosford en medio de ambas—, les dirigió una seña de asentimiento.

Tinkley le había mostrado el bastón que el conde había traído consigo y que él había recibido de sus manos en el vestíbulo, junto con su abrigo, su sombrero y sus guantes. No cabía duda de que era una pieza única, una obra de arte, y que representaba al dios Anubis. No le resultó extraño que la pequeña criada, Bertha, recordase un objeto así.

Se sentó con tranquilidad a la cabecera de la mesa, aunque hubiese preferido zarandear al conde hasta arrancarle una confesión sincera sobre el paradero de las jóvenes desaparecidas.

Camilla hizo un gesto al mayordomo para que comenzaran a servir la cena.

—Lord Gosford, ¿por qué no comparte con los caballeros la



información sobre Egipto que nos contó durante nuestra visita al Museo Británico?

El conde se sonrojó.

—Desde luego, no soy ningún experto, como lord Edincourt, pero haré todo lo posible.

La conversación fluyó de forma amena. Todos los comensales parecían interesados en sus palabras, algo por lo que, por supuesto, se sintió halagado. De hecho, aquella cena podría haberse convertido en una experiencia placentera para lord Gosford si este, perspicaz por naturaleza y habituado a la observación de sus prójimos, no hubiese notado una especie de corriente subterránea que manaba de la actitud de los caballeros y que se plasmaba, de algún modo, en sus palabras.

—Discúlpenme por haber acaparado la conversación —se excusó cuando los criados servían el delicioso postre hojaldrado—. De cualquier forma, tengo la sensación de no haberles proporcionado las respuestas que ustedes andan buscando. Quizá, si me formularan las preguntas directamente, podría responder a ellas.

Charles no pudo menos que admirar el temple del conde. Si era culpable y sabía que ellos sospechaban de él, poseía bastante sangre fría. James, que por su condición de diplomático manejaba mejor ese tipo de situaciones, fue el que habló:

—Verá, lord Gosford, estoy seguro de que usted estará al tanto de la precaria y difícil situación en la que viven los habitantes del East End y de la labor que lady Draymoor desea realizar en ese distrito.

El conde asintió mientras se preguntaba por qué le habían dejado hablar sobre Egipto y el museo cuando lo que querían aquellos hombres era su voto en la Cámara de los Lores en contra del proyecto de ley que intentaba sacar adelante lord Collinwood. No necesitaban demasiado para convencerlo. La propuesta del viejo

conde era un auténtico despropósito, ya que la pobreza no se resolvía enviando a las prostitutas y a los mendigos a la prisión, sino ofreciendo educación y trabajo a las clases más desfavorecidas.

—Algo he escuchado acerca de «la princesa del East End» — comentó con una sonrisa afable—. Resulta poco ortodoxo para una dama, pero muy encomiable y digno de admiración.

A Camilla no le agradaba el apelativo que había usado, pero al menos no había visto censura en los ojos azules del conde. Contuvo un suspiro al comprender que su nombre estaba ya en boca de todas las damas de la alta sociedad, que la desaprobarían a placer en cada conversación. Se sorprendió al darse cuenta de que ya no le importaba lo que la sociedad pensara sobre ella. Tenía el amor de su esposo, el de su tío y el de sus amistades, y ese, su pequeño mundo, era más que suficiente para ser feliz. Miró a Charles, el hombre que había hecho eso posible, pero este tenía la mirada fija en lord Gosford.

—Ya.

Fue una única palabra, pronunciada en tono seco. Camilla supo que su esposo volvía a estar celoso y que no le agradaban los halagos que el conde dirigía hacia ella. No tuvo tiempo de intervenir antes de que lo hiciera Valentin.

—Nosotros compartimos con lady Draymoor su interés por las personas que viven allí, y hay un hecho preocupante al respecto — señaló—. En los últimos meses han desaparecido varias jóvenes prostitutas, sobre todo en la zona de Whitechapel.

Lord Gosford asintió.

—Por desgracia es algo que sucede muy a menudo, de ahí el empeño de lord Collinwood por clausurar los bu... —Carraspeó al darse cuenta de la palabra que había estado a punto de usar, tan poco adecuada delante de las damas, y prosiguió—: Bueno, ese

proyecto de ley me parece un disparate, así que pueden contar con mi voto, por supuesto.

—¿Su voto? —exclamó Charles, realmente sorprendido en esta ocasión. El conde no podía ser tan obtuso como para no darse cuenta de lo que insinuaban; a menos, claro, que ellos se hubiesen equivocado de hombre, en cuyo caso esa noche habría una nueva víctima a la que no podrían salvar. Maldijo en su interior. Lo mejor que podía hacer era ser directo—. Lord Gosford, sabemos, por un testigo, que quien ha perpetrado los secuestros ha sido un caballero que posee un bastón como el que usted lleva. Un bastón único, en sus propias palabras.

Aunque no sabía qué podía haberlo conducido a comportarse como lo había hecho, Camilla sintió algo de pena por él.

El conde dejó escapar un juramento en voz alta que sorprendió a los presentes, dada la ecuanimidad que había manifestado hasta el momento, y lo vieron palidecer. Finalmente suspiró. Sobre el azul de sus ojos resaltaba el brillo opaco de la tristeza y el cansancio.

—Mi bastón es una obra de arte, pero me temo, lord Draymoor, que no es único. —Se detuvo un instante, como si le costase un esfuerzo hablar, y luego prosiguió—: Mi esposa, Agatha, trajo uno para mí cuando vino desde El Cairo a Londres, porque sabía cuánto apreciaría su obsequio, y le regaló otro igual a mi cuñado, lord Edincourt.

Charles lo observó con atención.

—Ha dicho que él tenía un asunto que resolver en el museo.

—Así es, o, al menos, eso fue lo que él me dijo. —Su boca se torció en una mueca, quizá había pecado de ingenuo—. Benjamin perdió a su esposa Alice hará cosa de dos años. Fue un funesto accidente en la obra arqueológica que supervisaban. Él pareció enloquecer de pena, hasta el punto de enfermarse. Los médicos le

recomendaron que abandonara el clima tan extremo de Egipto y que regresara a Londres, donde los recuerdos serían menos dolorosos —les explicó—. Yo no supe que había vuelto hasta que me crucé con él en el museo, hace un año. No conozco demasiado bien a Benjamin, ya que él ha vivido casi todo el tiempo en El Cairo, pero no creo que sea una mala persona. Además, ¿qué motivo podría tener para secuestrar a esas muchachas?

—Por la trata de blancas, tal vez —sugirió Valentin, que se había visto involucrado en una ocasión en un asunto así—. Nadie echará de menos a esas jóvenes, y pagarían un buen dinero por ellas en el mercado de esclavos.

—Si...

Unos golpes apremiantes interrumpieron la réplica de Charles. La puerta se abrió de forma intempestiva antes de que pudiera dar permiso para entrar. Johnny ingresó en la estancia, seguido de un apurado Tinkley.

—Lo siento mucho, milord —se disculpó este.

—Está bien, Tinkley, no se preocupe. —Algo grave debía haber sucedido para que el muchacho se presentase a esas horas y tan alterado—. ¿Qué ha ocurrido, Johnny?

Tenía el rostro blanco y los ojos agrandados por el terror.

—¡Se la ha llevado, a Sheila. El caballero se la ha llevado!

## Capítulo 20

La muchacha le había caído prácticamente en los brazos. Caminaba deprisa y sin mirar por dónde andaba, y había tropezado con él. El encuentro lo había sorprendido casi tanto como a ella, por lo que no se hallaba preparado para adormecerla primero, así que le había tapado la boca, arrastrándola calle abajo. Sin embargo, la joven no estaba borracha, como él había creído en un inicio, y se había defendido como una fiera. No le había quedado más remedio que golpearla con el bastón para dejarla inconsciente.

La luz de una farola incidió sobre el rostro de ella cuando la introdujo en el carruaje y, por un instante, se había quedado helado al sobrevenirle el recuerdo de Rose O'Flaggerty. El eco del sonido de unos pasos apresurados lo había sacado de su estupor y se había subido con rapidez al pescante, poniendo los caballos al trote para no despertar sospechas. A pesar de todo, lo había sacudido por dentro una sensación extraña, como la de la calma pacífica que precede a la tempestad.

Llegó a Berkeley Street y rodeó la plaza para entrar en Hill Street. Como siempre, un joven discípulo de la secta hacía guardia en la entrada posterior de la mansión.

—Ya han llegado todos —le dijo a modo de saludo.

Él tomó su carga en brazos, ante la impávida mirada del muchacho, y atravesó el jardín.

La puerta trasera que daba a la cocina no tenía echada la llave. Cuando entró en el interior, la estancia se hallaba vacía, puesto que, como todos los días veinte de cada mes, los criados tenían la noche libre. A la luz de las velas que habían dejado con el propósito de iluminar el espacio, atravesó la habitación y se dirigió hacia el estrecho pasillo que conducía a las despensas. Al final de este había unas escaleras que descendían a un sótano. Se trataba de una enorme cripta que antaño había sido utilizada como panteón familiar.

Conforme descendía, los murmullos de las conversaciones se tornaban más audibles, y pudo, incluso, reconocer algunas de las voces. Notó un estremecimiento en el momento en que pisó bajo la gran bóveda y recibió la luz de las numerosas antorchas suspendidas de las paredes. El tono de las voces descendió, y un par de hombres se aproximaron para llevarse a la muchacha. El Gran Maestro, oculto tras su máscara de Anubis, se le acercó.

—Buenas noches, hermano.

Benjamin se inclinó ante él respetuosamente. Aunque se sentía extraño siendo la única persona que llevaba el rostro descubierto — puesto que todos los presentes vestían una túnica negra y se cubrían la cabeza con una capucha—, le agradaba el hecho de que no hubiese rangos ni títulos entre ellos, excepto por el puesto preferente que ocupaba el Gran Maestro de la Orden.

—Hoy has llegado temprano, aunque eso nos dará tiempo para preparar mejor la ceremonia. ¿Has tenido algún problema?

—Ninguno.

—Bien. Esta noche seremos testigos del poder de Anubis, y tú conseguirás lo que tanto has deseado. —El gemido de la joven, que

recuperaba la consciencia, resonó contra las paredes de la bóveda. El ceño del Gran Maestro se frunció en un rictus de disgusto bajo la máscara—. ¿No la has dormido?

—No he tenido tiempo. —No deseaba explicarse ni justificarse, así que no dijo más. La postura tensa del hombre le dejó claro que no le había gustado su respuesta.

—Tienes que hacerlo ahora. —Su voz sonó como una orden, y eso le desagradó, por más que supiera que tenía razón—. La ceremonia ha de realizarse al filo del amanecer, cuando el dios Ra atraviese el cielo en su barca.

Benjamin se limitó a asentir antes de dirigirse a la losa central sobre la que habían encadenado a la muchacha. Sacó del interior de su chaqueta una pequeña botella y empapó un pañuelo con el líquido que contenía. Luego lo aplicó a la boca y la nariz de la joven. Esta se revolvió, hasta que su cuerpo se fue relajando poco a poco y se quedó dormida. La contempló con desapasionamiento. Era hermosa y joven, con toda una vida por delante. No, eso no era cierto, se dijo en un intento por convencerse, con toda probabilidad ella tendría una vida corta y miserable si vivía en Whitechapel y se dedicaba a la prostitución.

Sus pensamientos, que en otras ocasiones le habían servido de justificación, le dejaron un regusto amargo. Demasiado peso sobre su conciencia. Se giró hacia la losa en la que descansaba el cuerpo de Alice. Mientras vivía, todas las decisiones las habían tomado juntos, y se preguntó si aprobaría lo que estaba haciendo. Supo de inmediato que la respuesta sería negativa.

Se alejó con cierto remordimiento. Tendría muchas explicaciones que darle a su esposa cuando Anubis la guiase de nuevo al reino de los vivos.

Charles miró a su esposa. Sabía que la noticia sobre el secuestro de Sheila la habría conmocionado. Quiso acercarse y abrazarla para ofrecerle consuelo; sin embargo, no tenían tiempo que perder. Johnny había seguido al carruaje hasta una mansión en Mayfair, pero no podían estar seguros de que el hombre mantuviese allí a la muchacha por mucho tiempo. Si, como decía Valentin, pretendían venderla en el mercado de esclavos de Oriente, sin duda la embarcarían en el puerto de Londres lo antes posible.

—No sabemos con cuántos hombres tendremos que enfrentarnos además de lord Edincourt —les dijo a los caballeros mientras descendían al sótano de Draymoor House—. Será mejor que vayamos preparados.

Lord Gosford observó con interés aquel espacio mezcla de club pugilístico y armería, y reflexionó, con pesar, en que nadie era en realidad lo que parecía. Nunca habría imaginado que Benjamin fuese capaz de algo así, a pesar de que no lo conocía demasiado bien, y no dejaba de preguntarse por los motivos que lo habían conducido a ello. Aunque comprendía la necesidad, no le gustó tener que llevar pistola; él era un hombre de razonar con palabras, no con la fuerza.

—Milord, tal vez sería mejor que usted no viniera.

Miró al marqués de Hallbrook y sonrió con tristeza.

—No creo que Agatha, mi esposa, me perdonase si hiciera una cosa así —respondió. Sabía por qué se lo decía el marqués y agradeció su preocupación. El secuestro era un delito serio, y Benjamin podría ser condenado a las colonias o, aún peor, a la horca—. Estaba muy apegada a su hermano, y yo haré todo lo que pueda por él.

Cuando llegaron al vestíbulo, Tinkley había preparado los abrigos y sombreros de los caballeros.



—Los carruajes están listos, milord, y los criados que los acompañarán se encuentran en sus puestos.

Charles asintió.

—Muchas gracias, Tinkley.

Se volvió hacia su esposa y frunció el ceño cuando vio que Camilla llevaba el abrigo y se estaba poniendo los guantes en ese momento. Se tranquilizó cuando vio que también su hermana y la duquesa los llevaban puestos.

James besó a Elisabeth, que le pidió que tuviese cuidado. Valentin observó con recelo a Mary.

—Tú no vienes —le dijo con tono serio.

—No tenía intención de hacerlo, Valentin, así que deja de mirarme como si desearas estrangularme. Iré a casa de Elisabeth y os esperaremos allí.

—¿Por qué no os quedáis aquí? —preguntó, confuso.

Charles conocía esa respuesta, y le bastó mirar a Camilla para saber que tenía razón. A pesar de todo, intentó evitarlo.

—Tú tampoco nos acompañarás.

Hubo un destello decidido en sus ojos verdes y supo que había perdido esa batalla.

—Iré con vosotros, lo quieras o no —declaró con tono firme—. Se trata de Sheila, y no pienso dejarla sola.

—Puede ser peligroso, Camilla, y no quiero estar preocupándome por ti —le susurró tras acercarse.

Ella le acarició la mejilla.

—Te prometo que me mantendré alejada del peligro.

—Eso es a lo que yo llamo una utopía —gruñó, vencido. Su esposa le sonrió y lo besó con dulzura.

Se subieron en los dos carruajes: Charles, Camilla y Johnny, en el primero; y Valentin, James y lord Gosford, en el otro. En el pescante,

junto a cada uno de los cocheros, viajaba un sirviente.

Mientras avanzaban por las calles, prácticamente vacías, Johnny, que casi no había pronunciado una sola palabra desde que les había contado lo sucedido —algo inusual en él—, se removía inquieto sobre el acolchado asiento. Charles puso la mano sobre su hombro y se lo apretó con suavidad.

—Tranquilo, la encontraremos —le aseguró. Al menos, así quería creerlo, porque al contrario de lo que opinaba Valentin, él tenía casi la certeza de que todas las jóvenes desaparecidas estaban muertas. Esperaba que la vida de Sheila sí pudieran salvarla.

Los coches siguieron las indicaciones del muchacho hasta que llegaron a Berkeley Square, donde se detuvieron. La casa que Johnny les señaló parecía encontrarse vacía, aunque debían asegurarse de ello. Se dirigieron todos hacia la parte posterior de la mansión. Había una verja de hierro forjado que circundaba un jardín. Aunque tampoco allí se veían luces en las habitaciones de la planta baja ni de los pisos superiores, Charles alcanzó a distinguir la tenue luz que se filtraba bajo la puerta de servicio.

Hizo una señal a todos para que se detuvieran y Valentin se adelantó solo. La verja se hallaba entornada y la abrió sin hacer ruido. A lord Gosford le asombró que un hombre de su envergadura pudiera moverse con tanto sigilo, y supuso que el duque también tenía una faceta oculta.

Tardó un buen rato en volver.

—Había solo un vigilante —les dijo cuando se acercó.

—¿Te ha visto? —preguntó James.

Valentin se limitó a alzar una ceja con arrogancia, como si considerase absurda la pregunta, y James sonrió en la penumbra.

—Supongo que eso es un «no».

—Por supuesto, pero creo que vosotros sí deberíais verlo a él.

Los condujo entre los setos y los parterres de flores. Se movían solo guiados por la luz de la luna, con lo que resultaba bastante imposible caminar con rapidez. La oscuridad los amparaba, y casi hizo que el conde tropezase con el hombre que estaba tumbado en el suelo.

—¿Lo ha matado? —inquirió lord Gosford con sobresalto.

—No sea estúpido, si lo hubiese matado no lo habría dejado ahí mismo, ¿no cree? —Como el conde no parecía demasiado convencido, añadió—: Solo lo he puesto a dormir. De todas formas, lo que quería que vierais es esto.

Se agachó y tomó el bajo de la túnica negra que vestía el joven para que la vieran.

Charles frunció el ceño.

—¿De qué crees que se trata?

—Lo más probable es que pertenezca a una secta. —Fue James quien respondió—. He visto algunas gentes así en Rusia. Son organizaciones, más o menos secretas, de carácter religioso.

—Entonces, puede que se llevaran a las muchachas para algún tipo de ceremonia.

Los hombres intercambiaron una mirada entre ellos que Johnny no terminó de comprender, aunque intuyó que no significaba nada bueno.

—¿Sheila estará ahí dentro? —preguntó, señalando hacia la casa. El acento de desesperación que traslucía su voz los puso en movimiento.

Encontraron la puerta de servicio sin llave y entraron. Valentin abría el camino. Una única vela alumbraba el interior.

—Tened cuidado, puede haber más guardias vigilando —les advirtió.

Sin embargo, mientras atravesaban la cocina y salían al pasillo

solo encontraron silencio y oscuridad. Las sombras que conformaban los muebles dibujaban extrañas y fantasmagóricas figuras. A Camilla la recorrió un escalofrío.

—Vamos a separarnos —sugirió Charles—. Si hay alguien, debe encontrarse en la planta de abajo. De cualquier forma, que uno de vosotros —indicó a los sirvientes que los habían acompañado— suba al piso superior a echar un vistazo. Si alguien descubre algo, que avise a los demás. Usted, Walters, quédese con mi esposa aquí en la cocina.

—Charles, no pienso...

Él tomó su mano y la apretó levemente.

—Por favor.

Camilla percibió en su súplica el eco sutil del pánico y cedió. Cuando asintió, vio el alivio en el gesto de su semblante.

—Ten cuidado —le recomendó.

Observó cómo los hombres se perdían en la penumbra del pasillo e hizo acopio de paciencia para la espera que le aguardaba. Walters se colocó cerca de la puerta trasera, por si acaso el guardia que había fuera recuperaba el conocimiento.

Se abrazó a sí misma cuando comenzó a sentir el frío que reinaba en el amplio espacio que constituía la cocina. Supuso que con el hogar encendido se caldearía lo suficiente como para que resultara un lugar confortable para la servidumbre. Estudió la disposición del mobiliario y dónde guardaban los utensilios. Inquieta por la espera, se asomó al corredor. Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, por eso le llamó la atención la fina línea luminosa que descubrió al final del pasillo que conducía a las despensas. Se acercó con precaución mientras el corazón le latía con rapidez. Podía tratarse tan solo de una vela que hubiesen dejado encendida, pero algo dentro de ella le decía que había encontrado lo que andaban

buscando.

Aquella zona del pasillo parecía más antigua que la del resto de la cocina, pues había notado que algunas tablas del suelo de madera crujían. Con cuidado de no hacer ruido, avanzó hacia el fondo. Conforme se acercaba a la última puerta, percibió un rumor indistinto, como una extraña melodía.

Alargó la mano y cogió el pomo. El corazón le latía en las sienes, y su mente voló hacia Charles. Lo más probable era que se enfadara bastante si decidía abrir esa puerta; a pesar de todo, su curiosidad pudo más. Cerró los ojos y giró la manija, rogando porque las bisagras estuviesen bien engrasadas y no hiciese ruido. Por suerte así fue.

Del otro lado había una escalera circular de piedra, semejante a la que descendía a la sala de entrenamiento de Charles en el sótano de Draymoor House. Bajó con cuidado unos cuantos escalones y el murmullo de voces se hizo más claro. Se trataba de algún canto en una lengua extraña, el ritmo era monótono y adormecedor; aunque todavía se escuchaba lejano, el eco de las voces resonaba contra las paredes de piedra. Descendió un poco más y se detuvo cuando vio que la claridad aumentaba delante de ella. No parecía que aquel fuese el final de la escalera, pero no podía estar segura puesto que efectuaba un giro. Con precaución se asomó, y respiró, aliviada, al ver que se trataba de una antorcha anclada a la pared mediante un soporte antiguo de hierro, como los que había visto en la torre de Londres.

Se preguntó si debía continuar bajando o volver y avisar a los demás. No le dio tiempo a tomar una decisión, un brazo de hierro se enroscó a su cintura y una mano enorme le cubrió la boca. Asustada, se debatió por unos instantes, antes de recordar las lecciones de Charles. Relajó el cuerpo, como él le había dicho, y

cuando su captor aflojó su abrazo, echó el codo hacia atrás y se lo clavó con todas sus fuerzas. El gruñido profundo del hombre la llenó de satisfacción, aunque enseguida lamentó el golpe cuando reconoció el timbre de voz de ese bufido y llegó hasta ella un aroma inconfundible, porque lo llevaba impreso en su propia piel y en su corazón.

—¿Charles? —susurró.

Él la soltó lo suficiente como para que pudiera volverse hacia él en el círculo de sus brazos. Camilla se encontró con sus ojos ámbar, cargados de furia y miedo a partes iguales, y lo abrazó con fuerza para consuelo de ambos.

—Cuando Walters ha venido a buscarme, me he llevado un susto de muerte —musitó en su oído. Su voz sonó temblorosa, y eso la conmovió. No se atrevía a hablar, así que depositó un beso sobre su corazón, a modo de disculpa. Él le besó el cabello antes de separarse un poco de ella, aunque no la soltó.

Camilla se sonrojó cuando vio a todos los caballeros detrás de su esposo. Valentin le guiñó un ojo con picardía, y aquello, de algún modo, la tranquilizó. Le dirigió una sonrisa cuando el duque pasó a su lado para encabezar el descenso.

No bajaron demasiado, apenas unos escalones después del recodo que hacía la escalera, y se detuvieron de nuevo. En el lado izquierdo del pasillo se abría una galería, y se introdujeron en ella. En el interior no había antorchas, y los primeros metros avanzaron despacio, iluminados tan solo por la tenue luz que procedía de la escalera; después, una serie de arcos se abría en la pared de la derecha, permitiendo la ventilación y que llegase algo de luz procedente de fuera.

El canto llegaba con nitidez hasta sus oídos y, por cómo sonaba, debía haber varios hombres en el interior del recinto de abajo.

—Es egipcio antiguo —señaló, sorprendido, lord Gosford. El sonido de su voz se perdió en el inmenso espacio que se abría sobre ellos.

Desde donde se encontraban, Camilla no alcanzaba a ver sino la bóveda del techo: un entramado de nervios diagonales de piedra que se cruzaban en el centro formando el dibujo de una estrella. Frente a ellos, del otro lado de la galería, había también arcos, lo que indicaba que aquel lugar tenía forma circular. Daba la sensación de que fuese una cripta o una iglesia.

Cuando vio que todos se asomaban a través de los arcos, que asemejaban los palcos de uno de los grandes teatros de Londres, ella se inclinó también para mirar. Ahogó una exclamación de horror y comenzó a temblar. Dirigió su mirada hacia Johnny y, aun a pesar de la escasa luz, pudo ver la palidez de su rostro.

Charles dejó escapar una imprecación. Unos metros más abajo, encadenada sobre una losa de piedra, yacía Sheila. La joven tenía los ojos cerrados, y no podían saber si vivía o estaba muerta, aunque se temía que fuese esto último. El macabro escenario lo completaba un círculo de altares de piedra colocados a su alrededor. Eran seis, y sobre cada uno de ellos había una mujer: las jóvenes desaparecidas. Desde su posición podían observar la palidez mortal de su rostro, la única parte de su cuerpo que podía apreciarse, puesto que habían sido embalsamadas.

—¡Dios santo! —La exclamación ahogada de lord Gosford hizo que todos se volvieran hacia él. Con una palidez inhumana, apuntó con el dedo hacia la parte izquierda de aquella escena mefistofélica —. Es... es Alice, la esposa de lord Edincourt.

—Pero usted dijo que murió en El Cairo hace dos años.

—Y así es —le aseguró al duque—. Creo que Benjamin pretende resucitarla.

Una voz potente resonó en la bóveda, sobresaltándolos.

—Hermanos, ha llegado la hora de la ceremonia. Ofreceremos un nuevo sacrificio al dios Anubis para que nos preste su poder.

El hombre, que había surgido de las sombras, vestía una túnica blanca con bordados de oro y, sobre la cabeza, una máscara con la figura del chacal. Otro grupo de hombres, con túnicas negras y cubiertos con capuchas, se adelantó también y rodearon las losas de piedra mientras seguían entonando cantos. Charles calculó que habría como unos doce. Ellos sumaban nueve, contando a Johnny.

—¡Maldita sea! —espetó cuando lo buscó con la mirada y vio que ya no se encontraba entre ellos. Probablemente tenía intención de irrumpir él solo en medio de la ceremonia, sin pensar siquiera que aquellos hombres podían estar armados.

En ese momento, descubrió a lord Edincourt, que se abría paso entre el grupo para acercarse a donde yacía Sheila. No necesitó ver el cuchillo en su mano para saber lo que se disponía a hacer.

—¡Valentin, Johnny se ha ido!

El duque soltó un juramento y echó a correr por la galería, seguido de James. Lord Gosford permanecía aferrado al muro de piedra del arco, con la mirada fija en la escena que se desarrollaba abajo.

—¡Benjamin, no lo hagas!

Su grito resonó por toda la bóveda e interrumpió los cantos. Lord Edincourt alzó la mirada buscando el origen de la voz.

—Esos intrusos han profanado el santuario de Anubis —clamó con tono estentóreo el hombre de la túnica blanca—. Quieren detener la ceremonia. Acabad con ellos.

Todos los guardianes se movieron justo en el momento en que Johnny entraba en el recinto. Charles hizo señas a sus sirvientes para que lo siguieran.



—Usa el arma si es necesario —le dijo a Camilla, a quien le había entregado una pistola—. Apunta a los brazos o las piernas.

Sus pasos se perdieron en la galería hacia la escalera. Ella se volvió y miró hacia abajo. Valentin y James habían llegado ya y peleaban contra los miembros de la secta, que iban armados con cuchillos de hoja curva. Buscó a Johnny en medio de la barahúnda. Un par de hombres lo sujetaban y un tercero se disponía a clavarle el cuchillo. Amartilló la pistola, la alzó y apuntó, tal y como le había enseñado Charles. Antes de que ella pudiera disparar, sonó otra descarga.

La detonación reverberó en la bóveda como el estruendo de un cañón y detuvo a todos los presentes. La pistola de lord Gosford humeaba. Los ojos del conde contemplaban, con dolor, la figura de Benjamin, que se desplomó en el suelo mientras una mancha carmesí se extendía sobre su pecho.

—Esto se ha terminado —gritó Charles, sacando su pistola. Valentin, James y los sirvientes lo imitaron.

Los guardianes dejaron caer sus cuchillos, que repiquetearon con un sonido metálico al dar contra el suelo de piedra.

—No pueden hacer eso —vociferó el jefe de la secta—, no pueden interrumpir el ritual. Hay que purificar a la gran prostituta que es Londres.

Charles ignoró sus gritos y se acercó hasta la losa central, donde ya se encontraba Johnny, intentando quitar las cadenas con las que habían sujetado a Sheila.

—Está viva —le susurró, casi en una plegaria, cuando se acercó a él.

—Tranquilo, muchacho, la sacaremos de aquí enseguida —repuso Charles. Echó un vistazo alrededor, a los hombres encapuchados, y ordenó—: Las llaves.

Uno de ellos se adelantó.

—No se las des.

Bajo la amenaza de las pistolas, nadie hizo caso del grito furioso del Gran Maestro; como tampoco se imaginaron que su locura lo empujaría a moverse con rapidez, blandiendo un cuchillo contra Charles.

Camilla disparó sin titubear.

El vizconde se giró y alcanzó a ver el cuerpo del hombre desplomarse contra el suelo mientras se agarraba el brazo con un aullido de dolor. Su túnica blanca se tiñó de color carmesí. Charles alzó la cabeza y clavó la mirada en su esposa al tiempo que sus labios se estiraban en una sonrisa preñada de orgullo.

Escuchó el sonido de las cadenas y supo que Johnny se había encargado de liberar a Sheila. Él se acercó al Gran Maestro y le arrancó la máscara de Anubis.

—El juego ha terminado —le espetó.

El odio brillaba en unos ojos que él conocía demasiado bien y que jamás habría esperado encontrar bajo aquella máscara: lord Collinwood.

## Epílogo

**C**ondado de Surrey. Enero de 1859

La mansión campestre del duque de Ainsworth tenía un aire señorial antiguo que le daba el aspecto de una de esas damas aristocráticas de la vieja guardia, que imponían a la primera mirada.

Construida en piedra gris hacia el siglo XVII, tenía forma de cubo alrededor de un patio central. El ala norte medía unos veintinueve metros de longitud y en su parte posterior daba a un inmenso jardín con rosaledas y caminos empedrados a los que otorgaban sombra rododendros y otros árboles. Había un precioso cenador de hierro forjado y tres fuentes con motivos de la mitología. El ala sur quedaba interrumpida por la entrada principal, una torreta almenada que servía de pórtico de acceso a la mansión.

Poseía ciento veinte dormitorios en los que pudieron instalarse con comodidad los invitados de los duques para disfrutar del periodo navideño, que ya estaba llegando a su fin. Habían sido unas celebraciones entrañables, las primeras de una tradición que esperaban se extendiese durante las próximas generaciones.

Charles acababa de servirse una copa de un excelente bourbon escocés y fue a sentarse junto a su esposa, que ocupaba una

butaca cerca de la chimenea en torno a la cual se habían reunido los presentes. Se acomodó sobre el brazo del asiento y se inclinó para besar su cabello cobrizo, que relucía como fuego puro al calor de las llamas.

—Si lo piensas un poco —decía Mary—, tiene toda la lógica. Aún recuerdo el último baile que compartí con él, no dejó de hablarme de esa dichosa reforma.

Lord Dalwood, el tío de Camilla, sacudió la cabeza. Se había sentido muy cómodo entre aquellos jóvenes aristócratas; de hecho, parecía haber rejuvenecido. Al menos, su mirada no tenía ese aire de cansancio y hastío que había lucido desde la muerte de su esposa.

—A los que lo conocíamos bien, nos ha sorprendido. Lord Collinwood era un miembro muy respetado de la Cámara; y aunque sus ideas fuesen un tanto radicales, siempre se comportó con integridad y honor —comentó. Su ceño fruncido manifestaba la incredulidad y confusión que le había suscitado su comportamiento.

Los acontecimientos del mes de noviembre se habían convertido en el tema de conversación de todos los salones y clubes de Londres. Tras la confesión realizada por lord Collinwood sobre su pretensión de erradicar la prostitución por medio de la secta de la Gran Orden de Anubis, había sido declarado demente. Su familia, poderosa en recursos, había utilizado sus influencias y se lo había llevado a la mansión campestre que poseían en Northumberland, donde lo habían recluido.

Las desapariciones y los asesinatos de las jóvenes habían supuesto un verdadero escándalo en la sociedad victoriana. Protestas de indignación se alzaron en Whitechapel, Spitalfields, Brick Lane y Bethnal Green, obligando al Parlamento a tomar decisiones sobre la reforma de la ley de los pobres para acallar al

pueblo.

—¿Qué sucedió con lord Gosford? —inquirió Elisabeth. Aunque los duques lo habían invitado a pasar con ellos las navidades, en un gesto de buena voluntad, el conde declinó la invitación.

—Está de viaje por el continente. Consideró prudente alejarse de la sociedad por un tiempo, mientras desaparecen los rumores — explicó Valentin, que acariciaba distraídamente el abultado vientre de su esposa.

—Lo último que supimos —comentó esta, esbozando una amplia sonrisa que iluminó su rostro; el embarazo le había otorgado un brillo especial, y desprendía un aura de serenidad— fue que la condesa Pashkov estaba encantada de tenerlo como huésped y aseguraba que ella sería capaz de eliminar la tristeza profunda que asomaba a sus ojos.

Por unos instantes reinó el silencio en la estancia y solo se escuchó el crepitar del fuego en el hogar.

El disparo que había efectuado lord Gosford había alcanzado a lord Edincourt en un hombro. El médico que lo atendió dictaminó que no se trataba de una herida mortal; a pesar de todo, lord Edincourt no despertó de la inconsciencia. Pareció haberse sumido en ella por propia voluntad, con el deseo de alcanzar una paz que le había resultado esquiva desde la muerte de su esposa. Pocas semanas después, falleció. Gracias al dictamen del médico el conde no fue acusado de asesinato, aunque la culpa pareció instalarse en su alma con fuerza.

Lord Benjamin Edincourt había sido sepultado en el panteón familiar junto a su hermana Agatha y su esposa, Alice. La ceremonia se había celebrado en privado.

Charles y Camilla se habían encargado de dar sepultura a las víctimas de la secta organizada por lord Collinwood, incluida Rose,

la hermana de Sheila. Acunada por los brazos de Johnny, la joven había llorado la muerte de su hermana, y a pesar del horrible crimen, se sintió agradecida por haber podido ver su rostro una última vez antes de ser sepultada bajo tierra.

—Camilla —la llamó su tío—, ¿cómo va tu proyecto de la escuela-hogar?

Con las protestas del East End, lord Dalwood aprovechó para dar a conocer en el Parlamento la labor que realizaba su sobrina. Los miembros de la Cámara se apresuraron a apoyar su proyecto, tanto de palabra como con una buena aportación de libras esterlinas, para hacer ver a la sociedad que trabajaban en favor de los más necesitados. Aunque hubiesen actuado solo para su propio prestigio, lo cierto era que la vizcondesa Draymoor cobró popularidad entre las damas de la buena sociedad, y muchas de ellas la alabaron y le ofrecieron su ayuda, creando un patronato de beneficencia para la escuela-hogar.

—Ya le hemos puesto nombre —les confió. Miró a su esposo y le dedicó una sonrisa, luego se volvió de nuevo hacia los presentes—. Se va a llamar Escuela Rose O'Flaggerty, y abrirá a finales de enero. Ya tenemos nuestras primeras alumnas y alumnos.

La emoción la embargó al hablar de ello. El sueño por el que tanto había luchado estaba a punto de hacerse realidad y de una manera en la que nunca había soñado: había recibido una financiación inesperada con la que habían podido mejorar las instalaciones; tenía un grupo numeroso de alumnos, incluso madame Beth había enviado a una joven; había pasado de ser censurada por la sociedad a ser encomiada por sus actividades; y, lo más importante, no había estado sola en aquel proyecto. Su tío, sus amigos y, sobre todo, su esposo habían creído en ella y la habían apoyado en todo momento.

—Es un buen comienzo —comentó Elisabeth, con la mirada puesta en Camilla y su hermano. Se había equivocado con ellos. El amor que se profesaban era palpable en la forma en que se miraban o en cómo él la acariciaba de manera distraída, como si sintiera la necesidad de tocarla. Notó en su mano el reconfortante apretón de la de James y prosiguió—: Será un largo recorrido, pero la sociedad tendrá que ir cambiando poco a poco, y tú ya has abierto el camino para ello.

—Nos sentimos muy orgullosos de ti —le dijo James.

Camilla los miró a todos. Agradeció en silencio el día en que el marqués de Hallbrook había entrado como mayordomo al servicio de su tío. De ahí había nacido una amistad que consideraba el mayor tesoro de todos, y ahí había encontrado al amor de su vida. Sus ojos se volvieron hacia Charles; en los de él brillaba un amor que nada, ni el tiempo ni la muerte, podrían opacar.

—Gracias —repuso con sencillez. No podía encontrar una palabra mejor.

Las lágrimas le cerraron la garganta. Últimamente se encontraba mucho más sensible, y sabía bien a qué se debía, pues cuando había ido a visitar a la anciana señora Brown, esta se lo había confirmado. Sonrió en secreto e imaginó el momento en que se lo diría a Charles. La voz de su tío interrumpió sus pensamientos.

—Esto se merece un brindis.

Un lacayo se acercó portando una bandeja con copas de champán, y todos brindaron por el año nuevo y lo que este les depararía.

Camilla solo tomó un sorbo de su copa. El calor de la chimenea comenzaba a agobiarla, y mientras continuaban la conversación y las risas, se levantó con discreción y cruzó la sala para salir a la terraza. El aire frío la recibió en el exterior y se estremeció. Apenas

se distinguía nada en el jardín. El cielo ofrecía un aspecto negruzco, sin una sola estrella, ni siquiera la luna brillaba esa noche con intensidad. De pronto, unos copos de nieve se deslizaron hasta la balaustrada de piedra, deshaciéndose sobre esta.

—Vas a coger frío.

Se vio arropada por la chaqueta de su esposo y los brazos de Charles la rodearon de inmediato. Se reclinó contra él.

—Está nevando —comentó ella.

Ambos contemplaron en silencio cómo el cielo derramaba aquellos pétalos de hielo. Lo más probable era que todo el jardín estuviera blanco al día siguiente.

—Recuerdo una noche en la que me hallaba en una terraza como esta. —La voz de Charles sonó íntima y dulce junto a su oído. Camilla sonrió ante el recuerdo—. Recibí una proposición interesante de una mujer.

—¡Oh!, eso suena a descaró.

El cálido aliento de su esposo, cuando dejó escapar la risa, le acarició la nuca.

—Tal vez un poco —se burló—. No es una mujer convencional. Me pidió matrimonio.

—¿Y tú qué hiciste?

—Bueno, verás, ella era una princesa, la princesa del East End. ¡Auch! —se quejó cuando Camilla lo golpeó en el estómago con el codo. En venganza, él le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

—¿Decías? Me parece que te estás distrayendo.

—Esto es mucho más interesante que mi historia —replicó Charles, mientras besaba su cuello.

—Sigue, quiero saber cómo termina.

Él se detuvo y miró a lo lejos, hacia la oscuridad.

—Yo me sentía envuelto en las tinieblas —continuó. Su tono serio



sorprendió a Camilla—. Cargaba en el corazón el peso de una culpa porque no había sabido estar a la altura de lo que mis padres habrían esperado de mí, porque había permitido que mi hermana viviese una vida de dolor y sufrimiento que no le correspondía. — Las manos de su esposa cubrieron las suyas, entrelazadas en su cintura, y notó la suave caricia que ella le prodigó—. Entonces apareciste tú, con tu sonrisa, para iluminar mi noche, y te convertiste para mí en esa estrella de los deseos, brillante e inalcanzable. Cuando me hiciste aquella proposición, sentí que el cielo había escuchado mis plegarias.

Ella se volvió entre sus brazos para mirar su rostro.

—Charles...

—Eres todo cuanto necesito en mi vida, Camilla. Tú lo llenas todo de sentido: mis sueños, mi tiempo, cada latido de mi corazón... Te amo más que a la vida misma.

La abrazó con una ternura infinita y escondió el rostro en su cuello. Camilla le acarició el cabello.

—Me has enseñado que el amor no tiene límites, sino aquellos que nosotros mismos queramos imponerle; que puede dar forma a los sueños hasta cambiar una vida; que cuando se basa en la confianza, se transforma en una fuerza imparable. Charles —lo llamó con suavidad, alzando aquel rostro amado entre sus manos—, la noche y el día pueden crear juntos preciosos amaneceres y atardeceres. Eso quiero que sea nuestra vida.

—Lo será.

Y aquellas dos palabras tomaron en sus labios el sabor de un juramento mientras la besaba con una intensidad que hizo temblar su corazón de felicidad.

—Pero no lo haremos solos —le dijo Camilla cuando se separaron. Oyó el gruñido de disgusto de su esposo y sonrió antes

de añadir—: Le enseñaremos a nuestro hijo que vale la pena vivir la vida por amor.

Él se quedó quieto de repente.

—¿Estás...? —preguntó, sorprendido, sin atreverse a terminar aquel pensamiento.

Camilla asintió.

—Dentro de unos meses te convertirás en padre. Espero que para finales del verano.

Su grito de felicidad se elevó en la noche; y mientras ambos giraban, con los copos de nieve cayendo a su alrededor, él la besó de nuevo.

La princesa del East End había obtenido a su príncipe y el final feliz con el que nunca se había atrevido a soñar, porque solo el amor hace posible lo imposible.

FIN

## Agradecimientos

Acompañar a estas tres parejas a lo largo de la trilogía *Secretos de alcoba* ha sido toda una aventura. En primer lugar, por haber podido escribir las historias junto a mi hermana, a quien le agradezco de corazón por haber hecho este camino tan fácil; y en segundo lugar, porque ni siquiera nosotras mismas sabíamos bien qué iba a salir de todo esto. Lo que empezó como un juego, un reto y un desafío, fue tomando forma poco a poco, hasta culminar en estos seis personajes que nos han robado el corazón.

Esperamos que hayáis disfrutado con las tres novelas, que los personajes os hayan enamorado y que sus historias os hayan hecho soñar y suspirar.

Gracias a vosotras y vosotros, queridos lectores, que nos habéis acompañado en el camino, que, quizá, os habéis desvelado y habéis arrancado tiempo a vuestro tiempo para poder leer esta historia. Estaremos encantadas de leer vuestros comentarios y opiniones, no os olvidéis lo importantes que son para nosotras.

No queremos cerrar esta trilogía sin un agradecimiento especial a todo el equipo de la editorial Selecta, que nos ha acompañado en todo momento y trabajado duro para que cada novela quedara redonda. Gracias, sobre todo, a Lola, nuestra editora, que ha tenido

una paciencia infinita, apoyádonos en todo y confiando en nosotras.

## Notas de autora

1) Laura Bell: en el prólogo, la joven Rose O'Flaggerty comenta para sí su intención de emular a su compatriota Laura Bell. ¿Queréis saber quién fue esta mujer?

Bell nació en Glenavy, Irlanda. Siendo aún joven, se fue de casa para trabajar como dependienta en Belfast, procurándose también un dinero extra con la prostitución. Más tarde se mudó a Dublín, donde se convirtió en una exitosa cortesana. Se cree, incluso, que tuvo una aventura con el Dr. William Wilde, padre de Oscar Wilde.

Alrededor de 1849 se mudó a Londres, donde fue conocida como la Reina de la prostitución de Londres. Bell entretuvo a ricos nobles y duques. A menudo conducía por Hyde Park en un carruaje dorado tirado por dos caballos blancos. Fue allí donde conoció al primer ministro de Nepal, Jung Bahadur Rana. Rana instaló a Bell en una casa de lujo en Wilton Crescent, Belgravia, y la colmó de regalos. Se dice que Rana pagó 250.000 libras esterlinas por una noche con Bell, aunque es mucho más probable que esta suma fuera el valor total de los obsequios entregados a Bell durante los 90 días que pasaron juntos. Este dinero fue financiado por lord Canning, gobernador general de la India. Cuando Rana tuvo que regresar a Nepal, le dio a Bell un anillo de diamantes junto con la promesa de

cumplir todos sus deseos como regalo de despedida. Durante el motín de la India, Bell le escribió a Rana pidiéndole que enviara tropas para ayudar a los británicos durante el levantamiento de los cipayos. Adjuntó el anillo para recordarle su promesa, y Rana envió a sus tropas. El 21 de enero de 1852 se casó con el capitán August Frederick Thistlethwayte, que vivía en Grosvenor Square, Londres, y tenía una finca en Ross-shire, Escocia.

Años después, Bell se convirtió a la religión evangelista. Organizó fiestas de té evangélicas para la alta sociedad y ayudó a las prostitutas de Londres. En 1887, su esposo se disparó accidentalmente y murió —tenía la extraña costumbre de disparar al techo para llamar a su ayuda de cámara—. Ella nunca se volvió a casar. El primer ministro William Gladstone y su esposa se hicieron amigos de Bell, y esta amistad continuó hasta su muerte en 1894.

2) La prostitución en Londres: durante la época victoriana, la prostitución fue un problema a gran escala en Gran Bretaña, ya que iba en contra de todos los valores morales que se promovían durante este tiempo. Las mujeres llegaban a la prostitución por diversas razones, siendo las más destacadas las desigualdades sociales y la mala situación económica de las familias. Para ingresar en este mundo de la prostitución había varias vías diferentes: los campamentos militares, los burdeles y la prostitución en las calles.

El número de mujeres que se prostituyeron durante la época victoriana fue asombrosamente alto. Aunque los informes de la policía de Londres registraron que había aproximadamente 8.600 prostitutas conocidas por ellos, se ha sugerido que el número real durante este tiempo fue más cercano a las 80.000.

Como resultado, la preocupación por el tema creció en la sociedad y en el Parlamento, lo que dio lugar a varias leyes gubernamentales. Estas leyes intentaron erradicar los problemas

asociados con la presencia de la prostitución en la sociedad londinense, y fueron seguidas por movimientos reaccionarios de reforma, liderados principalmente por mujeres solteras que trabajaron para derogarlas.

3) La ley de Propiedad de la Mujer Casada de 1882: si Camilla hubiera nacido treinta años más tarde, quizás no hubiera tenido que echar mano de un matrimonio con Charles para hacerse con el control de la propiedad en la que construye la escuela.

A finales del siglo XIX, cuando una mujer se casaba, prácticamente no tenía derechos. Se la consideraba una adición a la propiedad de su marido. No era igual a él a los ojos de la ley y tenía el mismo estatus legal que un loco o un criminal. Toda su riqueza y sus propiedades eran controladas por su marido, y no podía deshacerse de sus pertenencias sin su consentimiento.

Millicent Fawcett, una política feminista, formó la Sociedad de Kensington. Fue principalmente para debatir la reforma parlamentaria y el derecho de las mujeres al voto, pero también abordó la causa de los derechos de propiedad de las mujeres casadas.

Los efectos de la Ley de propiedad de la mujer casada, aprobada en 1882, fueron los siguientes:

- Una esposa podía mantener sus propios salarios e inversiones independientemente de su esposo.

- Una esposa podría heredar hasta 200 libras por derecho propio y quedarse con el dinero.

- Tanto el esposo como la esposa podrían ser responsables de mantener a sus hijos.

- Una esposa podía conservar la propiedad heredada de sus familiares más cercanos siempre que no fuese un activo del Fideicomiso.

-Una esposa podía heredar y mantener una propiedad alquilada.

4) Las sociedades secretas: la secta de «La Gran Orden de Anubis» es, por supuesto, una creación de estas autoras. En el siglo XIX, las sociedades secretas formaban parte del ambiente político que se respiraba en Europa. El espíritu sedicioso de la época y el deseo de misterio y ocultamiento hicieron que estas sociedades proliferasen de una manera extraordinaria.

Se considera como una sociedad secreta a cualquiera de la amplia gama de organizaciones o asociaciones que utilizan iniciaciones secretas u otros rituales, y cuyos miembros a menudo emplean juramentos y signos de reconocimiento únicos. Los elementos del secreto pueden variar desde una mera contraseña hasta elaborados rituales, lenguajes privados, disfraces y símbolos.

Entre las más florecientes sociedades de la época podemos encontrar:

*The Hermetic Order of the Golden Dawn*, comúnmente conocida como *Golden Dawn*. Fue una sociedad secreta fundada en Londres durante el siglo XIX, y se definió por su interés en la magia, el ocultismo y el misticismo. Uno de sus miembros más famosos fue el poeta W.B. Yeats, quien se unió a la sociedad en 1890 después de mudarse a Londres.

*Orden Cabalística de la Rosa Cruz*. Fundada en 1888 por el marqués Stanislas de Guaita, un joven muy dinámico que estaba relacionado con otros esoteristas de renombre. Esta Orden estaba dedicada al estudio de la cábala, la alquimia y las antiguas tradiciones ocultistas.

*La Gran Logia Unida de Inglaterra*. Desde 1751 existían en Inglaterra dos grandes logias rivales. El 27 de diciembre de 1813, de la mano de sus respectivos Grandes Maestros, los duques de Sussex y de Kent, hijos ambos del rey Jorge III, se unieron para



formar una nueva organización, conocida como la Gran Logia Unida de Inglaterra. Esta se convirtió en algo así como una plataforma para medrar en la lucha por el poder y por la ocupación de los altos cargos. En el seno de las logias, no solo se disponía el reparto de los puestos públicos, sino que hasta se discutían cuestiones relativas a los proyectos de ley, a las disposiciones del gobierno y a los cambios en los ministerios.

5) Museo Británico: el origen del museo, tal como narramos en la novela, se remonta a una colección de más de 80.000 artículos procedentes de la colección privada de sir Hans Sloane, médico y naturalista. Este médico donó su colección privada al Estado británico, según indicaba su testamento del año 1753. La colección incluía 40.000 libros, 7.000 manuscritos, dibujos de Durero, su colección de ciencias naturales y medicina, así como antigüedades de Egipto, Grecia, Roma, Oriente Medio, Extremo Oriente y América. El gobierno británico adquirió esta colección por el precio simbólico de 20.000 libras, importe que se obtuvo mediante una lotería pública organizada por el Parlamento británico, según muestra su acta de fundación del 7 de enero de 1753. Además, se adquirió la biblioteca personal de Robert Cotton y la del anticuario Robert Harley.

Sus administradores decidieron que su primera ubicación fuera en la casa Montagu, una mansión del siglo XVI en el barrio londinense de Bloomsbury. Se inauguró al público el 15 de enero de 1759.

Desde su inauguración, el museo no hizo más que aumentar su colección mediante donaciones o compras. Aunque al principio su principal patrimonio fueron los documentos y los libros, pronto empezó a recibir gran cantidad de objetos antiguos. En 1782 aumentó de forma significativa la colección de antigüedades por la compra, por parte del Estado, de las obras y objetos de sir William

Hamilton, embajador británico en Nápoles, que incluían piezas de Grecia y Roma. La derrota de la flota de Napoleón en Egipto, en la batalla de Aboukir, permitió que el Museo Británico adquiriera en 1801 gran cantidad de antigüedades egipcias y la célebre piedra de Rosetta. También se añadieron un gran número de esculturas griegas, como las de la colección Townley en 1805 y los mármoles de Elgin, más conocidos como los mármoles del Partenón, donados por el conde de Elgin en 1816. La donación en el año 1823 por parte del rey Jorge IV al Estado británico de la biblioteca de su padre, la Biblioteca del Rey, hizo que se considerara la necesidad de trasladar la colección a una nueva sede por la falta de espacio en la casa Montagu. La construcción de la nueva sede del museo, la que ha llegado hasta nuestros días, finalizó en 1857.

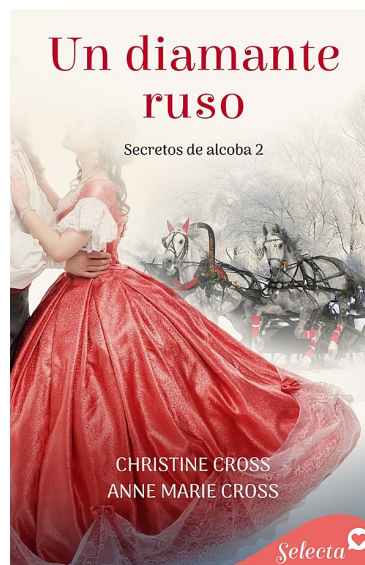
6) La piedra de Rosetta: tal y como se relata en la novela, esta piedra es un fragmento de una antigua estela egipcia de granodiorita, inscrita con un decreto publicado en Menfis en el año 196 a. C. en nombre del faraón Ptolomeo V. El decreto aparece en tres escrituras distintas: el texto superior en jeroglíficos egipcios, la parte intermedia en escritura demótica y la inferior en griego antiguo. Gracias a que presenta esencialmente el mismo contenido en las tres inscripciones, con diferencias menores entre ellas, esta piedra facilitó la clave para el desciframiento moderno de los jeroglíficos egipcios.

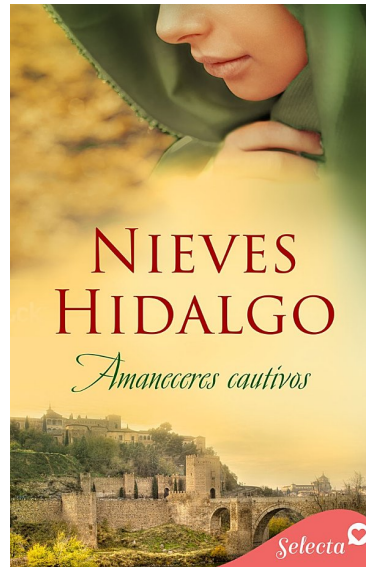
La estela fue tallada en el período helenístico y se piensa que originalmente estuvo expuesta dentro de un templo, posiblemente en la cercana Sais. Fue probablemente trasladada al final de la Antigüedad o durante el sultanato mameluco de Egipto y finalmente usada como material de construcción en un fuerte cerca de la localidad de Rashid (Rosetta), en el delta del Nilo. Allí fue hallada el 15 de julio de 1799 por el soldado Pierre-François Bouchard durante

la campaña francesa en Egipto. Cuando los británicos derrotaron a los franceses en Egipto, la piedra fue transportada a Londres tras la firma de la Capitulación de Alejandría en 1801. Ha estado expuesta al público desde 1802 en el Museo Británico, donde es la pieza más visitada.

Si te ha gustado  
*La princesa del East End*

puedes disfrutar de estas



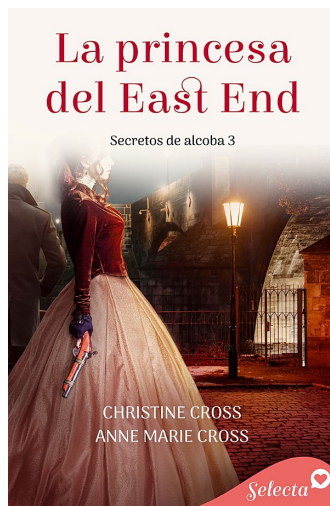


**Ella lo cautivó desde su primer encuentro, y él se prometió que, algún día, esa mujer sería suya.**

**Ella era rebelde.**

**Él había prometido conquistarla.**

**Un matrimonio por conveniencia ligará sus destinos y hará surgir la pasión y el amor, a pesar de los peligros.**



En el peligroso mundo de los bajos fondos londinenses, Camilla Lambert se ha ganado un hueco en el corazón de las prostitutas y de los niños de la calle. En su deseo por ayudarlos, no encuentra otro camino que el de un matrimonio por conveniencia.

Charles siempre ha estado enamorado de Camilla. Ahora que se ha convertido en su esposa, solo tiene que conquistarla. Pero ¿cómo conquistar a alguien que no cree en el amor?

Juntos iniciarán un camino difícil, en el que la pasión y la ternura lograrán abrirse paso en sus corazones. Sin embargo, los planes de

ambos y su propio matrimonio se verán amenazados por un peligro oscuro y misterioso que acecha en los bajos fondos.



**Christine Cross** es el seudónimo de esta autora que nació en una hermosa ciudad española en 1970, aunque vivió veinte años en países extranjeros como Italia y México. Amante de la lectura y de la escritura desde muy niña, publicó su primer libro en México mientras compaginaba la escritura con su labor docente. Amante de la novela romántica y de la novela de género fantástico, comenzó publicando en este último, aunque sin cortar las alas a la inspiración, y siempre al ritmo del corazón.

Twitter: <https://twitter.com/martaljnb>

Blog: <https://martalujan.wordpress.com/>

Instagram: <https://www.instagram.com/martalujanescritora/>

Facebook: <https://www.facebook.com/martalujanescritora/>

**Anne Marie Cross** es el pseudónimo de Ana María Luján, amante de la literatura victoriana y las novelas fantásticas. En los últimos años, su pasión por crear historias le ha empujado a participar en varios concursos de relatos, resultando ganadora en algunos de ellos. Ahora, el deseo de dar alas a su imaginación le ha llevado a lanzarse a la creación de novelas, comenzando por esta trilogía de la mano de su hermana. Actualmente, compagina la docencia con el maravilloso arte de escribir.

Instagram: <https://www.instagram.com/anarelatos/>





Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

Edición en formato digital: noviembre de 2021

© 2021, Christine Cross y Anne Marie Cross  
© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.  
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño: Bárbara Sansó Genovart  
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18295-92-8

Composición digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores  
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



**Penguinlibros.club**



   Penguinlibros



# Índice

## La princesa del East End

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Epílogo

Agradecimientos

Notas de autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Christine Cross y Anne Marie Cross

Créditos